

Mi **TRAVESÍA**

por Ellen

DEVI ALLEN

Índice

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

Capítulo [0](#)

Capítulo [1](#)

Capítulo [2](#)

Capítulo [3](#)

Capítulo [4](#)

Capítulo [5](#)

Capítulo [6](#)

Capítulo [7](#)

Capítulo [8](#)

Capítulo [9](#)

Capítulo [10](#)

Capítulo [11](#)

Capítulo [12](#)

Capítulo [13](#)

Capítulo [14](#)

Capítulo [15](#)

Capítulo [16](#)

Capítulo [18](#)

Capítulo [19](#)

Capítulo [20](#)

Capítulo [21](#)

Capítulo [22](#)

Capítulo [23](#)

Capítulo [24](#)

[Epílogo](#)

[Notas de autor](#)

[GLOSARIO](#)

Copyright © 2024 Devi Allen Todos los derechos reservados.

MI TRAVESÍA POR ELLEN

Los personajes y eventos retratados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no es la intención del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Sinopsis

ESCOCIA 1901

Andrew Bannagan volverá a las tierras donde se crio para enfrentar su tormentoso pasado y decidir qué hacer con el territorio heredado. En esa finca, soportó la pérdida y el dolor, y fue testigo del asesinato de su familia, sus empleados y muchos de sus vecinos. Pero al regresar, se dará cuenta de que esos terrenos le pertenecen más de lo creía y encontrará a la mujer que conoció cuando era una niña y allanaba sus terrenos como si fuera una salvaje.

Ellen Owen aparece en su casa y le dice que ha visto en la columna de un periódico una noticia sobre un asesinato y asegura que la foto publicada es la imagen del mismo hombre que mató a sus padres hace tantos años.

Ellen le pide ayuda, así que juntos emprenderán un viaje a Londres con el fin de declarar ante la policía. Durante ese viaje, esa mujer le hará advertir cosas inimaginables, pues él creía que nunca más volver a SENTIR...

Mi TRAVESÍA
por Ellen

DEVI ALLEN

“Cierta luz empezaba a despuntar lentamente en su interior, la luz que muestra el camino y, a la vez, lo prohíbe”. El despertar, Kate Chopin.

A todos los que creen en la magia y en el amor.

Prólogo

Highlands, Escocia, verano de 1883

Andrew y su hermano Evan jugaban en el cobertizo de su casa con los caballos de madera que le había tallado su tío por el cuarto cumpleaños del menor. Como muchas otras tardes, jugaban a “Guerreros” y el mayor a menudo lo complacía haciéndole creer que era el ganador. Era un juego que había inventado especialmente para él. Su hermano pequeño lo era todo, ya que desde siempre había deseado tener uno con el que jugar.

—¿Y ahora qué hago, Andrew?

—¿Recuerdas lo que te dije sobre el caballo cuyo jinete alza el mazo?

Evan asintió feliz, creyéndose ganador. Avanzó el caballo para golpear al soldado del escudo rectangular.

—Fuera del juego —rio Evan. Se apropió del soldado y lo lanzó lejos para que quedase claro que lo había derrotado—. Te toca.

Andrew avanzó el soldado que portaba el tridente hasta dejarlo en una posición indefensa. El pequeño pensó que tenía que mover su espadachín, o sería capturado con su red y luego acechado con su tridente. Pensó en posibles movimientos y se dio cuenta de que, deslizándolo hacia la izquierda, dejaba en una posición vulnerable al rey de Andrew.

—Estás acabado—. Evan reía y saltaba de alegría. Había ganado de nuevo a su hermano mayor.

Andrew se sentía solo. Sus padres normalmente tenían mucho trabajo y su madre siempre estaba frustrada con las labores de la enorme casa que habían heredado. La casa les había llegado con enormes deudas y sus tierras últimamente no daban el fruto esperado.

El terreno contaba con enormes arboledas en lugar de terrenos fértiles para cosechar. Antiguamente, esa superficie había ofrecido grandes cantidades de trigo y avena, pero con los nuevos métodos de agricultura surgidos durante la reforma agraria, los pocos campos de la zona estaban perdiendo valor, y sus padres no tenían el conocimiento para modernizar las tierras con nuevos mecanismos agrícolas.

Además, su padre casi nunca estaba en casa y, cuando hacía acto de presencia, siempre era en estado de ebriedad. Se iba con su amigo Duren a la taberna “El diario” a emborracharse y, cuando volvía a casa, se comportaba de manera agresiva, destrozando todos los objetos que encontraba a su paso. El tema financiero de la casa los preocupaba sobremanera. Siempre estaba malhumorado, tenía arranques de ira, y su madre lo pagaba con todos los que había a su alrededor. Según decía, no entendía por qué Dios les estaba haciendo pasar por ese calvario.

Así que, Andrew, con tan solo trece años, siempre estaba atento a las necesidades de su hermano, ejerciendo casi de padre. Esa tarde, mientras ambos jugaban, apareció una niña pequeña de unos siete años con sus grandes ojos verdes empapados en lágrimas. Por lo que él sabía, vivía cerca de la hacienda y la había visto en varias ocasiones correteando y allanando sus

bosques. Era rubia, con el pelo lleno de rizos, de ojos esmeralda, y llevaba en brazos una muñeca biscuit^[1], pidiendo ayuda entre llantos. Nunca había visto a nadie con esa mirada tan expresiva y, aunque se había cruzado con ella en otras ocasiones, nunca se había fijado en sus grandes ojos. Eran extraños y a la vez impactantes. Andrew se sorprendió y acudió rápidamente a su lado y, agitado, le preguntó:

—Hola, ¿qué necesitas?

Entonces se fijó en su ropa rasgada; estaba llena de heridas y cubierta de sangre y barro. La niña contestó llorando:

—Unos bandidos han atacado mi casa. Mi papá está herido y mi mamá se ha quedado encerrada en una habitación con fuego.

Corrió hacia su casa para buscar a su madre, sin embargo, no la encontró por ninguna parte y recordó que se había ido a casa de su amiga a tomar té, como solía hacer todos los domingos por la tarde. Su padre, como de costumbre, no estaba en condiciones de ayudar; alcoholizado y tirado en el sofá, apenas hizo un gesto con la mano para que lo dejase en paz.

Así que se acercó a su hermano Evan, le pidió que se quedara jugando y se apresuró en buscar a alguien fuera de la casa, pero solo encontró a las criadas. No halló ningún mozo ni jardinero... «¿Dónde estaban los demás hombres del personal?», se preguntó. La única opción que le quedaba era ir él a ayudar.

La casa estaba envuelta en llamas. Creyó que no podría hacer nada para ayudarla, pero recordó que aquella niña podría quedar huérfana y desamparada, y se armó de valor para entrar. Al irrumpir por la puerta, aquello parecía el mismísimo infierno. Había fuego por todas partes, quedando pocos huecos por donde pasar.

El acceso a la mayoría de habitaciones era imposible; los tabiques se estaban desmoronando y la estructura de la casa parecía estar a minutos de colapsar. Sintió temor y pensó en salir de aquel horror, pero volvió a recordar la mirada triste e inocente de la niña y decidió ignorar la razón para buscar un poco más.

Si el infierno existía, seguramente sería como aquel lugar: miedo, llamas, calor, olor a humo y a madera quemada, y falta de aire para respirar. Mientras se tapaba la nariz con la camisa para no asfixiarse, avanzaba por aquel pasadizo de cenizas y fuego, hasta que escuchó un ruido entre los crujidos de la madera calentándose.

Era una voz; parecía el grito de una mujer. Siguió el camino del sonido arriesgando su vida hasta llegar al umbral de una habitación. Una enorme tabla atravesaba la puerta, impidiéndole acceder a ella, pero eso no lo persuadió de intentar arrancar la barra. Se quemó las manos. Miró en todas direcciones buscando un objeto con el que ayudarse.

El humo era cada vez mayor. Sentía que se ahogaba. Le quedaba poco tiempo para poder salir de allí, tal vez un minuto o dos. Ante la impotencia, le pegó una patada y, con suerte, pudo arrancar la madera, pues el fuego la había deteriorado. Andrew, al fin, abrió la puerta. La mujer estaba mareada y desorientada; tuvo que agarrarla y guiarla hasta la salida.

Ambos consiguieron huir de aquella casa del horror. La niña seguía en la misma posición, mirando acongojada con la muñeca en brazos. La mujer tosió una y otra vez, hasta que logró recuperarse de la falta de oxígeno y después corrió hacia su hija, acurrucándola fuertemente entre sus brazos. Él envidió aquel gesto cariñoso que escaseaba tanto en su hogar.

A continuación, corrieron hacia los brazos del hombre que estaba apoyado en un enorme roble. Andrew notó que tenía un orificio de bala en el pecho y el rostro ensangrentado. Le tomó el pulso como le había enseñado su tío, pero se dio cuenta de que ya había fallecido. La madre

lloró amargamente y la niña seguía paralizada, con los ojos en un mar de lágrimas. Para aquella mujer y su hija, sería muy difícil salir adelante sin un esposo que la sustentara y, abatido, Andrew se marchó, dejándolas a solas con su duelo. Antes de irse, la mujer se volvió, agradeciéndole el gesto que había tenido con ellas.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Andrew Bannagan.

—El hijo del conde de Beinn... —susurró, y tras unos segundos en los que se quedó mirando compungida a su marido, añadió: —. Muchas gracias, muchacho.

Andrew se alejó, mientras aquella niña de ojos verdes lo miraba fijamente, aferrándose a su juguete. De vuelta a casa, intentaba distraerse de los tristes acontecimientos, así que iba pateando las piedras que se cruzaban en su camino, observando la distancia que alcanzaba cada una de ellas.

De repente, vio a unos hombres armados que avanzaban a caballo. Tenían mal aspecto, iban enmascarados y supuso que no traían nada bueno. Nadie de buena fe ocultaría su rostro. Así que se agazapó, se ocultó tras los helechos y se dispuso a escuchar la conversación.

Discutían acerca de un robo. Apartó una rama con cuidado para no ser descubierto y prestó atención, pues no quería perderse ningún detalle de lo que estaba sucediendo. Uno de ellos se negaba a seguir con el plan, alegando que no quería cargar con más muertes en su conciencia. Tres de ellos lo enfrentaban, asegurándole que no podían dejar testigos. Los otros dos precedían sin intervenir en la conversación. Andrew se llenó de pánico, esos bandidos seguían el sendero que llevaba a su casa, y un miedo atroz le recorrió las entrañas.

Nervioso, tomó el atajo que conocía bien por haberlo recorrido innumerables veces junto a su amigo Jacob. Su amigo había muerto dos años atrás en un accidente a caballo, cuando iba galopando con su padre. Hasta ese momento, habían sido inseparables. Escapaban de casa para cometer travesuras y exploraban los bosques juntos, jugando y reconociendo cada rincón.

Sus padres y los de Jacob fueron muy amigos cuando los Bannagan aún eran felices y vivían en su pequeña casa de campo, y aunque ahora vivían más cerca que nunca, se habían distanciado. Andrew echaba de menos a Jacob cada día desde su pérdida, y el recuerdo de su amistad lo atormentaba. Pero, gracias a que conocía cada rincón, pudo llegar a casa antes que esos hombres.

Lo primero que hizo fue buscar a su hermano, que seguía jugando fuera. Lo sujetó por la axila y lo arrastró para esconderlo detrás de una gran fuente ubicada en una parte alejada de la casa. Le pidió que se quedara entre aquella enorme figura de ángeles tallados a mármol, donde los setos resguardaban el lugar, con el fin de evitar que lo encontraran, mientras él iba a hablar con su padre. Pero en ese momento los vio llegar y no tuvo más remedio que retroceder junto a su hermano.

Esos hombres parecían competentes en lo que hacían. Su manera de actuar era fría y calculadora. En pocos minutos saquearon la casa, robaron varios sacos llenos de objetos y pusieron en fila y de rodillas a los criados y doncellas. Y ante sus ojos incrédulos, los fusilaron uno a uno, sin miramiento alguno. Andrew escondió a su hermano detrás de él, inventándose un nuevo juego.

—No abras los ojos hasta que te lo diga. Si me haces caso, te premiaré con un regalo que te gustará. —Evan obedeció sin rechistar.

Andrew pudo observar, con los ojos empañados, cómo sacaban a su padre a rastras, insultándolo y golpeándolo. Y en ese momento, se dio cuenta de que, a pesar de no haber sido el mejor padre del mundo, lo amaba con todo su ser. Le dolía intensamente cada golpe que le

estaban dando y pensó en intervenir, pero volvió la mirada hacia su hermano y se arrepintió. Si no hubiera sido por él, habría salido sin dudar; sin embargo, sabía las consecuencias de aquello...

Pondría en peligro a Evan. Además, no conseguiría más que recibir un disparo entre ceja y ceja. Pensó en trazar un plan, pero no se le ocurrió nada. Estaba paralizado. Ante todo, estaba su hermano, que para él era lo más importante. Salir y fracasar significaría dejarlo a merced de esos vándalos. Así que guardó silencio, cerró los ojos, frustrado, mientras derramaba lágrimas de pena. De pronto, escuchó el sonido de un disparo y se hizo el silencio...

0

Highlands, Escocia, 1889.

Cinco años y siete meses después...

Evan acababa de cumplir once años. En consideración de Andrew, que siempre velaba por él, su hermano pequeño había crecido mucho durante el último trimestre. Desde que habían quedado huérfanos, vivían con su tío Marum en Perth, desde que sus padres fueron asesinados hace casi seis años. Un grupo criminal logró arrebatarse la vida a trece personas, arrasando sus tierras aquel fatídico ocho de julio.

A su padre lo mataron en casa y a su madre en los terrenos cercanos, cuando esos hombres volvían a caballo con el botín. La mujer regresaba por el sendero después de tomar té con sus amigas y tuvo la mala suerte de encontrarlos por el camino.

Después, buscaron nuevas víctimas, pero un vecino se había preparado después de que un sirviente lograra escapar y lo contara todo. Varios de sus hombres ya estaban en posición y dispararon con sus escopetas antes de que los criminales pudieran mediar palabra. Abatieron a cuatro de los seis hombres, sin embargo, los otros dos lograron huir. Andrew deseaba volver a cruzarse con esos indeseables y matarlos con sus propias manos.

Marum era el único miembro de la familia que les quedaba con vida y los acogió como si fueran sus hijos. Bajo su tutela, les dio cariño, educación y conocimiento empresarial. Su tío se dedicaba al negocio de la lana.

Tenía empleados que cuidaban de las ovejas y una pequeña industria textil, con maquinaria moderna recién adquirida, que le permitía fabricar telares de gran calidad. Le iba bastante bien en el negocio y Andrew había conseguido conocer los entresijos de la compañía, tener capacidad de negociación, planificación y manejo de la contabilidad. Además, había adquirido una amplia lista de contactos de la gran esfera británica.

La alta sociedad se estaba vistiendo con lanas de “Lanas e industrias Lanoire”, telas que habían sido adquiridas por grandes diseñadores del momento para fabricar sus delicadas y bonitas prendas. Además, también las usaban para la fabricación del famoso tartán escocés que, gracias a Jorge IV, a partir de 1822 se volvieron a poner de moda, necesitando gran cantidad de materia prima. Gracias a ello, el padre de Marum obtuvo grandes beneficios.

Andrew había alcanzado la mayoría de edad y tenía la obligación de heredar las tierras y el título de Conde de Beinn. Sin embargo, desde aquel terrible acontecimiento en el que perdió a sus padres, nunca había vuelto a pisar esas odiosas tierras, ni tenía la menor ilusión por hacerlo. Fue allí donde comenzaron sus problemas financieros, su padre cayó en las garras del alcohol, su mejor amigo, Jacob, murió a una edad temprana, y ambos quedaron huérfanos. Andrew siempre creyó que esas tierras estaban malditas y que, de no haberlas heredado, sus vidas hoy serían muy distintas. Parecía que todos los que poseían esos terrenos estaban condenados a la desgracia.

Había postergado el momento de regresar a la hacienda, pero ya era hora de enfrentar sus

demonios y averiguar lo que podía hacer con ellas. La idea era vender la totalidad de las tierras no vinculadas por título, sabiendo de antemano que esos terrenos no tendrían mucho valor. Si cuando sus padres vivían ya estaban devaluadas, generando más pérdidas que beneficios, ahora no valdrían un penique. Sin embargo, igualmente tenía que ir y ver qué podía hacer con ellas. Era su obligación como heredero.

Planeó viajar en compañía de su tío, quien no quiso dejarlo solo en ese momento tan difícil. Su novia de la adolescencia, Adeliza, con la que llevaba dos años de cortejo, no tomó bien la separación. Aunque Andrew le había prometido que trataría de regresar lo antes posible; ella no aceptó. Dos meses antes de su partida, ella decidió terminar la relación. Para Andrew, no fue una gran pérdida; tampoco sentía un amor intenso por ella, aunque le tenía un gran afecto.

Durante aquellos dos años, Andrew había asistido a numerosas cenas con la familia de Adeliza, y ella frecuentaba la casa de Marum en compañía de su doncella. Por las tardes, compartían té en los jardines, conversaban, bailaban y reían juntos. A pesar de que en el fondo él sabía que no estaban destinados el uno para el otro, y aunque habían compartido algún beso furtivo, Andrew temía al amor y no creía que jamás pudiera abrir su corazón.

Se negaba rotundamente a permitir que alguien penetrara en su alma y se apoderara de su dignidad. Jamás dejaría que alguien descubriese su verdadero "yo" y nunca confesaría sus temores a nadie. Quien quisiera estar con él tendría que aceptar sus condiciones y aceptarlo tal como era: frío y sin una pizca de amor que ofrecer.

El sol brillaba intensamente y los primeros rayos matinales se filtraban a través de la ventana del carruaje en aquella mañana de febrero. Resultaba irónico que durante toda la semana anterior hubiera llovido tanto, incluso el día anterior hubo tormenta, y justo en aquel día tan horrible, donde la angustia se apoderaba de él y los nervios los tenía a flor e piel, el clima se presentara tan espléndido. Parecía como si el destino se estuviera burlando de él.

La travesía duraría casi cuatro horas y cuanto más se acercaban, mayores eran sus miedos. Una vez se apearon del coche sentía que el corazón se le salía del pecho y aunque su tío intentó calmarlo, su angustia no cesó.

No era simplemente un sentimiento, sino un torbellino de emociones que carecían de sentido alguno: ira, miedo, angustia, tristeza, ¡e incluso alegría! Sí, alegría, al fin y al cabo, por enfrentar lo que durante años había evitado con tanto esmero.

Entrar en la casa fue todo un desafío. Al llegar al umbral de la puerta, tuvo que inspirar profundamente para poner en orden sus pensamientos, y una serie de recuerdos pasaron por su mente como si fueran instantáneas de un álbum fotográfico. Sin embargo, muchas de esas imágenes eran crudas y dolorosas. Los recuerdos negativos se entrelazaban con los buenos, pero de repente, se detuvo solo en estos últimos y se dejó llevar por ellos, recordándolos como una hermosa parte de su historia.

Recordó el tiempo que pasó junto a su hermano y su amigo Jacob: aquellas mañanas de desayunos abundantes donde su madre preparaba dulces para los tres. A pesar de que su padre solía ser violento en sus arrebatos de mal genio, habría dado cualquier cosa por volver a abrazarlo y recibir un solo golpe más.

Si hubiera sobrevivido, quizás podría haberlo ayudado a superar su alcoholismo y a gestionar esas condenadas tierras. Él sabía que el estrés al que estaban sometidos era la causa de la ruptura familiar. Pensó en ello y volvió a sumergirse en sus pensamientos. ¿Podría él hacer algo por esos terrenos en honor a su familia y su apellido? Lo dudaba, pero, aun así, le gustaba creer en esa posibilidad.

Volvió a observar el lugar. La casa estaba sucia, llena de polvo, abandonada y con partes en ruinas. No quedaba nada del recuerdo de lo que una vez fue. La escalinata no tenía barandilla, estaba rota y gran parte de la pintura de las paredes se había descascarado, formando montones en el suelo. Las puertas rechinaban y olía a humedad.

Había telarañas que se mezclaban con las arañas de cristal que colgaban desde el techo en desordenadas hileras de polvorientos cristales celestes. Supuso que, después de su partida, los saqueadores habrían entrado hasta dejar la casa en ruinas.

Marum apretó su hombro para tranquilizarlo, susurrándole palabras de aliento como si fuera un niño.

—Es peor de lo que esperábamos... Confiemos en que las tierras sean de mayor utilidad.

—No eran cultivables en su momento, no voy a ser tan ingenuo de creer que ahora lo sean —contestó con el ceño fruncido y con un nudo en la garganta.

—Bueno, los beneficios de mi negocio son más que suficientes para los tres. No necesitamos más y te necesito en mis tierras como administrador. En cuanto se retire Cobar, tú serás su sucesor —lo animó Marum.

A su tío le hubiera gustado que él siguiera con la gestión y administración de sus tierras, pero él sentía que debía independizarse y dejar de depender de su tío. Además, había recibido cierta información de que los arrendatarios no llegaban a fin de mes, por lo que quería vender las tierras a alguien competente que se preocupara por el bienestar de los vecinos.

—Lo sé, tío. Sin embargo, estas tierras me pertenecen y quiero ver qué puedo hacer por ellas. He de tomar la mejor decisión.

—¿Quieres que te dé mi opinión?

—Para eso me ha acompañado —contestó, y siguió observando aquel lugar sombrío.

—No, ha sido para apoyarte en estos momentos. —Tras quedarse callado unos segundos, prosiguió—: Yo, en tu lugar, sacaría provecho de la madera, que se paga bien.

—He pensado en ello, aunque me gustaría estudiar más opciones. Tampoco quiero vender las tierras a cualquiera con el único fin de destruirlos.

Repasaron cada rincón de la casa y encontraron diferentes objetos de valor, obras de arte y delicadas piezas de joyería. No comprendió cómo, después de tantos años de abandono, los objetos seguían ocupando el mismo lugar sin que nadie se los hubiera llevado. Tampoco entendió cómo sus padres llegaron a tener tantas deudas en lugar de vender los objetos para saldarlas.

Recorrieron los terrenos, memorizando y anotando todo lo que se les pasaba por la cabeza para estudiarlo con posterioridad. Al anochecer, regresaron al carruaje y se dirigieron a una pensión donde dormir. Era un lugar correcto, pulcro, ordenado, con buenas camas y excelentes comidas elaboradas directamente por la dueña del establecimiento. Aunque la habitación era muy pequeña, la decoración era exquisita.

Ordenaron una sopa de abadejo ahumado con patatas y cebolla, morcilla típica de la zona y un notable whisky escocés. Tío Marum cambió la morcilla por los típicos Haggis, una masa preparada con vísceras de cordero, harina de avena y distintas hierbas aromáticas. Ambos disfrutaron de la cena.

Andrew se dedicó a anotar en un cuaderno todo lo que consideraba relevante. Observó que los terrenos que ocupaban los campesinos utilizaban sistemas desfasados de agricultura y con la escasa maquinaria disponible, los cultivos resultaban poco rentables.

Parte de la noche la dedicó a recordar a sus padres. Ya siendo adulto, no comprendía cómo

habían sido tan incompetentes en la dirección y gestión de las tierras. Durante los cinco años que estuvo al lado de su tío, había aprendido mucho sobre fincas y administración, y pensaba que si sus padres hubieran actuado de manera diferente, no habrían terminado en la ruina.

Y tomó una decisión: no vendería la finca sin antes estudiarla detenidamente. Quería desglosar y determinar su valor real, así como conocer los beneficios que obtendría bajo una gestión prudente y responsable. No sería tan inconsciente como lo fueron sus padres. Debía descubrir qué podía hacer con su propiedad y, pensamiento tras pensamiento, quedó profundamente dormido.

Por la mañana, compartió con su tío la decisión que había tomado y le pidió que le cediera temporalmente algunos de sus empleados. Gracias al apoyo financiero y jurídico de Marum, así como a la asociación de agricultores a la que pertenecía, en pocos meses logró mejorar considerablemente las cosechas.

También se dio cuenta de que la cantidad de madera de calidad en sus bosques era mayor de lo que inicialmente había creído, por lo que resultaba más productivo y rentable venderla a granel. Decidió destinar un pequeño porcentaje de los terrenos para la obtención de esta materia prima —los menos *mágicos* para él—. Sabía que buscando a los clientes adecuados, los beneficios serían mayores. Lo siguiente en su lista era contratar trabajadores y personal cualificado.

Su tío le brindó ayuda en la medida de lo posible; sin embargo, llegó un momento en el que tuvo que marcharse a Perth, ya que su negocio requería su presencia allí. Como compensación, envió a varios expertos y algunos asesores para que le dieran consejos empresariales y lo asistieran en todo lo posible. Marum estaba muy orgulloso de su sobrino y de cómo había enfrentado sus responsabilidades.

Andrew invirtió sus ahorros, las mensualidades recibidas por los arrendatarios y además aceptó una ayuda económica ofrecida por su tío. Con ese capital, adquirió maquinaria agrícola más moderna, instaló un aserradero a vapor con máquinas accionadas a pedales y contrató a un número de asalariados para ello.

Él sabía que, si bien la industria maderera había decaído con el crecimiento exponencial de la siderurgia, también reconocía la importancia de una materia prima de excelente calidad, lo que le permitiría obtener grandes beneficios.

Así que comenzó contratando a treinta y ocho trabajadores, catorce de los cuales se dedicarían a las labores forestales y de transporte. Su empresa prometía obtener grandes beneficios, ya que él era el propietario tanto de los montes como del aserradero, lo que le permitiría reducir el precio de venta en comparación con la competencia.

Con el tiempo, logró establecer contacto con los mejores carpinteros del país y, sin darse cuenta, acabó con una larga lista de clientes que deseaban hacer negocios con él. Un día, recibió la visita de un gran empresario que le ofreció comprar su madera para la construcción de la red ferroviaria que se estaba desarrollando en las Highlands. El hombre quería adquirir dos tipos de productos: el de calidad más económica y baja para las traviesas de las vías del ferrocarril, y el de excelente calidad para el diseño interior de los vagones.

Según el empresario, ya contaba con proveedores, pero prefería uno que residiera en su misma región para evitar retrasos, y confiaba en su reputación. El ferrocarril atravesaría las Tierras Altas de Escocia desde Fort William hasta Mallaig. Además, planeaban extender el territorio añadiendo nuevas rutas, lo cual le pareció interesante para firmar un contrato con aquel señor.

Durante los meses siguientes, recibió algunas visitas más por parte del mismo empresario con el fin de concretar puntos y firmar documentos. En una de sus últimas reuniones, acudió con un socio que quería ofrecer a Andrew una oferta lo bastante tentadora como para que la rechazara.

La idea del señor era comprar los derechos de ciertas fracciones del terreno para permitir el paso del ferrocarril por dicho territorio. A cambio, Andrew se beneficiaría con acciones en la industria ferroviaria. Le pareció un buen trato, ya que tendría ganados a aquellos empresarios para futuros negocios, al mismo tiempo que conseguiría un buen contrato. Así que, en cuestión de ocho años, se convirtió en un gran hombre de negocios, en un conde respetado, con gran poder adquisitivo y una larga lista de contactos.

1

Highlands, Escocia, 1908

Andrew y Evan estaban pasando unos días en casa de su tío. Desde que se mudaron a las tierras de Blackbridge, no habían pasado más de tres semanas sin visitarlo. A veces, Marum se acercaba a ver a sus sobrinos, a pesar de que la dura vida en el campo le había pasado factura y los largos trayectos le cansaban demasiado. Así que, normalmente, eran los sobrinos quienes hacían las visitas.

Se acercaban a Perth, se quedaban con su tío y tenían largas conversaciones frente a la chimenea. En una de las últimas visitas, Andrew y su tío Marum tuvieron una charla acerca del menor de los Bannagan.

—Estoy preocupado por Evan —le dijo Andrew, tocándose la barbilla—. Solo le interesan la lectura, el arte y ayudar a los desfavorecidos. Se dedica a ir a museos, a leer y a escribir, y se pasa todas las tardes en la asociación. Me parece bien que sea tan compasivo, pero... no veo ningún incentivo para labrarse un futuro. Ni siquiera se divierte como los demás jóvenes de su edad. Apenas sale con amigos y tampoco le veo mucho interés en las muchachas...

—Sabes que tu hermano es especial.

—Pero me extraña que con veinte años no se interese por ninguna mujer y que tampoco sepa a qué se quiere dedicar. He visto cómo se les acercan y él... las trata con indiferencia o con una fría amabilidad.

—Es joven. No creo que debamos preocuparnos por él. El que me preocupa eres tú.

—¿Yo? —preguntó Andrew entre divertido y perplejo.

—Tienes veintiocho años y aunque sí te has labrado un futuro, creo que te comprometes demasiado con el trabajo para evitar el afecto.

—Si usted lo dice...— Se encogió de hombros. Marum le echó una mirada mordaz, esperando una respuesta que lo convenciera.

—No sé por qué dices eso... —Suspiró y agitó la cabeza. —Creí que hablábamos de Evan y no de mí.

—Sería más interesante hablar de ti.

—Te recuerdo a Olivie Durtel y a Adeliza...

Últimamente, había estado viendo a una mujer: Olivie Durtel. Una joven casada con un empresario próspero que viajaba por Europa la mayor parte del tiempo. La conoció una noche durante una cena en conmemoración de la apertura de una línea de ferrocarril en el norte de Escocia. Había acudido con su marido, un hombre casi treinta años mayor que ella. La mujer se quedó aislada en una esquina mientras él conversaba con grandes empresarios.

Se conocieron, se gustaron, y charlaron durante horas sobre negocios. Era una mujer inteligente y muy sensual, con el pelo moreno, exótica, de piel bronceada y ojos oscuros. Poseía unos labios gruesos y un cuerpo esbelto y voluptuoso. Al día siguiente, su marido se marchó de

nuevo del país y ella fue a buscar a Andrew al aserradero. Lo encontró hablando con el encargado.

A partir de ese momento, estuvieron casi dos años viéndose. Ella le enseñó los placeres del cuerpo. Tenía gran experiencia y le mostró cada postura y cada caricia para hacer sentir plena a una mujer. Andrew sabía que la señora Durtel no lo amaba y, a decir verdad, él a ella tampoco. Buscaba afecto en ausencia de su marido y Andrew estaba tan a gusto en su compañía que, a regañadientes, aceptó sus condiciones.

Tenían largas y alegres conversaciones donde hablaban sobre mil temas, y en una de ellas dejaron claras sus intenciones, pues sabían que algún día tendrían que dejar de verse. Un día, su marido acabó por enterarse de su relación. Encontró un reloj de Andrew en la habitación y tuvo una acalorada discusión con su esposa. Él decidió perdonarla y volver a casa para estar más tiempo con ella, con la condición de que dejara de serle infiel, así que Andrew y Olivie dejaron de verse.

—Una mujer casada —añadió su tío.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Pues que siempre buscas relaciones complicadas para no comprometerte con nadie. No te veo interesado por casarte ni por formar una familia—. Marum lo sometió a un largo escrutinio, pero Andrew respondió con una sonrisa mordaz y dijo:

—Estoy muy bien como estoy —. Aun así, su tío no se dio por vencido.

—Si quieres que alguien herede tu fortuna, que con tanto esfuerzo has logrado, tendrás que casarte y tener hijos. Además, el título no debería perderse...

—Lo que me propones es que me case por interés. ¿A quién propones? ¿A la hija de un marqués, supongo? O, mejor aún, ¿de un duque?

—No seas absurdo. Sabes de sobra que no me importan los títulos en un matrimonio. Y tampoco creo que te gustase una mujer remilgada como Lady Adeliza.

—Mmm... Te estás equivocando, ella no era tan remilgada, y... ¿a dónde quieres llegar?

—Es preferible que te cases por amor. La excelencia se alcanza con una mujer que te apoye y te ame. Sin embargo, como no te veo muy interesado en ello, por interés también es una opción.

—¿Por qué crees que no estoy interesado en enamorarme?

—Hijo, soy tu tío y te conozco de toda la vida. Cualquier mujer que haya tenido algún tipo de interés por ti que no sea carnal, las has rehuido como si de moscas se tratase.

—Con lady Adeliza, no.

—Si me estás tratando de engañar asegurando que la amabas, no creo que funcione conmigo.

—La quería. No del tipo de amor como el que tu sentías por tu esposa, pero estaba interesado en algo más que una relación carnal. Quería casarme con ella.

—Venga, por favor... Si cuando habló de compromiso poco a poco dejaste de verla y te vino de perlas mudarte aquí para sacártela de encima.

—¡Porque tenía dieciocho años! —exclamó—. Y tampoco es cierto que quisiera sacármela de encima. Yo la quería.

Marum lo miró con ironía.

—No creo que ningún hombre en su sano juicio quiera casarse con dieciocho años —añadió—. Pero de haber continuado con la relación, habría terminado en matrimonio.

—Engáñate. Tú mismo.

—¿Sabes algo de ella? —preguntó Andrew, sintiendo curiosidad, aunque en realidad lo que quería era cambiar de tema de una vez por todas.

—Se ha casado.

No sintió nada, quizá un poco de melancolía.

—¿Podrías darme más detalles?

—Se casó hace dos años con un inglés y se mudó con él a Inglaterra, si no me equivoco, a Southampton. Espera su segundo hijo.

—Me alegro por ella —. Tras una pausa, se armó de valor para añadir—: Y en cuanto al otro tema, cuando esté preparado y encuentre a una mujer que me guste, cambiaré de parecer. Mientras tanto, como estoy, estoy bien. No debes preocuparte por mí.

Evan tenía ya veinte años y vivía con su hermano mayor desde hacía dos años, cuando la mansión terminó de reformarse. El castillo del siglo XVIII tenía grandes ventanales y estaba formado por poco más de treinta mil acres de bosques en una preciosa y espaciosa finca. El lugar disponía de veintidós cómodas habitaciones y suntuosos baños, escaleras de madera tallada, una gran biblioteca con chimenea en la primera planta, una sala de billar y una bodega en el sótano. Una torreta con maravillosas vistas a los campos y jardines coronaba el majestuoso lugar. Además, poseía un invernadero victoriano donde los cultivos de frutas y verduras crecían para abastecerlos durante el año. La sala central de doble altura, situada en la planta baja, era donde tenían lugar las reuniones y cenas.

Hasta que su hermano menor no terminó la escuela, no le permitió que volviera a su lado. Era un chico responsable, aunque indiferente a todo lo que le ocurría a su alrededor. Se había convertido en un bohemio y ese era su estilo de vida. Un chico poco organizado, un alma libre. No le importaba ni se preocupaba por las apariencias; solo le interesaba el conocimiento, la creación artística y el enriquecimiento intelectual. La mayor parte del día se dedicaba a leer y aunque ayudase a su hermano en ciertas actividades, lo tomaba con total parsimonia. Siempre parecía despreocupado; sin embargo, era muy inteligente y sensible ante las injusticias y la pobreza. Tomaba decisiones con seguridad y muchas de las ideas que parecían ser imprudentes al final acababan por obtener su fruto.

Así que, Andrew aprendió a tomar en serio sus ideas. En parte, pensaba que el comportamiento de Evan seguía la moda, pero también sabía que sufría en silencio y recordaba su pasado más de lo que decía.

Había crecido sin padres. La mujer de su tío falleció cuando tan solo tenía ocho años. Estuvo protegido por su hermano. Fue hijo de un conde algo agresivo, alcohólico y poco cariñoso con sus descendientes. Su madre los había obligado a juntarse con los vástagos adinerados de sus amigas con el fin de ascender en el mundo de la aristocracia, pero los chicos se metían con su falta de modales y su familia venida de la nada.

Por todo ello, tenía ese arduo carácter y se veía identificado en mayor o menor medida con los más desfavorecidos. Ambos hermanos se hubiesen quedado solos si no hubiese sido por su tío, que desde un principio los apoyó como si fuesen sus propios hijos. Evan dedicó su infancia a leer y a estudiar sin apenas tener vida social, y por ello había despreciado todo aquel mundo.

2

Andrew estaba concentrado en el despacho de su casa, contestando la correspondencia que se le había acumulado durante las dos últimas semanas, cuando la sirvienta pidió permiso para entrar.

—Perdone, milord. Una mujer ha venido preguntando por usted. Está en la sala principal esperándolo.

—¿Quién...? —preguntó Andrew, levantando la vista del montón de papeles que tenía en el escritorio.

—La señorita Ellen Owen.

Le sonaba aquel nombre, pero no lograba recordar de qué.

—¿No ha dado motivo?

—Dice que es un asunto privado y que debe de tratar directamente con usted.

—Bueno, iremos a ver qué es lo que quiere esa señorita Owen.

Andrew dejó la pluma sobre el escritorio y se dispuso a salir del despacho. Al llegar a la sala principal y ver su rostro, quedó pasmado. La reconoció al instante.

¿Cómo podría olvidar aquellos ojos tristes que una vez vio? Supo que era ella, pues pudo reconocerlos desde la distancia.

Sus ojos recorrieron ligeramente su silueta. Tenía una bella y esbelta figura; era sencilla, pero a la vez que preciosa.

Aquella niña rubia se había convertido en una mujer muy hermosa. Sus rasgos eran similares a los de antaño; no obstante, ahora la madurez había aflorado en ella. El tono rubio de su cabello había oscurecido, y ahora se le veían reflejos cobrizos en su larga melena rubia oscura. Su piel era de color alabastro, tenía las mejillas coloreadas y los labios gruesos en forma de corazón. Su nariz era pequeña, como un botón, y le dieron ganas de acariciar su suave y delicada piel. Sus ojos seguían teniendo esa aura triste, pero eran grandes y hermosos, con diferentes tonalidades de verdes. Sintió una atracción en el fondo de su ser, una necesidad poderosa de conocerla, de saber todo sobre ella.

—Buenos días, milord.

—Muy buenas, señorita Owen.

—He venido sin avisar porque necesitaba hablar con usted sin demora.

—Dígame qué necesita.

Andrew tragó saliva con dificultad y no supo reconocer esa sensación en su garganta. Miró al suelo con disimulo, pues deseaba aplastarla contra su cuerpo y abrazarla, aspirar su aroma y tocar su piel suave. Eso le hizo pensar que hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer y sonrió incrédulo. Ellen siguió hablando:

—No sé si me recordará...

—Claro que la recuerdo.

—¡Ah! ¿sí? —preguntó sorprendida.

—Es la niña que pidió mi ayuda cuando incendiaron su casa. No podría olvidarme de usted. Sus ojos son los mismos de entonces.

—Qué buena memoria tiene —dijo, notando que se ponía colorada. —Yo no lo hubiera reconocido si no fuera porque sé que hace algunos años regresó.

—Es normal que no me recuerde; yo era mayor que usted. ¿En qué puedo ayudarla?

—Supongo que ambos compartimos los malos recuerdos de aquel trágico día... —Miró hacia su derecha y apretó los labios con tristeza.

—Prefiero no recordarlos. ¿En qué puedo ayudarla? —repitió con aspereza. Rememorar aquel día le ponía de mal humor y quería saber cuanto antes el motivo de su visita.

—¿Sabe que los dos asaltantes que quedaron con vida no llegaron a ser juzgados?

—Y me imagino que su visita está relacionada con ellos, ¿o me equivoco?

—No se equivoca —contestó Ellen, esperando que el conde añadiese algo. Sin embargo, él se quedó inmóvil, observándola de una manera que la inquietaba. Entonces, ella continuó:

—Le cuento... Hace unos meses, cuatro delincuentes asaltaron una residencia en las afueras de Londres. No sé si conocerá a la familia Gütten de Suecia— el hombre asintió. —Pues bien, apuñalaron al marido siete veces hasta matarlo y dispararon a la mujer en una pierna.

—Recuerdo el caso. Siga hablando.

—El otro día publicaron en el periódico el suceso y uno de los sospechosos tiene una cicatriz vertical que atraviesa su rostro.

—Muchos hombres tienen cicatrices...

—No como esa.

—Parece convencida.

—Porque lo estoy.

—¿Y cómo puede estar tan segura? —preguntó Andrew, que empezó a ponerse nervioso. Tenía el presentimiento de que la visita de aquella mujer le traería problemas.

—Recuerdo aquella marca como si la hubiese visto hoy. Su forma y cómo atravesaba su mejilla... Deseo ver de nuevo al hombre. Necesito asegurarme de que es él.

—Me acaba de decir que no me habría reconocido. ¿Cómo puede estar tan segura de que, si lo ve, sabrá que es uno de ellos?

—Usted era un niño y ha cambiado. No obstante, ¿cómo podría olvidar al asesino de mi padre? —Al ver el escepticismo en la mirada de Andrew, añadió—: Me arrastró por el suelo agarrándome de los pelos y me encerró en un armario, esperando que muriera quemada. ¿Cómo podría olvidar su rostro?

Andrew, con el ceño fruncido, seguía mirándola confundido, mientras la mujer proseguía:

—Sin embargo, no contaba con que yo escaparía por una puerta secreta que había en el armario. La utilizaba para fugarme de casa y jugar a ser una exploradora de los bosques; algo que mis padres no toleraban. No les gustaba que jugase como si fuera un niño —recordó con una sonrisa melancólica—. Eso me salvó la vida y me permitió buscar ayuda.

Ellen rebuscó en un bolsillo de su abrigo y le mostró algo a Andrew. Era una fotografía. La cogió y se quedó observándola fijamente.

—Sé que es él.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Andrew al contemplar la fotografía y en ese momento supo que no quería volver a cruzarse con ninguno de ellos. Recordar esa parte de su historia, que había intentado olvidar, era doloroso. Incluso había noches en que aún despertaba de terribles

pesadillas, escuchando los gritos desgarradores de sus padres y el sollozo de una niña suplicando por ayuda.

—Se le parece, pero podría ser solo un parecido... La fotografía no es muy nítida —comentó, agitando el recorte del periódico.

—Mire... Están buscando pruebas. Han examinado su huella dactilar, que no sé si sabrá, pero es un método nuevo de identificación utilizado para encontrar a delincuentes. Este procedimiento se está integrando gradualmente en todos los países de Europa para demostrar si una persona estuvo en el lugar del delito, ya que cada individuo tiene una huella única...

—Sé de qué trata la prueba —la interrumpió él.

—Pues han encontrado su huella en el pomo de la puerta de la casa de la última víctima y coincide con las de otro robo. El alguacil dice que coincide con el modus operandi de la masacre que ocurrió en nuestras tierras. Parece ser que son los mismos hombres, milord—. Asintió Ellen.

—Patrañas...

—¿Cómo dice?

—Que no confío en la policía, y menos en sus nuevos métodos de investigación. Nunca han sido eficaces, en cuanto a mí se refiere.

—Ese método lleva años de investigación y ha sido admitido en casi todos los departamentos de policía de Europa. No creo que deba dudar de su validez.

—La he escuchado, pero no pienso cambiar de opinión. Soy bastante escéptico y no confío en esos métodos tan “espléndidos” que utilizan para incriminar a las personas en un asesinato —dijo Andrew con un gesto irónico.

—Entonces, ¿prefiere simplemente señalar con el dedo al culpable y colgarlo en la plaza del pueblo? —la voz de la mujer se elevó, sorprendiéndolo. Sus mejillas se tiñeron ligeramente de rojo—. Usted es un retrógrado —añadió.

Andrew abrió los ojos en una mueca divertida y se mostró confundido ante su acusación. Era evidente que la mujer tenía tanto coraje como carácter.

—Preferiría contar con un cuerpo de seguridad eficiente.

La miró de arriba abajo, en un rápido escaneo, lo que claramente disgustó a Ellen. Ella se cruzó de brazos, adoptando una postura defensiva.

—¿Le parece gracioso lo que le estoy diciendo? —preguntó ella con altivez.

La conversación no estaba transcurriendo como ella esperaba. Aquel hombre no parecía dispuesto a implicarse. Solo desviaba la atención del tema principal hacia asuntos irrelevantes, lejos de lo verdaderamente importante: detener a los asesinos de sus padres.

Todo parecían excusas: que si la policía era incompetente, que si creía que ella estaba equivocada de persona, que si, que si... ¡La estaba irritando sobremanera! Además, ¿por qué tenía que ser tan atractivo? ¿Y por qué tenía esa sonrisa pícara? ¿Y por qué era tan alto? Los hombres no eran tan altos... Las distracciones estaban enfureciéndola aún más.

—¿Viene a mi casa, me acusa de ser un retrógrado y yo no puedo reírme de sus comentarios? No confío en la policía porque la mayoría son una panda de incompetentes.

—Entonces, ¿por qué no se pone usted al mando si puede hacerlo mejor? —replicó Ellen, su ira claramente estaba desbordada. Andrew la miró, sorprendido por su arrebató—. Le recuerdo que sus sueldos son tan bajos que no podrían ni soñar con comprar el reloj que usted lleva en su bolsillo, ni en diez años de trabajo. Y aun así, considero que hacen bastante bien su trabajo para lo poco que se les valoran. Pero claro, siendo usted un gran terrateniente —agitó las manos con énfasis— no entiende de salarios bajos ni de trabajo duro, ya que tiene empleados para todo...

Andrew alzó las cejas, visiblemente molesto. Pero, ¿qué le pasaba a esa mujer? ¿Qué sabría ella del esfuerzo requerido a lo largos de sus años de vida para alcanzar sus logros?

—Usted no sabe nada de mi trabajo, así que le agradecería que se abstuviera de hacer juicios. Y si quiere defender a la policía, está en su derecho, pero sin faltar el respeto. —Se encogió de hombros—. ¿Qué quiere de mí exactamente? ¿Y por qué ha venido, además de para insultarme?

—Creía que había dejado claras mis intenciones —hizo una pausa—. Lo que busco es su ayuda para identificar a los criminales ante esa policía que tanto detesta. Usted es hombre y, además, conde lo que otorga mayor peso a su palabra que a la mía.

—No.

—Me lo temía... ¿Puede decirme por qué?

—Porque eso es agua pasada —hizo una pausa—. En primer lugar, no creo que sean los mismos hombres y, en segundo, no estoy interesado en buscar venganza, como usted pretende.

—Por supuesto que no busco venganza; lo que quiero es justicia. Me gustaría que en el juicio contaran con su testimonio, además del mío. Me he informado, y solo cuentan con la declaración de una mujer a la que consideran en “estado de nervios” después de haber sido atacada por unos hombres. Y esas “pruebas dactilares” no son suficientes para condenarlos. Si quedan en libertad, estarán libres para seguir matando y destrozando familias. ¿Es eso lo que quiere? ¿Que asesinen a más inocentes? —Andrew negó con la cabeza.

—He dicho que no y no pienso cambiar de opinión.

—¿Qué le pasa?

—Que soy un escéptico —respondió con una sonrisa amarga—. Y no tengo tiempo para tonterías. Tengo mis propios negocios, estoy muy ocupado y no quiero problemas ni escándalos. Así que no me interesa.

—¡No puedo creerlo! Si no me ayuda, esos hombres quedarán en libertad. Quién sabe a cuántas familias más podrían hacer daño. ¿De verdad eso no le importa?

—Ese no es mi problema.

—Claro que es su problema. ¡Asesinaron a sus padres frente a usted! No puedo creer que no desee hacerles justicia —replicó ella, indignada.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo y ya casi no lo recuerdo. Y usted parece haberse quedado anclada en el pasado —dijo Andrew con el rostro impasible—. Bueno, creo que ya es hora de terminar esta maldita conversación. Si me disculpa.

—¿De qué tiene miedo?

—¿Perdón...?

—No entiendo su reticencia. ¿Es que es un cobarde o se ha convertido en un estúpido noble arrogante como la mayoría de ellos?

—Disculpe, señorita, pero la arrogante aquí es usted. No creo merecer sus insultos solo porque prefiera no involucrarme en algo que considero agua pasada. Creo que he sido cortés con usted, tanto ahora como en el pasado.

—Se lo agradezco al niño que fue, no al hombre en el que se ha convertido. Seguramente, el hombre de hoy se quedaría mirando mientras la casa arde en llamas—. Esas palabras golpearon su corazón, dejándolo atónito. Con tono amargo, le dijo:

—Está haciendo que pierda la paciencia. Si ha acabado con sus insultos, puede marcharse. —Señaló la puerta.

—Esos hombres seguirán delinquiendo a sus anchas. Asesinaron a sangre fría a sus padres, al mío, a la familia McCoy, a Anderson padre y al señor Louis. Además, se sospecha que pueden

ser culpables de veintitrés asesinatos más... Si no ayuda, la carga de los futuros crímenes recaerá sobre usted.

—Si han cometido tantas atrocidades como dice serán, juzgados de todas formas, y dudo que mi testimonio marque la diferencia. Solo espere y verá cómo encuentran más pruebas —dijo, sacudiendo la cabeza—. Así que, si me permite, vuelvo a mi despacho, ya que esta conversación está consumiendo mi valioso tiempo.

Le hizo una pequeña reverencia y se giró para marcharse.

—Hasta ahora, solo contamos con el testimonio de esa mujer, de tres mujeres que no logran recordar exactamente sus rostros y el de dos hombres que firman que los asaltantes iban enmascarados. Usted los vio y su influencia podría ser decisiva en este caso —dijo Ellen mientras lo seguía.

Andrew se detuvo en seco y la miró con astucia. Qué genio tenía aquella mujer y qué tenacidad... Sin embargo, volvió a sonreír y siguió caminando hacia su despacho.

—Cobarde —lo acusó Ellen.

Intentando escapar de las palabras acusatorias de la mujer, se sintió enfurecido, nervioso y su rostro se enrojeció. Ginni estaba limpiando la barandilla de la escalera y le gritó antes de cerrar la puerta:

—¡Ginni, echa a esta mujer de aquí!

—Tranquilo, ya me voy yo, cobarde—. Ellen lo miraba con indiferencia y superioridad, y con la cabeza erguida, se marchó pegando un portazo.

3

—Perdóneme, milord, yo no sabía...

—¿Qué clase de modales son esos? La próxima vez que alguien pregunte por mí, si no tengo cita, no permitas que pase —dijo Andrew, visiblemente alterado.

—Desde luego. Le pido disculpas de nuevo. No volverá a suceder.

—No te preocupes, Ginni. No es tu culpa —respondió Andrew, ahora más tranquilo, y continuó hablando para sí mismo—. Mujeres, ¿quién las entiende? Siempre quieren que todo se haga a su manera.

—¿A qué vienen esos gritos? —preguntó su tío, descendiendo las escaleras tras escuchar el estruendo de la puerta.

—Vamos al despacho y te lo explico.

Evan también se asomó, lanzando una mirada curiosa desde la parte superior de las escaleras. Al ver la inquietud de Andrew, supo que algo no iba bien. Debería ser algo grave para que su hermano estuviera tan alterado, ya que raramente perdía la calma. Tras reflexionar unos instantes, la tentación fue demasiado grande y, aunque hacía tiempo que no espiaba conversaciones ajenas, en ese momento lo consideró oportuno. Su hermano lo mantenía al margen de todos los problemas, como si no fuera lo suficientemente fuerte y necesitara ser protegido de todo lo que sucediera a su alrededor.

—No estoy para juicios —escuchó a su hermano murmurar—. Tampoco quiero que mi nombre salga en los periódicos. No necesito ningún escándalo, y encima ha tenido el valor de llamarme cobarde. Ah, y de decir que he tenido una vida fácil, como si no me hubiera esforzado, como si todo me hubiera caído del cielo. ¿Quién se cree que es?

—Debes hacer lo que consideres conveniente —dijo Marum—. Pero sabes que llevas años diciendo que, si encontrabas a los culpables, los matarías con tus propias manos.

—Es una manera de hablar... Por supuesto que no los voy a matar con mis propias manos —Andrew soltó un suspiro exasperado.

—Creo que es el momento de que esos hombres paguen por todo lo que han hecho —afirmó Marum con tono persuasivo.

—¿Estás de acuerdo con ella? —resopló Andrew.

—Es el único modo de superarlo.

—Me niego, tío. No, y no. Esos hombres ya no importan. Son agua pasada, y tengo un negocio que llevar adelante, lo cual es más importante que enfrentarme a mis demonios.

De pronto, la puerta se abrió de un golpe y la voz de su hermano resonó con firmeza:

—¿Más importante? —preguntó indignado—. ¿Más importante que defender el honor de tu familia?

—¿Ahora el honor de la familia importa, Evan? Y además, ¿qué haces escuchando detrás de la puerta? Creo que ya tienes edad suficiente para dejar de espiar conversaciones ajenas.

—Estás siendo un maldito egoísta, Andrew. Si nuestro padre y madre estuvieran aquí, no se sentirían orgullosos de tu manera de proceder.

—Si padre y madre estuvieran aquí, no estarían orgullosos, ni lo contrario, porque básicamente nos ignoraban. Nos tenían sin cuidado. Pero claro, tú eras un mocoso para darte cuenta, ¿qué podrías saber?

—No estoy para nada de acuerdo contigo.

—Que te quede claro que el único que se ha preocupado por ti he sido yo. ¿Realmente crees que ellos nos querían? —Andrew sacudía la cabeza con desdén y resoplaba, apoyando los brazos sobre el escritorio y cerrando los puños con fuerza.

—Ellos no estaban pasando por su mejor momento, y no todas las personas tienen tu misma capacidad. Tú no sabes lo que es encontrarte arruinado, ver cómo tus ingresos desaparecen y ser incapaz de sostener a tu familia.

—¿Y tú sí, hipócrita? Como si hubieras sido pobre... Ah, no, porque a ti el dinero te ha caído del cielo sin mover un solo dedo.

—Al menos yo presto atención a lo que ocurre a mi alrededor, vivo en una realidad donde no solo me relaciono con condes y grandes empresarios.

—Basta, chicos. Dejad de discutir —intervino su tío intentando mediar—. La discusión se está yendo de las manos.

—Pues, quizás deberías intentar relacionarte con grandes empresarios en lugar de ser un parásito mantenido —añadió Andrew, fuera de control.

—¡Basta ya! —exclamó Marum, elevando la voz, algo inusual en él.

—Tiene razón esa mujer, eres un cobarde. —Evan se giró y se marchó, cerrando la puerta de un portazo.

—Niño malcriado. Desagradecido. Es muy fácil decir lo que debería hacer, pero, ¿y él qué hace? —gritó Andrew, llevándose las manos a las sienes.

Ambos pasaron una mala noche, dándole vueltas al asunto. Andrew llegó a la conclusión de que quizás se había equivocado. Eran tres contra uno.

Por su parte, Evan estaba indignado. Había sido llamado parásito, pero sería la última vez que lo insultara. Estaba cansado de vivir en ese mundo hipócrita donde solo importaban las apariencias, los modales y el dinero. Un mundo en el que no encajaba.

Si él con un poco de comida, un lugar donde dormir, algunas hojas en blanco y una pluma para escribir se conformaba, esa sería la última noche que pasaría en esa casa. Estaba decidido a marcharse. Seguramente, encontraría un lugar en la iglesia, donde podría dedicarse a tiempo completo a ayudas a los menos afortunados.

Desde hacía tres años, Evan iba dos veces por semana y ayudaba en todas las tareas que fueran necesarias. Invertía la mayor parte de su dinero en los más necesitados. Les servía platos de comida, asistía a la cocinera; sin embargo, lo que más disfrutaba era ayudar al médico a curar a los enfermos. Un día se encontró con un hombre de unos cuarenta años, parecía quedarle horas de vida, pero el médico logró salvarlo y curarlo con técnicas médicas innovadoras que había aprendido en cursos recientes.

El doctor Edward Ness, de unos sesenta años, nunca había dejado de estudiar y compartía diariamente con Evan los nuevos conocimientos adquiridos. Le enseñó métodos de esterilización y desinfección, así como conceptos como la existencia de las bacterias y el funcionamiento del ADN.

Evan mostraba asombro e interés por cada conocimiento adquirido. Le apasionaba el campo

de la medicina y creía que era la manera más eficaz de ayudar a los menos afortunados. Durante los dos últimos años, había contemplado la idea de estudiar Medicina, pero en ese momento no se sentía motivado y había desechado ese frágil pensamiento.

Una mañana, mientras Evan preparaba su maleta, su hermano entró en su habitación:

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Me voy de esta casa.

—¿Y a dónde piensas ir?

—A cualquier lado donde no me vean como un parásito.

—Siéntate. Necesitamos hablar.

—No me voy a sentar. No tengo nada que hablar contigo.

—Por favor.

—Cuanto antes termine de preparar la maleta, antes me iré y antes te librarás de mí.

—Perdóname, Evan.

Era lo que Evan más deseaba oír y, aunque nunca se lo había confesado, sabía que significaba todo para su hermano. Se arrepentía de lo dicho y sabía que si no se disculpaba, su hermano se marcharía sin mirar atrás, lo que le llenaba de un amargo sentimiento.

—¿Qué quieres que te perdone?

—Haberte insultado.

—Tienes razón, soy un parásito. No tienes por qué disculparte. Por eso me voy, a algún lugar donde pueda madurar y no tenga a mi hermano vigilándome las veinticuatro horas del día.

—No creo que seas un parásito. Me alteré, eso es todo.

—Pero lo piensas.

—Tus ideas nos han hecho prosperar. Sin ti, muchos de mis negocios habrían fracasado. Tus ideas progresistas son excelentes; por ejemplo, el proyecto de venta de lanas en el negocio de tío Marum para la fabricación en serie de tartán escocés ha sido un éxito rotundo. No pensábamos que fuera a ser tan rentable, pero tú tenías razón —continuó Andrew—. No creo que seas un parásito, aunque sí un mocoso consentido.

Evan le lanzó una mirada sarcástica y Andrew sonrió.

—No quiero que te vayas a ningún lado. Tú y tío Marum sois mi única familia, y tú, hermano, te necesito aquí, conmigo, a mi lado.

—Quiero estudiar medicina —dijo Evan, provocando que Andrew frunciera el ceño.

—¿Y eso?

—Me gustaría ser médico... —se encogió de hombros.

—Estudia lo que quieras, Evan. Conseguirás todo lo que te propongamos y serás el mejor médico del país; de eso estoy seguro.

Evan se acercó para abrazarlo, y fue correspondido con una breve palmadita en la espalda. A Andrew le costaba expresar sus sentimientos; era un escudo que había construido en su interior. Nunca decía “te quiero” ni daba abrazos, temiendo que, al hacerlo, podría perder a sus seres queridos, como le había pasado con sus padres, su mejor amigo Jacob y su tía. Sin embargo, al decirle que lo necesitaba y que ambos eran lo único que le quedaba, Evan se sintió satisfecho.

—En cuanto a lo de ayer... teníais razón. Me aterra encontrarme de nuevo con esos hombres. Asesinaron a nuestros padres y podrían habernos matado también a nosotros. Pero he decidido haceros caso y testificar; por nosotros, por papá, por mamá y por todas las víctimas —miró un punto vacío, tragó saliva y añadió—: Son gente peligrosa y no sabemos hasta dónde pueden llegar. No me asusta que puedan hacerme daño a mí, mi mayor miedo es que os lo hagan a

vosotros. Sois mi única familia y no podría vivir si os perdiera. Solo quería protegeros, eso era todo.

Evan se sorprendió; era la primera vez que su hermano le confesaba algo tan personal. Admitir que sentía miedo de perderlos fue lo más íntimo que Andrew le había dicho en su vida.

—Estás haciendo lo correcto. Merecen justicia, y los que estamos vivos debemos luchar por ellos.

—Ya... —Andrew suspiró y tragó saliva con dificultad.

—Además, podrían seguir matando y, quien sabe, tal vez seamos nosotros los siguientes. Si siguen libres, algún día podríamos encontrarnos con ellos y...

—Antes los mataría.

—Deja de hacerte el valiente y lucha como se debe, con justicia.

—Qué maduro, mi hermanito —rio entre dientes.

—Te quiero, Andrew. Yo también siento haberte llamado cobarde cuando todos sabemos que no es así. Eres la persona más valiente que conozco y siempre has cuidados de nosotros.

Y Evan lo estrechó entre sus brazos...

4

Los días avanzaban como la pólvora, y Andrew se sentía cada vez más inquieto ante la idea de enfrentar sus miedos. La perspectiva de volver a encontrarse con sus enemigos le causaba gran preocupación; sin embargo, lo que verdaderamente lo atormentaba era el recuerdo de aquella mujer que había aparecido en su casa.

Esa chica, de ojos verdes y de aspecto tierno, parecía un ángel, pero su temperamento era el de una fiera. Esa mujer no tenía pelos en la lengua y mostraba una valentía sin igual al enfrentarse a cualquier desafío con tal de alcanzar sus objetivos. Lo sorprendente para Andrew era cómo aquella aparente niña inocente se había transformado en la mujer astuta que era ahora.

Decidido a obtener respuestas, Andrew comenzó a investigar a los sospechosos. Revisó los artículos en el periódico y recortó la fotografía de uno de ellos. Extendió sus indagaciones a sus conocidos, incluyendo al inspector Bruce McAllan, jefe de policía de la región y su contacto directo en el caso de Londres. Andrew solo confiaba en él, dado que consideraba al resto de la policía como una cuadrilla de incompetentes.

McAllan organizó una reunión en Londres para llevar a cabo una rueda de reconocimiento y concluir el proceso en un solo día, en lugar de hacerlo en días alternos. Serían convocadas todas las partes involucradas en aquel trágico evento del 11 de julio, incluyendo a Ellen, a su madre, a él y a tres familias más que testificarían. Al ver las fotografías de los acusados, Andrew creyó reconocer al hombre de la cicatriz como uno de ellos, pero no logró identificar a los demás.

Esperaba que la rueda de reconocimiento facilitara las cosas; a menudo, hay detalles que las fotografías no capturan pero que son inolvidables en persona.

Andrew también se sentía irresistiblemente atraído por descubrir más sobre aquella hermosa mujer. Su belleza, sutileza, mirada, temperamento y sonrisa eran para él algo extraordinario.

Le resultaba extraño que, a medida que pasaban los días, pensara más en ella, hasta el punto de soñar con su presencia. Normalmente, sus sueños eran pesadillas relacionadas con la muerte y enfermedades, o se veía a sí mismo enfrentando situaciones desesperadas en una mezcla de sueños donde enfermaban sus pocos seres queridos, moría su tía, imaginaba un tiro en la sien de sus padres, se le caían los dientes, se le incendiaba el aserradero o se derruía la mina. Pero esa noche, soñó con ella, con su mirada, con su presencia, mientras se le acercaba con alas como si fuera un ángel y se lo llevaba volando surcando los mares hasta depositarlo en la orilla de una playa. Allí, con el cabello revuelto por el viento, lo besó apasionadamente. Atado de manos, observó cómo ella se despojaba de su túnica blanca, revelando su desnudez: la redondez de sus pechos, la curvatura de sus caderas y su cintura tan suave como la seda...

El canto de un gallo lo despertó de aquel vívido sueño, y tras reflexionar, se preguntó qué le estaba sucediendo. ¿Por qué la presencia de aquella mujer lo perturbaba tanto? Se rió de su propio sueño, considerándolo ridículo, y se avergonzó de sí mismo.

Sin entender del todo la razón de su obsesión, sintió la necesidad imperiosa de buscarla. A

pesar de haber transcurrido dos semanas, aún no le había comunicado su cambio de decisión sobre testificar.

Andrew se preparó para salir, arreglándose meticulosamente antes de desayunar y decidir acercarse a caballo a la casa de la señorita Owen, que se encontraba relativamente cerca de la suya. Le encantaban las excursiones matutinas, su manera de relajarse ante la tensión del día a día, observando las vacas pastar, escuchando el canto de las aves y el murmullo del agua del río, y disfrutando del aroma de la tierra y su hogar. De vez en cuando se encontraba con algún animal salvaje, pero estos solían huir al escuchar algún ruido extraño, evitando cualquier encuentro con humanos. El trayecto duraría aproximadamente una hora.

Tras el incendio que dejó solo brasas y escombros, Ellen se trasladó junto a su madre a una casa acogedora que habían construido cerca de la empresa familiar. De ese modo, estarían más cerca del negocio, ya que después de la muerte de su padre tendrían que hacerse cargo de todo. Las Owen tenían una destilería de whisky bastante importante, cuyas ventas iban bastante bien, tanto en el país como en el extranjero.

Andrew conocía ese licor porque lo había bebido en numerosas ocasiones, aunque no supo hasta ese momento que la actual dueña era la misma niña que en el pasado merodeaba por sus tierras. Cuando llegó a la destilería, la vio y su corazón se detuvo. Estaba tan bella... Llevaba un vestido de gasa color rosa palo con un escote recatado que marcaba su cintura con un lazo. Su pelo estaba hermosamente recogido y llevaba perlas colocadas aquí y allá. Caminaba junto a un hombre, tocándole el pecho cada vez que sonreía y él coqueteaba con ella. Verlos de ese modo le molestó terriblemente. ¿Quién era aquel hombre? ¿Sería su marido? ¿Estaría casada y él no lo sabía? Creyó que no le importaba, aunque en realidad sí que lo hacía, y mucho.

Si estaba comprometida, nadie le había informado de ese *pequeño* detalle. Recordó que Ginni la llamó señorita Owen. Se sentía como si le hubieran lanzado veinte piedras de varias toneladas encima. Reconoció aquel sentimiento como celos, aunque no entendía por qué, si tan solo la había visto una vez en casi quince años. Observó sus manos en busca de una alianza. Sobre los guantes no llevaba ninguna, aunque podría estar bajo ellos.

—Buenos días, señorita Owen —saludó, esperando ser corregido si era señora en lugar de señorita.

—Buenos días, milord. Le presento a mi prometido, el señor Aaron Birscht.

Lo que temía se había cumplido: estaba comprometida. Andrew lo saludó con cordialidad e intentó no mostrar su gran decepción. Un cúmulo de sentimientos irreconocibles lo azotaron. Nunca había sentido aquel sabor amargo y creyó que tenía que haber algún motivo ajeno a los celos.

Maldita sea, si solo la había visto unas cuantas veces en toda su vida. ¿Por qué le importaba tanto que estuviera comprometida? ¿Qué le importaba si se casaba con aquel hombre?

—Encantado de conocerlo —mintió.

—¿Me esperas en el salón? Tengo una conversación pendiente con el conde.

—Debo marcharme. En una hora tengo una reunión importante, pero volveré para la cena. Tu madre ha insistido en que me reúna con vosotras sobre las seis. —Ella asintió y él besó su mano antes de darse la vuelta y marcharse.

Ellen se dio cuenta de que lo miraba con el ceño fruncido; algo le había molestado. Parecía no haberle caído bien su prometido, aunque de ser así no entendía el motivo, pues Aaron se había portado con amabilidad y cortesía.

—Me gustaría pedirle disculpas por lo del otro día. No sé lo que me ocurrió, pero no fue mi

intención insultarlo, perdí los estribos. No suelo ser tan impulsiva... bueno, un poco sí, pero intento controlarme.

—Acepto sus disculpas. Pero puede que tenga razón en creer que la mayoría de nobles somos algo arrogantes e idiotas.

—Yo no lo llamé idiota —exclamó avergonzada. Beinn mostró una leve sonrisa y por sus ojos parecía divertido.

—Le estaba tomando el pelo.

—Sin embargo, tienen fama de arrogantes —lo acusó en tono jocoso.

—Y en eso tiene razón. De todos modos, yo también quería pedirle disculpas por mi actitud. Fui algo grosero. —Ella asintió aceptándolas.

—En mi defensa debo decir que me sacó de mis casillas y le dije lo primero que se me pasó por la cabeza, ya que no esperaba que me negara su ayuda. —Tras observarlo detenidamente siguió diciendo—: Lo que sí creo es que teme enfrentarse a su pasado.

—Y he cambiado de opinión. Voy a declarar, así que me gustaría que comenzáramos de nuevo. —Le ofreció una sonrisa y la sorprendió estrechando su mano.

No era habitual ese gesto hacia una mujer, a menos que fuera por motivos de negocios, y no supo el motivo, pero se sintió decepcionada.

Aun así, el suave y firme apretón y la calidez de su piel al rozar su antebrazo le hicieron sentir algo extraño, una atracción que no había sentido nunca por nadie. Se quedó hipnotizada con la primera sonrisa sincera que había descubierto en él y sintió como un aleteo incesante en su estómago. Con los nervios a flor de piel, solo pudo contestar débilmente:

—Me alegro.

—Me he tomado la libertad de dejarlo todo dispuesto para ir a testificar lo antes posible. Realizaremos una rueda de reconocimiento para ver si reconocemos a alguno de los presentes. Hoy me ha llamado el inspector y hemos quedado el miércoles a las once de la mañana en Londres.

—¿En Londres? —preguntó confusa. Él asintió y ella, con los ojos muy abiertos, añadió—: Londres está muy lejos.

—El caso lo llevan en Londres y tampoco está tan lejos... si viajamos en ferrocarril, en unas pocas horas estaremos en la capital. —Observó que ella dudaba. —O querrá que trasladen a los sospechosos hasta aquí solo para que nosotros testifiquemos.

—Y por todos los demás...

—Tendremos que ir nosotros —sentenció.

Ellen suspiró resignada. Le aturdió pensar que tendría que estar durante horas encerrada en un vagón junto al hombre que tan nerviosa le ponía. Era alto, varonil, rudo y fuerte, nada típico en los hombres con títulos que ella conocía.

Ella había visto dos clases de nobles: los delgados y atléticos que practicaban la esgrima como principal afición; o los barrigudos acostumbrados a comer y a beber y a firmar papeles sentados en el sillón de su escritorio. Sin embargo, reconocía a alguien que hacía ejercicio al aire libre; no tenía el aspecto del típico aristócrata y eso la ponía nerviosa. Media casi uno noventa. Era moreno, de pelo castaño, con pestañas largas y densas y de mirada profunda. Las posturas de su cuerpo le imponían y sus miradas furtivas la desorientaba.

Parecía reservado, pero tenía una bonita sonrisa que seguramente le haría caer a todas las mujeres a sus pies. Su rostro no era del todo serio, tenía un aura juvenil y divertido que le gustaba. Unas arruguitas en los ojos que asomaban cuando sonreía y dos hoyuelos en las

comisuras de su boca que le provocaba ternura.

—Entonces, ¿está prometida?

Ellen se sonrojó y en ese momento sintió que había desnudado su alma. ¿Le habría leído la mente? Tras unos segundos asintió, titubeó y se quitó el guante para enseñarle la alianza de oro y diamantes.

—Muy bonita. —Tragó saliva. —Aunque no parece dichosa ante la idea de casarse. Cualquiera diría que va a enlazar su vida con la persona a la que ama.

—Estoy contenta. —Hizo una mueca divertida para mostrar su alegría.

—Así me convence más —rió.

—Espero que no se lo tome a mal, pero... no creo que sea de su incumbencia los sentimientos que tenga hacia mi prometido y tampoco me importa convencerlo de ello.

—Solo era una observación. No se miran como dos enamorados y tampoco sonríen como dos personas que van a unir su vida para siempre. —Abrió las palmas de las manos en son de paz antes de que ella pudiese defenderse.

—Usted es un sabelotodo y ahora entiende también de miradas y sonrisas.

—Sobre todo de miradas —la recorrió de arriba abajo en un vistazo.

—¿Pretende hacerme sentir incómoda? ¿Le gusta enfadarme? ¿Siempre es tan impertinente? —Se pasó inquieta los dedos por los mechones ondulados de su pelo.

—Un poco —sonrió. Ellen pudo ver que se le volvían a formar nuevamente esas seductoras arruguitas junto a los ojos.

—¿En su tiempo libre le gusta atormentar a las personas? —preguntó ella.

Andrew, incapaz de contenerse, soltó una breve carcajada.

—Tampoco deseo atormentarla, con incomodarla un poquito es suficiente. —Ambos sonrieron.

—Creo que es hora de volver a casa. Muchas gracias por su visita. Nos veremos en Londres.

A pesar de que ella solía tratar con hombres en la destilería, no sabía cómo comunicarse con este que tanto la desconcertaba. No sabía si estrecharle la mano como había hecho él antes o hacerle una breve reverencia... En cambio, Andrew, tomándola por sorpresa, le tomó la mano y se la besó mirándola intensamente a los ojos. Tras ese gesto, añadió:

—¿A qué hora desean que venga?

Aquel beso en la mano le había quemado, traspasando la fina tela, y aún le ardía el punto donde había sentido la caricia de sus labios. Ellen sintió una sensación en la boca del estómago desconocida. No sabía por qué la proximidad de él le afectaba tanto, pero incluso su grave y profunda voz le hacía sentir un calor que le recorría todo el cuerpo.

—¿A qué se refiere?

—Iremos en mi carruaje.

—Ah, no... Vamos cada uno por nuestra cuenta. No se preocupe.

—Vamos juntos, ¿no? ¿Para qué vamos a ir separados si podemos viajar todos en un mismo coche?

—Creo que no es una buena idea.

—Es espacioso y solo vamos cuatro. Hay hueco de sobra para todos. Usted, su prometido y su madre. Las sirvientas tienen otro para ellas, podrían traer las suyas y haríamos más interesante el viaje.

Tras pensarlo unos segundos y soltar un suspiro, al final asintió. Creyó que en compañía de Aaron no habría problemas, ya que ambos mantendrían las distancias.

—¿El martes a las ocho y media, le parece bien? —Ella asintió y él añadió: —Qué tenga un buen día, señorita.

Andrew se dio la vuelta y caminó mirando al suelo pensativo antes de subir a su caballo y volver a casa. Debía dejarla en paz, pues se iba a casar. Tenía que sacársela de la cabeza lo antes posible. No iba a destrozar una relación por un capricho pasajero. Además, sabía que había sido una buena idea invitar a su prometido; de ese modo, perdería el interés en ella.

Ellen se estremeció mientras volvía a casa; su mirada pícara y sus comentarios fuera de lugar la descolocaban, pero al mismo tiempo le gustaban. Dios la iba a castigar por pecadora, o mejor dicho, ella a él por crear semejante ser... sonrió y se mordió el labio inferior. «Para ya, estás prometida y Dios te va a castigar por tus impuros pensamientos».

5

Hacía algunos meses que Ellen había decidido aceptar la propuesta de matrimonio del señor Birscht. En ese momento, apenas lo pensó; sabía que, desde hacía tiempo, Aaron estaba interesado en formalizar la relación. Era un hombre de mediana estatura, poco menos de uno setenta cinco, delgado, rubio y de ojos claros. Su barba le endurecería sus bonitas y delicadas facciones, y aunque no tenía la belleza masculina de Andrew, era agradable y elegante, puesto que estaba acostumbrado a vivir y relacionarse con sus socios de la capital. Era amable con ella y tenían una relación bastante armoniosa y cordial; sin embargo, Ellen no sentía la magia ni el deseo que debía sentir.

En cambio, en unas horas Andrew había trastocado todas sus convicciones y deseaba volver a verlo y sentir su piel sobre la de ella. Quería volver a aspirar su olor... enebro, cítrico, serrín, tierra... Andrew decidió no pensar en ella; necesitaba mantenerse ocupado y se distrajo como pudo en un montón de papeles que tenía pendientes sobre el escritorio. Se cruzó con Yeremi y acabaron conversando sobre algunos asuntos pendientes de la empresa, además de algún problemilla legal. Yeremi acabó preguntándole por Ellen.

—¿Has conseguido verla?

—¿Te refieres a la señorita Owen?

—¿A quién más me puedo referir?

—Está prometida —contestó, y lo miró de reojo por encima de las gafas mientras redactaba algún tipo de documento.

—Vaya... debe de haber sido un duro golpe para ti.

—Prefiero no hablar de ello. Vamos a seguir con la redacción del documento.

—A mí me gustaría hablar de ello.

—¿De qué quieres hablar, Yeremi? —Dejó la pluma sobre el escritorio y levantó la cabeza del documento para fijar su mirada en él —. Hazme el favor y desembucha de una vez.

—Te gusta esa chica.

—¿Y qué más da? ¿No me has escuchado? Está prometida.

—Eso significa que aún no está casada. Tienes tiempo para hacerle cambiar de opinión.

—¿Me crees tan canalla de poner en peligro su relación? —Tras dar una bocanada de aire, continuó—. Entonces no me conoces bien.

—El problema es que te conozco muy bien y sé que esa chica te interesa de verdad.

Andrew soltó una carcajada.

—¿Piensas que quiero comprometerme con ella?

—Pienso que el tener un compromiso nunca ha sido un impedimento para ti, y sigo pensando que realmente te interesa.

—Es una buena chica, del tipo de mujer que es incapaz de traicionar a su pareja. Además, ya tuve suficiente con la anterior, y sabes que siempre me arrepentiré de lo que hice. Si Dios existe,

me enviará directo al infierno por haber estado a punto de romper un matrimonio.

—Ya...

—De todas formas, no me gusta tanto como crees. La vi después de tantos años, y la recordaba como una niña; se ha convertido en una mujer muy guapa, pero no me interesa... Es guapa, pero ya está, eso es todo.

—Claro... —Fingió una risa falsa y lo miró divertido—. ¿Quieres mentir a tu mejor amigo o pretendes engañarte a ti mismo?

—¿Tu mejor amigo? —repitió con sorna. Soltó una carcajada y agitó la cabeza—. Este Yeremi... ¿Y en qué te basas para afirmar que estoy tan interesado en ella?

—Porque, a pesar de que eres la persona más reservada con la que me he cruzado en la vida, no dejas de hablar de ella. Porque te sale una sonrisa estúpida cuando escuchas su nombre. Porque has indagado sobre su vida y, además, tendrías que haber visto tu cara cuando me has dicho que está prometida...

—Yo no he puesto ninguna cara. —Se puso serio.

—Lo que tu digas, Andrew. Mañana, al fin, conoceré a la mujer que te lleva loco.

—Ni se te ocurra decirle nada que me pueda dejar en evidencia.

—¿Por qué crees que haría algo así?

—Porque te conozco y eres un payaso. Además, viene su prometido y su madre, y no me gustaría que pensarán algo que no es.

—¿Va a venir con él? —preguntó sorprendido—. Mira que eres extraño. Aunque si te gustan las parejas liberales, yo no soy quién para oponerme... Siempre podría ojear mientras tú la llevas a la cama, o como el tipo de relaciones que le gustan a tu vecino, de tres en tres.

—Deja de decir estupideces que nos conocemos, y cuando empiezas no callas.

—Es que eres un poco tonto. ¿Cómo invitas a su prometido?

—Claro, le iba a decir: “oiga señorita Owen, venga a Londres. Usted, Yeremi, Jack Mathew y yo, pero solos, eh. No quiero que venga su prometido porque él me molesta en mis planes de conquista.” En fin...

—Acabas de admitir que te interesa.

—Déjame en paz que estoy comenzando a perder la paciencia.

—Es que haces cosas incoherentes. Bueno, igualmente iremos juntos en el carruaje, así que aún puedo hacer de alcahueta. —Yeremi se regocijó.

—Eres un impertinente. ¿Alguna vez te lo han dicho?

—Tú, continuamente. —Yeremi se acercó para darle un abrazo a su amigo, pero lo había irritado lo suficiente como para apartarlo de un empujón.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

Durante la cena, se centró en detallarle los hechos a su hermano. Le contó que se marchaba a Londres esa misma mañana y le dejó una serie de tareas para que él realizara en su ausencia. Le pidió que estuviera pendiente de la serrería y de los contratos que faltaban por firmar. También que vigilase los bosques, especialmente la zona B2, para que no talasen fuera del perímetro estipulado.

Además, debía controlar el área D3 y asegurarse de que estuvieran realizando la correcta forestación de las arboledas, tanto de crecimiento lento como rápido. También debía controlar la construcción de las vías ferroviarias. Los arquitectos e ingenieros se estaban pasando de listos deslizándose el margen de las vías para ocupar más terreno del estipulado en el contrato. Por último, le advirtió que debía echar un vistazo diario a la galería y asegurarse de que todo

marchase bien con los mineros. Andrew confiaba mucho en su hermano y aunque sabía que era poco organizado, cuando se le pedía algo lo hacía con responsabilidad.

En un principio discutieron; Evan quería ir con él a Londres, pero al final reconoció que sería de más ayuda si se quedaba en las tierras. Aun así, le hizo prometer que cuando llegase a casa le contaría todo sin omitir detalle.

Birscht llegó a casa de las Owen sobre las seis menos cuarto. Había tenido un día ajetreado en el que había aprovechado el viaje a las Tierras Altas para reunirse con un proveedor de prendas de abrigo de alta calidad. Su idea era vender sus productos en sus grandes almacenes de Edimburgo. Había firmado el contrato para que su empresa dispusiera de gran variedad de abrigos, bufandas y mantas con los que pasar el invierno.

Durante la cena, Ellen le contó que el conde había cambiado de parecer. Aprovechó para pedirle que la acompañara a Londres en el carruaje de Andrew y, de ese modo, hacer el viaje más ameno aprovechando un solo coche. Birscht le anunció que no podía unirse a ellos, puesto que tenía una reunión importante con unos empresarios franceses que no podía eludir. Ellen le confió que viajaría junto a su madre y los tres hombres y se sorprendió cuando no discrepó a que marchara con aquellos desconocidos.

Cuando los primeros rayos de luz despuntaban en el horizonte, Andrew ya se había vestido con un traje negro, camisa blanca, levita, corbata y abrigo. Se peinó él mismo, en vez de pedir ayuda. Después de varias horas de insomnio, finalmente se hizo casi la hora de partir. El cielo era oscuro y gris, y se asemejaba a su estado de ánimo, donde una lucha interior lo confundía entre lo que debía de hacer y lo que su corazón quería que hiciera. Algo dentro de él le advertía que dejara tranquilo el pasado, pero su mente le aconsejaba afrontar y derribar los muros de su dolor. Creía haber relegado de su mente esa sensación de desamparo que desde hacía años había intentado olvidar, pero que ahora se estaba adueñando de él. Temía cruzarse con los hombres que durante años lo había torturado en sueños con pesadillas llenas de sangre y de dolor. Los hombres que habían condicionado su existencia, creando desconfianza hacia la mayoría de personas de su alrededor.

Estaba inquieto. Bajó a desayunar antes de que lo hicieran los demás y, para amenizar la espera, se acomodó en el sillón del salón y comenzó a leer el periódico. Llevaba guardado en el bolsillo un reloj que le dejó de herencia su padre. Lo sacó, le echó un vistazo y se percató de que era casi la hora. Pronto comenzó a escuchar ajetreo y sonidos de puertas que se cerraban y abrían, y entonces bajaron dos sirvientes.

—Podría haber avisado que madrugaría y le hubiese preparado el desayuno, milord —dijo la sirvienta en tono de disculpa.

—No te preocupes, Ginni. No podía dormir y prefería levantarme y estar un rato en soledad antes de partir. Como ya sabes, nos espera unos días duros.

Ginni nunca había visto tan vulnerable a Beinn y, con cariño, lo animó.

—Les irá bien, milord... Todos estamos con usted y estamos seguros de que ha llegado el momento de que se haga justicia a sus padres. Todo saldrá bien... —Andrew le sonrió con tristeza. —Eran buenas personas y, aunque sufrieron mucho y no supieron enfrentar las adversidades... quiero que sepa que los amaban e hicieron todo lo que pudieron. Estarían muy orgullosos de usted, de lo que va a hacer y de lo que ha logrado en estas tierras.

—Lo sé. Gracias, Ginni. —Ella le apretó el hombro afectuosamente y Andrew tomó su mano con cariño.

Ginni era la única empleada que se permitía mostrarle afecto, ya que lo conocía desde

pequeño. Comenzó a trabajar con sus padres cuando estos la rescataron de un pequeño escándalo, un desliz amoroso cometido en su juventud, por el cual fue discriminada sin piedad. La sociedad le había dado la espalda.

Sin embargo, ellos se compadecieron de ella y le ofrecieron cobijo y trabajo, con condiciones laborales excelentes y un sueldo generoso, poco común en aquel entonces. Ella les tenía un gran cariño y fue testigo del proceso autodestructivo de sus padres. Los conoció cuando aún vivían en la pequeña casa de campo y solo contaban con una sirvienta que se ocupaba tanto de la limpieza como de la cocina.

Tras heredar la mansión y el título, Ginni fue ascendida. Había demostrado su valía y lealtad, hasta aquel horrible día en el que todo cambió. Aquel día, había ido al pueblo a comprar unas especias para rellenar la despensa y, gracias a ello, se salvó de morir en la masacre.

Obviamente, perdió el trabajo, pues Andrew y Evan se mudaron a vivir con su tío. No obstante, gracias a las recomendaciones, encontró rápidamente otro empleo. Cuando Andrew regresó a las tierras, se acordó de ella, la buscó y, sin dudar, Ginni dejó su anterior empleo para volver con ellos.

El cielo era gris, una lluvia fina, fresca y persistente caía hasta los huesos y se podía observar una suave neblina a lo largo del camino. El olor a humedad y a las Tierras Altas de Escocia, donde llovía la mayor parte del tiempo, le gustaba y le transmitía paz. Le evocaba tiempos mejores, y su hogar. Tardó casi una hora en reunirse con Yeremi, pero al salir dirección a la destilería, el sol había vuelto a brillar, sin dejar rastro del oscuro cielo anterior.

Parecía una ironía del destino que la luz emergiera justo cuando en él, el desasosiego y la angustia habían desaparecido para dar paso a una serena atonía. Pensó que en apenas unos minutos volvería a ver su delicada sonrisa y el dolor se desvaneció de él, aun sabiendo que su prometido los acompañaría. Se obligó a no pensar en ella, pero lo que realmente hizo fue no dejar de pensar en ella.

Cuando al fin llegaron a su casa, se apearon del carruaje. La buscó con la mirada y la encontró junto a su madre. Parecía una chica tan dulce, positiva y noble, y al mismo tiempo tenía ese fuerte carácter que le hacía pensar en cómo sería en la intimidad. La imaginó junto a él, amaneciendo a su lado, acariciando su cuerpo desnudo entre sábanas de satén y saboreando el aroma de su piel a flores silvestres.

—Buenos días, milord —interrumpió sus pensamientos.

—Buenos días, señorita —respondió él, tras tragar saliva y reponerse—. Podría dejar los formalismos y llamarme por mi nombre.

—Preferiría no hacerlo.

—Por lo menos, llámeme señor Bannagan, ya que ahora somos amigos —le dirigió una leve sonrisa.

—De acuerdo, lo intentaré —le devolvió la sonrisa. —Señor Bannagan —hizo una reverencia y le dirigió una mirada titubeante. Le costaba horrores mirarlo directamente a los ojos—. Mire, le presento a mi madre, la señora Mary Owen.

—Me alegro de volverla a ver, señora. Aunque me deja mal sabor de boca saber que las dos únicas veces que nos hemos encontrado hayan estado relacionadas con aquel trágico día.

—Tiene razón. Espero volverlo a ver pronto y en mejores circunstancias —respondió ella.

Andrew se quedó callado, le besó la mano y, sin pensarlo, dijo:

—Sería un placer invitarlas un día de estos a comer en mi casa.

—Y estaremos encantadas de recibir su invitación —Beinn asintió y Mary prosiguió—: Le

agradecemos que haya cambiado de parecer y se haya unido a nosotras con el fin de hacerles justicia a nuestros seres queridos.

—Él es Yeremi Barger —dijo al recordar que su amigo estaba tras él—. Un buen amigo y el abogado de la familia.

Hizo un gesto con la mano invitando a Yeremi a que se acercara.

—Viajará con nosotros y ayudará en todo lo referente al trámite legal y judicial. Él nos asesorará durante el proceso.

—Estamos en buenas manos, entonces —contestó Mary, y Yeremi las saludó. La señora Owen subió al carruaje y se acomodó en él.

—¿Y el señor Birscht? —preguntó Andrew, mirando hacia el umbral de la casa—. ¿Debemos esperarlo o hemos de ir a buscarlo?

—No vendrá con nosotros. Tiene una serie de reuniones muy importantes que no podrá eludir —contestó Ellen, manteniendo la vista en el señor Barger.

Yeremi echó una mirada descarada a Andrew, y este le respondió con una advertencia. Ellen se dio cuenta de aquellos pequeños gestos que, aunque pretendían ser prudentes, eran demasiado evidentes. Ella le dirigió una mirada desafiante a Andrew y preguntó recelosa:

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Dígame el motivo de esas miradas.

Andrew quedó fascinado por el descaro de aquella mujer. No conocía a ninguna que fuera tan directa. La mayoría eran tímidas y recatadas, y ninguna de las que conocía se hubiera dirigido a él de ese modo. Así que, quedándose en blanco y sin saber qué decir, comentó lo primero que se le ocurrió, olvidando los modales y la presencia de la dama.

—El señor Barger hoy se ha levantado indispuerto y vamos a tener que hacer algunas paradas para que suavice su malestar estomacal —contestó, dirigiéndose a su amigo con un gesto desafiante.

Yeremi no pudo contenerse más, se tapó la cara y soltó una breve risotada. Ellen se ruborizó por aquel comentario tan inapropiado. ¿Cómo podía ser tan descarado y decir tremenda vulgaridad en su presencia?

—Beinn es igual de fino que un helado de haggis... aunque tiene razón en parte, lo que me duele es la cabeza —dijo, llevándose una mano a la frente. —Espero que durante el viaje se suavice mi malestar.

A Ellen le encantó lo cómodo y elegante que era el coche. El interior estaba tallado en madera y tenía acabados excelentes. La decoración era exquisita y estaba rematada en oro. Los tapices estaban bordados con hermosos y lujosos diseños que no escatimaban en detalles.

Los sirvientes viajaban en otro carruaje similar, aunque de menor tamaño y con decoraciones más humildes, pero igualmente confortable. Ambos eran tirados por dos caballos muy hermosos.

El trayecto hasta la estación duraría aproximadamente tres horas, con las debidas paradas y descansos, y en el camino comenzaron a conversar sobre trivialidades.

Ellen terminó sentada frente a Andrew, a pesar de haber intentado por todos los medios situarse lo más lejos posible de él. Pero Yeremi salió del carruaje en el último momento para hablar con la doncella y, al final, ella acabó frente al hombre que le causaba tanta tensión. Nunca supo si fue intencionado.

Durante el viaje, la conversación derivó hacia temas más profundos. Primero, hablaron de la destilería y cómo la viudedad de la señora Owen había afectado a la empresa. Les explicó cómo

sus clientes tardaron años en tomarlas en serio, ya que era un negocio considerado de hombres.

Muchos intentaron aprovecharse de ellas con mentiras, estratagemas, intentos de fraudes y contiendas, solo por ser mujeres. Incluso algunos hombres intentaron, sin éxito, propasarse con ellas. Pero con constancia y trabajo duro, ambas lograron salir adelante y convertirse en respetadas mujeres de negocios. Con el tiempo, aprendieron a tratar con la mayoría de los hombres.

Le pareció irónico que acabara de compartir esas palabras cuando le costaba tanto mirar a los ojos a Andrew y aún no comprendía el motivo de su actitud. Compartieron algunas anécdotas divertidas que les hicieron reír y por las cuales Andrew las admiró aún más.

Se dirigían hacia la Estación de Ferrocarril de Glasgow y, desde allí, tomarían un vagón privado con destino a Londres. Al llegar a la estación, Ellen se sorprendió por la gran afluencia de personas que se movían por aquel lugar. Había multitud de carruajes y automóviles de los que descendían hombres y mujeres de la alta sociedad.

Las mujeres lucían vestidos modernos y muy elegantes. Los hombres, por su parte, mostraban una variedad que iba desde bigotes bien cuidados hasta rostros recién afeitados, algunos con lentes; aunque la mayoría compartía un aire de similitud, vestidos con trajes oscuros y chisteras.

El contraste entre el oscuro atuendo de los hombres y los vivos colores de los vestidos de las mujeres creaba un hermoso juego visual. Sin embargo, lo que desagradó a Ellen fue el aroma a carbón quemado y sudor; una mezcla de olores penetrantes que impregnaba el ambiente.

Al cruzar el arco que separaba la estación de la calle principal, el panorama cambió. Personas muy elegantes se entremezclaban con la gente común. Los trenes entraban y salían continuamente, sin dejar respiro. Era la primera vez que Ellen veía cómo la clase alta se mezclaba con el resto, y aquella imagen le resultó sorprendente.

Este era su primer viaje fuera de la región, ya que siempre se había trasladado en carruaje o a caballo. Normalmente, sus clientes realizaban los tratos en la misma destilería y nunca había necesitado viajar más de cien kilómetros. Andrew la observaba atentamente, deleitándose con su asombro.

Beinn pagó los billetes de todos los acompañantes y, aunque al principio la señora Owen no estuvo de acuerdo, logró convencerla. Con quien no pudo cambiar de parecer fue con Ellen; ambos acabaron discutiendo acaloradamente en privado, sin que ninguno cediera.

—¿Qué más le da? No se preocupe, ya me invitará usted a una copa, por ejemplo.

—¿A una copa? ¿Me toma el pelo? Una copa no equivale a un viaje en ferrocarril —respondió ella, indignada—. Trabajo para pagar mis propios gastos y, si no pudiera, tengo un prometido que lo haría por mí.

—No dudo que pueda permitírselo y que tenga un prometido que pueda pagárselo, solo que me apetece hacerlo. ¿Que más le da? ¿Tanto le supone? Su madre ha aceptado. Por el amor de Dios, no sea tan orgullosa —dijo él, agitando la cabeza, malhumorado.

—Mi madre es muy blanda y yo no quiero deberle nada.

—No me va a deber nada porque pague un simple viaje. No se preocupe, que no pienso reprochárselo —replicó él, poniendo los ojos en blanco.

—¿Cuánto le ha costado?

—No entiendo su desdén. Ya le pedí disculpas por nuestro primer encuentro.

—¡Que no es desdén! —Andrew comenzó a reír. Definitivamente, no entendía a esa mujer.

—No pienso discutir más con usted y no aceptaré su dinero —contestó él, dándose la vuelta para marcharse, dejándola con la palabra en la boca.

—¡No me dé la espalda!

—¿Se puede saber qué tipo de locura tienes?

—¿Me está tuteando?

—¿Se puede saber qué tipo de locura tiene? ¿Mejor?

—Los nobles son tan orgullosos que quieren pagarlo todo para demostrar su superioridad —atacó ella sin sentido.

—¿Qué problema tiene con la nobleza? ¿Alguno le ha robado? ¿Le han roto el corazón? —preguntó él, agitando la cabeza y encogiéndose de hombros. Ella negó con vergüenza. —He pagado el viaje de todos y ninguno se ha quejado porque no tiene importancia —dijo él con un resoplido de impaciencia.

—Lo siento...

—No voy a extender la mano para que me dé unos míseros billetes. Puede estar tranquila, no pienso pagarle nada más.

Dicho esto, se dio la vuelta para marcharse. Sin embargo, Ellen sacó un puñado de billetes y, para su sorpresa, se los deslizó en el bolsillo.

—No sé cuánto le habrá costado, pero espero que esto sea más que suficiente. Y vea, no ha tenido que extender la mano para recibirlo, yo misma lo he puesto en su bolsillo.

—Maldita cabeza.

El ferrocarril que tomaron con dirección a Londres era excesivamente confortable y disponía de comodidades dignas de un hotel: restaurante, cafetería, sala de descanso y lectura, y baños. Se acomodaron en vagones individuales reservados para los miembros de la primera clase.

Había un coche-cama para las Owen, otro para Andrew, Yeremi y Jack Mathew, y el último para las tres sirvientas. Estas últimas deshacían las maletas de sus señores mientras ellos observaban cada detalle del lugar.

El interior era realmente hermoso, de estilo victoriano y fabricado con madera maciza de materiales nobles, duros y pesados. Como Andrew sabía tanto de madera y de ferrocarriles, les informó acerca de su construcción. La mayoría del esqueleto era de caoba y, en menor medida, de cerezo, peral y arce.

Andrew las reconocía todas y hasta ofreció un discurso explicativo sobre todas las clases de maderas que existían: sus calidades, sus precios y su procedencia. Algunas incluso provenían de la India.

Cada vez que Andrew hablaba sobre madera, Yeremi se burlaba de él, pues estaba ya harto de escuchar siempre la misma historia sobre su afición por la explotación maderera. En cambio, las damas lo escuchaban atentamente, sobre todo Ellen, que prestaba atención a cada palabra que decía y le hacía diversas preguntas al respecto.

Ellen quería recorrer cada vagón y Andrew se ofreció a acompañarla. Mary se quedó para deshacer su equipaje junto a su doncella, y Yeremi tomaba whisky en el salón del restaurante con Jack Mathew. La señorita Owen estaba asombrada por la profundidad y la belleza que escondía un simple ferrocarril.

Todos los vagones gozaban de decoraciones exquisitas: desde preciosas y lujosas lámparas de bronce hasta confortables y sólidos sillones con delicados tapices y botones que marcaban el relleno de aquellos imperiosos tronos. Poseían alfombras con bellos decorados de flores en diferentes tonalidades de rojos y rosas. Todo ello combinaba en perfecta armonía.

Los vagones privados contaban con papel pintado de diseños abstractos y líneas sinuosas de aspecto clásico y de colores pastel. El salón restaurante tenía un aspecto sofisticado con muebles

lujosos y accesorios en oro. Además, sobre el techo colgaba dos enormes lámparas de araña fabricadas en bronce y cristal.

—¿Cómo puede ser que un simple ferrocarril esconda tanta belleza? —le preguntó sorprendida.

—De no ser así, la alta sociedad no aceptaría viajar.

—Mire... dispone incluso de numerosos baños —dijo recorriendo los pasillos—. Es magnífico.

—Parece que ha dedicado demasiado tiempo a trabajar y poco a vivir.

—Tiene razón. Aunque tampoco podría permitirme estos lujos. El dinero que le he dado no da ni para pagar un pasaje, ¿verdad? —preguntó avergonzada y Andrew sonrió.

—En realidad no sé cuánto dinero me ha metido en el bolsillo.

—Pienso dárselo todo. ¿Dígame, cuánto le ha costado?

—¿Piensa seguir discutiendo? Por favor, deje las cosas como están...

Ellen iba a contradecirle, pero Andrew puso su dedo índice sobre sus labios y la mandó callar. La distancia entre ambos era mínima, y ella se sentía como si fuese la Tierra y Andrew, el Sol; lo sentía tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos como la estrella y nuestro planeta, que se atraen y se repelen al mismo tiempo.

Se quedó inmóvil; Andrew la acarició y bajó su mano con delicadeza por su cuello, y en el fuego de la propia tensión del momento, se miraron a los ojos unos cuantos segundos.

—Es mejor que vayamos al salón. Su madre ya habrá terminado con el equipaje y estarán esperándonos para cenar.

—Tiene razón. Vayamos.

Al girarse, rozó su cintura; ella notó el calor de su mano y se apartó con un pequeño sobresalto.

En el restaurante, Yeremi y Mary estaban sentados esperando a los demás, bebían algún tipo de licor y estaban concentrados en una conversación.

Andrew y Ellen se sentaron en los dos sillones y, en silencio, quedaron uno frente al otro. Poco más tarde, apareció Jack Mathew y tomó una silla de la mesa contigua, uniéndose al grupo. Durante la cena, Ellen intentaba fijar la mirada en Yeremi, que estaba junto a Andrew, para así evitar que sus miradas se cruzaran.

Andrew y Jack Mathew cenaron pollo a la lionesa, un plato de origen francés que incluía verduras, huevo y estaba bañado con una sabrosa salsa de vino y cebolla. Yeremi cenó cordero con salsa de menta, mientras Ellen y Mary optaron por una sopa de marisco y cangrejo. Todos disfrutaron de un excelente vino Rioja español que Beinn les recomendó y que a todos les fascinó.

Durante los postres, Mary preguntó cómo había encontrado Andrew el yacimiento de oro que lo enriqueció, y él les explicó cómo sucedió. Relató que, mientras finalizaba el estudio de sus tierras, se enteró de que un propietario en el sur había descubierto una mina de hierro. Decidió invertir parte de los beneficios de la serrería en la búsqueda de minerales, encontrándose con la sorpresa de un pequeño yacimiento de oro. El descubrimiento no lo hizo multimillonario, pero sí le proporcionó grandes beneficios. Con ambos negocios le iba bastante bien y se había hecho un lugar entre la alta burguesía, estableciendo contactos tanto en la nobleza como con los burgueses. Ellen y Mary escucharon la conversación con gran atención.

La charla se desvió hacia el asunto de Londres, donde Yeremi, en su calidad de abogado, les ofreció algunos consejos y pautas a seguir ante los difíciles eventos que se avecinaban. Primero,

deberían declarar y denunciar los hechos, relatando todo lo que recordaran, y más tarde, participarían en una rueda de reconocimiento facial. Les explicó en qué consistiría, las preguntas que les harían y en qué rasgos deberían fijarse. Quizás serían llamados al juicio como testigos, pero eso lo decidiría el juez encargado del caso. Ambas se mostraron nerviosas, mientras que Andrew parecía mantenerse distante de la conversación.

Una vez que hubieron terminado, se marcharon hacia sus respectivos vagones. Andrew, Yeremi y Jack Mathew estuvieron en la habitación hablando un rato mientras bebían whisky. Beinn siempre había tratado a Jack Mathew como a uno de los suyos; había sido un trabajador fiel y tenía un humor negro que a Andrew le gustaba. Se conocían desde hacía años y siempre se habían llevado muy bien.

—Jack Mathew, ¿qué opinas de la señorita Owen? —preguntó Yeremi.

—¿Te refieres a si me gusta para Beinn?

—Sois tediosos. Os voy a mandar a dormir a la sala de máquinas si no me dejáis tranquilo —dijo Andrew, bebiendo otro sorbo.

—Me gusta. Tiene buenas piernas —contestó Jack Mathew con picardía, intentando provocarlo.

—¿Y cuándo le has visto tú las piernas? —preguntó, visiblemente molesto.

—Mira cómo se enfurruña. Es nombrarla y le salen las garras —comentó Yeremi en tono jocoso.

—Esa era mi intención. A ver si se nos casa de una vez. Me gustaría verlo con una legión de vástagos en esa enorme casa tan solitaria —añadió Jack Mathew.

—Podéis seguir soñando con ello —replicó Andrew.

—Acabará casado con ella, ya verás —añadió Yeremi con una sonrisa.

—Cuando se case, seguramente le desaparezca ese mal genio que tiene. ¿No has visto cómo se comporta cuando está con ella?

—Jack Mathew, sigue por ahí y puede que mañana acabes sin trabajo —le advirtió Andrew con una sonrisa sardónica.

—Se pone tierno como un oso de peluche —bromeó Yeremi, fingiendo hacer pucheritos y divirtiéndose a costa de Andrew.

Andrew le lanzó un zapato a Yeremi, quien lo esquivó con agilidad.

—Me voy a dar una vuelta. Continúa con la diversión sin mí.

Se levantó del sillón y dejó el vaso de whisky sin terminar sobre la mesa. Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí, sobresaltándose al darse cuenta de que ella estaba a solo medio metro de distancia.

Sola, nerviosa y terriblemente hermosa...

Llevaba una bata blanca y el cabello suelto. Su pelo caía en perfectos tirabuzones dorados como los de una diosa griega. Le recordó a Perséfone y pensó que si seguía el sendero hacia ella, acabarían juntos en el inframundo.

—Buenas noches, señorita. ¿A dónde va tan tarde?

—Qué vergüenza que me vea así... Estaba nerviosa en la habitación y... necesitaba salir a tomar un poco el aire.

—No tiene por qué disculparse, está usted bella y, es normal sentirse así en lugares cerrados. Yo me siento igual.

—Gracias.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Ella asintió. —¿Por qué está nerviosa? ¿Le preocupa lo de

Londres?

—Quizá lo acusé de cobarde y de tener miedo, pero ahora se le ve bastante tranquilo y, por el contrario, soy yo la que está muerta de miedo. Estoy tan aterrorizada, Andrew... —le confesó de manera precipitada y sin pensar.

Beinn se sorprendió de que lo hubiera llamado por su nombre de pila y, aunque ella no se dio cuenta de su error, a él le gustó esa cercanía. Se acercó a ella en dos pasos, tomó su mano y la acarició. Ellen tomó aire y su respiración comenzó a acelerarse; aun así, no pudo apartarse de él. Lo necesitaba así, tan cerca, calmando su congoja.

—Hay quienes saben esconder mejor sus sentimientos, aparentando frialdad, y hay quienes los exteriorizan más. Nos vamos a enfrentar a las personas que condicionaron nuestras vidas. Asesinaron a nuestros padres, Ellen. No pienses que no tengo miedo; es normal temerles.

Él solo llevaba la camisa, el pantalón y los zapatos. No llevaba corbata, ni chaleco, ni chaqueta. Cualquiera que los viera aseguraría su falta de decoro, con ropa nada apropiada para que un hombre estuviera frente a una mujer.

Además, pensó que si Birscht los viera en ese momento, podría enfadarse y con razón. Tenía desabrochado el primer botón de la camisa y las mangas remangadas. Ellen no podía apartar la mirada de aquellas manos y antebrazos, mientras él le acariciaba las palmas de las manos.

Se contenía de mirar su cuello. Sabía que, si lo hacía, perdería totalmente la razón. Era una sensación muy erótica y ella jamás había sentido algo así. No podía evitar querer tenerlo más cerca de ella.

Para él también eran desconocidas esas sensaciones. Ellen parecía una mujer sorprendentemente fuerte y con mucho carácter, aunque al mismo tiempo era tierna e inocente. Esa chica compartía los mismos miedos que él y habían sobrevivido al tormentoso pasado que tenían en común.

Y por si fuese poco, era tan espectacularmente bella, con esa mirada, esos labios, esa figura tan esbelta que lo volvía loco. Sabía que no podía tener más de ella; estaba prometida, pero solo un abrazo sería suficiente para él. Aunque en el fondo sabía que no sería así la necesitaba al completo; en cuerpo y alma.

Andrew no pudo evitar abrazarla, y ella correspondió, agarrando con fuerza su espalda. Emanaba aquel perfume masculino que desde el primer día la había enloquecido. Él besó su cabello y entonces ella reaccionó, mirándolo a los ojos, con su boca a tan solo diez centímetros de la suya. Él le susurró:

—Será mejor que me vaya a mi habitación.

—Tienes razón —se apartó de él, desconcertada—. Hasta mañana.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Adiós.

—Adiós.

Ella se dio la vuelta y comenzó a marcharse a paso rápido. Él, confuso, se apoyó en la pared, observando cómo se alejaba por el traqueteo del pasillo. Andrew no quiso entrar a su dormitorio hasta aclarar sus ideas, o al menos hasta asegurarse de que Yeremi y Jack Mathew estuvieran dormidos; no estaba de humor para que lo atormentaran.

Por la mañana, Andrew fue el último en despertar. Yeremi y Jack Mathew prefirieron no molestarlo, pensando que habría algún motivo de peso para su insomnio, ya que él era un hombre bastante madrugador. Lo esperaron en el restaurante hasta que finalmente se dignó a entrar en la

sala.

Ambos estaban sentados uno frente al otro, junto a las dos mujeres. Solo quedaba un hueco en el extremo, en la cabecera de la mesa, y se sentó tímidamente en el lugar que le habían dejado junto a la señora Owen y Ellen.

Aquello lo puso nervioso. No quería hablar con ella; sería incómodo para ambos. Necesitaba tiempo para aclarar su mente, aunque no tuvo más remedio que saludar por cortesía.

—Señoras —hizo una breve reverencia—. ¿Cómo han dormido?

—Muy bien, gracias —respondió la señora Owen.

Ellen asintió a lo que dijo su madre.

—¿Y a nosotros no nos preguntas? —inquirió Yeremi

—Vosotros habéis dormido plácidamente, no hace falta que os pregunte.

—¿Y te has percatado de nuestra calidad del sueño a falta del tuyo? —Andrew le dirigió una mirada amenazante que Yeremi comprendió perfectamente. Una sola mirada suya bastaba para entenderlo.

—Las camas son muy confortables. Para mí ha sido como dormir en casa —añadió Mary.

Ellen no levantó la mirada de su té hasta que se acercó el camarero. Ella también había pasado una mala noche y se preguntaba si el motivo del insomnio de Andrew sería similar al suyo. Pidieron tostadas con quesos y fiambres, cereales, frutas y, para beber, té y café. Jack Mathew, que siempre tenía buen apetito, optó por un desayuno consistente en un plato de bacón, huevos y salchichas.

Jack Mathew y Yeremi discutían sobre la seguridad de los ferrocarriles. Desde la invención de la locomotora, habían ocurrido algunos accidentes ferroviarios, lo que les hacía desconfiar de este medio de transporte. Debatían acerca de los nuevos sistemas de seguridad implementados en las estaciones: Yeremi los consideraba insuficientes, mientras que Jack Mathew los defendía como más seguros que viajar en automóvil o a caballo.

Mary los escuchaba atentamente, pero no pudo evitar pensar en un accidente a bordo de aquella máquina, lo que le provocó un escalofrío. Ellen miraba de reojo a Andrew, quien desayunaba en silencio, escuchando y observando fijamente a los dos hombres sin intervenir en la conversación.

—Andrew, defiende mi postura. Tú piensas como yo —exclamó Yeremi.

—No estoy de humor. Quizá en otra ocasión.

—¿Qué sucede, Beinn? Debe haber un motivo importante para que no intervengas en esta conversación. Te fascina opinar sobre seguridad y nunca te he visto dejar pasar la oportunidad de pelear conmigo —lo animó Jack Mathew.

—Me duele la cabeza —se quejó Andrew.

—Ya falta poco para llegar a Londres. Si sigue sintiéndose mal, podríamos llamar a un médico en cuanto lleguemos —sugirió Mary.

—Solo necesito dormir un poco. En cuanto acabemos de desayunar, volveré a la habitación a descansar. Se me pasará, no se preocupe.

—Quizá el señor Barger le haya contagiado su dolencia —comentó Ellen.

Andrew la miró, intentando comprender sus palabras y el tono irónico de ellas.

—¿No se levantó él también ayer con dolor de cabeza, igual que usted? —preguntó Ellen, y entonces Yeremi y Andrew entendieron el motivo de su tono sarcástico.

—No me ha contagiado ninguna enfermedad. Es solo un pequeño malestar, pero no hay motivo para preocuparse —aseguró Andrew.

Una vez terminaron de desayunar, Andrew no tardó en volver a su coche-cama y recostarse. Quería evitar a Ellen. Si la evitaba durante lo que quedaba de trayecto, solo estaría cerca de ella un rato más, una vez llegaran al andén. Luego irían al hotel y no tendría que verla hasta que fueran a la comisaría de policía.

No estarían juntos más que un par de horas, pero recordó que aún le quedaba el viaje de vuelta en ferrocarril. De cualquier manera, debía mantener las distancias, aunque no sabía si sería capaz de hacerlo.

Ella se casaría con el señor Birscht y después no se volverían a ver jamás. Ellen le estaba haciendo sentir cosas inexplicables que no le gustaban en absoluto. Tenía miedo de que sus amigos pudieran tener razón. Por lo tanto, lo mejor sería mantenerse alejado de ella.

De vuelta al hotel, Beinn conversaba amablemente con Mary, Yeremi y Jack Mathew. También habló con las sirvientas y les preguntó sus opiniones acerca del viaje. Ellen se molestó puesto que la estaba ignorando. En el fondo sabía que era lo mejor; se iba a casar con Aaron y no quería complicar las cosas, aun así, no pudo evitar sentirse dolida porque la estuviese ignorando.

El interior del Hotel England Home era del estilo Luis XVI y tenía un bonito concepto romántico. No poseía la apariencia ostentosa del ferrocarril; sus decorados eran sencillos y poco recargados, aunque no por ello menos bellos.

Su decoración estaba basada en formas geométricas y destacaban los tonos pálidos y pasteles: desde rosas, azules y cremas hasta grises, blancos y dorados —este último en menor medida—. En el recibidor, había una gran escalinata en forma de caracol sujeta con unas bonitas columnas talladas y desde ahí se accedía a las habitaciones.

El hotel disponía de restaurantes, gimnasio, piscina, servicio de barbería y peluquería, entre otros muchos servicios más. Las habitaciones eran refinadas, confortables, con decorados poco recargados y sin demasiados elementos decorativos. Estaban acondicionadas con cortinas en tonos rosados o azules inspiradas en la naturaleza.

Las habitaciones disponían de camas de estilo francés, sofá, chimenea, calefacción, mesa de estudio y sillas confortables. Además, tenían baños privados que incluían bañera y agua corriente. Cada habitación tenía decorados únicos, con tapices, pinturas y juegos de camas y, aunque eran diferentes, al mismo tiempo eran del mismo estilo y similares entre sí. El restaurante ofrecía cena y baile con una banda de cuatro piezas. Todo un lujo de hotel.

Antes de marcharse cada uno a su respectiva habitación, se acercaron a recepción para recibir las llaves. Como de costumbre, Andrew le explicaba a Mary los tipos de maderas que se habían usado para la construcción del hotel: desde hayas, nogales, abetos y robles hasta, en menor medida, caobas.

Con la llave de la habitación en las manos, observó a Ellen mirar asombrada a todas partes y no pudo contenerse más. Se acercó y le preguntó si le gustaba el hotel, pero ahora ella estaba bastante molesta como para hacer como si no pasara nada. Le contestó con una seca afirmación y se alejó de él. Después, cada uno se dirigió hacia su dormitorio donde se relajaron y acomodaron sus maletas y pertenencias.

Por la tarde, tanto Jack Mathew como Yeremi lograron flirtear con dos bellas mujeres y estas los invitaron para que las acompañasen durante la cena. Andrew no tenía ganas de seguir la juerga de estos y prefirió quedarse cenando en su habitación. Avisó al servicio de habitaciones para que le subiesen la cena; no tenía ganas de exponerse a la compañía de la señorita Owen. Andrew estaba tratando de evitar por todos los medios a Ellen.

Andrew y Yeremi se disculparon con Mary y solicitaron permiso para cenar por separado. Les

contaron que Yeremi y Jack Mathew habían conocido a dos chicas y querían acompañarlas durante la cena. La señora Owen les respondió que no se preocuparan, que tenían total libertad, ya que eran jóvenes y tenían derecho a divertirse y a no desaprovechar la oportunidad de conocer a personas interesantes.

—A nosotras también nos vendrá muy bien estar solas. Debemos prepararnos para mañana y preferimos hablar de ciertos asuntos en la intimidad —contestó Mary.

—Aun así, tenemos que desayunar juntos. Hay que finiquitar algunos puntos antes de ir al hablar con el policía —añadió Yeremi.

—Estaremos en el salón sin falta a primera hora de la mañana. No se preocupen por ello.

—¿Seguro que no les importa? Aún podemos cambiar de planes —insistió Yeremi.

—¿Y si son su media naranja? ¿Van a desaprovechar la oportunidad de cenar con dos mujeres bellas y solteras para terminar haciéndolo con una viuda y su hija prometida? —rio—. Lo digo de corazón, no me importa, de veras.

—Ellas son solteras, pero seguro que sus conversaciones son más interesantes y divertidas. Sin embargo, si alguna vez cambia de opinión acerca de su viudedad, solo hágamelo saber y correré de vuelta hacia usted —bromeó guiñándole un ojo y se despidió besando su mano.

—Qué zalamero —rio Mary.

—Nos vemos por la mañana, entonces.

Andrew, que se había mantenido al margen de la conversación, al final no pudo evitar agitar la cabeza y poner los ojos en blanco. Le hacía gracia la actitud que tenía Yeremi con las mujeres; no perdía la oportunidad de coquetear con todas las que se cruzaban en su camino.

—Hasta mañana, señora. Que tengan buena noche —Beinn se despidió antes de girarse y marcharse.

Cuando Mary le contó a su hija que no cenarían con ellas, Ellen se molestó, no tanto por el hecho de que no cenaran con ellas, sino porque le molestaba pensar que iban a estar con otras mujeres. No creía que Andrew se quedara en su habitación cenando solo mientras los otros dos tenían una cita. Se sentía enfurecida con él. Si quería irse con una mujer, que se fuera; él era libre y podía hacer lo que quisiera, y además, ella estaba prometida. Tenía que dejar de comportarse como si estuviera celosa.

¿Por qué se sentía así? Por el amor de Dios, lo había visto unas pocas veces y apenas lo conocía. ¿Por qué esa atracción? ¿Por qué le gustaba su olor? ¿Y su físico? Luego estaba esa forma de ser tan diferente a como creía en un principio. Un conde que parecía uno más. Un conde atractivo y fuerte. Un conde con mirada pícara. Un conde algo intransigente, observador, rudo, pero también tierno y juvenil. Un conde que hablaba con pasión de su trabajo y con respeto hacia sus trabajadores. Un conde que vivía en la realidad.

Tenía ganas de meterse en la cama, llorar y no salir de allí en toda la noche. Ellen mantuvo la compostura como pudo; no quería demostrar a su madre que estaba molesta. La interrogaría y entonces no sabría qué explicación darle. Si su amiga Johanna estuviera con ella, podría ayudarla a aclarar los sentimientos que la estaban consumiendo.

Durante la cena, Mary llevaba un vestido color crema que enmarcaba su cintura. Era de manga corta estilo globo y tenía bonitos bordados en tonos oscuros. Llevaba a juego unos zapatos de punta en el mismo color que los adornos.

Ellen siempre guardaba sus dos mejores galas para eventos elegantes y esa noche se dispuso a ponerse el vestido de seda en tonos púrpura. Era algo escotado, ceñido a la cintura y realzaba sus pechos. La falda delineaba su figura y caía con sencillez.

Era un vestido que había cobrado popularidad entre la alta burguesía. Estaba adornado con encajes discretos y algunos destellos en tonos similares al vestido, que aportaban color y armonía al conjunto. Se calzó unos zapatos color crema que armonizaban a la perfección y ambas lucían guantes largos y el cabello recogido.

Ellen se esmeró en lucir lo más hermosa posible para incomodar a Andrew cuando lo viera cenando con aquellas mujeres. Por la noche, se sentó junto a su madre y los buscó con la mirada. Reconoció a Yeremi y Jack Mathew sentados en una mesa junto a dos mujeres muy atractivas. Se tranquilizó al ver que Andrew no estaba entre ellos, lo que demostraba que no le había mentido y que podría ser verdad que cenaba solo. Sin embargo, en el fondo, se sintió decepcionada por no poder mostrarle lo hermosa que se había puesto para él.

La señorita Owen pidió una sopa de verduras para cenar, ya que no tenía mucho apetito, y su madre pidió un plato de pescado con mayonesa de salmón y puré de patatas. Para beber, optaron por agua y como postre, eligieron un pastel de merengue de manzana. Mientras cenaban, escuchaban embelesadas a la banda y no notaron la presencia de los hombres hasta que Yeremi y Jack Mathew se acercaron a la mesa para saludar.

—Buenas noches, señora y señorita Owen.

—Buenas noches, señores —contestaron ambas al unísono.

—¿Están disfrutando de la cena?

—La comida es excelente.

—Les hemos comentado a nuestras acompañantes que habíamos venido con ustedes y nos han exigido que les invitemos a unirse a nosotros para el postre. ¿Serían tan amables de aceptar?

—Una vez terminemos, nos acercaremos a presentarnos. Aunque agradezco la invitación, tendré que declinarla, ya que me he comprometido con una amiga de la juventud a la que me he reencontrado aquí después de casi veinte años sin vernos. Ella se mudó a Londres y habíamos perdido el contacto. Pasaré un rato en su compañía cuando los caballeros se retiren a la sala de fumadores —respondió la señora Owen

—Vaya, qué lástima... ¿Y usted, señorita? —preguntó dirigiéndose a Ellen.

—Estoy cansada. Tras el postre, me retiraré a mi habitación. No se preocupen por nosotras y disfruten de la velada —contestó Ellen, añadiendo una sonrisa.

—Bueno, como deseen. Si cambian de opinión, ya saben dónde encontrarnos —dijeron ambos, haciendo una reverencia. Sin embargo, Ellen no pudo resistirse y preguntó:

—Lord Beinn le aseguró a mi madre que cenaría solo. ¿No ha decidido aún bajar?

Yeremi estaba a punto de confirmar que, efectivamente, se había quedado solo en la habitación, pero Jack Mathew lo interrumpió. Consciente de que los celos habían motivado la pregunta de Ellen, vio la oportunidad perfecta para provocarla.

—El señor Bannagan ha preferido cenar en su habitación acompañado —dijo con una sonrisa.

—¿Acompañado... de quién? —preguntó ella, visiblemente molesta.

—No sería apropiado revelar la naturaleza de su compañía, aunque puede que ya se lo imagine. Se lo comento en confianza; ya conoce su carácter y se molestaría si supiera de nuestra indiscreción —comentó Jack, mientras Yeremi contenía la risa.

—Disculpen, debemos regresar con nuestras acompañantes —se despidieron y volvieron a su mesa.

El apetito de Ellen desapareció por completo y dejó el postre intacto. Apenas probó una cucharadita del merengue de manzana, a pesar de haberlo esperado con ilusión.

—Andrew podría despedirte por esto, ¿sabes? —bromeó Yeremi.

—O quizás terminen juntos.

—O ella, despechada, se alejará de él.

—No, correrá a sus brazos, verás. Los celos son un poderoso motivador.

Poco después, las Owen se acercaron a la mesa de los caballeros y saludaron brevemente a las dos damas, pero no tardaron en dejarlos solos de nuevo. Mary se dirigió a la mesa de su amiga, mientras Ellen se encaminó a su habitación, cumpliendo lo que había dicho. Se sentía como el tren en el que había viajado: agitada, nerviosa y echando humo por la nariz, sin otro destino que el ya marcado. No dejaba de pasearse de un lado a otro del salón, incrédula ante la posibilidad de que Andrew estuviera con otra mujer.

Intentó calmarse recordando que estaba comprometida, que se casaría pronto y que no debería importarle con quién se viera Andrew. Que él hiciera lo que quisiera, era lo mejor para ambos.

Se sentó en el sillón y retomó la lectura de “El despertar” de Kate Chopin, un libro prestado por Johanna, que a su vez lo había recibido de una amiga americana. La naturaleza indómita de la protagonista y su comportamiento liberal hacían de la novela una lectura escandalosa, pero fascinante desde la primera página. Se devoraba cada página y le costaba dejar de hacerlo, aunque esa noche, Ellen no lograba concentrarse y apenas podía seguir dos frases seguidas.

Dejó el libro sobre la mesa, se levantó y comenzó a caminar de un extremo a otro del salón, presa de una inquietud que no conseguía aplacar. En un impulso, decidió averiguar qué estaba haciendo Andrew. Salió de la habitación con un vaso en la mano y la llave en el bolsito.

6

No sabía si sus actos traerían consecuencias, pero lo que no podía hacer era esperar toda una noche para conocer los hechos acaecidos con aquella mujer. Así que suspiró y avanzó con sigilo hasta llegar a la puerta y llevar a cabo aquel atentado contra su integridad. Colocó el vaso apoyado en la madera y posó su oído sobre el objeto con el fin de oír algo.

No escuchó nada, ni siquiera un mísero sonido. Posiblemente estuviese desvariando. Lo que estaba haciendo no era normal, pero necesitaba saber qué clase de hombre era Andrew y si estaba teniendo una aventura con una mujer. «Su Andrew», pensó. «Maldita sea».

Menos mal que nadie más que ella conocía sus sentimientos. Y Dios, que la estaría acusando con el dedo desde el cielo. Volvió a colocar el vaso en otro punto distinto y posó de nuevo el oído. Se concentró en escuchar, pero no oía nada, hasta que de pronto, una voz grave y calmada a su espalda la sobresaltó. La reconoció al instante.

—¿Qué hace...? —preguntó Andrew, pasmado.

El vaso cayó al suelo y ella quedó paralizada. Aquella preciosa y delicada moqueta logró amortiguar el golpe del objeto que no se quebró. Ellen se dio la vuelta e intentó excusarse, a pesar de que no había manera de dar una explicación convincente sobre aquella vergonzante situación. Él llevaba un esmoquin elegante color oscuro y una camisa blanca. Parecía haberse vestido de prisa.

—¿Qué pretende escuchar? ¿Cómo ronco, quizá? —Andrew le sonrió. Ellen se había ruborizado, sus mejillas se habían sonrojado y seguía sin mediar palabra. Él pudo observar cómo sus piernas temblaban y dijo:

—Si me deja abrir, quizá podamos entrar.

—Discúlpeme, yo ya me iba —se apartó de la puerta en un titubeante y Andrew pasó por su lado para meter la llave en la cerradura. Su olor la hipnotizó del todo, si cabía.

—La invito a tomar algo —le dijo sin mirarla—. Vi a su madre en muy buena compañía. Seguramente se quedará con su amiga un par de horas más hasta que al fin regrese a la habitación. Entre conmigo, solo como amigos. Le prometo que mi compañía le será agradable.

—Sería inapropiado.

—Nadie se enterará si vuelve a su dormitorio en una hora. Solo una charla y una copa, por favor.

Lo pensó un instante y asintió; quería estar con él, lo deseaba. Deseaba esa charla y esa copa. Y tampoco creía que fuese tan grave, aunque fuese inapropiado. Solo en calidad de amigos. Nadie se enteraría.

—Acepto, con una condición.

—Diga.

—Que no me pregunte qué hacía escuchando tras la puerta. —Andrew soltó una risotada y asintió.

—Lo prometo.

Ambos estuvieron hablando de todo y de nada. Multitud de temas salían a la luz como si fuesen amigos de toda la vida, mientras ambos bebían de su copa de whisky.

—Este whisky es de la competencia. Debería molestarme por ello —bromeó, fingiendo una mirada fulminante.

—El suyo me gusta más —sonrió—. Pero era el único aceptable que tenían. Tendrá que ampliar su cartera de clientes.

Tenían más en común de lo que ambos creían. Se contaron muchas cosas, hablaron sobre la infancia y eso los hizo sentirse más cercanos. Andrew le recordó la primera vez que coincidieron cuando ella correteaba por sus tierras como si fuese un cabritillo, pero ella no lo recordaba.

—Yo no recuerdo que saltara de ese modo.

—Pues yo sí, y le aseguro que es cierto. Irrumpía en mis terrenos como una salvaje; incluso una vez la escuché cantar... y lo hacía fatal —se rio a su costa.

—Eso no es cierto.

—Desde luego que es cierto —le dijo con una sonrisa mientras bebía otro sorbo de la copa.

—Si es así, aclárame ese punto. ¿Qué canción cantaba?

—¿Cree que la recuerdo? Si no se le entendía ni una frase. Sonaba como algo así... —Y tarareó la melodía.

—Vaya, sí, la recuerdo. Es una canción de mi infancia —dijo y se puso una mano en la cara como si estuviera avergonzada—. Es la de la señora McLean.

—Era encantadora. Un pequeño diablillo con aspecto angelical —le sonrió—. Cántela —propuso, pero ella se negó—. Venga, por favor... Una estrofa solo. Se lo suplico —le hizo una mueca.

—Está bien... —Cambió de posición en su asiento y dijo—: Pero le advierto que ahora canto mucho peor que entonces —rio.

La Sra. McLean un niño tenía

Y amamantarlo no sabía.

Me lo dio a mí

Algo de té le di,

Y su barriguita reventó así.

Sus manos se posaron en su barriga y simuló un estallido. Beinn soltó una carcajada divertida.

—Pues ahora canta de maravilla. ¿Ha cogido experiencia?

—Desde luego que no —rio con él.

—La canción es muy buena.

—No opino igual —siguió riendo—. Es una canción infantil y la mayoría de ellas no tienen letras muy trabajadas —alzó los hombros—. ¿No conocía la nana?

—No. En mi casa no eran de cantar canciones infantiles, más bien eran de gritarme si no hacía algo bien o de sacudirme con la zapatilla.

—¿Tampoco cuentos? —Andrew negó con la cabeza.

—Me hacían desayunos copiosos todos los fines de semana. Si me habla de dulces, conozco muchos.

Ambos rieron y compartieron sus preocupaciones y alegrías. Ellen le contó cómo acabó comprometida con el señor Birscht y le confesó que no estaba completamente segura de la

decisión de casarse. Aunque no le manifestó que no lo amara, Andrew lo entendió así. También hablaron sobre música, y Beinn le dijo que tenía un gramófono en casa que reproducía casi todas las melodías que quisiera. A ella le sorprendió, pues había escuchado hablar de él, aunque nunca lo había visto ninguno. Andrew le prometió que se lo enseñaría en cuanto llegasen a Escocia. Sin apenas darse cuenta, habían pasado casi tres horas juntos. Ellen se apresuró a despedirse, sin dejar de pensar en lo preocupada que estaría su madre ante su ausencia. Antes de marcharse, Andrew besó su mejilla, y Ellen salió por la puerta tocándose el punto donde aún quedaba la huella de aquel tierno beso. La cercanía de aquel hombre la hacía estremecerse y había estado tan a gusto a su lado que no podía contener la emoción.

Su madre estaba acostada, pero despierta, y no parecía estar demasiado preocupada. La señora Owen le dijo que había supuesto que estaría con Beinn y le aseguró que no se lo contaría a nadie, pues confiaba en ella. Resultó que Andrew había bajado al restaurante a buscarla y que por eso supuso que estarían juntos. El hecho de que fuese en su busca hizo que se le acelerase el corazón. Mary la conocía más que nadie en el mundo y supo que aquel hombre la estaba trastocando. Sin embargo, no quiso molestarla con el tema. Dejaría que ella tomase sus propias decisiones, como siempre había hecho. Ellen se desvistió, se puso la ropa de dormir y se acurrucó en la cama. Estaba tan feliz que olvidó por completo que al día siguiente tendría que enfrentarse a uno de los momentos más difíciles de su vida.

Para Andrew también fue una noche afortunada y aunque no le gustaba el rumbo que estaba tomando la relación con ella, no pudo evitar dejarse llevar. Suspiró. No sabía que tenía aquella mujer que le hacía sentirse más vivo. Qué pena que estuviese prometida, de lo contrario, ya habría flirteado con ella.

Ellen despertó sintiéndose culpable, aunque no estaba segura de por qué. Se sumergió en la bañera que su doncella le había preparado. Después se lavó los dientes y se echó dos gotas de su perfume de rosas. Eligió un vestido de día que tenía para ocasiones especiales. Ese día testificaría ante la policía y, aunque no tenía por qué ir tan elegante, quería elegir el vestido perfecto para que Andrew se fijara en ella y la viera lo más bella posible. Quería atraer su atención y que él no le quitara ojo de encima.

Era un vestido en tono azul crema, con cuello redondo y manga larga. Estaba cubierto con un doble tejido de gasa y con algunos sencillos bordados en las mismas tonalidades. La gasa se cruzaba en la falda formando pliegues. Jaqueline le arregló el cabello formando perfectos tirabuzones y la ayudó a terminar de vestirse. La doncella también ayudó a la señora Owen con su baño y su peinado y eligió para ella un vestido en tonos pasteles con bordados de flores. Cuando terminaron, se dispusieron a bajar a desayunar. Comenzaba la cuenta atrás. Quedaban cuatro horas y quince minutos para ver a los posibles asesinos de su padre.

Andrew también tomó el baño que Anna le había preparado. Él siempre prefería vestirse solo, aunque sí que le gustaba que su mayordomo le diera los últimos retoques, como arreglarle la corbata. Eligió un traje oscuro de día y se peinó el pelo hacia atrás. Se dispuso a salir de la habitación para buscar a Yeremi y a Jack Mathew, mientras Anna permanecía en el mismo lugar para terminar de arreglar lo que necesitaban antes de partir. Guardó en una pequeña maleta los diferentes documentos que había recabado para llevarlos a la policía. Andrew se dirigió a la habitación de Yeremi y vio que aún estaba terminando de arreglarse. Se colocaba la corbata mientras se miraba en el espejo, guardando tras la oreja algunos mechones de pelo que se le habían soltado.

—¿Y eso? ¿Por qué no has bajado directamente al restaurante?

—No me apetecía esperaros bajo.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó Yeremi.

—¿Debería?

—Esperaba que sí —contestó Yeremi, sentándose. Ahora se ataba los cordones de los zapatos.

—No sé a qué te refieres. El que debería contarme cómo le fue anoche tendrías que ser tú, don mujeriego.

—Estuvimos cenando, luego bailamos y ahí se acabó todo. No pasó nada más. Son de Edimburgo; quizá hagamos una escapada y vayamos a verlas.

—Me parece bien. Son muy guapas y parecen buenas chicas.

—Quería comentarte algo.

—Dime, pues.

—Anoche, tu protector le dijo a la señorita Owen que estabas en tu habitación cenando con una mujer. Lo hizo con buena intención; sin embargo, puede que hoy se muestre descortés e incluso enfadada contigo.

Y entonces Andrew comprendió todo el asunto del vaso... Estaba celosa... Se había puesto a escuchar tras la puerta para averiguar hasta qué punto había sido capaz de llegar con aquella mujer. En vez de querer matar a Jack Mathew, quiso darle un abrazo porque ahora sabía que no estaba solo. Si se había puesto celosa, significaba que ella también sentía algo por él. Eso le hizo sonreír. Lo que ella no sabía es que desde que la había visto por primera vez, no hubiese podido estar con ninguna otra persona, porque lo único que hacía era pensar en ella.

—¿Y se puede saber por qué hizo eso?

—Queríamos molestarla y darle el empujoncito para que dé el paso contigo. ¿Crees que no notamos la atracción que sentís el uno por el otro?

—Siempre os metéis donde no se os llama.

—¡Bah! Eres un cascarrabias.

—Y a vosotros os encanta el chismorreó. Ya que tanto os gusta, podríais reuniros con las mujeres del tuerto y del panadero, pues con ellas estaréis en la gloria.

—No te enfades, amigo.

—Que sepas que al final me meteré yo en vuestras vidas y os lo mereceréis por metomentodos. Tendré derecho a hacer lo que quiera con vosotros.

—Bueno, no tendremos más remedio que callar, ya que, al fin y al cabo, eres nuestro jefe —Yeremi se encogió de hombros mientras le sonreía.

—Poco respeto me tenéis para ser vuestro jefe. Tendré que ser más duros con vosotros.

—¡Eh! A mí no me involucres, el culpable ha sido Jack Mathew.

—Ya, porque tú eres un santo —ironizó Andrew.

Entre los platos había diversos tipos de pasteles, cereales, galletas, tostadas y, para beber, leche, té y café. Jack Mathew tenía su rutina y como siempre, ordenó su ración de bacón, huevos fritos, salchichas, champiñones y tomates salteados con pan.

Mientras comían, Yeremi les aclaró las supuestas dudas que les iban surgiendo y les explicó cómo serían interrogados, respondiendo cada una de las preguntas que le hicieron. Les informó de lo que podían decir y de lo que no, y volvió a resumir lo que creía relevante por si lo habían olvidado. De vez en cuando, Andrew y Ellen perdían el hilo de la conversación porque no dejaban de echarse miraditas y más de una sonrisa.

Después, alquilaron un carruaje del hotel y tomaron rumbo al departamento de policía,

dejando a las sirvientas en el hotel para que descansaran. Ellen se sentía nerviosa y agobiada. No sabía a quién acudir para desahogarse y no dejaba de apretarse los puños, de llevarse las manos a los volantes de su vestido y de morderse el labio. Cuando Andrew se aseguró de que nadie los estaba viendo, tomó y acarició su mano para calmarla. Ella sabía que le estaba dando falsas esperanzas; próximamente se casaría. Había elegido a Aaron como su futuro esposo y, aunque no estuviera muy convencida de su decisión, era a quien había elegido. No sabía por qué, pero no podía evitarlo. Disfrutaba de cada una de sus atenciones.

Se apearon del carruaje y comenzaron a subir las escaleras que se dirigían a la comisaría. Había un gran recibidor donde se encontraban algunos escritorios llenos de documentos. Yeremi se internó y le preguntó al policía más cercano por la sala donde los esperaban. Andrew no dejaba de estar atento de Ellen.

—Tranquila, cariño —le dijo su madre y la abrazó. Estaba casi tiritando.

—¿Quiere que le traiga un té u otra infusión? Voy a decirles que esperen. Usted no se encuentra bien.

Andrew posó la mano en su muñeca con preocupación. Ellen miró aquella mano protectora que rozaba su piel y, aun teniendo una tela de por medio, sintió que le quemaba. Aquel gesto no la calmó, al contrario, aumentó su nerviosismo. No quería que nadie notase aquella terrible atracción que sentía y se separó de él con rapidez.

—No, gracias. Estoy bien. Solo estoy un poco nerviosa. Entremos, quiero acabar con esto lo antes posible.

El inspector se presentó como John Mayer y les hizo pasar a una pequeña sala. Aquel hombre tendría cerca de los cincuenta años. Era alto, muy delgado, de rasgos toscos, pelo corto y oscuro, bien peinado y con la raya al lado, y poseía un enorme bigote de estilo imperial. Parecía introvertido, serio y persuasivo. Jack Mathew esperó fuera y se sentó en una de las sillas mientras se disponía a leer el periódico.

En el extremo del escritorio había sentada una joven señorita con gafas que tenía un aire intelectual. Había una mesa, una estantería llena de libros jurídicos, un sillón y cuatro sillas preparadas para ellos. El escritorio estaba lleno de documentos amontonados, una máquina de escribir, una pluma, el tintero y un lápiz.

Yeremi comenzó a citar nombres. Mientras él hablaba, el inspector escuchaba atentamente y su secretaria transcribía aquella información, tecleando a una velocidad que a Ellen y Mary las sorprendió. Nunca habían visto unos dedos tan ágiles. De aquel aparato surgían numerosos folios escritos a máxima velocidad.

El inspector les dijo que probablemente no serían solicitados a juicio. En el último mes habían recabado una gran cantidad de pruebas, confesiones y testigos que, si Dios quería, harían que los juzgasen con rapidez. De todos modos, aportaron toda su documentación, pues cuantas más pruebas hubiese, mejor. Así que les tomó declaración, uno por uno.

Les contó que uno de ellos había terminado delatando a Wadlow, culpándolo del último asesinato a cambio de una reducción de la condena, ya que él solo se había implicado en el robo y nunca se había manchado sus manos de sangre. Según su testimonio, aquel hombre cambiaba de grupo criminal según sus intereses y no le debía lealtad.

Si Jason Wadlow era declarado culpable de todos los delitos, sería juzgado por casi treinta y dos asaltos a mano armada, incluyendo alguna violación. Siempre trabajaban en pequeñas poblaciones o haciendas de la periferia porque así les resultaba más fácil escapar, aprovechando la falta de agentes de la autoridad en las pequeñas localidades. Luego cambiaban de región,

incluso de país, para no ser localizados. Con esa condena, sería ejecutado, el tipo de sentencia reservada para los criminales de ese calibre.

Efectivamente, cuando el señor Mayer les mostró las fotografías, tanto Andrew como Ellen pudieron identificar al hombre de la cicatriz como Jason Wadlow. Pero aún faltaba un miembro del grupo criminal que había estado implicado en el asesinato de sus padres y que no pudieron identificar en las fotografías. Por ello, la rueda de reconocimiento se programó para ese mismo día a las cuatro de la tarde.

Andrew estaba sentado al lado de Ellen, quien ocupaba la silla del extremo. Como en esa posición no podían ser vistos, él aprovechó para tomar su mano por debajo del escritorio con el fin de tranquilizarla, manteniéndola fija sobre la suya durante la declaración. Al principio, ella hizo el amago de apartarla, pero al sentirse más tranquila, decidió dejarla en esa misma posición.

Una vez finalizada la reunión, Andrew se levantó y, con pesar, retiró su mano del contacto. Los hombres se estrecharon las manos y las mujeres recibieron un besamanos, acordando reunirse de nuevo por la tarde.

Yeremi permaneció unos minutos más reunido con el inspector con el propósito de finiquitar algunos puntos. Beinn, la señora y la señorita Owen salieron y se encontraron con Jack Mathew, que esperaba fuera. Este estaba de espaldas, observando el exterior a través de la ventana. Ellen pensó que su apariencia engañaba, pues, aunque su cuerpo musculoso era bastante intimidante y parecía el de un verdadero y temible guardaespaldas, una vez lo conocías, sabías que era un buen hombre, un ser bastante singular. Mary le contó a Jack Mathew todo lo que le habían dicho en la sala.

Andrew se centró en Ellen.

—¿Está mejor?

—Sí, gracias por permanecer a mi lado.

—No hay de qué. Esperemos que todo esto termine lo antes posible —Andrew sonrió levemente—. Y aunque aún nos queda lo más duro, quiero que sepa que estaré con usted para lo que haga falta.

—Gracias de nuevo —respondió ella con timidez.

—No me lo agradezca, pues su proximidad también me calma y me hace sentir mejor.

Ellen lo miró con el ceño fruncido, y Andrew hizo una mueca, desconcertado.

—No me gusta ser maleducada, pero me pone nerviosa su actitud —le dijo.

—¿A qué actitud se refiere?

—A ratos es un canalla y me ignora, luego es la persona más encantadora del mundo. Ahora incluso parece que flirtea conmigo, aunque quizá en unas horas me trate con una cortesía abrumadora. Me desconcierta.

Beinn levantó una ceja, sorprendido. Esa mujer no tenía pelos en la lengua.

—Como usted dijo, todos los nobles tenemos un punto canalla, aunque yo solo lo sea a ratos —Ellen rio y sacudió la cabeza.

—Es usted imposible. Si le cuento a mi prometido la actitud que está teniendo conmigo, ya verá.

—Y ahora me amenaza... —Andrew parecía cada vez más divertido—. A usted también le gusta flirtear conmigo, no lo niegue. Lleva bailándome el agua desde que nos volvimos a ver.

—¿Bailándole el agua?

—Ya me entiende...

—Sé que debería abofetearlo cuando se propasa conmigo, no obstante, no me gustan los

escándalos.

—¿Propasarme? ¿Cuándo me he propasado yo con usted? —preguntó Andrew, extrañado. Pero Ellen hizo caso omiso a sus palabras.

—Mi deber es ser agradable con usted, ya que se está portando muy bien con nosotras. De lo contrario, sería una desagradecida.

—No se justifique. Le pasa como a mí, le encanta mi presencia.

—¿A usted le encanta “su” presencia? Me parece que está siendo algo vanidoso en cuanto a usted mismo.

Andrew soltó una carcajada al darse cuenta de su error.

—Cómo me hace reír, señorita Owen. Es usted imposible —dijo él, alejándose con una sonrisa deslumbrante.

Había llegado la hora de volver a la comisaría para realizar aquel reconocimiento del infierno. Mayer los acompañó a una sala donde un cristal separaba a los presuntos delincuentes de las víctimas. Con un total de tres rondas, tendrían que reconocer a algunos de los hombres que se les mostraba, considerando todos los detalles. Jason Wadlow iba a ser juzgado con las pruebas ya existente, así que no se mostraría entre ellos.

En primer lugar, aparecieron cuatro hombres de aspecto rudo; rubios, altos y fornidos, con muy pequeñas diferencias entre sí. Se parecían mucho: uno era un poco más alto que el otro, sus ojos eran de diferente color, con distintas tonalidades de piel, pero de edades similares. Pequeñas marcas faciales los diferenciaban: una cicatriz, una mancha de nacimiento... Había un joven con cara de buen chico y Ellen no pudo creer que tal rostro angelical perteneciera a un horrible criminal. No pudieron reconocer a ninguno de ellos. Para Andrew, Ellen y Mary, eran unos simples desconocidos.

Salieron de la sala para dejar pasar a otros cuatro individuos. Estos hombres eran altos, delgados, de tez morena y pelo castaño. El primero tenía bigote y perilla, el segundo era bizco y tenía los ojos muy juntos, y el tercero... Andrew se quedó con los ojos fijos en el tercero. De ahí pasó a una palidez extrema, el terror se apoderó de su cuerpo y se quedó paralizado, recordando algo.

7

—Andrew, Evan... bajad de una vez a desayunar. No querréis que suba... —los amenazó después de que la doncella tratara de despertarlos sin éxito.

—Ya estamos listos, madre —respondió el mayor, bajando por las escaleras con su hermano de la mano.

—¿Qué os he dicho de trasnochar?

—Pero es domingo, madre.

—Da igual, como si es Navidad. Eres el mayor, Andrew, y deberías comportarte como tal, en vez de llevar a Evan por el mal camino. Te recuerdo que vas a ser el futuro conde de estas tierras y tienes que aprender a tener responsabilidades y a saber comportarte.

—Pufff... preferiría no serlo. Para heredar esta porquería de condado que no da una mísera moneda...

—Andrew, tienes la lengua muy afilada y te la voy a lavar con jabón si vuelves a decir alguna palabrota.

—Padre también es conde, se acuesta tarde y hace lo que quiere, cuando quiere —se quejó.

—Y mira lo poco respetado que es —añadió su madre con desdén.

—A mí me da igual que me respeten si puedo acostarme tarde.

—Eres un chico muy rebelde y testarudo. No te compares, ya que espero que seas mejor que él.

—Está bien... esta noche nos acostaremos antes —mintió.

—Hemos tenido una semana muy buena. La cosecha de granos está siendo rentable. Los arrendatarios están muy contentos y nuestros trabajadores también. Si seguimos con este ritmo, en pocos meses habremos saldado las deudas y levantado las tierras.

—Solo ha sido esta última siembra. No cantes victoria tan pronto—espetó el chico.

Era una costumbre familiar desayunar fuerte todos los domingos, por lo que sobre la mesa había una gran variedad de platos. Para Andrew, era el único momento especial de la semana, pues ese ritual siempre había sido respetado por su madre. Ahora, durante el resto de la semana, parecía olvidar que tenía hijos a los que atender y nunca entendió el motivo. Se dedicaba a sus quehaceres, a sus problemas y a su amiga Rachel.

Aquel día, su madre parecía estar de muy buen humor y, como en los viejos tiempos, había preparado Cranachan. Era un postre hecho a base de frambuesa, nata, copos de avena y dos cucharaditas de whisky, y a ambos hermanos les encantaba.

Su padre, en cambio, seguía borracho y con el mismo humor de perros que la noche anterior. Se dirigía hacia el despacho para continuar bebiendo cuando escuchó un fragmento de la conversación.

—Tendría que suceder un milagro para levantar esto —refunfuñó, hipando.

—Los milagros se trabajan. Si te esfuerzas y trabajas por conseguir lo que deseas, podrías

lograrlo, pero como tú nunca estás en condiciones... Bueno, ya me he cansado de discutirlo contigo.

—Mejor —dijo y se encerró en el despacho para servirse otra copa.

A su madre ya no le importaba lo que hiciese su padre; era un día más entre todos aquellos en los que iba borracho. Al principio, discutían constantemente. Ella le gritaba que abriera los ojos y cambiara de una vez por todas, que se estaba autodestruyendo y rompiendo su familia. Pero llegó un momento en que lo dio por perdido y decidió tratarlo como a un extraño. Ya no hablaban, ni discutían, ni siquiera se saludaban. Aquel día, sus padres habían tenido lo más cercano a una conversación que Andrew recordaba en años.

Cuando terminaron aquel delicioso postre, su madre se levantó de la mesa y comenzó a revisar los libros de cuentas. Luego se marchó a casa de su amiga Rachel, como solía hacer todos los martes, jueves y domingos. Andrew aprovechó el momento para acercarse a ella y darle un beso.

—Te quiero, madre. Gracias por el Cranachan.

—De nada, cariño. Luego nos vemos.

—Yo también te quiero —exclamó Evan, lanzándose sobre ella.

—No te abalances así. Un poco de educación. ¿Ves lo que estás enseñando con tu lado salvaje? —le reprendió, mirando al hermano mayor—. Portaos bien mientras esté fuera. ¿Seréis capaces?

—Sí, madre...

Su padre salió del despacho más colorado que un tomate, y Andrew aprovechó para darle un beso también.

—A usted también lo quiero, padre.

—Quita —lo apartó de un empujón—. ¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

—Podrías ser más amable con tus hijos. Llegará el día en que se hagan mayores y entonces te arrepentirás de no haber pasado más tiempo con ellos. Aunque eso a ti no te importa, ya que nada te importa.

Chistó e hizo un gesto con los brazos, mostrando su indiferencia y su falta de interés en discutir. Acto seguido, se marchó directo a la cocina, y su madre desapareció por la puerta, dando un portazo.

Andrew se llevó a su hermano de la mano a recorrer el río mientras tiraban piedras y diseccionaban insectos. Estuvieron un rato jugando e investigando el lugar. El hermano mayor intentaba mantener el equilibrio sobre un árbol caído que atravesaba un pequeño riachuelo, y Evan lo seguía con mejor estabilidad que él. Se pusieron a seguir a hurtadillas a un ciervo; sin embargo, el animal, avisado, salió huyendo en cuanto oyó el ruido de alguien acercándose. Volvieron a ver otro insecto y Andrew lo tomó entre sus manos para observarlo detenidamente. Estaba medio muerto y le salía líquido del abdomen.

—Qué asco —dijo Evan, observándolo con repugnancia—. Prefiero jugar con los caballitos y soldados de tío Marum. ¿Podemos, Andrew? por fa, por fa, por fa...

—Venga... vaaaale. Volvamos —contestó resignado. Evan saltó de alegría y lo expresó con grititos de júbilo, diciendo una y otra vez lo bien que lo pasarían jugando a “Guerreros”.

—Hurra, hurra.

—Sé que te alegras, pero cállate si no quieres que me arrepienta —le advirtió, acercando a su hermano a su pecho y frotándole el cabello con su mano.

—Vale, me callo. Pero deja de hacerme eso, que no me gusta.

Caminando hacia casa, chocaron con un hombre de aspecto siniestro. Era alto, moreno, con una nariz prominente en forma aguileña y una gran cantidad de pelos repugnantes que salían de sus fosas nasales. Al mismo tiempo, tenía una gran barbilla que sobresalía, parecida a la de una bruja, y un bigote oscuro que intentaba ocultar su nauseabunda y torcida dentadura.

—¿Qué hacen unos niños tan solos por el bosque?

—Estamos jugando a abrir bichos y ahora vamos a jugar a soldados y gladiadores. Ah, no. A Guerreros. Sí, con las figuras que nos ha hecho tío Marum —contestó Evan, emocionado.

Andrew lo miraba con precaución, no le gustaba el aspecto de aquel tétrico individuo.

—Lárguese si no quiere que llame a mi padre —lo amenazó.

—¿Vas a llamar a tu papito? ¿Y qué? ¿Me va a pegar?

—Puede que incluso lo mate. No sabe lo que sería capaz de hacerle.

El hombre comenzó a reír, y Andrew pensó que quizá conocía a su padre y su vicio por la bebida. De ese modo, sabría que no podría ni levantarse de la silla, o si no, ¿por qué se estaría riendo de él?

—¿Cómo os llamáis, chicos? ¿De dónde sois?

Andrew llegó a la conclusión de que no los había reconocido. Evan iba a contestar, pero su hermano lo mandó callar.

—¿Qué te he dicho acerca de hablar con desconocidos? —le riñó.

—Vaaaale, Andrew...

—¿Qué es lo que quiere?

—Nada en particular “Andrew” —rio—. Estaba paseando y os he visto tan solitos y he tenido la curiosidad de saber qué hacen dos chicos solos merodeando por el monte sin la compañía de sus padres. Creo que no es bueno que juguéis sin supervisión. Un malvado podría haceros daño.

—En ese caso sabría apañármelas solo.

—Qué valiente para ser un niño.

—No soy un niño —exclamó con desprecio.

—¿Y qué eres, un adulto? —soltó una carcajada.

Andrew lo miraba desafiante. Sujetó con fuerza la mano de su hermano y se lo llevó tras él para ocultarlo de la vista del señor.

—No me gusta la hostilidad con la que te diriges hacia mí, chico. Bueno, os dejo que tengo muchas cosas que hacer. Hasta pronto.

Se dio la vuelta y se marchó a paso lento, como si no tuviera prisa por llegar a alguna parte. Los dos hermanos tomaron camino hacia casa y, una vez llegaron, se pusieron a sacar los juguetes de madera que tenían guardados en un pequeño baúl. Andrew colocó las piezas en posición para la batalla.

—Me encanta este juego. Eres el mejor. Te quiero —lo abrazó con fuerza.

—Yo también te quiero, enano. Papá y mamá también nos quieren. Lo sabes, ¿no?

—No lo parece —dijo Evan con tristeza—. Les has dicho que los quieres y papá hasta te ha empujado.

—No le hagas mucho caso a nuestro padre, ya sabes cómo se pone cuando bebe.

—Siempre bebe.

—Hay personas que no saben mostrar su afecto tanto como quisieran, pero debes de confiar en mí cuando te digo que sí nos quieren.

—Confío en ti —le dio otro beso.

Ambos se pusieron a jugar y Andrew, como siempre, se dejó ganar por su hermano. Después

lo arrastró hacia él y le hizo pedorretas en la barriga.

—Para, Andrew, no me gusta. Me hace cosquillas. Para —decía entre risas.

—Es mi venganza por haberme ganado. Te voy a destripar con mi lanza.

—Eso se hace con las figuras, no conmigo. ¡Por favooooor!

—¿Jugamos otra? —le preguntó a Evan después de dejar de hacerle cosquillas.

—¡Sí! —contestó entusiasmado.

El mayor de los hermanos volvió a colocar las piezas en su lugar cuando apareció una niña pidiendo ayuda. Era la misma niña que había visto en diversas ocasiones en sus tierras, llena de barro, saltando y haciendo volteretas como un animalillo. En esa ocasión parecía distinta; no se le veía feliz, al contrario, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Andrew le ordenó a su hermano que lo esperase hasta que regresara. La madre de la niña se había quedado confinada en su casa mientras las llamas la consumían y Andrew, con valentía, logró sacarla de ese infierno. Una vez fuera, encontraron al padre de la chiquilla muerto junto a un árbol con un disparo en el pecho.

De vuelta a la hacienda, pudo escuchar cómo unos bandidos hablaban de atacar su casa. Andrew corrió para llegar antes que ellos y proteger a su hermano y a su padre, pero fue demasiado tarde. Mataron a su padre frente a él mientras los dos hermanos se mantenían ocultos de aquellos asesinos.

Después, ocultó a Evan en un fuerte de hierbas que había hecho con hojarasca y le suplicó que no se moviese de allí. Corriendo, se dirigió a casa de la amiga de su madre, siguiendo el sendero que se dirigía hacia allí; esquivando árboles y tropezando con las piedras, y hasta tuvo que levantarse de varias caídas. Sin embargo, él no sentía dolor, solo sentía la necesidad de buscar a su madre para que se mantuviera lejos de casa y no se encontrara con alguno de aquellos despiadados asesinos.

Normalmente, él recorría esos terrenos saltando y esquivando todo lo que se le cruzara por el camino; sin embargo, tenía miedo, y era muy difícil eludir los obstáculos con temor. Andrew lloraba, recordando la cara de su padre suplicando por su vida, pero entonces se dio cuenta de que ya era demasiado tarde... Su madre ya estaba en manos de aquellos hombres.

Una llovizna había comenzado a caer sobre ellos, haciendo más gris y oscuro el momento. Había tres que iban encapuchados y los demás a cara descubierta. Le pegaban patadas mientras sus faldas y su rostro se habían embarrado.

Uno desgarró y arrancó sus ropas de un tirón, desnudándola salvajemente, sin miramientos, mientras ella gritaba y lloraba muy asustada.

Los demás reían y hablaban de turnarse; sin embargo, Andrew ahora no se detendría. Intentaría salvarla, y no le importaban las consecuencias. Ya no había nada que lo impidiese. Su hermano estaba resguardado del peligro, y eso era lo que importaba.

—¡Parad, psicópatas, asesinos! —Se miraron y comenzaron a reír.

—¿Y tú eres?

—Es mi madre, y dejadla en paz. Si no queréis morir. —Cada palabra que decía Andrew provocaba más risas por parte de ellos.

—¿Qué edad tienes, pequeño?

—Trece, y no soy un niño. Os lo vuelvo a repetir una vez más. Dejadla en paz o moriréis — Andrew sacó un cuchillo y los amenazó.

—¿Podrías tú solo contra todos nosotros?

—Nada me detendrá —Andrew se abalanzó sobre el hombre que tenía más cerca y le rajó una

pierna, provocándole una herida superficial. Éste gruñó y comenzó a insultar al chico.

—¿Le meto un tiro, señor? —preguntó dirigiéndose a uno que tenía el rostro cubierto.

—No, traédmelo —exclamó.

Lo sujetaron entre dos y le arrebataron el cuchillo de las manos. Lo agarraron por las axilas y lo elevaron del suelo. Andrew pataleaba y se debatía en el aire como si no tuviera miedo, al mismo tiempo que los insultaba y maldecía.

—Que los espíritus de este bosque acaben con vuestras vidas. Los druidas os asesinarán. Los lobos os devorarán. El Cù Sìth^[iii] será vuestro mensajero de la muerte y no os dejará con vida. Una Korrigan^[iii] os hará enamoraros de ella y luego os matará. Malditos asesinos.

Andrew siguió maldiciendo con una frase tras otra, inconexas, mientras ellos se burlaban de él. Pero al menos había conseguido que perdieran el interés en su madre.

—Tomadme a mí, malditos bastardos.

—Andrew, hijo, por favor no digas nada más —suplicó su madre desde el suelo, intentando levantar el pecho, aunque en vano—. No le hagáis daño, por favor. Ya me tenéis a mí. Dejadlo ir. No sabe lo que dice; es un buen chico.

—Niño, ¿sabes lo que hacen un hombre y una mujer cuando se desean? —La mirada de odio del chico no se desvaneció. Ellos seguían riéndose, disfrutando claramente del sufrimiento ajeno.

—Eres un cobarde y no te atreves a mostrar tu cara —le espetó al que parecía ser el líder.

El chico continuaba forcejeando con rabia, tratando de liberarse de las garras de esos monstruos.

—¿Eso significa que no lo sabes? Te lo voy a enseñar. Cuando dos personas adultas se desean hacen el amor y eso significa que, esto —sujetó su miembro sobre los calzones—. Se mete por aquí abajo —le levantó las faldas y palpó el pubis de su madre sobre las calzas—. Y después nos damos placer mutuamente, mientras se la meto y se la saco.

Andrew estaba fuera de sí y, lleno de rabia, se abalanzó sobre él mordiéndole el cuello. Se le enganchó con tanta fuerza como si un lobo hubiese cazado a su presa y no pensase soltarla jamás. Se agarró de su cuello con los brazos y apretó su mandíbula, dificultando que sus compañeros pudiesen sacárselo de encima. El hombre logró desengancharlo y enviarlo como un muñeco inerte contra el suelo. Este se subió la máscara, dejando al descubierto parte de su mentón, desde la nariz hasta la barbilla. Y entonces lo reconoció...

—Eres el mismo hombre con el que nos hemos cruzado esta mañana —le gritó enfurecido—. ¿Llevas la cara tapada porque eres tan feo que no te quiere ni tu madre?

De su cuello emanaba sangre, a decir verdad, mucha sangre.

—Maldito mocoso. Ya me he cansado. Mata a la mujer y al crío átalos, que me lo llevo. Ya veré qué hago con él —ordenó a su compañero, sin que Andrew dejara de agitarse entre sus brazos.

En ese descuido, la madre agarró al hombre por la pierna y lo envió al suelo, quedando Andrew en libertad.

—Huye, cariño. Vete —gritó su madre.

Entonces su madre recibió un tiro en la cabeza por parte del jefe, y Andrew fue de nuevo suspendido por el mismo hombre que había matado a su madre. Forcejeó como un salvaje, pataleó y luchó hasta que logró meterle un dedo en el ojo. Este lo soltó, y el chico corrió sin mirar atrás.

Dos salieron tras él, pero Andrew conocía muy bien esos terrenos y pudo escabullirse a gran velocidad, esquivando árboles; derecha, izquierda, izquierda, saltó un riachuelo y después una

enorme piedra. Cuando los perdió de vista alejándose lo suficiente, se sentó en el suelo y se apoyó en un árbol. Estaba derrumbado, en shock, temblando, mirando un punto perdido mientras repetía una y otra vez la escena.

Sabía que en ese estado no podía ir en busca de su hermano. Debía recobrarse, esperar a que se le pasara esa angustia y ese dolor que sentía. Recordaba una y otra vez cómo el cuerpo de su madre se desvanecía tras ese agujero que le había perforado la cabeza. Sus ojos y su cuerpo apagándose y la sangre que había fluido en varias direcciones. La muerte de su padre y de todos sus trabajadores.

Se mantuvo en la misma posición con las piernas encogidas sobre su torso, acurrucado como si fuera un ovillo. Lloró durante horas hasta que recobró el aliento y decidió que ya era hora de volver.

Evan se había mantenido en la misma posición en la que lo dejó. Era un niño tan bueno y tan obediente... Se había quedado esperando entre el cúmulo de plantas y tenía los ojos abiertos como platos.

Andrew lo abrazó con todas sus fuerzas y Evan le devolvió aquel gesto. Por lo menos, lo más importante de su vida no se lo habían arrebatado y se prometió protegerlo por siempre...

8

—¿Se encuentra mal? ¿Llamo a un médico? —preguntó el inspector Mayer.

Ellen había traído un vaso de agua y un paño que le había entregado la secretaria de Mayer. Yeremi lo hizo reaccionar humedeciendo la tela y colocándola sobre su nuca. Alguien lo había sentado en una silla y estaba recuperándose de lo que parecía haber sido una bajada de tensión. Poco a poco fue sintiéndose mejor y su cara comenzó a tomar color.

—Estoy bien. No se preocupen.

—¿Qué ha pasado, Beinn? —le preguntó Yeremi.

Estaba seguro de que era él. Pudo reconocer aquellos hundidos y siniestros ojos, su horrible nariz con el gran puente que se inclinaba hacia la derecha y sobresalía de su cara. Recordaba su gran y picuda barbilla y su repugnante dentadura, peor que la de entonces. Necesitaba la evidencia: su cuello.

Seguro que seguía ahí la huella de su mordisco. Le pidió al inspector que lo dejase entrar en la sala. Quería tenerlo cara a cara para asegurarse de que no se equivocaba. Pocos minutos después, lo tenían esposado frente a él, sentado en una mesa rectangular de madera de mala calidad.

—¿Me reconoce?

—No —respondió sin titubear.

Ahora lo tenía lo suficientemente cerca para examinar la cicatriz de su cuello. Por lo menos, había dejado un recuerdo en él. También pudo reconocer aquella voz ronca en tonos melódicos y esa seguridad que irradiaba, como si nada le diese miedo, como si nada le perturbara. Era obvio que aquel hombre no lo reconocía; habría cometido incontables crímenes como para acordarse de lo que le había hecho a un niño hacía casi quince años. Claro que, de acordarse, jamás lo admitiría y menos en una sala de interrogatorio.

Sea como fuere, no entendió cómo aquel individuo de aspecto siniestro pudo lograr embaucar a la policía. Parecía de todo menos inocente y su cara no expresaba ser un hombre de nobles intenciones. Sus marcadas facciones y la expresión de su rostro hacían ver que era un hombre de mala vida, pareciendo el mismo Belcebú. Él había sido el cabeza del grupo, el que dirigía y ordenaba a quién matar y cuándo y dónde hacerlo.

—Cree que nos encandila con tan buen comportamiento, pero yo sé quién es usted.

—¿Y quién soy, según usted?

—Fue quién ordenó violar y matar a todas aquellas personas, incluidos mis padres. Estoy seguro de que no me recordará, pues para usted asesinar y destroz ar familias es su día a día, pero yo sí lo recuerdo, es más, jamás olvidaría su cara.

—Aunque lamento lo de su familia, he de advertirle que se confunde de persona. Yo nunca he asesinado a nadie. Me involucré en la banda para poder ayudar a mi familia, que no tienen nada que echarse a la boca y era la única manera de conseguir algunos peniques —su mirada burlona no concordaba con sus palabras—. Pero me arrepiento tanto de ello...

—Soy el dueño de las marcas que quedaron en su cuello. ¿Me recuerda ahora?

—Le vuelvo a repetir que se equivoca de persona y, en cuanto a las marcas de mi cuello, pertenecen a un perro rabioso que me mordió hace algunos años.

—Y ese perro soy yo. —Se levantó y, antes de marcharse, añadió—: Espero que se pudra en el mismísimo infierno.

Andrew supo a ciencia cierta que era él y, aunque no lo hubiese reconocido, reconocía a un mentiroso a leguas, pues se había cruzado con muchos embusteros a lo largo de su vida. Le aseguró al inspector lo que todos habían escuchado tras el cristal. Estaba completamente seguro de que él era el jefe de la banda. No sabía si de la nueva también, pero aquel hombre había asesinado a docenas de personas y era un psicópata. No podían dejarlo en libertad, ya que seguiría cometiendo más crímenes.

El inspector Mayer habló con Andrew a solas para tomar mejor su declaración. Quería saber cómo había sido posible que lo reconociese, pues según los testigos, aquel hombre siempre iba con la cara cubierta.

Pero Andrew nunca pudo borrar de su mente aquel horrible día y las pesadillas lo habían estado atormentando casi a diario. Su rostro se le reflejaba una y otra vez, unidos a los de sus padres desangrados y la voz de aquel hombre que se le repetía en sueños.

Pero, dado los acontecimientos, la situación había cambiado y, según Mayer, seguramente ahora tendrían que acudir a juicio en calidad de testigos; no sin antes recabar las pruebas necesarias e investigar el caso a fondo. Y aunque podrían marcharse a sus respectivas casas, cuando fuesen requeridos tendrían que acudir sin demora. La idea no les gustó, pero no tuvieron más remedio que asentir.

El viaje de vuelta fue tranquilo, estaban cansados y tenían ganas de llegar a sus respectivas casas para al fin descansar. Sin embargo, Ellen no tenía tanta prisa. Estaba tan a gusto junto a Andrew que no deseaba separarse de él. Sabía que una vez llegaran a Escocia no se volverían a ver. Además, estaba su prometido que la esperaba con impaciencia.

Jack Mathew dormía plácidamente en su habitación. Mary miraba embobada los bonitos paisajes a través de las ventanas. Y Yeremi comía en la barra del restaurante unas porciones de queso y pan, junto a un buen vino. Ellen conversaba con Andrew, sabía que no lo volvería a ver y necesitaba aprovechar los últimos momentos a su lado.

—Milord... no me gusta meterme en asuntos ajenos, pero tengo una curiosidad sobre usted.

—Puede preguntarme lo que se desee.

—¿Por qué no tiene pareja? ¿Por qué no está casado?

—Simplemente no ha surgido —él se encogió de hombros.

—¿Nunca se ha enamorado? —preguntó.

—Hasta el momento, no.

—Parece un hombre deseoso de formar una familia, y sin embargo, no la tiene.

—Lo dice como si fuera un viejo, y todavía no he cumplido los treinta —soltó una breve risotada.

—Tiene razón.

—Es que usted va muy rápida y planea casarse con poco más de veinte años.

—Es la edad normal para casarse, e incluso diría que ya es tarde.

—Si usted lo dice —se encogió de hombros, quedándose observándola, absorto en su mirada.

—Lo digo yo y lo dice la sociedad entera. O si no, pregúnteles a las debutantes que buscan maridos de su posición.

—Me importan un comino las debutantes —respondió, sin dejar de mirarla de la misma manera.

—¿Por qué me mira así?

—¿Cómo la estoy mirando?

—Como si fuera un lobo y quisiera devorarme.

—Lo ha expresado mejor de lo que yo podría haberlo hecho —le soltó, y ella soltó un gemido de sorpresa.

Ella mantuvo la vista apartada de él unos instantes, que le parecieron una eternidad.

—Usted parece un gran hombre de negocios, y sin embargo, no tiene un automóvil, que se han puesto tan de moda—le dijo lo primero que se le pasó a la mente.

—Ahora cambia de tema.

—Todos presumen de tener automóviles —continuó, ignorándolo—. Es el invento del siglo XX, y aquellos que no lo tienen están entusiasmados y expectantes por conseguir uno. A usted, en cambio, no parece interesarle seguir las modas.

—Vivo en las Tierras Altas de Escocia... no necesito ningún automóvil —sonrió, encogiéndose de hombros con indiferencia. Continuó mirándola fijamente. Sus manos se posaban sobre el pantalón. Sus dedos eran finos, largos y eróticos.

—No cree en las huellas dactilares ni en los nuevos sistemas que utiliza la policía para la detección de delincuentes.

—Mire, de qué les ha servido el sistema de huellas y toda esa parafernalia si ni siquiera han podido averiguar quién es el jefe de la banda. Mejor que sigan las pruebas reales, las tangibles.

—Lo perfeccionarán, y será la prueba más eficaz. Si cada uno de nosotros tiene una huella única, es muy fácil dejar rastros en el lugar del delito.

—No, si usamos guantes para cometerlo —dijo, y no supo por qué soltó esa tontería, pero se dio cuenta de que era porque estaba nervioso, muy nervioso—. Tampoco si es un lugar con mucha afluencia... —intentó arreglarlo.

—Claro, cuando alguien vaya a cometer un asesinato, lo primero que hará será ponerse unos guantes —respondió ella con sarcasmo—. Unos guantes solo entorpecerían el asesinato...

—Quien tiene la costumbre de matar sabría cómo hacerlo incluso con guantes —añadió Andrew en tono de queda. Era consciente de que la conversación era trivial y bastante absurda, pero cualquier pretexto era bueno para continuar hablando con ella.

—He escuchado que en un futuro se podrá identificar a un criminal por un solo cabello.

—Yo también lo he escuchado.

—Sí —la mirada de Ellen se desvió hacia el paisaje más allá de la ventana, y se quedó contemplándolo por unos instantes.

—El sistema de huellas dactilares —retomó el tema—. Lo están utilizando de manera indiscriminada como el único y más excelente método probatorio y no me parece un sistema lo suficientemente fiable como para depender únicamente de él. Si se lo tomara simplemente como una prueba más entre otras... Podría ser que la persona estuviera en el lugar del crimen, pero no fuera la culpable.

—Sigo pensando que es un anticuado.

—Yo vendo madera a empresas ferroviarias en un esfuerzo por modernizarnos, y mis trabajadores utilizan las técnicas más avanzadas de extracción y corte. La invité a escuchar música en mi gramófono, que es un aparato muy moderno...—contestó Andrew con un tono burlón.

—Realmente, no sé cómo hemos terminado hablando sobre esto.

—Porque me ha cambiado de tema cuando le he dicho que desearía devorarla como un lobo. Y si tanto quiere un automóvil, quédese conmigo y le compraré el que más le guste —le guiñó el ojo y sonrió con descaro.

—En realidad, tampoco quiero un automóvil. No sea presuntuoso —contestó ella, avergonzada, y buscó una forma de cambiar de tema, pero no encontró qué decir. Habría preferido desviar la conversación, pero se quedó en blanco.

—No estoy en contra de las nuevas tecnologías —le dijo—. Solo elijo de ellas lo que me interesa. No me gustan los automóviles; confío más en mis caballos que en una máquina. Usted debería saber muy bien que uno de ellos nunca se precipitará por un acantilado, pero con una de esas máquinas... cualquier error podría desencadenar una tragedia.

Ella sonrió.

—No me gustan los nuevos sistemas de detención —siguió diciendo—. Pero tampoco me gustan los antiguos. No me parece correcto juzgar a alguien solamente por una huella dactilar, aunque no me opongo a que utilicen junto a otras pruebas. Tampoco estoy de acuerdo con la ejecución de delincuentes, y eso es algo que ha hecho desde siempre.

—¿Ni siquiera para los asesinos de sus padres?

—Ni siquiera.

—No lo comprendo —contestó Ellen, escéptica.

—No creo que el sacrificio de una vida a cambio de otra sea lo correcto, y prefiero que paguen su delito en la cárcel. La muerte es la vía más fácil. Además, si la sentencia fuese errónea, ¿qué pasaría? El hombre juzgado nunca podría demostrar su inocencia, y le aseguro que los jueces pueden fallar en su veredicto; son humanos. A veces, lo realmente ocurrido no es lo que parece haber sido. Tenemos un sistema desfasado y, a la larga, espero que cambie.

—Parece un hombre muy inteligente.

—Lo intento —se rio de sí mismo—. Ahora mismo viajo en ferrocarril porque es lo más rápido, aunque tampoco es que me fie de este invento del demonio. Como sabrá, hay accidentes... —Levantó las cejas con su afirmación.

—Agradezca que no está siendo escuchado por sus socios de la ferroviaria.

—Ellos conocen mi punto de vista. Intento ser un hombre sincero. —La miró intensamente y le preguntó: ¿Qué hay de usted, señorita? ¿Hay algún antojo que desearía tener?

—Nunca lo he pensado. Tengo lo suficiente para vivir, pero no para vivir entre antojos —respondió Ellen encogiéndose de hombros.

—Según tengo entendido, su empresa va muy bien.

—Como le acabo de contestar, vivo bien; sin embargo, no voy derrochando el dinero —

Hizo una pausa—. Soy feliz con lo que tengo.

—Entonces, ¿no desea nada en particular? Yo, sí tengo caprichos.

—Deseo una mansión, de más de dos pisos y con más de diez habitaciones —bromeó con él y preguntó: ¿Y qué desea usted?

—Mmmm...

—¿No va a decir nada?

—Estaba pensando en que mi casa es como la de su deseo...

Ellen no sabía cómo la proximidad de ese hombre le hacía sentir de aquella forma, y eso que estaba acostumbrada al flirteo y a las frases salidas de tono de sus clientes en la destilería. La mayoría de ellos coqueteaban con ella, y ella sabía perfectamente cómo mantener las distancias

con un hombre, pese a que con Andrew no sabía cómo hacerlo.

Él la hacía estremecerse, sentir calor y fuego por dentro. Quería que la abrazara y que la besara. Tras aquellas palabras, se desmoronó y, para aparentar entereza, dijo lo primero que pensó. Necesitaba y quería alejarse de él.

—Acabo de recordar que tengo una maleta que debo abrir y airear. Si me disculpa.

Pero Andrew se levantó y fue tras ella. Ellen aligeró el paso e intentó alejarse lo suficiente para que la dejara de seguir, aunque él aumentaba sus zancadas. Necesitaba estar con ella y descubrir la razón de aquella terrible atracción. Hubo un momento en el que ambos estaban alejados de todo y de todos, donde nadie podía verlos, y él la estrechó entre sus brazos.

La rodeó, apoyando sus manos sobre la pared de madera de la esquina del vagón. La tenía atrapada y no podía escapar de su fuerte cuerpo. Estaba descubriendo cada milímetro de su rostro, y aunque ella intentaba apartar la mirada, no podía hacerlo.

Quiso separarse, pero tampoco pudo; él le estaba mirando los labios fijamente, a tan solo unos centímetros de distancia. Ambos tenían el corazón acelerado, y ella lo necesitaba así de cerca. Con su cercanía y sus manos acariciando sus hombros, sentía una descarga por todo el cuerpo. Su sangre se había convertido en fuego líquido, y su aroma la hacía perder totalmente la razón. Su olor la embelesaba. Ella rogó que se apartara, aun sabiendo que no era lo que quería, que no era lo que necesitaba.

—Nos van a ver.

—No creo que nadie se acerque por aquí.

—Apártese, me está poniendo nerviosa.

—¿Te crees que no noto cuando una mujer desea a un hombre? Creo saber lo suficiente de la vida para reconocer cuando una mujer me mira como lo haces tú.

—¿Me está tuteando? —preguntó, sorprendida. Andrew asintió.

La miraba fijamente, y el recuerdo de sus labios en su sueño lo atormentaba.

—Pues mira, milord... si tanto quieres que nos tuteemos, lo haré yo también. Y te voy a decir una cosa: no deberías ser tan arrogante al pensar que todas las mujeres que son simpáticas contigo van detrás de ti. Estamos en el siglo XX, y las mujeres podemos bromear sin ser acusadas de libertinas —lo acusó, temblorosa.

—Me encanta que me tutees —sonrió, haciendo caso omiso a sus palabras.

—¿Piensas que soy una mujer fácil? ¿Eso es lo que crees? —preguntó enfurecida—. Estoy prometida y hasta ahora nunca he traicionado a mi prometido —bramó indignada. Intentó apartarlo y alejarse de esos pocos centímetros que separaba su rostro de los labios de él.

—Hasta ahora nunca has traicionado a tu prometido —repitió él, enfatizando sus palabras en tono divertido.

—Eso no es lo que quise decir —replicó—. A ver cómo le digo... Le pido disculpas si me he comportado de manera inapropiada y también si mi comportamiento ha dado lugar a malos entendidos. Por culpa de mi trabajo, a veces no me comporto como es debido. El caso es que no me interesa y, a partir de ahora, dejaré de bromear con usted.

—Me deseas tanto como yo a ti —le susurró—. Me tienes loco.

Andrew se sentía confundido y hubo un momento en el que había dejado de entender lo que Ellen le estaba diciendo. A tan poca distancia, no podía concentrarse en nada más que en su pálido cuello que se descubría bajo su vestido. Su mirada siguió la línea de su garganta, de su cuello, de sus pómulos, de su barbilla, y sus tiernos labios se abrían y cerraban formulando palabras que para él en aquel preciso instante le resultaban ininteligibles.

—¿No escucha lo que le digo? —contestó ella sin apartarse de él.

—No puedo...

Él apartó un mechón de su cabello que caía sobre su rostro y lo colocó tras su oreja. No supo el motivo, pero ella acabó tomando y acariciando su mano. A Ellen, ese gesto le causó ternura y, al mismo tiempo, un deseo arrebatador y posesivo. Comenzó a respirar agitadamente, con trémulas bocanadas de aire. Andrew se quedó mirando sus sabrosos e irresistibles labios.

—No te puedes imaginar cuánto te deseo... —susurró él con la voz entrecortada—. Te deseo tanto...

Ella lo miraba y, aunque tenía la certeza de que sería un error, lo necesitaba y no podía apartarse de él. Arrastró la mano de él hacia sus labios, ofreciendo un tierno beso en ella. A él ese beso le quemó y no pudo aguantar más la tentación y acabó por plantar en sus labios un beso intenso y devorador.

Él estaba excitado como nunca hubiese creído, para él todo aquel distanciamiento había sido la peor de las torturas. La besó, saboreó sus labios y su lengua. Aquel beso iba a más, degustó y exploró cada rincón de su húmeda boca. Andrew la tomó por la cintura acercándola más a él, juntando sus cuerpos. Ella no supo el motivo, pero no pudo separarse de él. Ellen tomó su cuello atrayéndolo más para disfrutar del contacto de sus labios. Él puso la pierna entre sus muslos y ella notó en su vientre su notable erección.

Él siguió besando su cuello, el lóbulo de su oreja y toda su piel descubierta sin dejar de sujetar su rostro con las manos. Ellen había perdido el poco recato que le quedaba y no hacía nada por evitar recibir aquel embriagador y apasionado beso que la dejaba sin aliento. Había perdido el control de sí misma, se sentía tan embriagada.

Andrew paró un instante y la miró a los ojos con la respiración agitada y el corazón a mil, pero volvió a observar aquellos labios y no pudo aguantar las ganas de volverlos a besar. Ahora con más fuerza, con más ganas. Ellen se estaba muriendo, no sabía qué estaba haciendo, no podía parar, lo necesitaba así de cerca, por siempre. Había soñado tantas veces con aquel momento, con tener a Andrew tan cerca y muriéndose por ella. De pronto gimió, el recuerdo de Birscht azotó su mente y soltó su cuello de golpe, alejándose de él, dándose la vuelta presa del pánico.

—Dios mío. ¿Tienes idea de lo que estamos haciendo? —preguntó y se tocó los labios que le había dejado la marca de la pasión, y de la traición.

—No lo amas —afirmó. Tratava de mantener la compostura que obviamente había perdido.

—¿Estás loco? Sabrás tú lo que es el amor. Me voy.

—No, no te vas —la agarró del hombro y ella intentó zafarse de él—. No te vayas, por favor —le suplicó y la abrazó con fuerza. Intentaba calmar su corazón que no dejaba de latir. La respiración se le había agitado y jadeaba azorado. No quería separarse, pero ella se apartó golpeando su pecho.

—¿Crees que te amo a ti? Te conozco desde hace una semana —exclamó con los ojos vidriosos—. Esto es pecado. ¿Te das cuenta de lo que estamos haciendo?

—Nos conocemos de toda una vida.

—Nos vimos unas cuantas veces cuando éramos pequeños y te agradezco lo que hiciste por nosotras. Desde entonces jamás te he vuelto a ver.

No entendía cómo su rechazo le dolía tanto. No podía creer que dependiera tanto de ella, y de su rostro salió una sonrisa amarga que ella malinterpretó.

—Para ti nada es serio, ¿verdad? —preguntó indignada—. Eres un sinvergüenza y un canalla.

—Seré un canalla. Sin embargo, me deseas a mí, no a él.

—¿Qué más da si te deseo? Te desee o no, no tendré jamás una aventura contigo.

—Dispongo de muchas riquezas y puedo regalarte mil cosas.

—¿Ahora pretendes comprarme? —Levantó las manos y agitó la cabeza con incredulidad. —Qué bonito, Beinn. No esperaba que fueses esa clase de hombre.

—Desde luego que no quiero comprarte. Es que no sé cómo debo comportarme para que me aceptes —contestó con amargura, arrastrando una mano por su pelo, alborotándolo.

—Entonces, ¿me estás proponiendo matrimonio? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Primero deberíamos conocernos, tener encuentros y luego... ¿Quién sabe?

—Volvemos al mismo punto. Me propones ser tu amante. —Y sintió como si la hubiesen abofeteado.

—No sé, Ell. Me estás poniendo nervioso. ¿Qué es lo que quieres tú de mí? —preguntó y se hizo el silencio—. Lo único que sé es que nos deseamos. Podemos seguir viéndonos hasta ver hacia dónde nos lleva todo esto.

—Es un descarado, un sinvergüenza. ¿Por qué cree que querría eso? ¿Me ve cara de furcia barata?

—Me dejas de tutear.

—Quería ser su amiga y lo único que ha hecho es abusar de mi buena voluntad.

El conde contestó con una carcajada pesarosa y se apartó de ella cruzándose de brazos con incredulidad.

—Eres una mentirosa —le dijo él.

—Mire... si sentía algo por usted, después de cómo se acaba de comportar, cualquier sentimiento se ha esfumado por completo. No creo que lo deseara. Seguramente fuese el recuerdo de lo que una vez fue mi infancia. Usted fue el muro que separó mis dos vidas: la alegre de la triste, el pasado del presente. Es como si me empeñara en no separarme de mi antigua vida.

—Si tú lo dices... —contestó, levantando los hombros con indiferencia.

—Se ha dedicado a conquistarme durante todo el viaje, ¿verdad? ¿Hace esto con todas las mujeres? ¿Es simpático y amable con el fin de tener una aventura? Bah... Quiero que le quede claro que me voy a casar y soy una mujer fiel. No es nada comparado con el señor Birscht. Él es un ser maravilloso, me entiende, me ama y, lo mejor de todo, me respeta —dijo, poniendo énfasis en la última palabra.

Escuchar el nombre de Birscht lo puso a la defensiva. Sus palabras le salpicaron como gotas de aceite hirviendo. Que era un ser maravilloso y comprensivo... Sentía el ardor de los celos en lo más profundo de su ser. Le había dolido que lo hubiese comparado con él. ¡Era mejor que el señor Birscht!

Él no habría permitido que viajara sola para enfrentar su pasado. La habría acompañado a Londres y habría estado con ella apoyándola. «Maldita sea». El motivo por el que no podía acompañarla le era indiferente. Él la hubiese acompañado, de cualquier forma. Él hubiese faltado a cualquier reunión del mundo con tal de estar con ella en un momento tan importante. Andrew se puso a la defensiva y la hirió con las siguientes palabras:

—¿Te respeta? Si por lo que tengo entendido, ni siquiera te toca. Seguro que ni siquiera te besa, y por eso estás abierta a buscar nuevas experiencias —le gritó, arrepintiéndose de inmediato de las palabras hirientes que le había arrojado. No quería hacerle daño y ni siquiera pensaba de ese modo—. Discúlpame no querí...

—Basta —lo interrumpió—. Me ha dejado claro lo que piensa de mí. Terminaremos juntos el viaje, pero le digo una cosa, milord: después espero no volverlo a ver nunca más. —Y con los

ojos llorosos, se marchó.

Andrew se quedó inmóvil, pensando en lo idiota que había sido. Él no solía perder los nervios. ¿Por qué ella se los hacía perder tan continuamente?

Ellen lloró en silencio, acurrucada en la cama como un animal herido. No quería que su madre la descubriese. Andrew estaba arrepentido por aquellas palabras hirientes que le había dedicado; no obstante, sabía que lo mejor era dejarla en paz.

Ella tenía razón: se iba a casar, y él no tenía derecho a interponerse en su felicidad. Si ella iba a ser feliz con aquel hombre... ¿quién era él para poner su vida del revés?

Durante el resto del viaje, ambos permanecieron en silencio y no se dirigieron la palabra. Yeremi contaba anécdotas sobre algunos casos que había defendido durante su trayectoria profesional. Mary le atendía con curiosidad; era una mujer perspicaz que le gustaba escuchar y aprender.

Quedaba apenas un par de horas antes de llegar a casa. Para la hora del té, estaría a salvo de la locura por la que pasaba su corazón cada vez que se cruzaba con ese hombre.

En cuanto llegaron a casa de las Owen, se bajaron del carruaje, y Andrew, desesperado, apartó a Ellen del grupo para hablar con ella. Le pidió disculpas por su comportamiento y por sus palabras, y le confesó de corazón que no pensaba ninguna de las cosas que le había dicho. Solo las dijo porque estaba herido y no sabía cómo gestionar esas emociones.

Ella tenía razón en todo, y él era el culpable de cómo habían sucedido las cosas. Le aseguró que nunca más la molestaría y que solo se comunicaría con ella si le llegaban noticias de Londres. En vez de sentirse aliviada, se sentía atormentada; le dolía el alma pensar que no lo volvería a ver. Le hubiese gustado decirle que lo necesitaba a su lado, que no quería dejar de verlo, pero calló y aceptó la disculpa con una sonrisa fingida.

El señor Birscht se aproximó al carruaje con una sonrisa de oreja a oreja para darle la bienvenida a su prometida, y a Andrew no le faltaron ganas de enviar su felicidad a otro país, al más lejano, de un porrazo. Besó a Ellen en la mejilla, muy cerca de los labios, y después le dio un besamanos a su madre.

Inmediatamente, se presentó y estrechó las manos de Jack Mathew y de Yeremi. Andrew fue a saludarlo lo más cortésmente que pudo, si bien el tipo le contestó con una breve reverencia, dejándolo pasmado. No se encontraba en un evento de la aristocracia para que lo saludara de ese modo, y aunque muchos lo hacían, de este hombre en particular lo irritó. Quizá le molestaba todo lo que procedía de su persona.

Ellen comenzó a relatarle a Birscht cómo le había ido el viaje, detallando los avances y los giros que habían tenido lugar. Sin embargo, a Birscht no parecía interesarle demasiado lo que le estaba contando. En cuanto tuvo ocasión, la interrumpió para compartir sus propias experiencias, incluida la adquisición de un contrato exclusivo con un nuevo proveedor de cosméticos.

En Escocia, no había muchos grandes almacenes, y los que existían no ofrecían variedades de productos para el cuidado y embellecimiento del cuerpo humano. Ellen había firmado un contrato con un proveedor de perfumes, jabones, desodorantes, maquillajes y otros productos, todo a precios muy competitivos. A Yeremi le picó la curiosidad y quiso saber más acerca de estos grandes almacenes. Aaron, emocionado, le contó cómo los había adquirido y cómo había tenido que luchar para llegar hasta donde estaba.

Después, tomó el brazo de la señora y de la señorita Owen, quedando entre ambas, y entraron en su casa. Las sirvientas cargaron las maletas y las siguieron. Mientras marchaban, Yeremi preguntó en susurros a Andrew su opinión acerca del señor Birscht, sabiendo que su veredicto no

sería favorable.

—Tha e gràin. Chan urrainn dhomh an duine sin a sheasamh^[iv] —contestó Andrew en galés.

—Me lo imaginaba —dijo Yeremi, sin poder aguantarse la risa.

De vuelta en Blackbridge, Yeremi intentó obtener información sobre Ellen. Sabía que algo había sucedido entre ellos, ya que conocía los comportamientos extraños y reservados de su amigo. Además, la señorita Owen también había tenido una conducta bastante singular; sin embargo, Andrew no estaba de humor para hablar sobre el tema. Jack Mathew y Yeremi continuaron insistiendo hasta que finalmente lograron que soltara prenda.

—Deberías de buscarte una novia y dejar de atormentar a los demás. Sé que hace siete años que murió tu prometida, pero ya es hora de que lo superes. En vez de buscarle tanto la felicidad a los demás, podrías comenzar por buscar la tuya. Es un consejo, Yeremi.

—Lo de Anabelle ya lo superé y lo sabes, si no fuese así, no me sacarías el tema.

—Lo sé —sonrió al fin—. Lo siento. Es que me sacas de quicio.

—Y otro día hablaremos acerca de mi felicidad. Hoy estamos hablando de la tuya. ¿Qué ha pasado?

—Nos besamos. ¿Contento?

—Muy bien. ¿Algo más? —preguntó en tono alegre.

—Pues que está prometida y no se lo ha tomado muy bien.

—¿Le has dicho lo que sientes? —preguntó extrañado.

—Le he dicho que la deseo.

—¿Cómo que le has dicho que la desees? ¿No le has dicho que quieres una relación con ella y que desees cortejarla?

—No quiero cortejarla.

—Por Dios, Andrew. ¿Cómo puedes ser tan cabezota?

—Me ha dejado claro que no soy nada para ella y que ama a su dichoso prometido.

—¿Y eso te lo ha dicho antes o después de decirle que solo quieres una aventura con ella?

—Después.

—Después de ofenderla...

—No es una ofensa ser mi amante —contestó algo molesto.

—¿De verdad crees que no es una ofensa para una chica como ella decirle que se conforme con ser tu amante? ¿No crees que sea una ofensa decirle a una mujer que deje a su prometido solo para irse a la cama contigo? Andrew, piensa un poco, por favor. Abre los ojos y no dejes escapar a la única chica que ha despertado algo en ti.

—Está enamorada y se va a casar con él. ¿Es que no escuchas?

—Si lo estuviese, no habría coqueteado contigo durante todo el maldito viaje y tampoco te hubiese besado —lo regañó.

Durante los próximos días, se esforzó por terminar el trabajo acumulado y, gracias a ello, no la echó tanto en falta, pero no pudo evitar irritarse conforme avanzaban los días. Su hermano había hecho bien su trabajo y había dirigido a los trabajadores siguiendo las instrucciones que le había dejado. Incluso se fijó en detalles en los que él no solía prestar atención, como repasar las condiciones laborales de sus empleados. Gracias a Evan, Andrew tenía una de las mejores condiciones laborales de la región. Muchos emigraban en busca de un jornal, pues se ganaba mejor que en otras tierras.

Evan quería mejorarlas aún más. Quería reducir la jornada hora y media. En aquellos cuatro días, se había dado cuenta que, a mayor tiempo de descanso, mayor esfuerzo por parte de ellos y,

por ende, mejor rendimiento y mayor producción. Según sus cálculos, tendrían un cero con tres por ciento más de ganancias.

Beinn recelaba de lo que le había dicho su hermano, aun así, le dio su consentimiento para que hiciese los cambios que quisiera, aunque de manera temporal hasta que lo demostrara con números. Confiaba en las ideas disparatadas de su hermano que siempre acababan siendo demostradas. Y bueno... había que admitir que lo tenía algo consentido.

Andrew tuvo una reunión con un cliente importante de la industria ferroviaria. Venía en nombre de Josh Colleman, el encargado de la compra de materias primas para la transformación de productos manufacturados y exigía una reducción del precio de la madera en un uno con cinco por ciento.

Lo presionaron con irse a la competencia. La materia prima del otro señor era más económica. Obviamente, Andrew no aceptó, aquello sería la ruina para sus tierras, con una reducción drástica de los beneficios y, además, tendría que empeorar las condiciones laborales de sus trabajadores.

También pedían una ampliación del área de explotación maderera ahí donde las arboledas eran de mayor calidad, con los árboles más altos y longevos de la región. Esa zona era la más bella de su territorio, estaba repleta de lagos y pequeños valles, terrenos vírgenes, paisajes solitarios e infinitos y era por donde paseaba cuando se sentía solo y donde se perdía y podía ver, con algo de suerte, preciosas criaturas salvajes. Allí, iba a pescar mientras escuchaba el eco de los pájaros y el murmullo constante del río. Para Andrew aquella zona era sangrada, le daba paz y serenidad y no permitiría que le exigiesen destruir aquel territorio. Además, vivían algunos arrendatarios y no iba a echarlos de sus tierras. No se aprovecharían de él chantajeándolo. Prefería vivir en la pobreza que aceptar y firmar aquel disparate. Andrew le dijo que antes de tomar una decisión debía hablarlo primero con su abogado.

—Es absurdo, Yeremi. Si dejan de ser mi cliente, ya encontraremos otro. Vendrán tiempos mejores.

—¿A cuánto podrías bajar el precio de la madera?

—Un cero con cinco por ciento, no más. Y así estaríamos al límite.

Ambos se pusieron a repasar y a discutir mientras analizaban la contabilidad financiera de la empresa y miraban los contratos y documentos. Al final, aceptaron reducir hasta un máximo del cero con setenta y cinco por ciento, ya que perder el cliente sería igual de devastador. La mitad de lo que pedían. Ni más ni menos. Ahora faltaba que aceptasen.

Y en cuanto al tema de explotar los bosques... ahí sí que no daría su brazo a torcer, y Yeremi le dio la razón en ello. Tendría que buscar otro proveedor, quizá fuera de Escocia. En el extranjero había muy buena materia prima.

Si prefería cambiar de proveedor, pues adelante. Con el pequeño yacimiento de oro, con el resto de su clientela y las tierras arrendadas a pequeños agricultores y ganaderos, sobreviviría para cubrir los gastos de la casa, los de los trabajadores y los de las tierras. Necesitaba a Ellen... Solo con su presencia hacía que lo olvidase todo... Con su mal genio, con su sonrisa, con su pequeña nariz fruncida en respuesta a sus comentarios, o escuchándolo y retándolo, dándole la contraria o llamándolo anticuado. Pufff... echaba de menos a esa arrogante diablilla...

Se volvieron a reunir y le contó la decisión que había tomado. El comprador guardó los documentos y se marchó anunciando que pronto tendría noticias suyas. Debía comunicarle al señor Colleman la decisión que había tomado Beinn.

El resto de la semana estuvo pensando en Ellen y, con cada día que pasaba, más duro se le hacía. La recordaba tan guapa, con esos grandes ojos verdes, tan hermosos y atigrados como los

de un gato. Recordaba esa sonrisa encantadora, como si deseara sonreírle a la vida a pesar de todas las decepciones que había superado. Su anhelo era alegrarle y hacer vencer esa melancolía. Ahora ya eran dos cosas que no podía olvidar de ella: ni sus preciosos ojos verdes ni su sonrisa.

También pensó en las largas conversaciones que tuvieron y en la similitud de sus caracteres. Le encantaba su forma de ser. Era tan decidida, tan risueña y tan sincera. Recordó la canción que cantó de su infancia y cómo rieron tras ella. Qué mujer tan positiva, encantadora y, al mismo tiempo, de fuerte carácter. Su mal genio lo hechizaba.

Las mujeres que había conocido o eran muy experimentadas para su gusto o tan pudorosas, puras, tímidas, decorosas e implicadas en las normas sociales que le chirriaba. Ella, en cambio; era tierna pero astuta, coqueta pero elegante, prudente pero impulsiva, sencilla pero arrogante. Anhelaba ir a buscarla, pero volvía a recordar las palabras que le había arrojado: “Me voy a casar. Birscht es un ser maravilloso, me ama, me respeta y me hace feliz”. Él no era nadie para interponerse en la felicidad de ella y, por ese mismo motivo, tenía que olvidarla, fuera como fuese.

Ellen tampoco dejó de pensar en él, en su tez morena, en sus ojos gris oscuro y en su pelo castaño claro. No podía olvidar su fragancia masculina que se había quedado impregnada en sus fosas nasales, ni tampoco la huella de sus labios marcado a fuego sobre su boca. Pero tampoco las duras palabras que le había escupido.

Solo la quería como amante y eso la atormentaba, si bien debía de ser fuerte y olvidarlo, no tenía ningún sentido seguir por aquel camino. Por otra parte, ¿debía contarle a Aaron lo de aquel beso? Lo había engañado y estaba confundida. Por primera vez en su vida, se sentía en un callejón sin salida y la razón le sugería hacer lo contrario a lo que le decía su corazón.

9

La primavera llegaba a su fin, dando paso a indicios claros de que el verano, la mejor época del año, estaba cerca. Era el momento en que se podía disfrutar de las extensas horas de luz en las tierras nortañas, que casi llenaban por completo el día, permitiendo largas excursiones a pie o a caballo.

La caza y la pesca eran las actividades predilectas de muchos hombres; los animales se movían libremente entre montañas, prados y bosques encantados. Los ciervos pastaban con sus crías, hermosas bandadas de aves surcaban el cielo y majestuosas águilas dominaban los aires de aquellos paisajes idílicos.

La primavera había engalanado el entorno con abundantes flores, creando un espectáculo de colores vibrantes que iluminaban el vasto manto verde. Aunque las lluvias eran frecuentes, se alternaban con periodos de sol cuyos rayos se reflejaban en el agua, dibujando un escenario casi mitológico.

Hacía ya veintidós días que no veía a Ellen. A pesar de haber resuelto los inconvenientes surgidos con su cliente, no lograba sacudirse la inquietud que le asaltaba. Había conseguido que aceptara los términos necesarios para el sustento de muchas familias. No obstante, se sentía consternado con la sensación de vacío que tenía.

Durante el día, su trabajo capturaba toda su atención, dejando poco espacio para pensar en ella. Pero al caer la noche, la sensación de pérdida se hacía palpable. Pero no sabía por qué... ya que nunca la había tenido. Lo que más le dolía era pensar que ella pudiera estar con Birscht, compartiendo la intimidad que él anhelaba: besándola, acariciándola, haciéndole el amor...

Yeremi le presentó a una bella mujer con el fin de que volviera a ser el mismo. Mariam, se había quedado viuda por desdichas de la vida y, con su cabello pelirrojo y sus grandes ojos marrones, arrollaba con una hermosa personalidad. La mujer parecía bastante interesada en el lord y tuvieron varias citas con numerosas conversaciones coquetas y a la vez divertidas, pero cuando aquella mujer se insinuó para algo más que una amistad, él no supo corresponderle. Así que la rechazó, contándole tanto como pudo. Mariam lo entendió y tras la cena no volvieron a verse más.

Por Dios. ¿Qué le sucedía con Ellen? ¡Aquella mujer lo había embrujado!

—¿Se puede saber qué te ocurre? Te presento a la mujer más espectacular que conozco para que salgas del hoyo en el que te empeñas en estar metido y vas y la rechazas —lo acusó Yeremi, entre indignado y confuso—. Podrías haberla rechazado desde un principio, en vez de seguirle el juegucito —le recriminó.

—Yeremi, no puedo pensar en nada. Tengo la cabeza hecha un lio. No me fustigues, por favor —respondió Beinn, vaciando de un trago su copa de whisky.

—Y para colmo no paras de empinar el codo —añadió Yeremi tras una pausa, preocupado—. No te reconozco, Beinn.

—Solo bebo al final de mi jornada laboral. No creo que sea pecado. —Andrew sostenía su cabeza apoyándose sobre el escritorio.

—Me han dicho que llegas tarde todas las mañanas y con cara de pocos amigos. Apareces con resaca y discutes con todos tus empleados por pequeñeces. No querrás convertirte en tu padre.

—A mi padre no lo menciones —le advirtió.

—De acuerdo, lo siento —levantó las manos disculpándose.

—He concertado cada una de mis reuniones a partir de las once de la mañana para que no haya problemas de demoras. En cuanto a mis empleados, que aguanten un poco, que para eso les pago, y muy bien, por cierto. He de decir que los sueldos que ofrezco son de los mejores de la región —con la mano le hizo un gesto para que se marchase—. Ah, y, por cierto, no preciso de un “padre” que me diga lo que tengo que hacer.

—Beinn, tu hermano y yo estamos muy preocupados por ti.

—Pues no os preocupéis. Estoy bien. Solo paso por un mal momento —susurró con amargura—. Ya hablaré con mi hermano.

—Tú sabrás. Como mañana sigas con la misma actitud, contactaré con la señorita Owen.

—¿Por qué harías algo así? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sabes el motivo.

—Que me corten en pedazos si mi estado de ánimo está relacionado con ella —Yeremi hizo el ademán de marcharse—. Ni se te ocurra hacerla llamar, Yeremi —repitió el conde con la voz firme—. Es una advertencia.

Yeremi se quedó mirándolo un instante antes de seguir hablando.

—He pensado... que podríamos organizar los Juegos de las Highlands en tus tierras —propuso—. Los dos últimos años se han celebrado aquí y siempre los has disfrutado mucho. Tal vez así logres distraerte y dejar atrás esa espiral de autodestrucción en la que te has sumido.

—Este año no tengo ganas.

—Eso o hablo con la señorita Owen.

—Últimamente, me estás cansando. Te has vuelto un pesado.

Yeremi permanecía apoyado en el marco de la puerta, mirándolo fijamente, a la espera de una respuesta.

—Venga, amigo. La gente ya está preguntando por ellos, y sabes que los necesitamos.

—Está bien... —accedió finalmente, aunque a regañadientes.

Barger era consciente de cuánto disfrutaba su amigo de las fiestas veraniegas. Lo conocía lo suficientemente bien para darse cuenta de que, si se involucraba en su organización, su ánimo mejoraría. Aunque en el resto de propiedades ya llevaban casi un mes preparándolas, sabía que pronto tomarían ventaja.

Andrew tenía especial aprecio por los bailes regionales y de salón que se celebraban a lo largo de la jornada, pues se envolvía bastante bien bailando. También se deleitaba participando en deportes; desde el lanzamiento de tronco y piedra hasta el de alpaca y el palo perezoso, aunque lo que realmente capturaba su corazón era la congregación de las bandas de gaitas. Le encantaba verlas desfilar al unísono.

Por otro lado, disfrutaba inmensamente de los grandes banquetes, donde se reunía a la gente para comer y beber sin reservas. Muchos trabajadores lo estimaban mucho y lo alentaban a sumarse a la festividad. No importaban las clases sociales, pues el fin de aquel evento era divertirse y honrar sus raíces escocesas.

Aprovechando la ocasión, le solicitó a Evan que tomara las riendas en la organización de la

fiesta. Aunque él no estaba para celebraciones, su hermano le replicó que no podía encargarse solo, pues debía estudiar para entrar a la universidad. Si aceptaba, necesitaría la colaboración de Andrew.

—Y que yo sea el último en enterarme sobre los planes de mi propio hermano... Me habría gustado apoyarte en todo, encontrarte la mejor universidad...

—Quería intentarlo por mi cuenta, sin depender de ti. Además, has estado algo distraído últimamente...

—Es cierto. No he estado pendiente de ti —admitió con un suspiro—. No volverá a suceder.

—No te preocupes. El doctor que trabaja en la asociación me ha orientado y me ha conseguido una entrevista. Estoy preparando a fondo para ser admitido.

—¿Y a qué universidad aspiras?

—Bueno... significaría mudarme fuera de la región por algunos años. Me iría después del verano.

—Entiendo... —respondió, visiblemente afectado.

La idea de separarse de su hermano le pesaba, pero al mismo tiempo se alegraba de que Evan encontrara su camino. Su Evan estaba madurando y estaba convencido de que se convertiría en un excelente médico.

Posteriormente, criticó la actitud autodestructiva que Andrew había adoptado en el último mes, persuadiéndolo a abandonar la bebida. Y si había alguien que pudiese hacerlo recapacitar, ese era su hermano pequeño. Ese mismo día, Evan redactó una carta a tío Marum, solicitando su colaboración en los preparativos de las fiestas regionales. Hacía poco más de un mes desde la última vez que Marum había visitado a sus sobrinos en Blackbridge. En las anteriores cartas, le había puesto al día sobre los sucesos en Londres, los desafíos de la empresa y el deseo de Evan de estudiar medicina. Esta vez, además, les informó sobre los últimos acontecimientos, su admisión en la facultad de medicina y el reciente comportamiento autodestructivo de Andrew. Marum no tardó en hacer las maletas y, acompañado de su doncella, partió hacia la residencia de sus sobrinos, llegando en tan solo unas horas.

Andrew había caído en una profunda melancolía. Al llegar, Marum fue recibido con un cálido abrazo por parte de Evan. Andrew, encerrado en su despacho, no salió a dar la bienvenida, lo que obligó a Marum a entrar a saludarlo. Lo encontró sentado en su sillón, jugueteando con su pluma y sumido en sus pensamientos.

—¿Casi un mes sin ver a tu tío y no te dignas a recibirme?

—Perdona, tío. Estoy agobiado de trabajo —respondió, esbozando una sonrisa forzada.

—Pues no lo parece. ¿Necesitas ayuda en algo?

—Estaba revisando la contabilidad y me he distraído.

—Pero, ¿no tienes a un contable que se encargue de eso, hijo?

Andrew cerró el libro de cuentas, se quitó las gafas de lectura y se levantó del sillón, mostrando una expresión agridulce. Marum se acercó y lo abrazó con fuerza.

—Podrías haberme escrito. Si no fuera por tu hermano, no sabría nada de vosotros.

—Soy un desagradecido —dijo en tono de broma.

Luego, le contó a su sobrino las últimas novedades del negocio y Andrew les compartió las suyas. Después, conversaron sobre el nuevo rumbo que tomaría Evan y lo orgullosos que estaban de él. Finalmente, su tío le preguntó por su evidente y preocupante estado de ánimo.

—¿Qué té sucede, hijo? Te veo pálido y con ojeras. No tienes muy buen aspecto.

—Nada en particular. Unos días malos.

—He oído que una mujer te tiene abatido.

—¿Ya ha ido Evan con el cuento? ¿No sabe mantener la boca cerrada? —dijo con un gesto de impaciencia—. No hay ninguna mujer, y preferiría que olvidáramos el tema.

—El amor puede llegar a ser muy doloroso, especialmente cuando se experimenta una pérdida. Yo conozco ese sentimiento. Perder a la mujer que amas duele, pero es posible sobrellevarlo enfocándose en otros asuntos.

Tío Marum perdió a su esposa, Caroline, tras cinco años de lucha contra una enfermedad crónica. Andrew y Evan fueron testigos de su deterioro, viendo cómo la bella y dulce mujer fue consumiéndose hasta quedar tan delgada como un saco de huesos. Un día, Andrew se le acercó y dijo:

—Tía, estoy tan agradecido por todo lo que has hecho por nosotros. Has sido tan buena con todos. No mereces lo que te está pasando. —Con los ojos llenos de lágrimas, continuó—: Te quiero tanto, tía, y haría cualquier cosa para que te recuperaras y volvieras a ser como antes.

—Cada momento a vuestro lado ha sido una bendición. Doy gracias a Dios por cada uno de esos días —contestó ella.

Ese fue el último día que la vio con vida, y un amargo sabor de boca lo persiguió desde entonces. ¿Por qué cada vez que abría su corazón y confesaba su amor, esa persona acababa por desaparecer de su vida? Los años lo endurecieron, convirtiéndolo en un diamante encerrado en un cofre de hierro. Así evitaría el dolor.

—No compares una relación de más de veinte años con tu esposa, que murió después de una larga y cruel enfermedad, con un capricho pasajero. —Andrew sabía que mentía.

Cuando creía haberla perdido, se sentía igual: perdido. Sin embargo, ella se iba a casar y debía acostumbrarse a esa cruel realidad. Sabía que en poco más de un mes, todo terminaría definitivamente. Habían transcurrido veinticuatro días desde aquel intercambio de amargas palabras. Era evidente que ella no compartía sus sentimientos y no tenía intención de perseguirla como un condenado diablo. Se casaría con Birscht y lo mejor era aceptarlo; tarde o temprano lo superaría.

—Tu hermano me ha comentado que esa chica se va a casar pronto, pero aún estas a tiempo de evitarlo. Yo, en tu lugar, no permitiría que se fuera, no aceptaría perderla, especialmente cuando es evidente que ella siente lo mismo por ti —hizo una pausa—. Bueno, te dejo con la contabilidad y espero que recapacites. Nos vemos en la cena.

Un mes después, todo estaba listo para la fiesta anual de los Juegos de las Highlands. Gracias al esfuerzo conjunto de la familia, a Yeremi y a algunos amigos, lograron organizar el evento. Se esperaba la asistencia de un centenar de personas, ansiosas por el comienzo.

Ellen también pasó un mes de pena y confusión; aun así, resistió la tentación de buscarlo.

La relación con Aaron se volvía cada vez más distante y él sospechaba que algo pasaba, atribuyéndolo a lo ocurrido en Londres. Afrontar traumas pasados no era sencillo para nadie, menos aún para alguien tan sensible como ella.

Johanna, su mejor amiga, le sugirió que no le revelara a Birscht el incidente del beso; mantenerlo en secreto era lo mejor, pues se sentiría traicionado. Cada vez estaba menos convencida de casarse con él y, en caso de terminar la relación, prefería que él no supiera de la traición. Ellen dudaba del consejo de su amiga; ocultar una traición le parecía despreciable, y ella nunca se había visto como una persona ruin. Creía que la sinceridad resolvería cualquier problema que enfrentara. Johanna, buscando claridad, escribió los pros y contras de esta teoría, encontrando, para su desasosiego, que los pros prevalecían muy por encima de los contras.

Birscht había viajado a Edimburgo por unas semanas y regresaría días antes de la boda para solucionar cualquier imprevisto. Esto le dio a Ellen más tiempo para reflexionar sobre los tumultuosos sentimientos de su corazón.

Antes de conocer a Andrew, era feliz con Birscht; él la hacía reír. Sin embargo, tras la llegada de Andrew, esa felicidad se desvaneció. Se lamentaba continuamente: «Malditas seas, Beinn, por hacerme pasar por esto». Con Andrew experimentaba pasión, química, alegría, deseo, felicidad, pero también miedo, terror y un abismo de emociones.

Debía tomar una decisión, no podía seguir con esa agonía. Aunque Andrew solo la quería como amante, necesitaba hablar con él para aclarar las cosas. Tal vez, enfrentándolo de nuevo y viéndolo por última vez, esos sentimientos desaparecerían.

Johanna le informó que ese fin de semana darían inicio los Juegos de las Highlands en su territorio y decidieron asistir, esperando tener la oportunidad de encontrarse con él. La celebración comenzó con las tradicionales competiciones de gaitas. Mientras resonaban las melodías, Ellen buscó al conde entre la multitud. Se puso de puntillas, escudriñando por encima de la gente. Con tantas personas vestidas con kilts y prendas de tartán tradicional, como bufandas, muñequeras y gorros, le resultaba imposible localizarlo.

Tras media hora de búsqueda, encontraron a Andrew y a Yeremi sentados en una mesa de madera, bebiendo de unas enormes jarras de cerveza. Justo detrás de ellos, un hombre visiblemente ebrio, acompañado por un grupo de jóvenes, se tambaleaba de un lado a otro, gesticulando con las manos como si intentara contar algo gracioso. Cerca de ellos, había dos mujeres. Una de ellas, alta y de cabello negro, se sentaba al lado de Andrew, tocándole el brazo mientras le hablaba y sonreía coquetamente. Aunque Andrew no parecía corresponderle del todo, de vez en cuando le regalaba una sonrisa. Observaron cómo terminaba su cerveza, se levantaba para rodear la mesa y rellenar su jarra vacía, para inmediatamente sentarse de nuevo junto a la mujer.

—¿Es él? —preguntó su amiga.

—Sí —contestó, consumida de celos.

—Es muy apuesto —exclamo su amiga—. Y además, es conde y adinerado. No me extraña que no quieras casarte con Birscht. Después de aquel beso, cualquiera caería rendida ante un hombre así —suspiró, alzando la mirada.

—Deja de decir bobadas —la reprendió, frunciendo el ceño.

—Parece que se preocupa mucho por la morena.

—Volvamos a casa. Lamento haber venido.

—No he venido hasta aquí para marcharme ahora. Vamos a ir y nos vamos a divertir —dijo, tomando a su amiga del brazo y arrastrándola. Ellen se resistió, intentando zafarse.

—¡Que no voy! ¡Suéltame, Johanna! —exclamó, visiblemente enfadada.

Yeremi notó a un par de mujeres forcejeando y reconoció a una de ellas como la señorita Owen. Le dio una palmada en la mano a su amigo para señalarles discretamente que se acercaban. Al girarse, Andrew la vio y su corazón se detuvo; una emoción desconocida lo invadió, similar al vértigo.

Yeremi y las dos mujeres se pusieron en pie para saludar, mientras él permaneció sentado, observándola fijamente. Solo consiguió dejar la enorme jarra sobre la mesa y, tras unos momentos, se levantó para recibirlas.

—Buenos días —saludó Johanna—. Somos amigas de la familia Bannagan. Esperamos no interrumpir, solo queríamos saludar. Me llamo Johanna Clyne y ella es la señorita Ellen Owen.

Yeremi miró a Andrew y le hizo una señal que Ellen no pudo descifrar. Se presentaron y, aunque la chica de cabello caoba fue muy amable y amistosa con ellas, la morena las observó como si fueran una amenaza.

Ellen saludó, evitando el contacto visual con Andrew. Sentía una profunda vergüenza, a diferencia de Andrew, que no podía dejar de mirarla. Había deseado verla en la fiesta y, de alguna manera, su deseo se hizo realidad.

Johanna pidió permiso para unirse a ellos, ya que, según ella, les habían caído muy bien. Claire, la pelirroja, fue muy amable y les ofreció cervezas, invitándolas a sentarse con ellos. Johanna contó anécdotas divertidas, captando la atención de todos.

Clyne siempre caía bien. Era una chica muy alegre, extrovertida y tenía un gran sentido del humor. Los únicos distraídos eran Andrew y Ellen, quienes intercambiaban miradas furtivas. En un momento, sus miradas se encontraron y Andrew le sonrió, provocando que Ellen sintiera mariposas en el estómago.

Al terminarse las cervezas, se levantaron para ir a ver el torneo. Evan iba a competir en la prueba de tira y afloja con un grupo de amigos. Gilberta, la morena, rodeó con su brazo el de Andrew y acarició su antebrazo, mostrando resistencia a dejarlo solo. Ellen observó con el ceño fruncido, pero se tranquilizó cuando Andrew se apartó, rechazando el gesto.

Luego, Andrew se acercó a Yeremi, quien asintió cuando le susurró al oído. Se disculpó, diciendo que tenía que entregarle a Ellen unos documentos importantes que no podían esperar y que volverían pronto. Ellen miró a su amiga, presa del pánico, pero Johanna la tranquilizó con un gesto, instándola a no negarse a ir con él. Así, aterrorizada, se alejó del grupo.

—¿Y eso que has decidido venir? Me dijiste que siempre habías preferido los torneos que se organizaban en el territorio vecino.

—Queríamos divertirnos y este fin de semana no había más fiestas que la que tú has organizado.

—Sabías que nos encontraríamos —le dijo Andrew, sonriendo tímidamente.

Ellen se sintió abrumada y no supo qué responder. Era culpa de sus malditos impulsos, sumados a la impertinencia e insistencia de su amiga. No obstante, ¿cómo podría admitir su intensa necesidad de verlo? Ahora no sabía ni qué hacer ni qué decir... Se sentía en un callejón sin salida. Había revelado sus sentimientos y no había marcha atrás.

—¿Has venido a verme, Ellen? ¿Has venido por mí? Sé sincera conmigo, por favor.

Ellen comenzó a enroscarse los tirabuzones entre los dedos. Sus mejillas se tiñeron de un intenso carmín. Estaba visiblemente sonrojada.

—No sé porque he venido, la verdad.

—Te he echado mucho de menos. Me alegra que hayas venido —le dijo sonriendo.

—Ya he visto que te lo estabas pasando en grande —le reprochó.

—Creo que tengo derecho a divertirme, especialmente cuando la fiesta la organiza mi familia. Lo mínimo que puedo hacer es disfrutarla.

—Ya veo... —dijo, lanzándole una mirada inquisitiva.

—¿Te refieres a Gilberta?

—Veo que sabes exactamente a qué me refiero.

—Mi celosilla —dijo él con una sonrisa tierna—. Tranquila, cariño, ella no me interesa en lo más mínimo. —Le acarició el mentón con sus grandes manos. —Tú eres la única que me importa.

—No estoy celosa —se defendió, aunque era obvio que ya se había delatado.

Estos sentimientos eran nuevos para ella y se estaba comportando de forma inapropiada. Además, estaba prometida. Era una sinvergüenza. Andrew la llevó del brazo hacia una zona alejada de la multitud, dirigiéndose hacia río. Al llegar a la orilla, vieron una pequeña barca de remos amarrada.

—¿A dónde vamos?

—Nos vamos de aquí.

—¿A dónde me llevas?

—Sube, Ell. Quiero enseñarte un lugar.

—Dijiste que volveríamos pronto. Mi amiga se preocupará si no regresamos pronto.

—Tu amiga sabe bien que estás conmigo y ella estará bien, no te preocupes. Yeremi es un buen hombre y la cuidará. De lo contrario, sabe que tendré que partirle las piernas —bromeó.

Ellen dudó por un momento, pero finalmente se dejó convencer y se acercó a la barca, que se balanceaba inestablemente de un lado a otro. Andrew le tomó de la mano y la ayudó a subir.

—No parece muy segura —comentó con una risa nerviosa.

Había accedido a ir a un lugar desconocido y solo con él.

—Te llevaré a mi lugar secreto. De niño, iba allí cuando quería estar solo.

—Si me llevas, dejará de ser secreto —dijo ella sonriendo.

—Lo convertiremos en nuestro lugar.

10

Ellen observaba cómo sus fuertes brazos remaban sin apenas esfuerzo. Le gustaba ver cómo sus trapecios se flexionaban en bruscos movimientos para avanzar a gran velocidad. Por cada ciclo que completaba con la pala, sus músculos se tensaban y se relajaban, dando paso a su imaginación.

¿Cómo sería que aquel hombre le hiciera el amor mientras sus fuertes brazos la rodeaban?

Era el primer hombre que le hacía tener pensamientos lascivos. Menos mal que nadie podía leerle la mente, si no, ya la hubiesen enviado directamente al infierno. Aunque, pensándolo bien, él era el mismo retrato de Lucifer: un ser perfectamente bello, con una sonrisa cautivadora, tez morena y cabellos castaños claros. Sus largas pestañas invitaban a observar durante horas sus impenetrables ojos grises. Le tentaba a traicionar lo que ella creía correcto y la invitaba a surcar el complejo mundo del abismo.

Durante el recorrido, Ellen prefirió no sacar a relucir aquello que la estaba atormentando: la afinidad o lo que fuera que estuviera pasando entre ambos. Optó por dejarlo para más tarde, consciente de que tarde o temprano tendrían que hablarlo, aunque sería mejor abordarlo cuando estuviesen más relajados.

Andrew decidió hablarle de Londres. Se había puesto en contacto con el inspector y no había novedades sobre el caso. Estaban investigando sobre las nuevas pruebas que habían surgido, pero era necesario verificarlas, y se estaba intentando hacer a través de nuevos testigos.

El paseo por la colina duró aproximadamente veinte minutos. Ellen se dedicó a observar fascinada y casi en silencio el paisaje. Los frondosos árboles añadían magia al paraje. Desde la cima, se podían apreciar todas las diferentes tonalidades de azules reflejadas en el lago: celeste, turquesa, añil, hielo, verdoso, grisáceo y transparente. El lugar transmitía paz a cualquiera. Era realmente bello y mágico.

Las aves volaban a poco más de un metro sobre sus cabezas y en los árboles se podían ver nidos donde alimentaban a sus crías. Al fondo, la multitud reunida en la festividad escocesa, y más allá, la majestuosa casa de Andrew. Aquel paisaje, digno de un cuadro, parecía sacado de un cuento.

—Este rincón es maravilloso, Andrew. Parece de ensueño —exclamó Ellen, embelesada ante aquel paisaje espectacular.

—Lo es —respondió él con una sonrisa melancólica.

—Parece que este lugar te trae recuerdos —observó Ellen.

Andrew asintió con la cabeza.

—¿Podrías contarme la historia?

—Si lo deseas...

Ellen asintió.

—Desde el principio —solicitó.

Él comenzó a reír.

—Tendría que remontarme muy atrás en el tiempo.

—Desde el principio —insistió ella.

—Cuando comenzó la guerra jacobita, expulsaron y asesinaron a todos los miembros del clan que reinaba en este territorio. Parientes lejanos de mi familia quedaron al mando. Los ingleses les ofrecieron el condado a cambio de que actuaran conforme a sus intereses —hizo una pausa y se le encogió el alma de ver a aquella mujer que le hacía suspirar de ese modo. Ellen lo escuchaba atentamente—. Todo fue bien hasta que llegó la hambruna y todos los cultivos se echaron a perder. El último conde, primo lejano de mi padre, se quedó sin descendencia, siendo mi padre el pariente más cercano. Cuando el antiguo conde murió, mis padres acabaron heredando estas tierras. Sin embargo, este territorio tenía muchas deudas, con más pérdidas que ganancias, y no supieron gestionarlas. Mi padre se entregó al alcohol y mi madre no supo dirigir ni a mi padre ni situación. Así que, mi hermano y yo fuimos abandonados, no en el sentido estricto de la palabra, sino que fuimos desatendidos. Fui testigo de la autodestrucción de mi familia. A los siete años, acabé a cargo de un bebé y le di todo el cariño que pude.

Él observó una flor que no se solía ver por aquellos lugares e interrumpió la conversación para enseñársela. Se la puso a Ellen sobre su oreja derecha y ella sonrió, bajando las pestañas.

—Sigue —lo animó Ellen.

—Solo estábamos Jacob, mi mejor amigo de la infancia, mi hermano y yo. Siempre íbamos juntos, y llevaba a Evan a dondequiera que iba. Él tenía una pequeña barca que, de vez en cuando, tomaba prestada de sus padres, y juntos nos escapábamos. Ese amigo fue quien me enseñó este lugar, convirtiéndolo en nuestro rincón secreto. Veníamos a jugar y a escapar del mundo; cazábamos bichos y lanzábamos piedras al río. Jugábamos a pelear como vikingos.

—¿No sigues viéndote con tu amigo? —preguntó, y vio cómo el rostro de Andrew se ensombrecía.

—Una mañana, me acerqué a su casa para ir a jugar, y lo que descubrí fue a él, inmóvil, en una caja, junto al ataúd de su padre. Había fallecido montando a caballo. Los dos cayeron y no sobrevivieron al impacto.

—Lo siento mucho, Andrew —le tomó la mano y se la acarició, luego la estrechó con fuerza.

—Es uno de los motivos por lo que protejo tanto a mi hermano. No soportaría perderlo, aunque él me reprocha que no lo dejo respirar.

—Te preocupas por él. Eso es bueno.

—No estoy seguro de que lo sea. Es muy inteligente y, cuando quiere, lo aprovecha. Sin embargo, es inocente como ninguno y confía demasiado en las personas. Se irá fuera a estudiar medicina y no estaré para protegerlo, y me da tanto miedo que puedan herirlo.

—Es bueno que se vaya. Cometerá errores y puede que se aprovechen de él, pero eso le hará aprender, madurar y hacerse más fuerte. Tiene que aprender a luchar por lo que quiere.

—Confío en él, pero... —apretó los labios.

—No quieres quedarte solo —Andrew la miró sorprendido. Había dado en el clavo—. Me imagino que después de lo de nuestros padres, al igual que yo, temes perder a las personas que amas. También perdiste a tu tía. Pero estoy segura que a tu hermano le irá muy bien y a ti también. Solo es cuestión de acostumbrarte a verlo un poco menos. Estarás muy orgulloso cuando vuelva y sea un gran médico.

—Lo sé. Gracias, Ell.

Andrew tomó su mano y le fascinó observar que Ellen la envolvía, correspondiendo el gesto.

Juntos pasearon, deleitándose con el paisaje. Él se sentía como hacía mucho tiempo no lo hacía, experimentando una paz que quizás nunca antes había sentido. Valía la pena esperar para ver a dónde los llevaría todo aquello. Podría pasar una eternidad disfrutando del paisaje con Ellen a su lado.

—Andrew... ¿y qué fue de vosotros durante todos estos años? Yo me quedé en el mismo lugar, viviendo la misma vida de siempre, pero tú desapareciste hasta que finalmente regresaste.

—Mi tío nos acogió. Él ha sido más un padre para nosotros de lo que nuestro padre biológico jamás fue. Se preocupó por nosotros, por nuestra educación; le debemos todo. Él y su mujer nos cuidaron hasta que alcancé la mayoría de edad y tuve que volver. No quería saber nada de estos terrenos, pero al llegar, no fui capaz de deshacerme de ellos. Me atan muchas cosas a este lugar que ahora sé que es mi hogar. Aquí viví las experiencias más importantes de mi vida, crecí junto a mi hermano, estuve con mi mejor amigo, descubrí lugares mágicos y rincones increíbles.

—Tienes razón, son increíbles—. Ellen miraba al horizonte, absorta.

—Mira allí —le indicó Andrew, señalando un punto en la distancia—. Ahí está el pueblo. Solo se puede ver desde aquí.

—Parece tan pequeño... apenas puedo reconocer la parroquia.

Andrew se tumbó en el manto verde, apoyando su cabeza sobre su mano.

—¿Y tú tienes algún secreto que contarme? —preguntó con una sonrisa insinuante.

—Mi vida no ha cambiado mucho desde hace quince años. Como ya sabes, cuando mi padre falleció, mi madre y yo tuvimos que hacernos cargo de la destilería y nos mudamos cerca. Siendo un negocio tradicionalmente masculino, nos costó hacernos a ella y ganarnos el respeto de nuestros clientes, pero una vez lo conseguimos, todo fue bien.

—Habéis sido muy valientes —dijo él—. Ven, tumbate a mi lado.

Ellen dudó. El tartán que él llevaba le confería una imagen muy erótica. Sus músculos bronceados y esculpidos sobresalían bajo la camiseta de manga corta. Su falda escocesa dejaba al descubierto sus fuertes y atléticos muslos, en armonía perfecta con el césped verde lima.

—Venga, ven aquí. No voy a hacer nada de lo que debas preocuparte. Confía en mí —le hizo un gesto con la mano para que se tumbase junto a él. Ella, dubitativa, se sentó a su lado. —¿Qué hay de la historia de Birscht? ¿Cómo os enamorasteis y decidisteis casaros?

—Ya te lo conté...

—No lo hiciste. Solo me dijiste que no estabas segura de si habías tomado la mejor decisión. Lo que quiero saber es la historia.

—No sé, simplemente surgió. —Se encogió de hombros. —Empezamos una relación después de que se convirtiera en mi cliente y tras insistir, al final accedí a que me cortejara. Nunca había tenido novio y no me pareció mal intentarlo. Tras dos años viéndonos, le pidió a mi madre mi mano y después a mí, y accedí. No tiene mucha historia.

—¿Y qué hay del romanticismo? —preguntó. Ella se encogió de hombros.

No había ninguna historia que contar y no se la iba a inventar para él. Su compromiso fue algo práctico y así se lo dijo. Después de unos instantes, Andrew le señaló el cielo para que lo mirara.

—Parece un baile sincronizado —dijo ella.

—Mira cómo se alzan en vuelo y agitan sus alas. Ahora mismo, los de allí están cazando. —Señaló a otros.

—Es espectacular —añadió ella, sorprendida de la cercanía de las aves.

—Observa cómo se acercan al nido y le llevan el manjar a sus crías.

Ellen disfrutaba de la bonita escena junto a él. Tras un largo rato en el que observaron y

hablaron sobre los pájaros, la forma de las nubes, el sol y sobre otros temas, comenzó a chispear. Había hecho un magnífico día soleado y, de repente, había oscurecido.

—Me encanta nuestro clima —le comentó a Andrew.

—Este clima es el culpable de estos paisajes tan espectaculares —contestó él con una sonrisa—. Bajemos antes de que nos mojemos.

—Apuesto a que cuando hayamos llegado abajo habrá cambiado de nuevo el tiempo.

—¿Por un beso? —coqueteó Andrew.

—No, pero sí que me apuesto un beso a que llego antes que tú allí abajo. Si llego antes que tú, te olvidas...

—No es justo. Tú llevas ventaja. Llevo faldas —gruñó divertido y se señaló el kilt.

—Yo también. Ahora sí que estamos en igualdad de condiciones.

Y a la cuenta de tres, salieron corriendo hacia abajo.

11

—Te he ganado —dijo Andrew con una gran sonrisa—. Ahora tienes que cumplir tu promesa.

—No lo entiendo. Pensaba que, al llevar faldas, estaríamos en igualdad de condiciones —refunfuñó Ellen.

—Cariño, no compares tus enormes faldas con mi kilt. Es más cómodo de lo que parece. Se han usado durante generaciones, incluso en la guerra y para trabajar. Venga, ven. Cumple tu promesa.

—Has hecho trampas y me has engañado a conciencia.

—Un trato es un trato —sonrió, mostrando unas arrugas seductoras en sus ojos.

—No te lo mereces.

—¿Vienes tú o voy yo? —la amenazó en tono cariñoso.

Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Eso no vale —gruñó él.

—¿Cómo qué no? Te dije que te daría un beso, pero no dije dónde. Así que a tramposos, gano yo.

Subieron a la barca y, antes de sentarse, él la sorprendió sellando sus labios con los de ella. Este gesto duró apenas tres segundos, pero ella sintió cómo su corazón latía con fuerza. El beso fue delicado y, aunque solo pudo saborear sus labios, esos pocos segundos fueron intensos. Ambos se quedaron con ganas de más. Después, se sentaron y Andrew se dispuso a remar mientras le sonreía.

—A tramposos gano yo —sonrió y le guiñó un ojo.

Ellen le pidió que le dejara las palas, quería remar. Él le dio consejos sobre cómo hacerlo, sin embargo, se dio cuenta de que era más difícil de lo que creía y no lograba remar en la dirección correcta. La barca comenzó a dar vueltas en círculos y Ellen no dejaba de reír.

—No es tan difícil. Tienes que hacerlo así. Tienes que usar las dos palas al unísono, así —le volvió a dejar los remos—. Inténtalo ahora.

Pero Ellen no conseguía que la barca avanzara y volvió a hacerla girar.

—Es más difícil de lo que creía —se rindió, devolviéndole los remos. —Será mejor que sigas tú, si quieres que lleguemos hoy a tierra.

—Todo es práctica. Si quieres, podemos quedar y practicar. Dos veces más y lo conseguirás —le sonrió y ella asintió—. Entonces, ¿no hay beso?

—Ya te lo has cobrado —gruñó Ellen.

—Ese no me vale. He tenido que robártelo.

—Andrew, sabes que estoy prometida —le recordó, y le encantó verla ruborizarse. Los colores se le subían por sus suaves mejillas.

—No me cae bien tu prometido.

Andrew dejó de remar. La lluvia había cesado, y la barca descansaba en las pacíficas aguas

del enorme lago. En el extremo de la embarcación, una mochila yacía aparcada. Andrew rebuscó en ella y extrajo unas rodajas de queso y pan, que ofreció a Ellen. Luego, él mismo se llevó una a la boca.

—No hace falta que lo digas. Me di cuenta cuando se reunió en mi casa.

—¿Tanto se me notó? —Suspiró por la nariz, con la boca llena—. Intenté disimularlo.

—Pues si disimulas igual de mal cuando negocias con tus clientes... —Ellen mordió un trozo de pan con queso.

—Bueno, mis clientes no me están quitando a la chica que quiero —respondió Andrew. Ellen casi se atraganta con la comida, pero logró tragar como pudo.

—Te recuerdo que es él quien se va a casar conmigo. Eres tú quien pretende quitarle a su futura esposa —observó Ellen.

—Ell, ¿estás segura de casarte con él? A ver... me dijiste que dudabas, pero... ¿Piensas que serás feliz con él? No sé... ¿sientes algo por mí? —Andrew sentía una dolorosa opresión en el pecho y no dejaba de mirarla a los ojos. Esperaba una respuesta y tenía la esperanza de que ella dijera que no, que lo quería a él.

—No, no lo estoy.

Andrew cerró los ojos y exhaló una trémula bocanada de aire.

—¿Y por qué lo vas hacer? —preguntó, mirando con amargura la alianza que llevaba en el dedo.

—Porque lo medio estaba hasta que apareciste tú —le gritó Ellen, los ojos se le pusieron vidriosos—. Malditas seas, Andrew. Engreído. Y tú, y tú, y tú... solo me quieres como amante.

—Lanzó el trozo de pan en un furioso impulso que acabó justo en su cuello—. Ya no quiero más, se me ha cerrado el apetito.

—¡Qué salvaje! —sonrió Andrew, algo perplejo—. Y eso no es verdad, no te quiero solo como amante. Te quiero como todo.

Él estaba muy cerca de ella. La atrapó por el cuello y la arrastró para darle un intenso beso. Mientras la barca tambaleaba debido al repentino movimiento, él cubrió su boca con un beso ardiente y voraz, reteniéndola junto a él con sobrehumana fuerza.

Sus labios se abrieron dando lugar a la pasión, la mano de ella se deslizó bajo su camisa de lino, tocando su tersa piel y acariciando aquella masa de músculos contraídos. Ellen siguió acariciando su espalda. Al principio, no se resistió, aunque hubo un momento en el que reaccionó y lo apartó con un brusco movimiento. Y sujetando con fuerza su camisa, apoyó su mejilla en el hueco de su cuello.

—Esto que estamos haciendo no está bien —dijo, sintiéndose atormentada, mientras se suplicaba a sí misma que entrara en razón. Sus manos temblaban de manera evidente y sus labios se habían quedado marcados por el fuego de aquel beso furtivo.

Andrew la levantó con un movimiento rápido y la sentó encima de él, acomodándola entre sus fuertes piernas y sin dejarla reaccionar, volvió a besarla intensamente, mientras le acariciaba el suave rostro con sus cálidas manos.

Andrew besó su el cuello e iba ascendiendo hasta las mejillas para llegar a su suave y húmeda boca. Ellen disfrutaba de su tacto y provocación, pero hubo un momento en el que se sintió culpable y, retorciéndose como un gato, se levantó de un salto. Aquel movimiento brusco provocó que la barca se tambaleara, cayendo en las frías aguas del lago. Al principio, Andrew se asustó y se asomó con el propósito de lanzarse tras ella, hasta que la vio emerger empapada.

—¿Estás bien, querida? —preguntó divertido.

—No, el agua está helada. Ayúdame —dijo, estirando su brazo, pero él reía a carcajadas.

—No tiene gracia. He caído por tu culpa.

—Ahora los keelpies^[v] te arrastrarán hasta el fondo del lago y te devorarán. Es el castigo por rechazarme...

—Así no es la leyenda, Andrew —lo miró furiosa—. Por el amor de Dios, no bromees y date prisa que estoy helada.

Pero él le tendía la mano y la retiraba, tomándole el pelo. Ellen se estaba enfureciendo...

—No es una leyenda, es real y los he llamado para que te devoren entera.

—Beinn... —le advirtió sin dejar de mover los brazos para mantenerse a flote.

—Disfruta del verano, mujer. ¿A qué son deliciosas las aguas escocesas?

Cuando finalmente decidió tenderle la mano, ella se vengó y lo arrastró al agua junto a ella. Fue ella quien se rio entonces.

—Eso por burlarte de mí. Tanto que te gustan las aguas escocesas, aquí tienes las gélidas aguas nortañas. ¿A qué ahora no te parece tan divertido? —lo acusó, mofándose de él.

—Yo estoy acostumbrado a bañarme aquí, incluso me he bañado en invierno. El problema ahora va a ser subir estando los dos en el agua.

—Ejerciendo impulso —contestó ella.

—¿Sabías que siempre debe quedarse alguien arriba porque desde el agua la barca se balancea lo suficiente como para impedir que alguien suba sin ayuda? —le dijo con el rostro serio—. Yo no sé cómo subir, no sé los demás...

—Eso es mentira.

—Es cierto. Veremos cómo subimos ahora... Puede que tengamos que nadar hasta la orilla.

—Eso no es cierto —repitió Ellen. Miró hacia la orilla y vio que estaban lejos, muy lejos.

—Bueno... veremos qué podemos hacer... —Ella se puso seria y se arrepintió de haberlo tirado al agua.

—Lo siento... ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó pálida. Él no aguantó más y comenzó a reír sin parar. Entonces se dio cuenta de que él la había estado tomando el pelo.

—Eres un tonto.

Andrew la alcanzó y comenzó a zambullirla, jugueteando con ella mientras miles de chispas de diamantes danzaban en el aire. Andrew y Ellen se lanzaban agua en una competición para ver quién mojaba más al otro y luego, la tomó por la cintura y le acarició los labios con un dulce y tierno beso. Fue un beso maravilloso. Cariñoso. Fervoroso. Apasionado. Se miraban con amor, con deseo. Con su mano envolviendo su pelo mojado y la de ella acariciando la mejilla de él, mientras sus piernas se rozaban bajo el agua. Sin duda, la besó como nadie antes lo había hecho.

Andrew se apartó con una sonrisa, se agarró de la barca y con un breve impulso subió. Luego, le ofreció el brazo para que ella también subiera.

—Eres un tonto —repitió Ellen, pero esta vez con cariño, y él le devolvió una sonrisa cariñosa.

Andrew se puso detrás de Ellen, apoyando su torso húmedo sobre su espalda mojada en un contacto íntimo y remararon juntos. A pesar de que a ella le incomodaba el contacto de sus húmedas y cálidas pieles, no sabía si apartar su cuerpo o dejarlo así para siempre. Sentirse acunada entre los brazos de Andrew, con su cuerpo proporcionándole calor, la hacía sentir como un cervatillo entre los brazos de un tigre.

Andrew le sugirió a Ellen que se acomodara, y ella apoyó su frente en el cálido cuello de él, causándole una poderosa sensación de posesión. La abrazó más fuerte para sentirla aún más.

cerca.

Durante la vuelta en barca, mantuvieron un cómodo silencio, encajando a la perfección. Deseaban que aquel íntimo momento no terminara nunca. Ellen descubrió que sus sentimientos eran más profundos de lo que creía, y finalmente su corazón y su mente se pusieron de acuerdo: no podía casarse con el señor Birscht.

Andrew saltó de la barca con vitalidad y extendió su brazo para que Ellen lo siguiera. Sus faldas empapadas dificultaban cualquier intento de movimiento. Cuando lograron llegar a tierra firme, amarraron la barca y comenzaron a caminar. Estaban empapados y Andrew pensó que no sería una buena idea regresar mojados, pues levantarían rumores, así que le ofreció ir a su casa para cambiarse de ropa mientras secaban la suya. Sus doncellas se encargarían de lavar y secar sus prendas, mientras ella se vestía con algunas prendas de su madre guardadas en el desván. Ella no se negó, pero le puso una condición: no volver a ser besada.

Ellen caminaba lentamente, arrastrando aquellas faldas húmedas y pesadas que se enredaban, haciendo que tropezara torpemente en cada paso. Andrew la sorprendió levantándola en brazos, provocando un gemido en ella.

—Bájame, Andrew —le dijo con voz temblorosa, soltando una tierna carcajada—. Puedo caminar sola.

Pero él no contestó y continuó avanzando con ella en brazos.

—Algún día las mujeres se cansarán de llevar estos horribles e incómodos atuendos y optarán por usar tartán o, peor aún, pantalones.

—Hoy día ya hay mujeres que llevan pantalones para trabajar y para montar —respondió Andrew.

—Pero no para eventos sociales.

—Seguramente estarías muy elegante con unos pantalones en un evento social —le sonrió, echándole una mirada pícaro—. Mostrando su bella silueta...Y todos deleitándose con tu belleza.

La doncella, con ayuda del lacayo, bajó del desván un gran baúl repleto de viejos vestidos. Luego se llevó el suyo para lavarlo, secarlo y plancharlo, mientras Ellen escogía uno de entre todas las prendas anticuadas que guardaba. Optó por uno blanco que le quedaba un poco grande.

Andrew la invitó a comer mientras esperaban a que se secasen las prendas. Solo había una doncella y un lacayo trabajando; los demás se habían tomado el día libre para disfrutar de las fiestas, así que tendrían que conformarse con algo rápido y poco elaborado. Beinn se acercó a la despensa y, con ayuda de la doncella, sacaron algunos platos que colocaron en una gran mesa alargada que había en el salón principal. Ellen no dejaba de encontrarle nuevas virtudes conforme más lo conocía. Era un hombre muy sencillo y dispuesto, y no parecía seguir normas sociales.

—Si lo hubiese sabido, tendría algo más para ofrecerte —se disculpó.

—Tiene una pinta deliciosa, Andrew. No te preocupes, es más que suficiente —le agradeció Ellen.

Devoraron la comida con rapidez; el agua les había abierto el apetito y tenían un hambre voraz. Ellen podría haber jurado que para lo rápido que habían sido preparados los platos, estaban más deliciosos que los menús que solía comer en su casa. Cuando acabaron, Andrew la miró a los ojos y le dijo:

—Creo que ya es hora de que te lo enseñe.

—¿A qué te refieres? —Extendió su mano, tomó la suya y la arrastró hasta una gran sala.

Ellen observó una gran biblioteca repleta de libros separados por géneros. La librería ocupaba

casi la totalidad de las paredes. También había una enorme chimenea, un lujoso sofá justo enfrente, un escritorio y varios sillones distribuidos por la sala.

En las pocas paredes que no estaban ocupadas por libros, había cuadros con hermosas pinturas con motivos escoceses: paisajes de Escocia, aves, caballos y vacas peludas. El techo tenía un estilo jacobino con originales motivos pintados. Aquel lugar era cálido y parecía transmitir serenidad. A Ellen le impresionó la gran colección de libros separados por géneros. Entonces, Andrew se acercó a un mueble que había al fondo de la habitación y pasó suavemente su mano por un extraño aparato.

—¡El gramófono! —exclamó Ellen emocionada, y al momento estaba a su lado inspeccionando con delicadeza cada parte de aquel aparato—. Qué objeto más curioso.

—Siéntate y disfruta. Esperaremos a que la doncella haya secado tu vestido.

Comenzó a sonar música celta. Ellen se sentó en el sillón para disfrutar de las alegres melodías mientras observaba a Andrew buscar algo entre una colección de discos.

—“Juventino rosa con sobre las olas” —susurró—. Esta es maravillosa.

Cambió de disco y la música siguió sonando. Aquella melodía era mágica y la invitaba a bailar.

—Es como escuchar una orquesta en vivo.

Cerró los ojos para sentir mejor la música, y él se derretió al verla tan cautivada. Seguramente se vería muy bonita por la mañana, con el pelo alborotado y con su ropa blanca de cama. Él acariciaría sus párpados cerrados, su rostro y su cuello hasta que ella abriese los ojos, dichosa de amanecer a su lado.

—Una vez fui a una y fue lo más cercano a ir al cielo —añadió.

—Los nobles, aunque canallas, sabemos llevar a las mujeres al cielo —le dijo y reveló una sugerente sonrisa.

—He dicho la orquesta, no tú —frunció el ceño.

—Te he traído una orquesta a casa.

—Antes no te conocía y pensaba que eras un canalla. Ahora lo confirmo.

—¿Eso significa que ahora me conoces?

—¿Y tú me conoces a mí?

—Espero conocerte cada día más. —Y la miró fijamente con sus largas y densas pestañas.

Ellen no soportaba esa mirada y junto a aquellas sensuales palabras, no podía controlar aquel loco deseo que sentía por él.

—Andrew... No eres como los demás nobles. Es más, no eres como los demás hombres.

—¿Y eso es bueno?

—Supongo, pero me da miedo que pueda descubrir cosas que no me gusten.

—Te aseguro que no soy perfecto. Tengo mil defectos.

—Antes te has puesto con tu sirvienta, a la par, para sacar la cena. Eso está fuera de cualquier norma social.

—Bueno, no había nadie más para hacerlo. Y tenía hambre.

—No le quites mérito. Eso no lo hace nadie que tenga sangre azul.

Él rio con ganas.

—Cariño, no tengo más sangre azul de la que puedas tener tú.

—Ya... ¿Nadie te ha dicho nada al respecto? ¿Tus iguales no se han echado las manos a la cabeza? ¿No te han retirado la palabra? Haces lo que quieres cuando quieres.

—Mmm... Evidentemente, en presencia de personas con las que no tengo confianza intento

seguirlas, pero en la privacidad soy así.

—¿Por qué? ¿Hay alguna explicación?

—Pues... supongo que he crecido así... Mi tío estaba muy implicado con la evolución de la enfermedad de mi tía. La sirvienta quiso dejar el trabajo para cuidar de un familiar enfermo, pero como no podía mantenerse económicamente, mi tío le ofreció que trabajara las horas que pudiera. Tampoco le interesaba que se fuera. En esa época dejó de lado su trabajo porque solo quería cuidar de mi tía y no tenía ánimos de buscar otra empleada. No quería a nadie ajeno en esos momentos. Así que todos teníamos que aportar en casa hasta que mi tío se recuperó y puso su vida en orden.

—¿Y cómo sabes tanto de normas sociales?

—Pues tenía un tutor que me daba clases particulares cuando mis padres estaban vivos. Luego cortejé a una joven dama que también me corregía. Pero nunca me han gustado seguirlas. Es muy difícil tratar de ser como no eres realmente.

—¿Cortejaste?

Él sonrió.

—Sí, cortejé.

—¿Y qué pasó?

—Pues lo que te acabo de contar. Éramos de mundos distintos y muy jóvenes; sus padres aceptaron, aunque no estaban del todo conformes. Terminaron apreciándome, sobre todo cuando les dije que tomaría mi título, pero la relación terminó por enfriarse, y cuando me vine aquí, prefirió no seguir. Y como siempre iba con carabina y nunca le propuse matrimonio, no vinieron para llevarme de las orejas. Creo que en el fondo se alegraron, no era lo que esperaban para ella.

—Me gusta. Deseo escucharla de nuevo —le dijo cuando terminó de sonar.

Pero Andrew la cambió por “Vals sentimental” de Tchaikovsky, la atrajo hacia él y mirándola a los ojos, le dijo:

—Concédeme este baile. —Viendo cómo el rubor recorría su cara, añadió—: Prometo no besarte.

Muy juntos bailaron ese vals y tras ello se quedaron abrazados aspirando el aroma del otro, acurrucados el uno junto al otro. «Qué bien bailaba ese hombre». Lo que podía expresar un solo baile cuando era con la persona adecuada, cuando saltaban chispas entre ambos...

—¿Quién te enseñó a bailar? —preguntó con la cabeza apoyada en su hombro.

—Mmm... Ella.

—¿Cómo se llamaba? —Se separó de él y lo miró a los ojos.

—Adeliza. Lady Adeliza. Íbamos a clase de baile juntos.

—¿La amabas?

—Era joven, no sabía lo que era el amor.

—¿Y ahora lo sabes? —Volvió a preguntar, pero él no contestó. Volvió a abrazarla y aspiró su olor a flores y el calor de su piel. Se quedaron así, fundidos. No importaba lo que pasara, ese instante, durante ese abrazo, ambos sintieron que no deseaban otra cosa en el mundo, solo deseaban que no acabara nunca ese momento.

De pronto, la doncella golpeó la puerta avisando de que el vestido ya estaba seco y entonces volvieron a la realidad.

12

—Ell, tenemos que hablar y aclarar lo que está sucediendo entre los dos—dijo Andrew, tomando la mano de su interlocutora y besándola con ternura. La necesitaba cerca y de cualquier forma. Malditos sentimientos que estaba cambiando su perspectiva sobre las relaciones con las mujeres. Ahora ya no creía solo en encuentros esporádicos y placeres momentáneos; ahora deseaba entregarse en cuerpo y alma, velar por su bienestar y pasar el resto de su vida con ella. Ya no la deseaba solo físicamente; la deseaba en todos los sentidos de la palabra.

—Supongo—respondió ella.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —preguntó Andrew.

—¿Soy yo la que tiene algo que hacer? —replicó ella.

—Tú eres la que está comprometida.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió ella.

—Cortejarte y estar contigo, desde luego. Conocernos más. Sabes de sobra que mi intención no es convertirte en mi amante. Pero no vas a seguir involucrada en una relación y en un compromiso que evidentemente no deseas.

—Necesito tiempo —dijo ella.

—¿Tiempo, para qué? —cuestionó él.

Se le endurecieron las mejillas y las cejas tomaron una posición pesarosa. Aquella conversación no estaba yendo como él esperaba y se sentía aturdido.

—Cambiaría de manera radical el rumbo de mi vida. ¿Acaso no importa?

—Has tenido más de un mes para pensar en lo nuestro. Han pasado cuarenta y dos días desde que nos vimos por última vez. ¿No ha sido suficiente?

—Solo fue un beso sin importancia.

—¿Eso piensas...? ¿Que solo fue un beso? ¿Y los de hoy también han sido sin importancia? —sus ojos tomaron una versión perversa de él—. Si solo fue un beso... Podríamos contárselo a ver qué piensa de ello.

—¿Hablas de Aaron?

—Claro que hablo de Birscht... ¿Acaso él sabe lo nuestro? ¿Sabe lo que sucedió entre nosotros en aquel tren? ¿Sabe que hoy nos íbamos a ver?

—Ni se te ocurra, Andrew. Esto es cosa mía —le dijo con voz queda.

—Yo diría que también estoy implicado.

—No.

—¿No? Si no se lo dices tú, lo buscaré y se lo contaré yo.

—Sobre mi cadáver.

—¿A qué estás jugando? —Andrew se dio la vuelta, confundido, enfurecido y dolido. Se pasó las manos por el pelo y agitó lentamente la cabeza. No la entendía, definitivamente no la hacía.

—¿Cómo que a qué estoy jugando? ¿Piensas que para mí esto es un juego?

—No sé lo que es para ti, porque no me cuentas qué sientes. Solo sé que me haces ilusiones y después me las arrancas sin importarte cómo me siento. En dos días volverá tu futuro marido. ¿Piensas seguir tu vida como si no hubiese sucedido nada entre nosotros? ¿Vas a dejar pasar lo que hemos comenzado a crear juntos? ¿Vas a dejar que él te dé placer? ¿Dime qué tienes pensado hacer? —preguntó—. Venga, dime.

—Milord, te diré una cosa... —comenzó a decir, alzando la barbilla, pero Jack Mathew y Evan los vieron volver por el sendero de tierra e interrumpieron la conversación para ofrecerles unas jarras de cerveza. Mascaron la tensión del momento y miraron, a uno y al otro, con indecisión. Andrew no hacía más que mirarla fijamente, con el ceño fruncido y los labios apretados, mientras Ellen estaba nerviosa, enrollando y desenrollando un pliegue de su vestido.

—Sentimos la interrupción —dijo Jack Mathew, ofreciendo las cervezas, aunque ninguno tenía ganas de beber.

—Estaremos junto a la verbena azul —añadió Evan, y se dio la vuelta para irse.

—Antes de marcharnos, me gustaría informarte que tu hermano y su grupo han quedado en primer lugar en la competición del tira y afloja —comentó Jack Mathew.

—Enhorabuena, Evan. Me alegro mucho—contestó con una leve sonrisa, aunque sus ojos reflejaban un humor de perros—. Luego me cuentas cómo lo habéis conseguido.

Evan asintió con la cabeza y se apresuró a alejarse.

—Si nos disculpa, señorita Owen. Siempre es un gusto volver a verla —dijo Jack Mathew, siguiendo a Evan. Ellen corrió tras ellos, dejando a Andrew solo.

—No están molestando y voy con ustedes —dijo a Jack Mathew, uniéndose a Evan—. Enhorabuena, señor Bannagan.

—Encantado de conocerla al fin.

—Me hubiese gustado verlo en directo, pero me ha surgido... emm...

—No se preocupe —la tranquilizó—. Son solo unos juegos sin importancia. —Entonces mostró una amplia sonrisa.

Era impresionante el parecido que existía entre los dos hermanos. Ambos tenían la piel más oscura que la media de los asistentes al evento, pero no tenían el tono oscuro y rojizo de los campesinos. Sus ojos grises eran similares, aunque los de Evan eran más claros y mostraban diferentes tonalidades de verdes en la profundidad de su iris.

Poseían rasgos muy similares, pero Evan tenía facciones más delicadas y juveniles, sin la dureza de las de Andrew. El joven parecía más feliz y menos hastiado de la vida. Sus ojos reflejaban serenidad. Ellen pensó que en diez años habría adquirido la madurez de un hombre adulto y sería aún más apuesto que su Andrew. Sus padres debían haber sido muy atractivos para que sus dos hijos tuvieran esa belleza exótica.

—¿Y mi amiga? —preguntó Ellen.

—Estábamos con ella hace un momento. Todo el mundo está viendo el lanzamiento de martillo —contestó Jack Mathew—. Vayamos a ver.

Andrew iba detrás de ellos. En su interior ardía una llama como si estuviera cocinando una sopa a fuego lento. Sentía ira, decepción, confusión, aflicción, una mezcla tumultuosa de emociones.

—¿Qué ocurre, hermano? —le preguntó Evan al oído.

—Nada de lo que debas preocuparte.

Durante las próximas horas, Andrew se mostró indiferente con ella. Era evidente que estaba molesto, pero no iba a ir detrás como un perro ansioso por su atención. Si era lo que ella quería,

eso tendría. Él deseaba ser elegido en primer lugar, no que tuviera dudas sobre sus sentimientos. Lo más probable es que ella no sintiera lo mismo que él, de lo contrario se habría lanzado sin pensárselo dos veces. Él lo habría hecho, habría dejado a cualquiera con tal de estar con ella. Así que se dedicó a hablar con los invitados que se les acercaban para saludar.

No dejaban de darle la enhorabuena a Evan por haber quedado en primer lugar en el campeonato de tira y afloja. Le preguntaban cómo había logrado vencer al equipo contrario, compuesto por hombres demasiado fuertes, y no creían posible que los superaran.

—Es más habilidad que fuerza —respondía Evan—. Lo importante es tirar en el momento oportuno y, sobre todo, trabajar en equipo.

Gilbarta aprovechó que Andrew estaba solo para volver a flirtear con él. Esta vez él no se apartó, y aunque no le respondía con el mismo entusiasmo, sí que sonreía de vez en cuando y le contestaba a todo lo que ella decía. Él ya había echado sus cartas, a partir de ese momento era Ellen quien tenía que elegir. Ya bastaba de ir detrás de ella. Tendría que ser ella quien decidiera lo que quería.

La actitud de Andrew enfureció a Ellen. Si él creía que ella iba a armar un escándalo o a suplicarle, que siguiera soñando. Solo le había pedido tiempo; no le había dicho que no fuera a hacerlo. Y él, en cambio, se comportaba como un gañán, o peor aún, como un niño pequeño. Estaba siendo tan deshonesto...

Pero conforme avanzó el día, el flirteo fue en aumento. Ella llegó a apoyar sus pechos sobre el brazo de Andrew y... ¡él no hizo nada por apartarse de aquella horrible mujer! Al final, Ellen no lo soportó más y le suplicó a Johanna que se fueran a casa. Tras despedirse, tomaron rumbo marchando al paso y, de camino, su amiga la miró impaciente, esperando a que Ellen le contara lo que fuera. Pero como no lo hizo, fue Johanna quien sacó el tema a relucir.

—Pensaba que estaría interesado en ti... —dijo desapasionadamente—. Siento mucho lo que te ha pasado. Sé que puede doler, pero lo superarás. Eres fuerte, amiga.

—¿Eh...? —frunció la nariz Ellen.

—La Gilbarta esa. No sé qué le ha encontrado a esa mujer... Bueno, sí, lo sé. Unos grandes pechos y muchas ganas de quedárselo. Los hombres son simples. Les gusta lo fácil, aunque se quedan con lo difícil.

—No sé de qué hablas, Johanna.

—Pues te diría que siguieras luchando por él. Pero como él no se ha portado muy bien contigo y tú eres más orgullosa que cualquier persona que conozco, creo que será mejor que te olvides de él.

—¿Crees que él estaba flirteando con ella? No estoy segura si lo hacía ella o también la correspondía él.

—Dos no flirtean si uno no quiere.

Ellen suspiró por la nariz, enfadada.

—Tendría que haberle pateado por cínico.

—Claro, como es parte de la nobleza, se cree con derecho de hacer lo que quiera. Así son todos los de su calaña.

—En eso te doy la razón, aunque yo también tengo parte de culpa. Puede que se estuviera vengando de mí, pero entonces me parece una actitud muy infantil.

—¿Vengarse, de qué? ¿Qué ha sucedido, Lenny? ¿Qué has hecho?

—Te resumo: me ha exigido que deje a Aaron y le he contestado que necesito pensarlo. Se ha enfadado porque, según él, desde nuestro último encuentro he tenido más de un mes para

reflexionar. Luego, me ha acusado de jugar con sus sentimientos y me ha preguntado si sería capaz de compartir mi cama con Aaron después de lo que está pasando entre nosotros. Obviamente, no le he respondido a eso.

—Y le has dicho que lo quieres, ¿no? Y que tu relación ha ido cuesta abajo desde aquel beso...

—No le he dicho nada. Me he enfadado con él por exigirme que actúe como él desea. ¿Me ha preguntado cómo me siento? Bueno, sí, creo que lo ha hecho. —Se quedó pensativa—. Pero me está presionando para que deje a alguien con quien estaba bien hasta que él ha aparecido. Beinn pretende arrebatarle su prometida a Birscht, quien lleva años buscando casarse... Sería cruel dejarlo. Solo tiene que entender que para mí es muy difícil dar ese paso.

—Maldita seas, Ellen. Sabes que has estado mal con Aaron este último mes porque no puedes sacarte a Beinn de la cabeza, y cuando él te propone algo serio... ¿respondes que necesitas tiempo? Podrías haberle pedido ayuda y ánimo para dar el paso. Explicarle tus sentimientos y lo difícil que es para ti, pero asegurándole que deseas estar con él.

—Debería, pero no lo he hecho porque no estoy segura de dar ese paso.

—¿Ha sido tan mala la cita? ¿Qué habéis hecho durante el tiempo juntos?

—No, para nada... Ha sido maravilloso y me ha llevado a un lugar precioso. Y... hemos estado hablando y viendo cómo las aves volaban a dos metros de nuestras cabezas. También me ha enseñado a remar... aunque no lo he conseguido y hemos bailado un vals con el gramófono y... —Los ojos se le empañaron.

—Vaya, pues diría que no ha ido del todo mal...

—También me ha besado —confesó avergonzada.

—¿Entonces...?

—Tengo mucho miedo. No entiendo por qué, ni sé lo que él siente por mí.

—Es obvio, ¿no? Yo diría que te quiere.

—En todo caso me desea...

—Por la forma en que mira, diría que es algo más que deseo...

—Pero tú habías dicho que... —La miró entornando los ojos, dándose cuenta de que la había provocado para que soltara la lengua—. Eres una pícara... No pensabas todas esas cosas de él.

—No dejaba de mirarte, incluso por encima de la otra mujer. Esa mujer no le interesaba en absoluto. Te miraba como si fueras la única persona en el mundo...

Al llegar a casa, su madre estaba tomando té en el cobertizo. Aunque confiaba en ella, Ellen decidió que no era apropiado contarle nada sobre Andrew. Primero tenía que tomar una decisión y enfrentar las consecuencias. Luego hablaría con su madre. Le contó cómo se habían desarrollado los Juegos, lo mucho que se divirtió mientras todos bebían cerveza y competían, y algunas trivialidades más. Después, optó por retirarse a su habitación.

Ellen se había cambiado a ropa más cómoda y reflexionaba sobre lo que estaba sucediendo. Las palabras de su amiga resonaban en su mente: “Es obvio, ¿no?”, “Diría que es algo más que deseo”. ¿Realmente la amaría? Si fuera así, él no se lo había confesado. Ellen pensaba que lo único que sentía por ella era deseo y atracción, como cuando te gusta una chocolatina o unas chucherías, cuando disfrutas de un delicioso plato o saboreas un helado de frutas. Sin embargo, ¿y si él albergaba sentimientos más profundos? Le había dicho que la quería por encima de todo. ¿Era aquello una confesión?

Salió al exterior, se sentó junto a su madre, se sirvió una taza de té y comenzó a tejer a su lado. Ellen siempre había confiado plenamente en su madre, y ambas se habían apoyado

mutuamente cuando no tenían a nadie más. Tiempo después, conoció a su amiga Johanna y su confidente cambió.

Mary llevaba más de un mes preocupada por su hija; la veía desanimada, pero desconocía el motivo real de su inquietud. Había preguntado en varias ocasiones por su estado de ánimo, pero Ellen siempre insistía en que estaba bien y pedía que no se preocupara. Por respeto, dejó que Ellen solucionara sus problemas por sí misma. Sin embargo, ese día la vio particularmente angustiada y decidió que era el momento adecuado para intervenir en su vida y sus sentimientos.

—Ellen, sabes que, además de ser tu madre, soy tu amiga. Siempre hemos estado solas y nos hemos apoyado incondicionalmente, haciéndonos más fuertes. Si hay algo que te preocupa, quiero que confíes en mí, sea lo que sea. Estoy contigo y te apoyaré en cualquier problema que tengas.

—No me pasa nada, madre —respondió Ellen, mientras intentaba desenredar un hilo de su bordado, concentrándose en la tarea.

—Soy tu madre, te conozco y sé cuándo estás preocupada por algo.

—No quiero a Aaron, mamá. No estoy segura de querer casarme —confesó aliviada, aunque no se atrevió a mirarla, invadida por la vergüenza. Mary le dedicó una mirada cómplice.

—Nunca lo has querido, y nunca entendí por qué aceptaste su propuesta. Aún estás a tiempo de hablar con él. No tienes por qué hacerlo, hija —le aconsejó, dejando a Ellen sorprendida. Nunca esperó que su madre le sugiriera algo así, siendo siempre un ejemplo de rectitud.

Ellen dejó de mirar su labor de tejido para contemplar a su madre y dijo:

—¿Cómo voy a echarme a atrás a estas alturas? Sería un escándalo y su honor quedaría por los suelos. Es un buen hombre, está interesado en mí y siempre ha sido tan decente, amable y caballeroso. Pensé que sería un buen acuerdo y que con el tiempo acabaría amándolo. No se merece que lo desprecie —contestó con pesar.

—¿Prefieres casarte con él y mentirle? ¿Casarte para no herirlo ahora, pero causarle dolor en el futuro? ¿Hacerte daño a ti misma y quedarte con un hombre que no amas en lugar de ser feliz con Beinn?

Ellen palideció. Sabía que su madre la conocía bien, pero no hasta el punto de darse cuenta de que su hija albergaba sentimientos amorosos por alguien que no era su prometido.

—¿Tan evidente es?

—¿Cómo no voy a darme cuenta? ¡Eres mi hija! Te he visto nacer, crecer... Te conozco muy bien. Cada vez que él habla, sonríes. Durante el viaje no hacías más que preguntar por su vida, por su trabajo y por sus aficiones. Incluso le preguntaste si cortejaba a alguna mujer. Por el amor de Dios, eso no se le pregunta a un hombre —se echó a reír.

—Qué vergüenza, madre. ¿Entonces escuchaste la conversación?

—Soy madre... y por lo tanto, curiosa en lo que se refiere a su hija.

—Con razón piensa que soy una mujer fácil.

—¿Y por qué crees que piensa eso? —Ellen se encogió de hombros y su madre continuó hablando—: Yo creo que él siente por ti lo mismo que tú por él. Y creo que si te casas con Aaron vas a ser desdichada. Mi prioridad es que estés con alguien a quien ames de verdad y me da igual que sea conde o jornalero. Y no deberías preocuparte por el señor Birscht, no se va a morir por no casarse contigo. Con el tiempo encontrará otra mujer que se case con él porque lo deseé de corazón.

Escuchó un ruido de cascos de caballo y levantó la cabeza encontrándose con los ojos grises de Andrew. Se le paró el corazón al verlo tan guapo con su traje de montar. Su sonrisa traviesa

iluminaba su preocupado rostro. Ellen llevaba el pelo suelto y se avergonzó, ya iban dos veces que la veía sin arreglar.

Sin embargo, al contrario de lo que ella pensaba, a él le encantaba verla con la melena al aire y sin el corsé comprimiendo su silueta. Era tan bonita y sensual... que no necesitaba artificios para que él quedara rendido por ella. Le hubiese gustado enredar sus dedos en sus cabellos y besarla hasta deshacerse en ella. No pudo dejar de admirarla hasta que pudo concentrarse en el momento.

—Señora Owen —le dirigió una breve inclinación de cabeza—. ¿Cómo está?

—Muy bien, milord. Gracias. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café? ¿Un whisky? ¿Quizá unas pastas?

—Se lo agradezco mucho, señora, pero venía a hablar con la señorita Owen —la contempló—. Si no tiene ninguna objeción, claro.

—Ninguna. Estaré dentro para cualquier cosa que necesiten.

—Me alegra volver a verla, señora. Y le recuerdo que aún queda pendiente una cena.

—Envíeme recado y estaremos encantadas de aceptar su invitación.

—Los juegos nos han tenido muy ocupados, pero prometo que pronto llegará.

Mary sonrió y cerró la puerta dejándolos a solas.

—Hola —dijo ella. Estaba nerviosa y a él se le veía tenso.

—Buenas tardes, Ellen.

—¿Cómo estás? ¿A qué se debe tu visita? Si tenías que decirme algo, podrías haber aprovechado en la fiesta...

—Quería pedirte disculpas por el comportamiento que he tenido antes contigo. He estado dándole vueltas y reconozco que ha sido penoso, pero es que no puedes imaginar lo que estoy pasando —hizo una pausa y exhaló antes de seguir—. Gilberta no me interesa, nada. Me han dicho que he estado flirteando con ella. Ya sabes, Evan y Yeremi, que son tan honestos que si hace falta, te lanzan una piedra de una tonelada para hundirte. Pero no lo he hecho. O no era mi intención. Lo que siento por ti... uff. —Puso la palma de la mano en su corazón—. Puede que parezca un egoísta. Tú tienes que estar pasándolo peor que yo, pero es imaginarte en la cama con él... besándolo como me besaste a mí y me duele, me atormenta. No puedo dormir pensando que pronto te casarás y estos sentimientos son tan nuevos para mí... Siempre me he caracterizado por ser una persona reflexiva y suelo pensar las cosas antes de excitarme o enfadarme. Sin embargo, en cuanto a ti, no me reconozco. Necesito que seas sincera conmigo. Necesito saber qué quieres de mí. Te prometo que si me dices que todo ha sido un error, no volveré a molestarte, aunque eso suponga... dolor. —Se acercó a ella y entrelazó sus dedos con los de ella. Ellen no aguantó el impulso y se abalanzó a sus brazos, estrechándolo con fuerza.

—Es mutuo, pero tengo tanto miedo...

Andrew soltó su abrazo y, mirándole a los ojos con deseo, le dijo:

—Yo estoy aterrorizado.

—Pero debemos mantener las distancias, por lo menos hasta que solucione el tema con Aaron. Él volverá en pocos días y no quiero traicionarlo más de lo que ya lo he hecho. —Tenían sus rostros a centímetros de distancia y la tensión era máxima.

—No puedo permitir estar más días sin verte, puesto que queda menos de una semana para que acabes casada con él...

—No sé qué decirte, solo que confíes en mí.

—Dime que me quieres y confiaré en ti.

Ellen giró su rostro para que no pudiese ver reflejada su angustia. No contestó, no dijo nada, solo miró al horizonte. Él asió su barbilla y la dirigió hasta contemplar sus ojos.

—No te dejaré en paz porque simplemente no puedo dejar de pensar en ti. Contigo puedo reír y cuando no estoy contigo, lo único que necesito es tenerte a mi lado. Sinceramente, no sé por qué, pero es verte, tenerte cerca y no necesito nada más que tu sonrisa para ser feliz. Te deseo en todos los sentidos, no solo como mi amante; te necesito en mi vida y quiero que me aceptes ahora que sé que los sentimientos son mutuos.

Ellen se quedó por un instante paralizada a unos centímetros de su boca y no pudo evitar volverlo a abrazar. Lo abrazó con todas sus fuerzas. Había soñado tantas veces con ese instante, con esas palabras de amor.

—Yo también te necesito —añadió Ellen con un deseo voraz que le quemaba. Lo abrazó como si lo fuese a perder y necesitara aferrarse a sus brazos.

Se separaron y se quedaron mirándose a los ojos unos instantes. No sabían cómo proceder y Andrew le robó un beso. Ambos comenzaron a besarse con ternura y poco a poco esos besos se hicieron más intensos y pasionales. Se sentían excitados. Él le besó el cuello, la nuca, y fue bajando hacia el pecho, mientras Ellen arqueaba la cabeza hacia atrás dando cabida a más besos. Andrew le agarró de la nuca con pasión y le suplicó:

—Vamos a algún lugar donde podamos estar solos. Necesito estar contigo.

Ellen vaciló y entonces Andrew la cogió del brazo y la llevó a cualquier otra parte donde pudieran ser vistos. Se encontraban a las puertas de la destilería; cerrada por ser festivo. Ellen acabó abriendo la puerta y llevándolo de la mano hacia el despacho. Sus cuerpos temblaban de deseo.

Al traspasar la puerta, Andrew comenzó a besarla intensamente. La atrajo más hacia él. Ellen quería darle más. Ambos se fundieron en un abrazo sensual y pasional. Él la sujetó del mentón atrayéndola, saboreando sus labios, la línea de su cuello y la nuca. Andrew la tomó de la cintura y le dijo con los ojos incendiados de deseo:

—Eres la persona más bella que he conocido nunca. Me tienes loco.

Y volvieron a besarse con más pasión. Andrew no sabía dónde poner sus manos. Las colocaba en la cintura, en la espalda, en su cuello. Normalmente él tenía experiencia y sabía cómo acariciar a una mujer, pero estar con ella era diferente a todo lo que había experimentado antes. Ellen tenía la cara roja y los labios enrojecidos por las marcas de sus labios y de sus dientes.

Andrew desabrochó cada botón de su vestido hasta quitárselo por completo, sin dejar de besarla por todas partes. Cuando ella pudo razonar, se dio cuenta de solo le quedaba la camisola y las medias, y se ruborizó echándose para atrás, tapándose el vientre y el pecho con las manos.

—No tengas vergüenza, cariño. Me encantas tal como eres. Eres preciosa.

Andrew se acercó y la volvió a besar. Tenía la corbata desabrochada y la camisa por fuera. Se quitó el traje de montar, tirándolo todo impacientemente al suelo. Ellen pudo tocar su ancha espalda y sentir sus fuertes brazos que la acurrucaban. Su fragancia masculina y su frescura embriagaban y excitaban todo su cuerpo.

Era una sensación que nunca antes había experimentado. Con aquel hombre tan cerca, había perdido cualquier sensación de frío. Era un hombre de apariencia fuerte, con un cuerpo tonificado y músculos marcados. Tenía la piel dorada, como si hubiera tomado el sol durante esos pocos días de verano.

Él retiró la camisola dejándola caer, mientras seguían inmersos en caricias. Besó sus pechos con la boca, haciendo que Ellen arqueara el cuerpo de placer. La arrastró hasta el sofá y la

tumbó.

Él le bajó las medias, desenrollando con paciencia una y después la otra, sin dejar de mirar dichosamente sus ojos verdes esmeralda. Ella, temblorosa, hizo lo mismo, bajándole el pantalón y después los calzones. Ambos estaban desnudos, él sobre ella, besándola intensamente.

Ellen saboreó el lóbulo de su oreja, haciéndole cosquillas y sacándole una sonrisa. Él fue bajando para deleitarse en su cuello, descendiendo hasta degustar la punta de sus pechos. Con la otra mano los acariciaba gustosamente.

La acariciaba, besando y saboreando cada parte de su piel, bajando por el estómago hasta llegar a las caderas y la ingle. Ellen estaba experimentando sensaciones que no sabía que existían y se avergonzó al ver lo que Andrew estaba a punto de hacer.

—¿Qué haces? —exclamó Ellen, atrapándolo—. Ven aquí arriba.

—Confía en mí, mi amor. Te va a gustar.

Andrew siguió besándole, descendiendo hasta sus muslos. Gozaba de cada punto de su rosada y tierna piel, mientras acariciaba con sus grandes manos aquel precioso y suave monte de Venus. Ascendió hasta llegar al punto más caliente de su cuerpo. Le acariciaba la abertura, introduciéndole un dedo, mientras saboreaba aquel botón íntimo que sobresalía de su cuerpo.

Ellen gemía sin parar, le encantaba lo que le estaba haciendo. Hubo un momento en el que ella llegó al éxtasis y él lo gozó intensamente. Ella moría de placer y cuando estuvo completamente mojada, él se acurrucó entre sus piernas, colocándolas alrededor de él y acercó su miembro, introduciéndolo un poco.

Ellen se quejó y agitó las caderas para hacerle hueco, sintiendo un dolor que le estremecía por dentro. Andrew se asustó, no quería hacerle daño.

—¿Eres virgen? —preguntó con la mirada ardiente.

—Pareces sorprendido.

—Lo estoy —contestó Andrew entornando los ojos—. ¿Y Birscht?

—Esperaba a casarme... —Él se retiró, se puso de lado y pasó la mano por su pelo.

—Vaya... Podemos dejarlo hasta que soluciones...

—Podrías haberlo pensado antes de seducirme —Sonrió y añadió—: Estoy preparada. Quiero hacerlo.

—Podemos esperar y hacer las cosas bien... Como tú desees.

—Quiero hacerlo, de verdad —repitió—. Por favor, sigue. Te quiero dentro de mí, para siempre. Hazme el amor, Andrew.

—¿Segura?

Ellen asintió mordiéndose los labios.

—Venga, por favor. No hagas que termine arrepintiéndome —suplicó, y el corazón de él martilleaba como nunca antes lo había hecho. Era tan preciosa y la iba a tener solo para él. Iba a ser suya y sintió una punzada tanto en su entrepierna como en su corazón.

No tardaron en volver a excitarse, ver sus cuerpos desnudos los encendían demasiado y tocarse de ese modo era una maravilla.

Entonces, él empujó, poco a poco, pacientemente, absorbo en ella, esmerándose en hacerle el menor daño, hasta que al final estuvo dentro. Él jadeó. Ella gritó su nombre. Él apretaba las nalgas de ella con cada embestida.

A ella hacía rato que le había dejado de doler; le encantaba aquel momento íntimo donde los dos estaban unidos en uno solo. El movimiento en su interior era una exquisita tortura. Le gustaba tanto aquel intercambio de fluidos, pues eran de Andrew, y sentir su cuerpo bajo su piel

fuerte y resbaladiza era una sensación única.

—Dios mío, Andrew. Sí, por favor, no pares.

—Mi amor...

—Es una maravilla.

—Lo sé.

Hicieron el amor besándose, acariciándose, de forma muy sensual. Andrew estaba disfrutando con aquella mujer como nunca lo había hecho. Moría por seguir dentro de ella y acariciarla eternamente. Por fin sintió el éxtasis y él culminó dentro de ella casi al unísono.

Cuando terminaron, quedaron abrazados; él sobre ella. La volvió a besar por el cuello, en la boca, pero esta vez con ternura. No quería hacerle más daño. Después, le dio la vuelta para tumbarla sobre él, acoplándola en su abrazo. Su frente quedó posada en su cuello en un abrazo íntimo.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, besándole el pelo.

—Al principio un poco, pero luego ha sido maravilloso —le contestó mirándolo a los ojos y con una sonrisa tímida—. Eres como un animalillo salvaje. Un león podría compararse contigo.

—Bueno, la siguiente vez será mejor. —La calmó acariciando su pelo con la otra mano. Estiró el brazo y tomó un pañuelo que llevaba guardado en el pantalón y lo llevó entre sus piernas para limpiarle los fluidos de su cuerpo.

—Eso si permito que haya una segunda vez ...—contradijo ella con una mirada pícara.

—No me tortures, ¿eh? A partir de ahora esta va a ser nuestra rutina. —Y empezó a hacerle cosquillas, besándola por todas partes. Ellen gritaba y se retorció entre sus brazos.

—Nos van a oír y nos van a encontrar. Estate quieto o esta va a ser la últi-ti-tima vez que nos vamos a ver, es una ame-me-na-naza.

—¿A que te arranco una oreja a bocados? Tengo entendido que a los leones les gusta mordisquear damas. —No dejaron de reír hasta que un ruido los hizo reaccionar.

—¡Viene alguien! —exclamó Ellen en un susurro—. Son las llaves. Van a entrar. Corre, por favor. Como nos encuentren así... ¡Qué vergüenza y qué escándalo! —Entró en pánico. Ambos se levantaron de un salto y empezaron a recoger las ropas con prisa, metiéndolas en el armario más cercano que encontraron.

—¿Ahora qué hacemos? ¿Dónde nos metemos? —preguntó Beinn desconcertado.

Ellen lo arrastró hasta otro armario distinto. Había montones de libros y algunas batas colgadas en perchas. Tiró de él para esconderse y cerró la puerta tras ellos.

—Calla, por favor. No me gustaría que nos escucharan —susurró ella.

El vigilante entró en la sala en busca de algún intruso y estiró su brazo para que la lámpara iluminara más. Movié el brazo, iluminando toda la estancia, y luego se adentró, echando un vistazo rápido detrás del escritorio. Repitió la acción en la habitación contigua.

Mientras tanto, Andrew no dejaba de torturarla, besándole el cuello y mordisqueándole la oreja. Ella estaba delante de él, mientras él la abrazaba por detrás.

—Andrew, por favor, para —le susurró con el cuerpo tenso—. Si nos encuentran desnudos dentro de un armario, no podré volver a mirarlo a la cara. Seré la ramera del pueblo. Dios mío, estoy prometida. Qué vergüenza.

La mandíbula de Andrew se tensó. Le molestaba escuchar la palabra "prometida" de sus labios. Pensar en ella casada con otro hombre le provocaba ansiedad, ira y tristeza, una serie de sentimientos negativos que no podía controlar. Sin embargo, intentó reprimirlos y contestó lo primero que se le ocurrió:

—Es tu trabajador. No creo que vaya a contar nada, a menos que quiera perder el empleo.

—Prefiero no averiguarlo.

—Cásate conmigo —le susurró al oído, mordándole el lóbulo nuevamente.

Ellen giró la cabeza sorprendida, aunque estaba muy oscuro para que él pudiera ver su reacción. Tuvieron que guardar silencio cuando el vigilante regresó a la habitación, parecía haber terminado la inspección. Los dos se quedaron inmóviles, manteniendo el silencio hasta que el hombre cerró la puerta de entrada y echó la llave. Se oyeron pasos que se alejaban en la distancia, tranquilizándolos. Una vez seguros, Ellen abrió el armario y salió exhalando un suspiro de alivio, comenzando a vestirse rápidamente. Andrew lo hizo con calma.

—¿Te importa darte prisa? Parece que quieres que nos encuentren.

—Al menos así tendrías que responder a mi proposición.

—No sé a qué proposición te refieres.

Un fuerte sonrojo en sus mejillas delataba su vergüenza.

—Sabes a qué me refiero. ¿O prefieres que te lo repita? —Y se acercó a ella con gesto arrogante—. Cásate conmigo.

Andrew se había puesto los calzones y la camisa a medias. Ella, en cambio, se había vestido por completo, pero no había alcanzado los botones traseros. Él la tomó del brazo y comenzó a abrochar cada botón con destreza mientras le decía:

—No conozco la clase de compromiso que tienes con él, si bien no sientes nada parecido a lo que sientes por mí y te arrepentirás si sigues adelante con esta farsa —le dijo mientras le abrochaba el último y la giraba para ver sus ojos.

—Estamos hechos el uno para el otro y lo sabes. Te has entregado a mí, no a él, y yo me entrego a ti —continuó. Ella no contestó—. Sé que tienes miedo a lo que pueda pasar, a lo que pueda pensar él, a lo que pueda pensar la gente. También tienes miedo de mí, de que pueda hacerte daño, pero prometo no hacerlo. En cuanto a lo que piensen los demás, que se vayan al cuerno. La gente lo olvidará una vez estemos juntos y formemos nuestra propia familia.

Ellen se quedó atrapada en esa palabra: familia. Pensar en formar una familia con él le producía una enorme dicha. Una vez terminaron de arreglarse, Andrew abrió la puerta y el entorno en silencio, asegurándose de que no hubiesen miradas indiscretas. Salieron y se dirigieron a casa de Ellen.

—Aaron es un buen hombre, es amable y cariñoso —le recordó Ellen en el umbral de la puerta—. No se merece que le haga esto.

—Pero es a mí a quien deseas y a quien quieres a tu lado. No sería justo para ninguno de los tres...—respondió y ella asintió con desdicha mientras él le acariciaba el mentón—. Te ayudaré en lo que haga falta, Ell. Estaré contigo en todo momento y no te dejaré sola, nunca. Mañana vendré y hablaremos sobre nosotros y sobre Birscht. Pero... ¿sabes que no puedes casarte con él? ¿No?

—No sé, me siento en el deber de hacerlo. Será bochornoso a menos de dos semanas del evento... Sobre todo, para él. Estoy en un callejón sin salida.

—No podría vivir si te viera con otro hombre, entiéndeme. Y tú estás diciendo estas cosas porque no lo has pensado en frío. No creo que pudieras entregarte a otro y tampoco creo pudieras imaginarme a mí con otra. Piensa en lo que te voy a decir. ¿Podrías vivir sabiendo que estoy con otra persona, con hijos que no son tuyos, que por las noches le hago el amor a alguien distinto a ti? ¿Acabar con lo nuestro solo por miedo al qué dirán? ¿Por miedo a hacerle daño? Porque yo pienso una vida sin ti y no podría vivirla, más aún sabiendo que los sentimientos son mutuos.

Además, él encontrará a otra mujer que lo haga dichoso y... que lo ame.

—Tienes razón.

—Mañana vendré por la tarde, debo hacer algo por la mañana. ¿Te parece bien si nos encontramos alrededor de las cuatro? —preguntó Andrew y ella asintió.

—Prefiero que nos encontremos en el abedul. No quiero que nadie nos vea juntos.

Andrew miró en todas direcciones, asegurándose de que estuvieran solos, y le robó un tierno beso de despedida

—Hasta mañana, cielo. Espero que sueñes conmigo, como yo lo haré contigo.

—Lo haré —contestó Ellen amorosamente.

13

—Hoy tienes mejor cara, hermano. ¿A qué se debe tu repentino cambio de humor? ¿Algo nuevo que contarme? —le echó una mirada pícara.

—No todo depende de una mujer.

—¿Y a qué se debe tu felicidad, si no?

—Soy una persona de humor cambiante. Hoy estoy contento y mañana estaré de mal genio. Así he sido siempre y cualquiera me entiende —bromeó.

—Tienes toda la razón, cualquiera te entiende —Evan suspiró y puso los ojos en blanco—. ¿Has arreglado la situación con Ellen?

—Eso parece —sonrió con un brillo nuevo en sus ojos—. Pero prefiero no hablar de ello, no vaya a ser que tiente a la mala suerte.

Evan aprovechó que su hermano estaba de buen humor para hablar sobre algunos asuntos pendientes de la finca familiar. Marum entró poco después amenizando la conversación. Hacía tiempo que no se reunían los tres de aquel modo tan fraternal. Hablaron sobre la divertida tarde en los Juegos, y su tío les contó las últimas novedades de sus tierras.

Hacía unas semanas, Marum presenció cómo la señora Craig fue orinada por una vaca peluda. Estaba mojando sus pies en el río y no se dio cuenta de que el animal le estaba orinando la cabeza. Ella pensó que era su sobrina pequeña que le estaba tirando agua para jugar con ella. Cuando finalmente se dio cuenta de que esa enorme vaca estaba sobre ella, apuntándole con sus posaderas, comenzó a correr en todas direcciones como una loca.

—Esa mujer es siempre tan presumida que esa situación la habrá superado. Me hubiese gustado verla gritar y correr en todas direcciones —dijo Evan entre risas—. Tuvo que ser divertido.

Después, le contó algunas historias más sobre los vecinos. Los dos hermanos conocían a todos ellos, puesto que había vivido casi diez años con él. La charla se extendió hasta la hora de comer y las doncellas interrumpieron para decirles que se acercaran a la mesa. Marum salió de la habitación, y Evan aprovechó que estaban solos para enseñarle una fotografía familiar que había encontrado en el sótano. A Andrew se le encogió el alma al trasladar su mente a ese momento. Lo recordaba tan bien...

Durante esas fechas, recibieron la notificación del abogado para que su padre se dispusiera a heredar el título y los bienes. Fue uno de los últimos momentos en familia cuando aún quedaba algo de unidad entre ellos. Aún poseían la casa de campo y pronto celebrarían el primer cumpleaños de Evan. Recordó cómo su madre llevaba meses pidiendo hacerse una fotografía familiar, y para el primer cumpleaños de su hermano decidieron hacerse una. Se quedó mirándola con nostalgia durante algunos segundos. Los echaba tanto de menos...

Para Ellen, esa noche fue maravillosa; finalmente pudo conciliar el sueño después de tantos días sumida en la penumbra. Para Andrew, fue igualmente magnífica; parecía que advertía

nuevos sentimientos dentro de él. Ahora, por fin, era suya y no habría nada ni nadie que cambiara eso. Se habían entregado el uno al otro, en cuerpo y alma, y ahora sabía que al igual que él, Ellen guardaba dentro de su corazón los mismos sentimientos. No sabía qué rumbo tomaría aquello, pero lo haría acompañado de ella. Ya no podían negarlo.

Pensó en comprarle un anillo, una alianza que los uniera en un firme compromiso, pero decidió que sería mejor no agobiarla con el tema. Aún tenía que cancelar el compromiso con Birscht y cuando eso sucediera, le daría el anillo. Lo meditó y decidió comprarle algo que transmitiera el poderoso afecto que ambos se profesaban. Algún detalle que cada vez que lo viera, se acordara de él.

Ellen despertó con los primeros rayos de sol sumida en la duda. Ahora no podría mirar a Aaron a los ojos y la avergonzaba volver a ver a Andrew. Se sintió culpable y pensó que lo más aconsejable sería terminar con ambos y comenzar de nuevo. Pero se acordó de lo que le había dicho y no soportaría verlo en brazos de otra mujer e imaginarlo con esposa e hijos le partía el alma. Si solo de pensarlo le dolía, si fuera real...

Tenía los ojos empapados en lágrimas, estaba envuelta en un lío y no sabía cómo salir de ahí. Andrew le dijo que le ayudaría a salir de eso, pero ¿seguiría pensando igual? Lo necesitaba a su lado, apoyándola. Se sentía como una loca. Por la noche estaba contenta y dichosa, y ahora aterrorizada y arrepentida. Si la llevaran a un manicomio, con seguridad la encerrarían.

Lo único que tenía claro es que quería a Andrew y aunque él no le había dicho literalmente que la quisiera, sus palabras parecían expresar lo mismo. Recordó lo que le dijo antes de hacer el amor y era igual a una confesión de amor. La decisión estaba clara. Quería estar con él y no con Aaron.

Tenía que dejarlo lo antes posible, pero, ¿cómo? A una semana de la ceremonia, cancelarlo sería devastador, aunque quería amanecer con Andrew, tener un futuro con él, abrazarlo todas las mañanas, hacerle el amor todos los días. Incluso se imaginó con hijos y la llenó de placer. «Lady Beinn», y en su rostro apareció una sonrisa sarcástica. Tenía que ser valiente y enfrentar lo que ella misma se había buscado.

Andrew pensó en mandar a confeccionar una joya fabricada con oro de su mina, pero quería algo más personal y único. Vio una tienda de antigüedades y creyó que dentro encontraría el detalle perfecto para ella.

La tienda estaba decorada con diferentes tipos de maderas y abarrotado de objetos antiguos. Una anciana se encontraba al fondo, tras el mostrador. Los objetos estaban por todas partes: sobre los armarios, encima de las mesas, en el suelo y colgadas del techo. Halló relojes, jarrones, cuadros, sillones, muebles, libros, entre muchos otros objetos. Se acercó a la señora y le pidió que le mostrara alguna pieza única para regalar a una persona especial, algún objeto que demostrara su gran afecto.

—¿Es para su enamorada? —preguntó.

Para Andrew, “enamorada”, “amor” y “querer” eran palabras que le quedaban muy grandes y prefería no pensar en ellas. ¿Estaría realmente enamorado? ¿Podría llamar “amor” a aquel montón de sentimientos? ¿Era ese el sentimiento que tenía alguien cuando amaba a una mujer? Eran dolorosos. No quería tentar a los demonios y confesarlo, quizá asumir que era dichoso y feliz.

Cada vez que había abierto su corazón, tentó a Lucifer perdiendo a la persona en cuestión. Aquello hizo que se cerrara en un muro infranqueable de protección y que, desde entonces, tuviera a su corazón recomponiéndose de las catástrofes de su vida.

Quería un regalo que la protegiera y la ayudara a estar a salvo para siempre. No es que creyera en poderes mágicos, pero al fin y al cabo era escocés y sabía que algo de magia sí que había. No iba a escatimar en gastos, quería lo más especial.

La mujer le sacó un precioso colgante con un medallón. La cadena estaba formada por pequeñas perlas escocesas unidas entre sí y la medalla que colgaba llevaba grabado el símbolo celta de la triqueta. Este símbolo representaba la vida, la muerte y la reencarnación o también: cuerpo, mente y alma. Amar, honrar y proteger. En la parte central de la pieza poseía una gema de aguamarina en forma de corazón, también de aquellas mismas tierras. Llevaba una nota escrita que ponía:

Cuenta la leyenda que uno de los jefes del clan escocés MacLeod se casó con un hada. Eran muy felices juntos: bebían, cantaban, bailaban y se divertían. Hasta que un día llegaron las ninfas para buscarla, pues la echaban de menos y pedían que volviese junto a ellas.

El reino de las hadas se había sumido en la tristeza desde su marcha y había perdido la magia. Así que, tras pensarlo mucho y con un sentimiento de amargura, decidió volver con ellas a su antiguo hogar. Antes de marcharse, le dejó a su enamorado una bandera para que, cuando se sintiera en peligro o dolido, la hondeara. El colgante la avisaría y ella volvería para proteger a sus seres queridos.

El colgante había sido encontrado en la playa de Achmelvich cuando un hombre lo rescató mientras excavaba en la arena. Según contó la mujer, decían que el hada lo habría perdido en una de sus últimas visitas a las Tierras Altas de Escocia para salvar al clan de la muerte a manos de sus enemigos.

Obviamente, Andrew sabía que todo era un mito. No obstante, era una historia bonita que reflejaba lo que sentía por Ellen y la joya era preciosa. Y como buen escocés, creía que el símbolo celta de la triqueta era un buen amuleto de la suerte y de protección. Así que, tras pagar el precio acordado, se lo llevó.

Una vez llegada la hora de verla, cabalgó hasta su casa. Se sentía como un adolescente que iba a reencontrarse con su enamorada. Al llegar, la vio sentada junto al abedul de la gran arboleda que había en la parte trasera de su casa.

Era un día gris de llovizna y entre aquellas espesas nubes y las leves ondulaciones del terreno verde, parecía un hada. Una ninfa como la del cuento que le acababan de contar. Llevaba una trenza generosa con su cabello aperlado, sus ojos de color jade y un vestido sencillo de azul pálido. Estaba tan hermosa...

—Hola, cariño —le dijo Andrew.

Ella se levantó, lo abrazó y se quedaron de ese modo, aspirando el momento. Él se sentía dichoso y, mirándola a los ojos, le propuso una carrera a caballo. Cabalgaron un trecho divirtiéndose y retándose, aunque al final ganó Andrew.

—Eso es porque conoces el terreno. De no ser así, habría ganado yo.

—No te gusta perder, ¿eh? Menos mal que no nos hemos apostado un beso —bromeó con ella.

—A nadie le gusta perder.

—En eso tienes toda la razón.

La llevó a cada rincón que conocía. Más tarde, Ellen sacó de una cesta galletas de mantequilla, frutas, pan, queso y haggis y propuso comerlos sobre el césped en una merienda campera. Ella lo miraba con picardía mientras se metía un trozo de pan y queso en la boca.

Andrew le contaba cuantas cosas le venían a la cabeza, pero cuando la miraba, se le cortaba la respiración y una sonrisa iluminaba su rostro. Después, fueron a la playa y se tumbaron en la arena. El cielo estaba despejado, así que era un perfecto día para mojarse las piernas. Andrew se quitó la ropa y se adentró en las aguas.

—Nunca tienes frío. Eres como un oso —dijo ella.

La playa estaba tranquila y solitaria, y no había nadie que pudiera verlos.

—Levántate las faldas y siéntate aquí —señaló una roca—. Mójate un poco las piernas.

Las aguas transparentes ondulaban mientras golpeaban ferozmente en el torso de Andrew.

—No me voy a sentar... no quiero acabar empapada como ayer.

—Venga, ven. Hace un día estupendo y las aguas del lago son más frías. Además, tengo una casita aquí cerca. Podemos acercarnos cuando acabemos. Ahí te puedes secar las piernas.

Ellen sorprendió a Andrew al quitarse el vestido y quedarse en ropa interior. Se sumergió por completo en el agua después de unos pocos minutos, permitiendo que su cuerpo se aclimatara.

—Si me baño, lo hago bien. No me basta con solo mojar las piernas —declaró con determinación.

—Me parece bien —respondió él con una sonrisa pícara.

—Tienes razón, el agua no está tan fría.

—Ven aquí —la llamó Andrew.

—Contigo, hago locuras —susurró Ellen mientras se acercaba.

—Disfruta, mi amor.

Andrew la atrajo hacia sí y le dio un beso en la frente. Luego, se quedaron abrazados mientras las olas chocaban contra sus cuerpos. Estaban disfrutando del momento, saboreándolo. Ellen lo miró como si estuviera analizando algo.

—¿Qué miras?

—Tienes canas, no me había fijado —contestó ella.

—Lo sé... no estoy seguro si es genético o por estrés —admitió Andrew.

Ellen le cogió una y la arrancó.

—¡Ay! —se quejó—. Si las arrancas, me saldrán más —refunfuñó, mientras Ellen empezaba a reír—. Eres malvada —agregó.

Le gustaba molestarlo, como él hacía con ella.

—También tienes un lunar justo aquí —señaló ella sobre su labio.

—¿Me estás inspeccionando? —bromeó Andrew, frunciendo divertido el ceño—. ¿Vas a arrancármelo también?

Ellen asintió y le mordió el labio. Andrew respondió con otro mordisco, y luego se besaron y se volvieron a besar. Cuando terminaron, se vistieron y se dirigieron a la casita que Andrew le había mencionado.

—¿Y esta casa? —escudriñó Ellen cada rincón con la mirada—. Parece el típico lugar diseñado exclusivamente para traer a una mujer —comentó, haciendo que Andrew se atragantara de la risa.

—Puede que lo haya sido.

—¿Has traído aquí a alguna mujer? —preguntó Ellen con una mirada especulativa.

—A alguna —admitió Andrew.

—Entiendo...

—Lo que tengas que decir, dilo ya. No te andes con rodeos.

—Me traes a donde has traído a otras mujeres.

—Hemos venido para que te bañes, te cambies y nos vayamos —respondió él evasivamente.

—¿Has traído a muchas...?

—¿Es realmente importante saberlo? —preguntó él, un tanto incómodo.

—Sí, lo es. Y si no te gustan las preguntas, no haberme traído aquí —respondió Ellen con firmeza.

—A una solo —le confesó. Ahora le preguntaría quién había sido, y cuando descubriera que había sido una mujer casada, se alejaría de él, lo vería como un ser inmoral, como lo que realmente era.

—Entiendo. ¿Y estabas enamorado de esa mujer?

—Nunca he estado enamorado de nadie, excepto de... —se calló—. Estaba casada. Nuestra relación era puramente física, ambos lo sabíamos. Lo pasábamos bien juntos. Su marido estaba siempre fuera, de viaje, pero al final se enteró de la traición y terminamos la relación. Es la única mujer que he traído aquí —concluyó.

—¿Excepto de...?

—¿Cómo dices?

—¿Has dicho que nunca has amado a nadie excepto a...?

—Nunca he amado a nadie —titubeó Andrew. Todavía no estaba preparado para confesar sus sentimientos por ella. Era una mujer tan desconcertante. Ni siquiera lo había juzgado por haber tenido un idilio con una mujer casada. Ellen siempre lograba sorprenderlo.

Mientras él se vestía, ella se sumergió en la bañera, disfrutando de una placentera sensación de calma. Andrew entró en la habitación sigilosamente y se acercó. Ella sacó el torso del agua y se quedaron mirándose a los ojos. Él se agachó y le acarició su larga melena que caía como una cascada sobre su espalda. Andrew le lavó el cabello, le hizo un masaje relajante y luego lo enjuagó con cuidado. Su presencia le hacía estremecerse y le provocaba deseos de llevarla a la cama. Pero no lo haría; debía controlarse.

—¿Te gusta?

—Mmm... Mucho.

Ellen cogió su mano y la posó sobre sus pechos. Él los lavó con delicadeza, luego continuó con el cuello, el torso y descendió lentamente hasta sus muslos, piernas y pies. Después, ascendió hasta el punto más sensible de su cuerpo, dedicando especial atención a limpiarlo bien. Sus caricias eran intensas y Ellen gimió de placer. Lo necesitaba dentro de ella, inmediatamente.

—Hazme el amor —le suplicó mordiéndose el labio inferior.

—¿No crees que sería mejor esperar hasta...?

—No. Quiero hacerlo ahora.

La enjuagó y la besó tiernamente, primero el cuello y luego la boca. Ellen lo atrapó por la nuca y lo atrajo hacia ella, acariciando su boca con la suya. Él la levantó sin esfuerzo y la llevó en brazos a la cama, mientras continuaban con una lluvia de caricias. Andrew la dejó caer con delicadeza sobre el lecho, empapando las sábanas con la humedad de su cuerpo. Ellen lo desvistió dulcemente, pero seguían inmersos en ese acto de amor fortuito. Besos tiernos que se transformaban en apasionadas caricias. El contacto entre ellos aumentaba la temperatura de la

habitación y de sus cuerpos. Ella no aguantó más y se colocó sobre él para tenerlo completamente dentro de ella.

—Dios mío —susurró él.

—Te voy a hacer el amor —dijo ella mientras él observaba absorto las líneas de su cuerpo.

Ella lo posicionó en la deliciosa abertura que tenía entre sus piernas y, ejerciendo presión contra su erección, lo introdujo en su sexo. Andrew suspiró de placer. Ellen comenzó a cabalgar sobre él, aumentando la velocidad y el ritmo.

Sus movimientos eran exquisitos; arqueaba la espalda hacia atrás, irguiendo sus pechos. ¿Cómo podía ser que aquella mujer inexperta le diera tal placer? Se notaba su inexperiencia y su falta de técnica, y aun así, era mejor que lo que había tenido nunca. Era mejor que en sus sueños.

En sus sueños parecía un ángel, pero ahora mismo parecía una Diosa. Cada vez que hacía el amor con ella, se demostraba a sí mismo que aquella mujer era todo lo que necesitaba en la vida. Andrew la sujetaba por las caderas para ayudarla con los movimientos. Después de algunas penetraciones más, ella llegó al éxtasis, relajando poco a poco su cuerpo. Él estaba a punto de derramar la semilla dentro de ella, así que la giró sobre la cama y se puso de lado junto a ella. Mientras ella rodeaba su fuerte y tonificado cuerpo con las piernas, él le dio las últimas embestidas hasta culminar fuera de ella.

Al terminar, cayó sobre ella sin dejar de besar su cuello y su mejilla. Tras unos segundos, Andrew se recostó en la cama boca arriba, la acurrucó entre sus brazos y acarició con sus grandes manos los mechones de su pelo. Pero tras unos instantes, él quiso hacer el amor de nuevo con ella. No se había saciado y la necesitaba de nuevo. Quería volverla a besar, volver a hacerla suya. Era tan suave y tan bonita. Nunca se cansaría de ella. Él lo sabía.

Le abrió las piernas con delicadeza y se puso encima de ella. Besó sus labios con ternura, con calma, con besos castos, y ella respondió mordiendo su labio. Él rio. Apartó su rostro para comerse a besos su cuello. Ella gimió.

—Ay, Andrew. ¿Lo vamos a hacer otra vez?

Él asintió con una risilla pícara.

—¿No te ha gustado?

—Muchísimo. Por eso quiero repetir.

—Vamos a ir al infierno.

—Pero juntos.

Mordisqueó su labio inferior, deteniéndose en el beso, acariciándole la mejilla, disfrutando de sus caricias. Bajó una mano y friccionó su cadera con amor. Ella dobló la rodilla, quedando él entre sus piernas. Lo sujetó por la cintura, tocando sus fuertes músculos. Andrew no dejaba de besarla; ella estaba muy excitada. Notaba cómo crecía su virilidad entre sus piernas y sentía que moría por él. Estaba enamorada. Lo quería, mucho.

Si alguien le hubiese dicho que moriría por él, no lo hubiese creído. Sin embargo, quería estar así con él todos los días de su vida. No sabía si declararle su amor, pero sentía la necesidad de decirle cuánto lo quería.

—Andrew...

—Cariño...

Él siguió besándola con torturadas caricias que eran devueltas con la misma pasión. Le besó el cuello y trazó un camino con su lengua, mientras la miraba con picardía. El hombro, el brazo, después sus pechos hasta su ombligo. Le pegó un mordisquito y ella gritó entre risas.

—Eres un bárbaro.

Él sonrió, pero no le hizo caso. Siguió besando bajo el abdomen. Ella se estremeció. Llegó a su sexo y se lo apretó con una mano. Se mordió el labio.

—Estás muy mojada.

—Sí...

—Sabes que esto es mío, ¿no? —Pasó su dedo índice por su húmeda abertura.

—Sí... —Arqueó su espalda.

—¿Para siempre? ¿De nadie más?

—Siempre —gimió.

Jugó con su dedo adentrándolo en sus partes íntimas. Después se lo metió en la boca y lo saboreó.

—Eres un cochino —susurró escandalizada.

—Sabe a ti. Delicioso.

—Madre mía. —Intentó retirarse avergonzada.

—De eso nada.

Sujetó cada pierna con sus grandes manos y llevó su boca a su sexo.

—Andrew, por Dios...

Comenzó la tortura, ella gimió, gimió y gimió hasta que llegó al éxtasis y gritó. Andrew había jugado con sus partes íntimas introduciendo un dedo y luego dos, mientras lamía su clítoris en círculos y líneas torturadoras. Cuando estaba a punto, bajaba la intensidad para dejarla con las ganas. A él le encantaba hacerla sufrir, que suplicara, hasta que al final se apiadó de ella y dejó que llegara al clímax. Después, ella quiso hacer el amor y él se lo hizo desde atrás, sorprendiéndola.

—No sabía que también se pudiera hacer así.

—Pufff y de muchas otras formas, que aprenderemos juntos.

—Aprenderé yo. Tú sabes mucho —replicó.

—No tanto. —La besó y la estrujó entre sus brazos.

—Pues para no saber tanto, sabes cómo dar placer a una mujer. Tengo entendido que muchas no sienten nada a lo largo de su vida, pero contigo desde la primera vez. No sabía que se sintiera tan bien y que me estuviese perdiendo esto —sonrió.

—Me alegro de que te haya gustado. Hay hombres que solo buscan complacerse a sí mismo o tener hijos sin importarle el placer de su mujer.

—¿Soy tu mujer? —calló—. Perdón... siento ser tan impulsiva.

—Sí, desde luego que eres mi mujer —sonrió—. ¿Y por qué dices eso?

—Soy impulsiva. A menudo suelo decir lo primero que se me pasa por la cabeza y antes me he subido encima tuya como si fuera una yegua y tú un caballo.

Él soltó una risotada.

—Te digo ya, que un caballo y una yegua no lo hacen así. Pero ya probaremos como lo hacen ellos, no te preocupes.

—Espero que no —sonrió y él acarició con sus dedos un mechón de su pelo.

—Ha sido maravilloso y me gusta cómo eres. No te preocupes por nada. —Le besó el brazo con ternura.

—¿Y mi mal genio?

—Sobre todo tu mal genio.

Ella soltó una risotada.

—A veces he tenido percances debido a mi impulsividad, ¿sabes?

—Yo no creo que seas tan impulsiva.

—Ah, ¿no?

—En todo caso, emotiva y de temperamento explosivo, pero me gusta.

—Porque gracias a ello he acabado en tu cama. O más bien en la de tu anterior amante.

—Pero nunca más será usada por nadie que no seas tú —La estrechó en sus brazos—. Eres una mujer inteligente, con cabeza. Os admiro mucho. Mira hasta dónde habéis llegado con la destilería y lo habéis hecho solas. Tu madre y tú. Si fueses tan impulsiva como dices que eres, no te hubiese ido tan bien. Yo no te veo tan impulsiva, más bien reflexiva explosiva.

—Bah —se retorció a su lado y él le robó un beso—. Pufff, si te contará...

—Dime.

—Te pongo un ejemplo... Hace cuatro meses le pegué a un cliente porque me robó un beso, perdiendo a ese cliente en cuestión. No es la primera vez que mi temperamento me juega malas pasadas.

—Y por eso no merecía que trabajases con él.

—Te recuerdo que tú también me has robado unos cuantos.

—Ya, pero yo me aseguré de que fuese correspondido.

Ella frunció el ceño.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Te prometí no sacar el tema. —Se puso de lado y levantó las manos con una sonrisa ladina.

—Vaya. ¿Tan evidente fui en la noche del vaso?

—¿De verdad quieres saberlo?

Ella asintió.

—Mmm... Yo sabía que había algo entre nosotros, pero no, no tenía ni idea del grado de implicación. La noche que te encontré escuchando en la puerta me quedé perplejo, no entendía nada.

—¿Y, entonces?

—Al día siguiente Yeremi me contó que te habían dicho que yo había estado cenando con una mujer en mi habitación. Obviamente te mintieron.

—¿Y por qué harían algo así? —preguntó y se calló en cuanto lo asimiló—. Ohhh... todos sabían que nos atraíamos.

—Menos nosotros —respondió Andrew.

—Qué simpáticos y entrometidos son tus amigos —farfulló.

—Puff. No lo sabes tú bien. Entonces caí y entendí todo. El asunto del vaso y tu oyendo. Celos, no había otra posibilidad.

—Qué vergüenza.

Él se llevó una mano a su mejilla y mirándole a los ojos le dijo:

—Ninguna. Yo habría hecho lo mismo en tu situación. Bueno, quizá hubiese sido más descarado. Habría golpeado la puerta con cualquier excusa para llevarte conmigo.

—Mmm...

—En el fondo somos muy parecidos.

—Reflexivos explosivos.

—Tú un poquito más que yo —sonrió.

—Andrew, ¿crees que saldrá bien lo nuestro?

—Me acabo de acordar —le dijo—. Tengo una cosa para ti.

Beinn se levantó, mostrando su desnudez, y se acercó a la silla donde apoyaba su abrigo. Sacó

una pequeña caja de su bolsillo y se la entregó.

—¿Un regalo? ¿Qué es? —Ellen abrió la caja ansiosa. Aunque pretendía parecer tranquila, no pudo ocultar su entusiasmo. Era una joya preciosa, pero demasiado, a su parecer.

—No puedo aceptarla, Andrew.

—¿Por qué?

—Es demasiado.

—El símbolo celta protegerá lo nuestro.

Ellen leyó la nota para sí misma mientras Andrew la observaba de reojo.

—¡Oh, Andrew! Es muy bonita —lo sorprendió con un fuerte abrazo—. Esto debe haberte costado una fortuna... Es demasiado.

—Déjame ponértela —Apartó su cabello húmedo y con delicadeza cerró el broche, dejando caer la delicada joya sobre su cuello.

—¿Tú me quieres? —preguntó con los ojos vidriosos.

Andrew se mantuvo en silencio. Le daba miedo contestar. Necesitaba tiempo para declararse y sincerarse con la mujer que tenía desnuda frente a él. Temía que, al hacerlo, pudiera perderla, así que hizo un gesto extraño que ella interpretó como un no.

—Eso es que no —respondió por él.

—Ellen, yo si... yo... mu...

De repente, un estruendo los sacó del ensimismamiento en el que estaban envueltos. Alguien golpeaba la puerta, los golpes se hacían cada vez más fuertes y constantes. A cada golpe más ímpetu le ponía y las pausas se iban acortando.

—¿Quién puede ser? ¿Alguien sabe que estamos aquí?

—Puede que Jack Mathew. Si ha venido hasta aquí, tiene que ser por algo importante. —Andrew levantó una ceja.

—¿Pero no dijiste que nadie más sabía de nuestro paradero?

—Él sabe que estoy contigo y conoce este lugar. Puede que nos haya buscado y al no encontrarnos haya probado aquí. Tranquila, que no estaba acordado.

Andrew se vistió mientras se acercaba a la puerta que no dejaba de ser golpeada. Se puso como pudo el pantalón, luego la camisa, y descalzo se dirigió hacia la entrada.

—Voy. Un poco de paciencia. Deja de golpear la puerta que la vas a tirar abajo.

Cuando la abrió, la sorpresa no pudo ser mayor. Ante sus ojos estaba el mismísimo prometido de Ellen. Estaba enfurecido y su mirada reflejaba ira, odio y venganza. Andrew se quedó paralizado, dejando su último botón sin abrochar. Aaron lo miraba de arriba abajo y de abajo arriba, incrédulo, asegurándose de que lo que estaba viendo era cierto.

—¿Dónde está mi prometida? —Lo empujó e irrumpió sin dejar tiempo para que Andrew reaccionase.

—¿Cómo se atreve a entrar de ese modo en mi casa?

—Esto no es una casa. Esto es un lugar donde traes a una mujer para follártela.

Ellen escuchó la voz de Aaron y, con un ataque de nervios, comenzó a vestirse torpemente. Sin embargo, no logró completar la tarea, ya que abrió la puerta mucho antes de terminar. Tan solo había logrado ponerse el camión del revés, los pololos y una media. Aaron observaba la escena con incredulidad.

—Ellen... —tragó saliva y, llevándose la mano a la frente con aprensión, preguntó—: ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Lo... lo siento, Aaron.

Estaba paralizada y no podía mirarlo a los ojos. No sabía cómo reaccionar ante aquella espantosa situación. Era una escena violenta y tenía un nudo en la garganta que no le permitía respirar.

—¿Se puede saber quién le ha dicho que estábamos aquí? —preguntó Andrew exaltado.

—¿Y qué diantres importa eso? —Sus ojos reflejaban un brillo endemoniado. — ¿Se ha propasado con ella? ¿La ha violado?

Lo golpeó en el pecho, lo empujó y lo acusó de mil cosas horribles mientras Andrew retrocedía esquivando los golpes.

—Está loco. Ella está aquí por voluntad propia. Nadie ha obligado a nadie y ya puede irse por donde ha venido —señaló la puerta.

—Termina de vestirme que nos vamos —le ordenó.

—Ella no se va a ninguna parte —respondió con voz dura, pero sin perder la calma.

—Ellen se viene conmigo. Está loco si piensa que la voy a dejar con usted para que pueda follársela de nuevo.

—Respétela —le advirtió.

—¿Qué la respete yo? —se ofendió y lo señaló con el dedo—. Le recuerdo que es usted quien se la ha llevado a la cama. Yo me iba a casar con ella y la iba a honrar hasta la noche de bodas y usted... es un cerdo sin escrúpulos que la ha encandilado y se ha aprovechado de ella.

Birscht había perdido los nervios. El rostro de Andrew se transformó, se le estaban poniendo las mejillas coloradas; parecía incrédulo y enfurecido a partes iguales.

—Aaron, por favor. Permíteme que termine de atarme los zapatos y me iré contigo.

—Ellen, no te vas a ir con él. Este tipo ha perdido la razón. A saber de lo que es capaz de hacerte —dijo Andrew.

—¿Estás insinuando que le voy a pegar a mi mujer?

—Lo primero es que ya no es su mujer, ahora es mía. Lo segundo, desde luego que pienso que es capaz de pegarle.

—Al que le voy a zurrar es a usted —gritó Birscht.

Se abalanzó sobre Andrew y le dio un brutal puñetazo en la nariz, pillándolo desprevenido. Lleno de rabia, Aaron comenzó a atizarlo, y en el último golpe, Andrew se defendió propinándole un severo puñetazo. Él cayó al suelo y de su nariz comenzó a brotar sangre. Sujetándolo por la solapa de la camisa, lo levantó y, mirándole ferozmente a los ojos, le dijo:

—¿Pretende pegarme usted a mí? Si le saco una cabeza —se burló de él—. Lárguese de aquí y tendrá una conversación con Ellen cuando haya cobrado el juicio y cuando ella desee hacerlo. Pero ella, hoy, se queda conmigo.

—Ella es mi esposa, y usted solo ha sido una distracción mientras yo estaba fuera. Pero es a mí a quien tendrá a su lado cuando me haya casado con ella —gruñó Birscht.

—Ella no se va a casar con usted y es su culpa por no haber sabido cuidarla. Que le quede claro que en Londres fui yo quien la apoyó, porque usted no se dignó a hacer lo posible por acompañarla. Así que lárguese y entienda que ella ahora es mía y se queda hoy conmigo —exclamó, poniendo énfasis en la palabra “mía”.

Ellen lloraba y suplicaba que dejaran de pelear. No logró apaciguar a ninguno de los dos. Ambos estaban alterados y enfurecidos de formas diferentes. Aaron parecía haber perdido el juicio. Andrew, aunque enfadado, se comportaba de una manera más fría, fingiendo una sonrisa irónica.

A ella le enfureció que la trataran como si fuera un trofeo y que estuvieran peleando para ver

quién acabaría por poseerlo. Pero le sentó aún peor que Andrew estuviera decidiendo sobre su futuro sin su permiso. No la iba a ayudar a tomar sus propias decisiones; las había tomado por ella.

No iba a permitir que él la manipulara y, por otra parte, ¿cómo podía ser tan cruel con Aaron? Aunque tuviese razón en algunas de las cosas que había dicho, el traicionado era Birscht. Tenía motivos para estar fuera de control. Había entrado en aquella casa encontrando a su futura esposa desnuda después de haber tenido relaciones extramatrimoniales con otro hombre.

—Para ya, Beinn. Si nos casamos o no, es decisión nuestra, no tuya. No te vas a inmiscuir, y yo no de ti ni de nadie —lo miró a los ojos, desafiándolo.

—Tú no te vas a casar con él después de lo que ha sucedido entre nosotros. Me niego a que eso suceda —dijo, cambiando su expresión triunfadora por una más angustiada y sombría.

—Me voy con él y, como has dicho, es decisión mía y tienes que respetarla. Vamos, Aaron —le agarró del brazo y salieron.

Andrew agitaba la cabeza con incredulidad; sus palabras lo habían aturdido, mientras Birscht lo miraba con odio, pero con una expresión triunfal.

—Vale, vete. Si es lo que quieres, puedes largarte con él —espetó.

14

Aaron le pidió que lo acompañara a la posada donde se hospedaba cuando visitaba las Highlands. Necesitaba hablar con ella para resolver las cosas, así que ambos montaron sus respectivos caballos y emprendieron camino. Una vez llegaron, Aaron se desplomó en un sillón y Ellen se apoyó en el escritorio.

—Nunca me hubiera esperado esto de ti —su rostro reflejaba desconcierto y decepción.

—Siento mucho haberte hecho daño —no podía mirarlo a los ojos, sentía una vergüenza inmensa.

—Cuando el detective me contó lo que estabas haciendo, no podía creerlo. Estaba convencido de que estaba equivocado.

—¿Detective? ¿Me has estado espiando? —preguntó incrédula.

—Ellen, desconfiaba de ti. Te veía muy distante y necesitaba entender qué te sucedía, aunque nunca imaginé esto. Pero ha sido lo mejor para darme cuenta de que eres...

—¿De que soy qué? —se puso a la defensiva.

—Pues de que todas actuáis por interés. Es conde, ya sabes.

—¿Piensas eso de mí, que solo me interesa porque es noble?

—No te hagas la digna. Quizás no te has dado cuenta, pero el traicionado soy yo, y no ha sido solo un beso inocente. Te has acostado con él —le recriminó.

—Ya lo sé y lo lamento. No sabes cuánto siento que las cosas hayan sucedido así. Es que nunca estás aquí, nunca estás a mi lado. Siempre estás ocupado con tu empresa y él... él me muestra cuánto le importo...

—¿Cuánto le importas? Lo conoces desde hace un mes y ya te ha llevado a la cama. Solo ha buscado acostarse contigo. No te ha respetado en absoluto.

—Al menos me toca, le gusto y está aquí conmigo —dijo con los labios apretados.

—A mí también me gustas. Yo te amo y dudo mucho que él sienta lo mismo que yo por ti. ¿Te ha dicho acaso que te ama? —Ellen guardó silencio—. Tal vez no me he comportado como debía y no he atendido tus necesidades por centrarme en las mías. Sin embargo, si querías más atención, solo tenías que decírmelo. No acostarte con otro.

—Lo siento mucho —dijo, sin poder dejar de llorar.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Mi mente es un torbellino. En este momento no sé qué decirte, Aaron.

—La boda es en pocos días.

—Pero... ¿sigue en pie nuestro compromiso?

—Podemos solucionarlo. Necesitaré tiempo para poder perdonarte y tendrás que mudarte conmigo a Edimburgo una vez casados. Como comprenderás, preferiría que no volvieras a verlo.

—No entiendo cómo puedes perdonarme esto... —dijo atónita.

—Una crisis de pareja se puede solucionar. Hacemos buen equipo y lo sabes. Cuando estamos

juntos, podemos discutir sobre cualquier tema. Tenemos complicidad y ambos tenemos un negocio que podemos combinar con el del otro para hacerlo más grande. No pienses que me quiero casar contigo por interés. Me refiero a que podemos tener un gran futuro juntos y creo que seríamos felices en Edimburgo.

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Que no vuelvas a hacer algo así nunca más. Si tienes algún problema conmigo, cuéntamelo y lo solucionaremos como pareja. A la larga, sé que volveré a confiar en ti.

—No creo que sea posible.

—Yo sí lo creo posible.

—¿No tenías mañana una reunión muy importante?

—Sí, y estoy aquí porque lo más importante para mí eres tú.

Aaron estaba dispuesto a perder aquel negocio tan importante para él solo por salvar la relación con ella. Había vuelto a las Highlands por ella. La amaba. No sabía qué hacer y se encontraba llena de dudas. ¿Debería elegir a Aaron o arriesgarse con Andrew? Aaron le brindaba seguridad y un futuro sólido juntos, ya que lo conocía desde hacía años y mejor que a nadie más. Sabía que era fiel y de nobles sentimientos, y que, visto lo visto, le perdonaría casi cualquier cosa que hiciera. Y lo más importante, en numerosas ocasiones le había confesado su amor y su deseo de estar con ella.

Andrew, por otro lado, era apasionado y divertido. Sabía que la deseaba, pero nunca le había expresado que la amaba. Era romántico, protector y detallista, aunque un tanto posesivo, intenso y reservado.

¿Sería solo una atracción pasajera como Aaron le había mencionado? Tal vez fuera simplemente la novedad. ¿Ese era el verdadero motivo de su interés en ella? Recordó que su amante anterior también había sido una mujer casada. ¿Y si tenía predilección por las mujeres comprometidas y perdía el interés en ellas una vez las conquistaba?

—Debes volver a Edimburgo. No puedes perderte la reunión —le dijo.

Ella sabía que esa reunión era crucial para él y que el éxito de sus grandes almacenes dependía de ese lucrativo contrato. Le prometió que resolverían todo juntos en cuanto él regresara y tomarían una decisión. De esa manera, ella también se beneficiaría, pues tendría dos largos días para reflexionar.

Faltaba solo una semana para la boda y no se sentía como una novia a punto de unirse para siempre con el hombre que amaba. Aaron aceptó con la condición de que durante esos dos días no tendría ningún contacto con Andrew.

—Ni siquiera lo veré —susurró, no muy convencida.

15

Esa noche, Andrew no logró conciliar el sueño, volvía a estar de mal humor y dos bolsas oscurecían sus ojos. Durante el desayuno, Evan y Marum lo miraban inquietos; últimamente, todo giraba en torno a Ellen...

—Estás obsesionándote con ella —le reprendió su hermano, aunque este hizo caso omiso a sus palabras.

Que lo condenaran si en ese momento iba a permitir que lo sermonearan. Estaba cansado ya del tema y dolido. Debía de terminar con esos sentimientos que lo traían de cabeza. Iría a verla y acabaría con todo. Si quería estar con Birscht, adelante, pero que fuese clara con él y dejara ya de torturarlo de una vez. Marum le contó una fábula con el fin de que luchara por ella, si bien él ya no quería luchar por nadie, estaba cansado.

Andrew fue a buscarla a su casa; si se había decidido por el tipo ese, que se lo dijese en su cara. Estaba ya harto de ese tira y afloja. Sin embargo, ella se hizo negar; no quería romper la promesa que le había hecho a Aaron y sabía que, de verlo, caería en la tentación.

Cuando aclarase todo con Birscht, entonces hablaría con Andrew. Aaron se merecía un poco de respeto, aunque fuese tarde. Por un día más que le hiciera esperar, no se iba a morir. Según la doncella, la señorita no estaba disponible; tenía mucho trabajo y le aseguró que lo llamaría en cuanto tuviera un hueco.

La negativa a verlo lo enfureció más; lo estaba rechazando sin dar la cara y no lo iba a permitir. Desde luego que no iba a consentir estar todo el maldito día sin verla y mientras ella feliz y contenta con su futuro esposo. Entretanto, pasaría los próximos días sumido en la incertidumbre, esperando a que se decidiese a buscarlo, si acaso lo hacía.

—No juegues conmigo, Ellen. Me vas a ver hoy, quieras o no. Si quieres dejarme, lo harás, pero hoy y en mi cara.

Observó y trazó en su mente la forma de llegar a su habitación. Iba a saltar y a colarse allí hasta que llegase de aquello tan importante que estuviese haciendo. Si estaba con el novio, los enfrentaría igual; ya no le importaban las consecuencias y no tenía nada que perder. Que hiciese lo que quisiera, pero quería que le dejase las cosas claras. Si no lo quería que no jugase al gato y al ratón, porque no estaba dispuesto ya a aguantar más ese jueguecito.

Tras estudiar la fachada, observó que la ventana de su dormitorio estaba abierta. Pegó un salto, se agarró a una viga y después a un tubo de hierro hasta que logró colarse en su habitación. Sabía que aquella habitación era la de Ellen porque se lo había dicho en Londres. «Duermo justo encima de los rosales. En la segunda planta», recordó haberle dicho.

No tuvo que esperar, porque estaba perfumándose sentada en su tocador. Del susto se le cayó el frasco al suelo, dándole un golpe en un punto clave para que aquel bote se rompiera en mil pedazos, esparciendo el aroma de Ellen por toda la sala.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Me has asustado.

—¿No tenías mucho trabajo? ¿Es perfumarte un trabajo difícil y arduo que te impida verme?
—Ella no respondió, solo se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos—. Tenemos que hablar.
¿Está tu prometido por aquí? —Puso énfasis en la palabra “prometido”. También estoy dispuesto a enfrentarme a él.

—Ya me fijé ayer en ello. Sal de mi cuarto o...

—¿O qué? ¿Me vas a denunciar o me va a pegar tu prometido? A lo mejor me reta a un duelo...

—¡Estás loco! Te has metido en mi habitación sin mi permiso. Puede que creas que esto es romántico como los príncipes que rescatan a las damiselas en apuros saltando enredaderas o como los caballeros que suben hasta la habitación de sus enamoradas para tener un bonito y romántico encuentro. Pero esto se puede denunciar —le advirtió furiosa.

—Eso es lo que tú quisieras. Si bien no vengo a rescatarte, ni a reencontrarme con mi enamorada —respondió y en sus ojos irritados reflejaban la furia de un titán.

—¿Qué quieres?

—Saber si estás jugando conmigo. Quiero que... seas clara conmigo y me... me digas qué quieres de mí. Si como dijo tu prometido, he sido un jueguecito para ti, un entretenimiento hasta que él volviese. Si... es verdad que nunca has querido nada conmigo... Si es así, te prometo no molestarte más, pero necesito saberlo... Estoy harto de este tira y afloja que no me deja dormir... ni respirar.

Estaba herido, herido de verdad, y trataba por todos los medios no llorar. A Ellen la sorprendió verlo así.

—No estoy jugando contigo, Andrew. No sé cómo puedes pensar eso.

—Primero te gusto, luego te arrepientes y me alejas, vuelves a reclamar mi atención y ahora... maldita sea... me vuelves a alejar de ti. Me dices que tienes trabajo y te encuentro aquí... perfumándote tranquilamente junto a tu tocador. Me dejaste solo y te fuiste con tu prometido sin ningún miramiento. ¿Te vas a casar con él, no? Lo contrario era una ilusión. ¿Te gusto siquiera? ¿Qué quieres de mí? Dímelo y no me vuelvas loco. Todo depende de ti. Si estamos bien, tengo un buen día y si estamos mal, las pesadillas me atormentan.

—Yo no sé qué les pasa a los hombres que siempre piensan que son el centro de atención.

No pudo confesarle lo que realmente sentía por él. No estaba preparada para admitir que lo quería tanto que dolía y aunque no le gustó verlo de ese modo, no quería que él la creyese débil. Además, primero tenía que aclarar las cosas con Birscht. Se lo debía.

—Pues para mí, tú sí que eres mi centro de atención y quiero que me digas lo que piensas. Si me quieres lejos, dímelo y no te volveré a molestar, pero si me quieres contigo, necesito que me lo digas y no volveré a separarme de ti.

—Pues míratelo. Puede que estés enfermo, loco quizá.

—¿Quieres dejar de esquivar mis preguntas diciendo cosas sin sentido y contestar sinceramente a lo que te estoy preguntando? Ellen, por favor —preguntó angustiado y esperó impaciente una contestación.

—No sé, Andrew. Por favor, no me agobies. Necesito tiempo.

—Tú y el tiempo, maldita sea. Te vas a casar en menos de una semana —la increpó—. Porque sigue en pie, ¿no?

Ellen asintió.

—Entonces... ¿Cuánto tiempo necesitas? Quedan seis días para que te cases. Por Dios, Ellen. No puedo darte más tiempo, no puedo. Tengo que darme prisa. No puedo ir dejando pasar los

días para acabar viéndote en el altar con otro hombre sin haber luchado por ti, si no quiero arrepentirme de no haber hecho todo lo posible por evitarlo —dijo con un nudo en la garganta que le dolía al respirar.

—Ellen. —Asió su barbilla con la mano y posicionó sus ojos a los suyos. —Por favor, dime algo.

Ellen intentó evadir su mirada, que era directa y le calaba el alma, pero eso no evitó que las lágrimas corriesen por su rostro. No sabía qué decir, el estómago le daba vueltas y su corazón estaba a punto de estallar. Se sentía al borde de un infarto.

—¿Me amas? —Seguía sujetando su mentón. Necesitaba que lo mirase a los ojos.

—Sí. —Tragó saliva. Estaba segura de que se arrepentiría de su confesión. Era una simple palabra que encerraba tanto y la dejaba en una posición vulnerable e indefensa.

Para Andrew fue un alivio y cerró los ojos tomando una bocanada de aire fresco, descansando por fin de aquella ansiosa espera. La respiración que se le había acelerado comenzó a volver a su estado natural. Por fin lo había confesado. Fue a darle un abrazo, pero ella se apartó con rapidez. Hizo una promesa y hasta que volviese y hablase con Aaron, no quería ningún tipo de acercamiento y así se lo dijo. Para Andrew, aquella muestra de sinceridad fue suficiente y asintió, no quería agobiarla más. Era todo lo que necesitaba saber.

—¿Y tú me quieres, Andrew? Tú tampoco me has confesado tus sentimientos. Yo no sé lo que sientes por mí.

—¿No son obvios mis sentimientos? Muero por ti, me muero si no te tengo.

Recordó esas mismas palabras en boca de Johanna. Su amiga tenía razón: Beinn sentía algo muy fuerte por ella; sin embargo, ella no lo había notado. ¿Sería tan evidente para los demás? Las saboreó con deleite: «¿No son obvios mis sentimientos? Muero por ti, me muero si no te tengo.» Qué maravillosas eran esas palabras. No le estaba diciendo literalmente que estaba enamorado de ella, pero eran incluso más apasionadas. Así era él, y esas palabras encerraban más que un simple “te amo”. “Muero por ti”, le había dicho. La amaba. La amaba. Dios, la amaba de verdad.

Hubiera saltado de alegría como cuando era niña. Se habría revolcado por el suelo. Se sentía en una nube de algodón. Su Andrew la amaba. Él hizo un leve intento por sonreír, entonces recordó la pregunta que no le había formulado y que tanto miedo le daba hacer.

—¿Habrà boda?

—No habrá boda —sentenció y, Andrew soltó un suspiro de alivio, sonriendo al fin.

Ahora su mandíbula se había relajado y los ojos tomaron una expresión alegre, de calma absoluta. Sus hombros se habían distendido, dando una imagen de paz. Ellen también sonreía. Le hacía tan feliz que al fin hubiesen sido sinceros él uno con el otro, mas al mismo tiempo estaba aterrorizada por todo lo que se le venía encima. Su madre golpeó la puerta y entró en la habitación sin esperar respuesta.

—El desayuno está listo.

Y soltó un gemido de sorpresa cuando vio a Andrew dentro de la habitación. La sorpresa se transformó en ofensa.

—¿Se puede saber qué es lo que hace en la habitación de mi hija? —preguntó con desdén.

—Lo siento, señora. Necesitaba hablar con Ellen.

—¿Y para hablar tenía que encerrarse en su cuarto?

—Se hizo negar. No quería hablar conmigo y era importante. —Se encogió de hombros, algo avergonzado—. Le prometo, señora, que solo quería hablar con ella. —Y sonrió con timidez.

Mary prefirió no arruinar la felicidad de ambos y dejó de lado su apatía. Conocía a su hija y desde hacía meses no la había visto sonreír de ese modo.

—Si deseaba quedarse a desayunar, tan solo tenía que decirlo, en vez de colarse en la casa como si fuera un delincuente.

—Tiene razón. Discúlpeme.

—¿Se queda a desayunar? —preguntó, y Andrew asintió.

Ambos se lanzaban miradas coquetas mientras su madre charlaba. Mary era una entusiasta de las plantas y poseía una gran cantidad de libros sobre horticultura. Andrew ya lo sabía, pues durante el viaje en ferrocarril no había dejado de hablar sobre plantas y flores. Prestó especial atención a las hojas y flores secas perfectamente conservadas que le mostraba. Las había guardado por ser especialmente raras de conseguir.

Mary pensó que era el momento de dejarlos a solas. Antes, sin embargo, tuvo un momento de privacidad con su hija y le preguntó qué pensaba hacer con Aaron.

—Si sigues adelante con Beinn, deberás cortar la relación y suspender la boda.

—No habrá boda, madre —le susurró—. En cuanto vuelva Aaron, se lo diré.

—¿Estás enamorada de Beinn?

—Mucho.

Inmediatamente después, se excusó y se marchó camino a la destilería. Andrew supo que lo había hecho a propósito para dejarlos a solas y aprovechó la oportunidad para invitarla a dar un paseo. Ella se mostró evasiva ante la proposición.

—Prometo respetarte. Ni siquiera te besaré. Solo quiero estar contigo. Confía en mí.

—No confío en mí. Ayer también hablamos de no hacer nada y mira cómo acabaron las cosas.

—Te juro que no haremos nada, quieras tú o no. Esperaré a que todo se solucione.

—¿Me enseñarías tu negocio?

—¿La serrería o la mina?

—No me gusta que talen árboles en mi región. Me refiero al ferrocarril. Me parece impresionante el hecho de que vayan a hacer una red ferroviaria tan extensa que en pocos años no haga falta ni caballos ni carruajes, porque todo estará conectado.

—Solo queda esta zona. Ya está casi todo conectado.

—Lo sé.

En poco tiempo se inauguraría el ferrocarril que uniría todos los puntos de las Highlands y de toda Escocia en una sola red. Podrían viajar de Inverness a Fort William, de Glencoe a Dundee, de Fort August a Perth, de Durness a Aberdeen y desde cualquier punto que desearan.

Las clases más humildes también harían uso del transporte, al igual que la pudiente, puesto que había pasajes para todas las clases. Ellen escuchaba atenta todo lo que le contaba acerca de los ferrocarriles. Le parecía impresionante que en menos de cincuenta años hubiese avanzado tanto la tecnología, para acabar viajando en máquinas de vapor a velocidades de hasta setenta kilómetros por hora.

Recorrieron el área a caballo. Él la llevó a una zona que aún estaba en construcción y le explicó cómo era su participación como socio. Se había asociado con un grupo ferroviario y poseía una pequeña parte de la empresa, aunque no era propiamente suya. Desde lejos, Ellen observó cómo sus empleados trabajaban en la fundición de hierro, ya que Andrew no le permitió entrar en las instalaciones por razones de seguridad.

—Dentro de poco inventarán algo con lo que volar. De esa manera, no tendremos que atravesar montañas. ¿Te imaginas, Andrew, volar como las aves?

—Ya existen aparatos que permiten volar, Ell. Hace unos meses se realizaron pruebas en los Estados Unidos y dicen que pronto tendrán un prototipo funcional. ¿No habías escuchado hablar de ellos?

—Sí, pero no creí que fuera verdad. De todas formas, hasta que no lo vea con mis propios ojos, no lo creeré.

—Pues yo sí lo creo. En menos de veinte años estaremos volando en máquinas muy potentes y podremos viajar a la otra punta del mundo en apenas unas horas. Recuerda mis palabras.

—No creo que una máquina sea capaz de viajar tan lejos sin hacer paradas. Podrá impulsarse, pero para viajar a China deberá descender a tierra varias veces, ¿no? —dijo Ellen, más afirmando que preguntando.

—Yo desde luego que no lo probaré. Nunca subiré a una cosa de esas. Prefiero ir por tierra o por mar, aunque tarde más. Ya me han convencido para montar en un ferrocarril y ha sido suficiente —rio—. No me persuadirán a volar. Eso se lo dejo a los pájaros.

—¿Cuánta madera han utilizado para construir los raíles? ¿Todo el material se saca de estas tierras?

—Parte de él. Me has dejado claro que no estás de acuerdo con la manera en la que me gano la vida.

—En realidad, no lo estoy. Estos paisajes son preciosos como para que los explotes talando sus árboles —le recriminó—. Llegará un momento en que no quede más y entonces te arrepentirás de lo desolados que serán estos terrenos. Todo seco y sin vida.

—Vamos, no exageres. Solo estoy vendiendo la madera de una parcela que no se utilizaba.

—¿Y cuando no queden más árboles en esa parcela que harás? Dañarás otra área y otra hasta que al final no quede más que un desierto.

Andrew le explicó que no ampliaría el área de tala y que estaban repoblando los terrenos explotados. «Pero no es lo mismo, tardarán muchos años en crecer», refunfuñó Ellen.

Él le aclaró que además invertía en otros negocios, ya que tarde o temprano tendría que abandonar el negocio de la serrería. También dejaría la mina, pues el mineral cada vez era más escaso, así que había tenido que reinventarse e invertir todo su dinero en otros negocios más prósperos.

—¿De veras? —dijo Ellen, interesada.

Le contó los problemas que había surgido con su cliente ferroviario que quería ampliar la zona de explotación y al mismo tiempo, reducir el costo. Ahí se dio cuenta de que tarde o temprano tendría que reinventarse.

—Y como tú dices, la explotación lignaria tiene un fin, así que no queda otra.

—Qué interesante —respondió Ellen.

—Pronto serás rica, señorita Owen —añadió con una sonrisa.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó Ellen, sorprendida.

—Serás mi futura esposa y si yo soy rico, tú también lo serás.

—Primero debo cancelar el compromiso que ya tengo pendiente y después ya veremos si nos casamos.

—Era broma, mi amor. Nos casaremos cuando tú quieras hacerlo.

Ella estaba aterrorizada y Andrew lo pudo ver en sus ojos. Tenía miedo de la anulación, de la relación con él, de lo que le esperaba, de la reacción de Aaron.

—Es normal que tengas miedo. Es un cambio radical, pero yo estaré a tu lado. Y nuestra relación irá muy bien. Te seré fiel, te respetaré y te querré siempre. ¿Te tranquiliza? —Ella

asintió—. Aunque tendrás que ser tú quien se enfrente a Birscht. No creo que le guste que te acompañe después de lo de ayer, prefiero dejarte a ti esa faena. Pero te ayudaré a enviar las cartas de anulación a los invitados. Tengo un conocido que trabaja en una imprenta. Puedo encargar las cartas para que no tengas que escribirlas a mano.

—¿Y cuánto tardarán en llegar?

—Menos que si las escribieras a mano. Quizá un día o dos. Hoy le preguntaré y en cuanto lo sepa te lo diré. También puedo dar la orden para que la correspondencia se envíe lo más rápido posible, ya sabes, para que llegue antes de la celebración.

—Conoces a mucha gente.

—Tengo algunos contactos. ¿Te quedas más tranquila? —Ellen volvió a asentir.

—Al menos ya no tendré que preocuparme por cómo avisar a los invitados a menos de cinco días.

—Una preocupación menos —dijo Andrew, mientras tomaba su mano—. Ellen, mi amor. Debo marcharme a una reunión y por la tarde tengo que acompañar a mi hermano a rellenar unos formularios que necesita para ingresar en la universidad. ¿Prefieres que te acompañe a casa o prefieres venir conmigo y esperarme en la mía?

—¿Para qué voy a querer ir a tu casa si no vas a estar tú? —preguntó frunciendo el ceño.

—Tu madre está trabajando ¿no?

—Sí, y yo me he tomado el día libre...

—Por eso mismo. En mi casa no estarás sola dándole vueltas y volviéndote loca con todo lo que se te viene encima. Te divertirás un rato con las aventuras de mi tío. Mi hermano y Johanna se entretienen mucho con sus anécdotas.

—¿Johanna...? ¿Mi amiga Johanna? —Él asintió.

—¿Y qué hace Johanna en tu casa?

—Estudiar con mi hermano. ¿No lo sabías?

—¿Estudiar? ¿Y eso por qué? —preguntó sorprendida—. ¿Y va sola sin acompañante?

—Le pidió a Evan que le diera clases de ciencias básicas hasta que se marchara a la universidad. Según ella, lo necesitaba para aprobar un examen, aunque me pareció más una excusa para verse con él. A ver si tu amiga lo espabila. Y sí, lleva acompañante.

—No me ha contado nada —Andrew encogió los hombros—. ¿Crees que pueda surgir una relación?

—No creo. Mi hermano está centrado en los estudios y no creo que se deje influenciar por nadie, pero sí que creo que está interesados, si no, no hubiera aceptado quedar con ella todos los días para darle clases.

—Madre del amor hermoso. —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? Tampoco es tan grave.

—Todo lo bueno queda en familia —dijo, y él rio.

—Sería mejor que fuese así. Johanna parece buena muchacha y mi hermano es todo lo bueno y humilde que no soy yo. Harían buena pareja.

—Tú eres muy buena persona. Te infravaloras, Andrew.

—Estuve con una mujer casada, te lo recuerdo.

—Y conmigo —rio—. Que también estaba apunto hasta que me sedujiste.

—Es una guerra limpia mientras no des el sí quiero.

Ella lo miró arrugando la nariz.

—Lo que te había dicho —soltó una risotada—. Mi hermano al menos sentiría vergüenza.

Evan es muy leal y fiel a sus principios. Habría luchado por ti, pero honestamente.

—Pues eres tú quien lo ha educado. Bueno, junto a tu tío. No has salido tan mal para no haber tenido una figura paternal.

—En eso te doy la razón —le sonrió— Me alegra que me tengas en tan alta estima.

—Me gusta cómo eres —ahora sonrió ella—. ¿Crees que podrían tener futuro? Ahora no porque es demasiado joven, pero en unos años...

—Mi hermano no muestra mucho interés por las mujeres, así que no sé qué decirte.

—Es joven, tiene apenas veinte años. No te preocupes, ya le interesarán.

—Eso dice mi tío. A mí me interesaron desde los quince.

—Porque tú eres un granuja —él sonrió y la hubiera abrazado y besado si no hubiera prometido lo contrario—. Iré contigo —sentenció—. Quiero ver la cara de Johanna cuando me vea. ¿Tienes teléfono en casa para avisar a mi madre? —preguntó y Andrew asintió.

—Invítala si lo deseas. Comed en casa. Yo comeré fuera.

Ellen y Johanna comieron en casa de los Bannagan mientras Andrew estuvo ausente. La comida era magnífica y se notaba que tenían una buena cocinera, puesto que los platos no parecían los típicos que podrían servirte en una casa escocesa. Mezclaba recetas francesas con británicas para obtener platos succulentos y exquisitos, muy bien elaborados.

Evan y Johanna no dejaban de coquetear y parecían interesados el uno en el otro. Más tarde, ella le preguntaría a su amiga qué interés tenía por el menor de los Bannagan. Ellen se sintió muy cómoda, especialmente con el tío de Andrew. Era un hombre muy simpático, humilde y parecía ser un excelente anfitrión, de esos que hacen sentir como en casa.

Más tarde, Andrew volvió para recoger a su hermano. Antes de que se fuera, le comentó a Ellen que había solucionado el problema de la correspondencia. «Qué eficaz», se dijo a sí misma con ironía. Le mostró los diferentes modelos y, con algunas modificaciones aquí y allá, se los llevó para mandarlos a imprimir.

Después de entregar los documentos sin ningún contratiempo, volvieron a casa y Andrew aprovechó el camino de regreso para preguntarle por Johanna. Evan respondió que le parecía una buena chica, simpática y muy guapa. Tenía la piel blanca, ojos marrones claros y su cabello era castaño, tan fino y liso que se podía pasar horas frente al espejo para darle forma a sus rebeldes tirabuzones.

Evan se marchaba de la región y sabía que cualquier tipo de romance sería un error. Por otro lado, Ellen no logró que su amiga reconociera su interés por Evan. Johanna seguía empeñada en que no le gustaba y que solo la estaba ayudando con los estudios.

—Y si me interesara, no importa. En menos de un mes se marcha fuera de la región y cualquier relación a distancia sería un error.

—Pero... ¿te parece guapo?

—Claro que es guapo. No soy ciega. Cualquiera con dos ojos reconocería su belleza.

—Los dos hermanos son muy bellos —contestó Ellen, pensativa.

—Sus padres tuvieron que ser muy apuestos para haber tenido hijos tan deliciosos —añadió Johanna, cerrando los ojos con deleite.

—Tú siempre tan delicada —frunció el ceño Ellen.

—Llamemos a las cosas por su nombre.

Y no pudieron dejar de reír.

16

Aaron y Ellen hablaron largo y tendido sobre su relación. Ella le confesó que sus sentimientos habían cambiado y que, por lo tanto, no podía casarse con él. Birscht se sintió traicionado y herido e intentó convencerla de que no lo dejara. Tomó su mano y le suplicó una segunda oportunidad, donde podría demostrarle sus verdaderos sentimientos.

No podía concebirlo. No podía perderla. Y pensar en la anulación a solo cuatro días lo devastaba. Pero ella no podía casarse con él, aunque le estuviera haciendo daño. Él adoptó una actitud amenazadora, pero finalmente, con paciencia, logró calmarlo y hacerle comprender su punto de vista.

—Tú te encargarás de todo —alegó—. Tú avisarás a los invitados. No seré yo quien pague los platos rotos de tu traición.

—Es lo más justo, pero a tus familiares y socios les avisas tú —respondió Ellen, y Aaron asintió.

—Y si alguna vez vuelvo a encontrarme con ese sinvergüenza de tu amante, lo mataré.

—Así es como han sucedido las cosas, Aaron. Lamento haberte hecho daño, debería haberte respetado, pero debes entender que apenas nos veíamos...

—Eso no es verdad... Solo tú...

—No vamos a volver al mismo punto —lo interrumpió.

—Es que estoy indignado, frustrado y sediento de venganza. Él sabía que estábamos comprometidos, debería haberse mantenido al margen y respetar lo que teníamos. En su lugar, te conquistó, y las mujeres son muy fáciles de conquistar. Unas caricias aquí y allá, unas palabras de amor y unos cuantos regalos, como el colgante que llevas puesto. Quiero matarlo.

—Lo siento —dijo Ellen, acariciando la delicada pieza que colgaba de su cuello. Creía que los hombres no solían darse cuenta de tales detalles y se sintió culpable.

—También quiero matarte a ti, aunque no sería capaz de hacerlo. Me conformo con matarlo a él.

17

—Buenas noches, ¿se encuentra el lord en casa?

—Está descansando en su habitación. No deseo ser grosera, pero son casi la una de la madrugada. Es un poco tarde para las visitas, ¿no cree? —preguntó la ojerosa ama de llaves. Tenía los ojos hinchados, los párpados caídos y llevaba una bata blanca de noche.

—Lo siento mucho, pero es urgente. Si pudiera informarle a su señor que la señora Owen está aquí.

—¿La madre de Ellen? —preguntó, cambiando a una expresión más amistosa. Ella asintió. —Espere en la sala, no tardaré y discúlpeme por haber sido tan brusca con usted.

—No se preocupe. Sé que no son horas de visitas y no habría venido si no fuera importante.

Andrew estaba durmiendo cuando Ginni golpeó la puerta. Entornó los ojos hasta que se dio cuenta de que había alguien fuera. Desconcertado, estiró el brazo y se puso la bata antes de permitir que entrara. «La señora Owen está aquí abajo esperando», le informó. Y supo de inmediato que tenía que ver con Ellen.

Quizá le habría revelado su intención de cancelar su compromiso con Birscht para comenzar una relación con él; ella no estaría conforme y venía para que Andrew pusiera las cartas sobre la mesa. Quizá se había enterado de que la había comprometido arrancándole la virginidad y venía a pedirle explicaciones, pero... ¿a esas horas? ¿No podía esperar a abordar el tema por la mañana? Sea como fuere, tendría que explicarle que sus razones y sentimientos eran sinceros y que nada le haría cambiar de parecer. Se puso las zapatillas y bajó las escaleras hasta al piso de abajo.

—Qué sorpresa tenerla aquí —dijo con una sonrisa sincera. A pesar de haber interrumpido su sueño, la visita de su futura suegra le era grata. Podría acabar de una vez por todas pidiendo su consentimiento para cortejar debidamente a su hija.

—Reconozco que no son las horas más adecuadas para recibir visitas y lo siento mucho. No habría venido si no tuviera serios motivos para hacerlo.

—Siempre es bienvenida.

—Gracias.

—Dígame en qué puedo ayudarla.

—Tengo malas noticias —anunció la señora.

—¿Malas noticias? ¿De Ellen? —Palideció, cambiando drásticamente su expresión. Apretó los labios y arrugó la frente. —¿Dónde está ella? —preguntó.

—A menos que esté con usted, mi hija está desaparecida. Llevo todo el día sin tener noticias de ella y son casi la una de la madrugada. He ido a buscarla a la pensión donde se aloja Birscht y me han dicho que se ha marchado a Edimburgo alrededor de las cinco de la tarde. Iba a llamar a la policía, pero preferí acercarme primero a su casa para ver si sabía algo.

—Maldita sea —rugió—. ¿Y cree que podría haberse fugado con él a Edimburgo?

Fue lo primero que pensó. Birscht podría haberla convencido de seguir adelante con el compromiso haciéndola sentir culpable, y ella, arrepentida de su comportamiento, habría accedido a quedarse con él. Fugándose con él, no tendría que dar explicaciones a nadie. El día del enlace se presentaría directamente en la iglesia y se casaría con Aaron.

Sin embargo... ¿De verdad la creía capaz de desaparecer preocupando a su madre solo por evitarlo a él? Ella sabía que él no iba a permitir que tuviese lugar el evento, no después de haberle confesado su amor. Si hacía falta, aparecería en la iglesia, la cargaría al hombro como un saco de patatas y huiría con ella al fin del mundo. Sería un secuestro, sí, pero haría lo que fuera hasta que confiase en él y le abriera su corazón. Su madre contestó con una negativa.

—Señora Owen, no sé si estará al tanto de la relación que tenemos su hija y yo. Hoy iba a hablar con Birscht para anular el compromiso y comenzar un noviazgo conmigo. Puede que Birscht la haya asustado y convencido para huir juntos y así evitar la vergüenza y el escándalo.

—Conozco vuestra relación y por ese mismo motivo me he acercado a su casa a estas horas de la madrugada. Ella lo ama y sé que no se ha fugado con Aaron.

—Parece muy segura de ello.

—Lo estoy.

—¿Y qué cree? ¿Podría Birscht habérsela llevado a la fuerza?

—No lo sé. No parece esa clase de hombre, pero no tengo ni idea, ya que nunca lo he visto enfadado. He llamado a su casa y no responden al teléfono. Lo mejor será que vayamos a su residencia y lo averigüemos por nosotros mismos. Él fue la última persona con la que estuvo y, por lo tanto, debe saber algo.

—Yo iré a Edimburgo —dijo—. Usted debe quedarse por si regresara. Pero no se preocupe, que en cuanto sepa algo, la aviso.

Andrew anotó la dirección y, al alba, ya estaba en la estación para tomar el primer ferrocarril rumbo a Edimburgo. No fue con Jack Mathew, no quiso esperarlo, pues salió en cuanto pudo como alma que lleva el diablo. Ellen lo provocaba, aun así, merecía la pena cada minuto a su lado.

Después de pensarlo mucho, llegó a la conclusión de que no podía haberse marchado por voluntad propia, no sin antes a su madre. ¿La habría obligado a irse con él? Tal vez Birscht quería vengarse de él y raptándola conseguiría su propósito. A lo largo del día averiguaría las intenciones del tipo, y si no era así, preocupar a su madre a conciencia no tenía perdón de Dios.

¿O podría haberle hecho daño? Sin embargo, descartó esa idea al momento, ya que Ellen lo había descrito como un buen tipo. Si quería hacerle daño, era a él y no a ella. Ahora su tranquilidad dependía de Ellen, de su salud y de su bienestar. Todo giraba en torno a ella y le angustiaba que algo le hubiese ocurrido, aunque fuera algo mínimo.

No sabía si era mejor que se hubiese ido por decisión propia o que la hubiese secuestrado. Obviamente, era peor el hecho de que la hubiese llevado en contra de su voluntad, aunque pensó en la posible opción de quedarse con el otro y se le encogía el corazón.

«Malditas idas y venidas de Ellen», se dijo a sí mismo. «Deja de afligirte», «Vas a Edimburgo para asegurarte de que Ellen esté bien. Su madre necesita saber que su hija está sana y a salvo. Lo que realmente importa es que ella sea feliz. No seas egoísta y deja de pensar en la maldita boda».

Bebió tres copas de whisky; necesitaba ir a tono para enfrentar lo que se le avecinaba. Malditos pensamientos obsesivos de amor y rechazo. No dejaba de darle vueltas al mismo asunto sin llegar a una conclusión lógica. La única opción era esperar y ver qué había sucedido. El viaje

se le hizo eterno, pero al fin llegó a la capital.

La casa de Birscht estaba junto a unos grandes almacenes, e imaginó que serían los suyos. Era un gran edificio, quizá más grande de lo que esperaba. La fachada de su casa era lujosa, aunque no parecía excesivamente grande. Tras pararse a observar la placa con el nombre de la calle y ver que coincidía con el que tenía apuntado en el papel, se acercó y, decidido a no esperar más golpeó la puerta.

El mayordomo, un hombre entrado en años, la abrió. Andrew no le dio oportunidad a hablar, entró sin preguntar, decidido a buscar a aquel hombre de habitación en habitación. No quería advertir a Birscht de su llegada, quería atraparlo de improviso para que no tuviese escapatoria.

El hombre alzó la voz para evitar que aquel intruso irrumpiese en la casa. Antes de que llegase a la zona de las habitaciones, Birscht había escuchado el escándalo que se había formado en la planta baja y salió de una de ellas. Aaron se quedó estupefacto y con cara de muy pocos amigos, vociferó:

—¿Se puede saber qué hace en mi casa? ¿Cómo tiene la poca vergüenza de venir y entrar de ese modo?

—Usted también entró del mismo modo en la mía. Así que una por otra.

—Está loco. Ahora está en mi casa y si quiero, puedo matarlo. Los sinvergüenzas sin escrúpulos como usted merecen morir, así que no me tiene —repuso muy tenso.

—Si quiere matarme, adelante, aquí estoy a su merced. Pero antes entraré en esa habitación donde la oculta. ¿La tiene en contra de su voluntad?

—¿De qué demonios está hablando?

Andrew lo empujó contra la puerta de la habitación, decidido a entrar. En pocos segundos, se plantó ante él un monstruo de hombre de metro noventa que parecía ser su escolta. Andrew era de aspecto grande y fuerte, pero ese hombre parecía doblarle el tamaño.

—Lo que más deseaba en este mundo era matarlo y que agonizara en el proceso. Sin embargo, me da lástima y Ellen también, por quedarse con un hombre como usted. Echa a este loco y borracho y que no vuelva por aquí —ordenó al gigante.

—No me pienso mover de aquí y no voy a dejar que me eche sin antes saber de ella. Si la tiene secuestrada, más le vale que haya rezado esta noche porque un gigante no va a salvarlo de que lo mate. Si, por el contrario, está con usted por voluntad propia, solo quiero que salga y me lo diga. Tiene a su madre muy preocupada. Prometo irme sin mediar palabra y no molestarla más.

El monstruo lo sorprendió por la espalda pasando su brazo por el cuello para someterlo. Andrew forcejó con él, pero no pudo separarse de su fuerte abrazo y este comenzó a llevarlo escaleras abajo con el fin de echarlo a la calle. Andrew levantó la barbilla y, tras un movimiento rápido, logró que el gigante perdiera momentáneamente el equilibrio, teniéndose que apoyar en la barandilla. Andrew se giró y se zafó de él, saliendo de nuevo disparado escaleras arriba. Aaron fue tras él, pero lo sacudió con un puñetazo en la nariz que hizo que comenzara a sangrar.

Cuando abrió la puerta, no fue a Ellen a quien vio. Dentro había una mujer morena terminando de vestirse. Se estaba cerrando el vestido. Estaba asustada y quedó arrinconada contra un mueble macizo que había justo en la esquina de la habitación.

—¿Dónde está? —preguntó confundido. El gigante volvió a sujetarlo para sacarlo a patadas de la casa.

Aaron ordenó con la mano que esperase.

—No está aquí, maldita sea. ¿Por qué creía que estaría aquí? —Aaron colocó la corbata en su

lugar y, tras una mueca de dolor, siguió diciendo—: Lo eligió a usted, me imagino que por el título de conde y esas tonterías. Lo que no sabe es que, a la larga, yo tendré mucho más dinero y seré un mejor partido que usted, a pesar de su título. Ya se ve cómo la nobleza va mermando y llegará el día en el que se arrepentirá de su elección, puesto que los aristócratas de segunda como usted acabarán en la ruina. Usted vive solo de las tierras y yo soy un gran empresario —Andrew levantó las cejas ante la prepotencia de Birscht—. Aun así, no soy tan poco hombre para secuestrarla ni para obligarla a que se case conmigo. Si no me quiere, pues que se vaya con usted. Es impulsivo y se deja llevar por comportamientos irracionales como un animal; el deseo y la ira.

—No he venido para discutir sandeces con usted.

—La próxima vez, podría acercarse a su casa antes de venir como un loco a la mía. Quizá esté allí o haya necesitado tiempo para aclarar sus ideas. Puede que se dé cuenta de que al final, no merece la pena. O a lo mejor está con otro hombre porque se ha cansado de usted, como hizo conmigo —le hizo un gesto de desprecio y sonrió victorioso. Andrew lo ignoró.

—¿No acaba de oír que su madre está preocupada porque no sabe dónde está? ¿Solo le gusta hablar y hablar y hablar y nunca escucha lo que le dicen? A lo mejor el motivo de su abandono es que no se calla y siempre está hablando de usted. ¿Es un narcisista que no se preocupa por los sentimientos y necesidades de los demás?

—Sáquelo de aquí. Me he cansado de esta conversación.

—No se preocupe, que ya me voy yo. Le juro que si tiene algo que ver con la desaparición de Ellen lo mataré. Por ahora, lo único que puedo hacer es denunciar su desaparición. —Aaron le contestó con una leve y burlona reverencia.

Salió de la casa con los ojos encharcados y un nudo en la garganta que no lo dejaba respirar. ¿Y si no la volvía a ver? ¿Y si le había pasado algo malo? Pensó que podría perderla y se le desquebrajó el alma. Aquel sentimiento era similar al de su infancia, cuando perdió a sus padres y sintió la necesidad de morir. No sabía si estaría a salvo y ahora no sabía qué hacer.

Tenía que buscar un teléfono y llamar a casa para ver si habían sabido algo del paradero de Ellen. No obstante, cuando lo encontró y llamó a su tío, este le dijo que seguían sin saber nada de ella, que estaba totalmente desaparecida. Le pidió que le dijera a la señora Owen que pusiera una denuncia cuanto antes. «Por Dios, Ellen ¿Dónde estás?».

Cuando le dijeron que el primer tren de vuelta saldría a primera hora de la mañana le faltó echar humo por los ojos. ¿No había otra forma de regresar? ¿Tan pocos ferrocarriles había? Iba a sugerir que fabricaran más, no podía ser que hubiera tan pocos. ¿Y si la gente tenía una urgencia, qué? Las primeras horas de búsqueda eran cruciales, si le había pasado algo, después de veinticuatro horas las probabilidades de encontrarla con vida disminuían exponencialmente, pero a tantos kilómetros de casa no podía hacer nada, solo podía esperar y rezar para que estuviese a salvo. Estaba enamorado de ella. El destino no podía volverle a hacer esa jugarreta. No podía perder a Ellen como había perdido a casi todos sus seres queridos.

¿Por qué el destino siempre lo hacía sufrir? ¿Por qué siempre que admitía que quería a alguien le arrebataban a la persona en cuestión? Comenzó a meditar en los pecados que había cometido a lo largo de su vida y no logró encontrar ninguno que no pudiera ser perdonado. Porque a lo mejor no era la mejor persona del mundo, pero sus seres queridos no tenían la culpa. Por favor, que no le hubiera pasado nada malo.

Se hospedó en un pequeño y bonito hotel. Sus decorados eran exquisitos. La habitación era amplia y disponía de una gran cama que no pudo aprovechar porque tenía de todo menos sueño.

Se pasó toda la noche en vela, dándole vueltas a las últimas palabras de Ellen, recordando cada palabra para ver si se le escapaba algo mientras bebía whisky sentado en un sillón.

Había pasado una noche horrible, esperando a que rayara el sol para volver por fin a su casa. Evan y Marum estaban desayunando cuando Ginni los interrumpió anunciando que alguien esperaba al teléfono.

—¿Es Andrew?

—Llaman desde Londres. Es el inspector —les dijo, y la sorpresa de ambos no pasó desapercibida.

Evan se quedó aturdido, no supo qué responder. Sabía que aquella llamada venía cargada de malas noticias y Marum, abrumado, le exigió, sacándolo de su asombro, que se diese prisa para atenderla. En grandes zancadas, se acercaron al despacho y Evan vaciló antes de contestar.

—Buenos días, inspector. ¿Hay noticias nuevas sobre el caso?

Evan se puso tenso y Marum observó que lo que le estaba diciendo lo había preocupado. Él asentía por cada frase que le decían hasta que pudo averiguar con sus contestaciones de qué se trataba.

—... ¿Y se puede saber por qué no nos ha avisado antes?

—... La señorita Owen ha desaparecido y puede que haya sido raptada. Mi hermano la está buscándola por toda la región; ahora está en Edimburgo siguiendo una pista que seguramente sea falsa.

—... No hemos denunciado porque no conocíamos el motivo de su desaparición. No teníamos ni idea de que esos hombres se habían fugado.

—... Desde luego que denunciaremos. Su madre estaba a punto de hacerlo.

—... Pero me parece indignante que nos hayan avisado cuarenta y ocho horas después de la fuga.

—... ¿Sabe que a estas alturas podría estar incluso muerta y sería culpa de su incompetencia?

—... No, no quiero excusas. Si le ha sucedido algo malo, Andrew se encargará de que su vida se convierta en un infierno. No lo conoce... Podría perder su empleo y su reputación.

—... ¿Que no es para enfadarse...?

—... De acuerdo. Y que aparezcan lo antes posible. ¿Conoce mi dirección?

—... Sí, sí, sí... que acudan sin demora y si se enteran de algo, espero que seamos los primeros en recibir la información.

—... De acuerdo.

Colgó el teléfono.

Evan caminó indignado de un extremo a otro de la habitación y hasta lanzó un libro al aire. Marum estaba sentado en el sillón, pensativo, mientras jugaba inquieto con las manos.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Se ha fugado con la ayuda de otros miembros mientras era trasladado a prisión. Andrew tenía razón, Panzram es el líder de la banda. Él fue quien intentó violar a nuestra madre y la asesinó frente a Andrew. Si tienen a Ellen, a estas alturas, puede que ya le hayan hecho daño. Andrew se va a morir cuando se entere.

—Puede que solo quieran obtener algún tipo de recompensa.

—O que desee vengarse... —respondió Evan.

—Aun así, no podemos estar seguros de que haya sido secuestrada. Quizá se haya agobiado y se haya ido a casa de un familiar.

—Han sido ellos.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque primero lo intentaron conmigo.

Marum se quedó desconcertado y, boquiabierto, lo miró expectante, esperando que le contase lo que tuviera que decirle.

—Hace un par de días recibí una nota. Me pedían que acudiera con urgencia al centro social, pues necesitaban mi ayuda porque un centenar de personas habían resultado heridas durante un accidente laboral. Ese día me acerqué sin Jack Mathew. Fue entonces cuando Andrew se enfadó tanto conmigo por ir sin guardaespaldas a la zona de pobres, como él la llama. —Puso los ojos en blanco—. Cuando llegué, parecía estar todo en regla, así que le pregunté a mi compañero y me dijo que no había ocurrido nada malo, que no me habían enviado ninguna nota. Al salir, un hombre encapuchado intentó hacerme daño, pero apareció un buen amigo, un expreso que se dedicaba al tráfico de tabaco y que, por cierto, es muy fuerte y ágil con las armas blancas. Este hombre dice debernos algo por salvar la vida de su hijo cuando estaba enfermo. Forcejeó con él y el encapuchado salió huyendo. Pensé que habría sido obra de un ladrón callejero... Ahora todo encaja —tras unos instantes, prosiguió—. Saben mucho de nosotros, tío.

—No se lo contaste a tu hermano.

—¿Para qué? ¿Para que se enfadara más conmigo por desobedecerlo? ¿Para que me dijera “te lo dije”?

—Ginni, llama a la señora Owen y dile que venga de inmediato. Y tú, Evan, intenta localizar a Andrew.

—¿No será mejor esperar a que venga? Prefiero no preocuparlo, ya que no puede hacer nada desde Edimburgo.

—No, Evan. Llámalo ya. Si estuviera en su lugar, me gustaría que me avisaran de inmediato. ¿Acaso tú no?

La señora Owen golpeó la puerta. Venía directamente de denunciar la desaparición de su hija, prefería estar acompañada que permanecer sola en casa sin saber qué hacer. Marum le contó lo sucedido y ella entró en un ataque de nervios, comenzó a temblar y explotó en llantos.

—Pero si yo he ido y no me han dicho nada...

—Han llamado directamente de Londres. Creo que lo estaban ocultando hasta que no han tenido más remedio que...

Las dos doncellas intentaron calmarla ofreciéndole agua fresca y una infusión. Tío Marum la abrazó para tranquilizarla.

—Llámalo tú, yo no tengo el valor de contárselo —le dijo a su tío.

—Dame su teléfono.

—No tengo su teléfono.

—¿No te ha dejado ningún número al que llamar? —preguntó, y Evan negó con la cabeza.

—Con los nervios se nos ha olvidado a ambos.

—Llamaré a Birscht para que le dé el aviso.

—Tengo el número suyo guardado en mi bolso. En la agenda —señaló Mary con la voz temblorosa.

Marum logró localizar al señor Birscht. Al principio se mantuvo impertérrito ante lo que estaba oyendo, sin embargo, conforme le iba dando más información, no pudo evitar preocuparse. Dudó en ir a buscar a Beinn, pero Marum tenía gran poder de convicción y, sin saber por qué, aceptó a regañadientes.

Aaron se acercó al hotel donde Andrew se hospedaba y, por casualidad, lo encontró en

recepción devolviendo las llaves. Llevaba una pequeña maleta con lo justo para pasar la noche fuera y su aspecto era algo desaliñado. La visita sorprendió a Andrew; sabía que debía haber un motivo de peso para que Aaron hubiera ido a buscarlo. Sin embargo, no estaba de ánimo para entrar en otra estúpida disputa.

—¿Qué quiere, Birscht? No tengo ganas de discutir. Si no es algo importante, le ruego que se marche.

—Debería haberlo mandado al infierno... —murmuró Aaron, Agitando la cabeza—. Me han llamado de su casa; no sabían cómo localizarlo, así que he venido a informarle... Tengo malas noticias.

Andrew notó la angustia en Aaron y esperó impaciente la noticia que tenía que darle.

—El que mató a sus padres, el del mordisco, se ha fugado de la cárcel y sospechan que podría estar detrás de la desaparición de Ellen.

Beinn se apoyó en el mostrador, abrumado por la peor noticia que podría haber imaginado. No podía ser que hubieran secuestrado a Ellen. Él, en Edimburgo, y la pobre Ellen en manos del hombre más cruel y despiadado que jamás había conocido.

Ese hombre no tenía escrúpulos y, a esas alturas, podría haberle hecho daño, violado o incluso podría estar muerta, mientras él estaba en la otra punta de la región buscando un fantasma.

—¿Qué le han dicho?

Birscht le contó todo lo que Marum le había dicho. Narró el intento de secuestro de su hermano y que hacía cuarenta y ocho horas que se había fugado durante el traslado. No estaban seguros de su autoría, no al cien por cien, ya que no había pruebas fehacientes de ello; sin embargo, creían que aquel individuo estaba detrás del caso de su hermano y de la desaparición de Ellen.

Andrew sintió que moría, como si una espada lo hubiese atravesado. Antes tenía la esperanza de que Ellen hubiese huido por temor a enfrentarse a las consecuencias de su relación con él. Eso era lo que esperaba, no la aterradora noticia que acababan de comunicarle. Se despidió de Aaron y le agradeció sinceramente que hubiese decidido buscarlo después de lo ocurrido entre ambos.

—De eso nada, yo me voy con usted. A pesar de todo, sigo teniendo en gran estima a Ellen y no estoy dispuesto a quedarme al margen.

18

A los pocos minutos de colgar la llamada, los Bannagan recibieron lo que parecía ser un mensaje de socorro. Para el rescate de Ellen, exigían una suma que ascendía a cien mil libras. Además, demandaban que Beinn mantuviera a la policía al margen. El mensaje parecía estar escrito por Ellen, y su madre lo confirmó al reconocer la letra de su hija.

La cantidad era desorbitada. Aunque eran nobles y poseían tierras, vivían en las zonas rurales de Escocia y reunir esa suma de un día para otro les resultaría muy complicado, si no imposible. Cuando el pánico ya se había apoderado de la casa, llegaron el inspector y su ayudante, y minutos después Yeremi, en calidad tanto de abogado como de amigo.

—Es absurdo. ¿De dónde pretenden que saquemos esa suma de dinero? ¿Están locos o qué? —Evan no lo creía posible y releyó el mensaje. Lo agitaba nervioso y recorría la sala de un lado a otro.

—Por lo que parece, quieren que lo reúnan entre todos ustedes. Pero hay que proceder con especial cautela, porque si consiguen el botín, podrían huir del país, y eso es lo último que queremos. Saben que con ese dinero podrían vivir bien el resto de sus vidas, o gran parte de ella, sin tener que volver a delinquir.

—Eso es indiscutible. Yo con ese dinero también viviría muy bien el resto de mi vida. Sin embargo, no tenemos esa suma. Si el rescate fuera para los Astor de Nueva York, no dudo que reunirían el dinero con un chasquido de dedos, pero nosotros tenemos tierras de la que sacamos provecho, invertimos en más o en otros negocios emergentes. Esa cantidad es una barbaridad —Evan se llevó la mano a la sien como si tuviese un dolor punzante.

—Reunirán el dinero que puedan y cuando vayan a por él, les daremos caza —añadió el inspector.

—A ver si entiende lo que le he dicho. Necesitaríamos meses, o años, para reunir todo ese dinero. Se darían cuenta en cuanto abrieran la bolsa y vieran que les falta más de la mitad —insistió Evan.

—Yo tengo poco menos de trece mil libras. Es lo que he conseguido ahorrar durante veinte años —dijo Mary, sentada en un diván en la zona más alejada del salón. Seguía llorando, con los ojos enrojecidos y bolsas visibles bajo ellos.

—Debemos esperar a tu hermano, Evan. Unidos quizá encontremos una solución. No podemos tomar decisiones precipitadas sin que él esté presente. Puede que él sepa de dónde sacar el dinero... Ha cogido el tren de esta mañana y estará al llegar —Evan asintió a lo que dijo Marum.

Y no tuvieron que esperar mucho, porque en ese mismo instante ambos hombres entraron por la puerta. Andrew pudo ver a Mary llorando en una esquina y a su hermano agitado, caminando de un lado a otro. Yeremi hablaba con el inspector de policía y su ayudante con tío Marum.

Observó el escenario mientras guardaba lentamente las llaves en el bolsillo. Sintió una

corriente dolorosa en su cabeza y tuvo la necesidad de salir huyendo. Tenía el presentimiento de que aquella escena era el preludio de una fatalidad.

No estaba preparado para escuchar que definitivamente había perdido a Ellen, que no volvería a percibir su aroma, tocar su dulce piel, abrazarla, besarla, deleitarse con su dulce voz.

—¿Qué le ha sucedido a Ellen? —preguntó con voz ronca, y su mano comenzó a temblar.

—Andrew. —Su hermano corrió a sus brazos.

—Por favor, dejad los saludos para después. Contadme sin rodeos qué es lo que ha pasado. ¿Qué ha sucedido? ¿Ellen está...?

Evan supo lo que su hermano temía y, antes de que terminase la frase, le entregó la nota. Él la leyó rápidamente. Cuando hubo terminado, Aaron se la quitó de las manos para leerla también.

—Es su letra —dijo Mary.

—Maldita sea —bramó Andrew, se encogió sobre sus rodillas y suspiró—. Al menos sigue con vida. Dadles lo que haga falta.

—Sabes de sobra que no tenemos el dinero. Yeremi ha estado mirando y examinando el efectivo de las empresas en tu libro de cuentas y resulta que hemos estado invirtiendo en nuevos negocios que aún no son rentables y, por lo tanto, no hay dinero. Si nos diesen tiempo para reunirlo, algo podríamos hacer, pero lo quieren para mañana. Es imposible.

—¿Qué piensa usted, inspector?

—Hemos estado rastreando la zona, buscando pruebas y entrevistando a los vecinos, pero aún no hemos encontrado nada relevante.

—¿Cuántos hombres cree que puedan haber involucrados?

—Entre tres y cinco —contestó—. Panzram escapó del carruaje policial cuando era transportado a la cárcel con la ayuda de dos de sus hombres. Lo más probable es que esas dos personas estén implicadas en el secuestro. Los otros tres miembros, incluido Jackman, siguen presos y en vista para juicio. Por otro lado, este pueblo es muy pequeño y todos se conocen. Así que, si seguimos las pistas e interrogamos a todos los vecinos, lo más probable es que los encontremos. Alguien habrá visto a un grupo de extranjeros merodeando por la zona.

—¿Y podrían haberla secuestrado con el fin de vengarse de mí? Ya sabe, por haber declarado en su contra.

—Estamos seguros de que quiere vengarse de usted, pero no creo que ese sea el único motivo... Saben que sacarán buena tajada; es un hombre con títulos, con empresas y posee muchas obras de arte. Os han estado investigando.

—¿Eso quiere decir que otro miembro del grupo nos ha investigado mientras él seguía detenido? —preguntó, y el inspector asintió.

Johanna y Jack Mathew se acercaron a casa de los Bannagan en cuanto se enteraron del rapto. Johanna estaba muy preocupada; sabía por lo que había pasado su amiga para que ahora tuviera que estar frente a frente con uno de los asesinos de su padre. Seguramente estuviera encerrada en un agujero entre ratas, sin comida ni bebida. Johanna conocía a la perfección los sentimientos de su amiga que, aunque era fuerte, ahora estaría aterrorizada.

—¿Cuánto pueden aportar? —preguntó el inspector.

—Unas treinta y cinco mil de la familia Bannagan y yo tengo ahorrados unas tres mil —contestó Yeremi.

—Yo poco menos de trece mil —susurró Mary con la voz entrecortada.

Ginni le trajo una infusión de valeriana para que se tranquilizase. Ya iba por la segunda. Las manos le temblaban mientras bebía, así que Ginni le puso una bandeja bajo la taza.

—Yo puedo trescientas veinte libras —susurró Johanna. Le daba vergüenza no poder contribuir con más, pero sabía que sus padres no le darían más.

—Yo diez mil doscientas —anunció tío Marum.

—Ciento veinte libras —agregó Jack Mathew.

—Entre los sirvientes de la casa y los arrendatarios de la zona hemos conseguido reunir casi quinientas libras, milord —anunció Ginni.

—Muchas gracias a todos. Os lo compensaré en cuanto esto se acabe. Además de las treinta y cinco mil, tengo guardadas trece mil más que estaban destinadas a urgencias y evidentemente esto lo es.

—Y las tres mil libras de la universidad —añadió Evan.

—No —dijo Andrew negando con la cabeza—. Ese dinero no lo vas a tocar, lo necesitas para tus estudios.

—Creo que en este momento mis estudios son irrelevantes cuando hay una persona que está en peligro de muerte. Y esa persona es a alguien a quien aprecias de verdad... —Evan levantó las manos con displicencia y su hermano agitó la cabeza, superado. Evan tenía razón. Ya tendría ocasión de recuperar el dinero, aunque muriera en el intento, pero ahora había que salvar a Ellen. Aunque al menos tenía que guardar algo para que pudiera comenzar...

—Tienes que guardarte al menos doscientas cincuenta libras...

—Yo pongo el resto —anunció Birscht, sorprendiendo a todos—. Antes he de consultarlo con mi asesor, pero si mis cálculos no fallan, cuenten con ello.

—Os agradeceré de por vida todo lo que están haciendo por mi hija —Mary corrió a los brazos de Aaron y lo abrazó—. Muchas gracias. Después de la riña entre usted y mi hija... demuestra que tiene un gran corazón.

—Esperemos que todo esto quede en nada y vuelva pronto a casa —contestó con un suspiro pasivo.

—Muchas gracias, Birscht —Andrew le ofreció la mano con el fin de firmar la paz, aunque Aaron lo miró con desprecio.

—No confunda, estoy aquí por ella, porque la quiero y no quiero que le pase nada malo. Sin embargo, no quiero ser su amigo.

—Ni yo el suyo. Aun así, me gustaría agradecerle todo lo que está haciendo. Tiene que haberle resultado muy desagradable haber viajado conmigo en ferrocarril para después permanecer en mi casa. Podría haber ayudado desde Edimburgo, y en cambio, está aquí —dijo, y él asintió con la mirada pétrea.

Durante las siguientes horas, la policía no logró recabar ninguna prueba que los llevara hacia el paradero de Ellen. Interrogaron a casi la totalidad de los habitantes del pueblo y de las afueras, y nada; estaban como al principio. Parecía que se los hubiera tragado el mar. Nadie había visto ni oído nada.

Llegó la hora del pago. En la nota, habían marcado el punto exacto donde se dejaría el dinero, que era en el pueblo bajo una loseta junto a la casa del panadero. Andrew se encargaría de dejarlo, y los nervios le estaba jugando una mala pasada.

Se dirigió hacia la misma calle y buscó aquel pequeño bloque que debía estar, pero que, sin embargo, no encontraba. Le temblaban las manos y, a decir verdad, todo el cuerpo. La vida de la única mujer que había amado en toda su vida dependía de que el plan saliera bien. Maldita sea, no lo encontraba. Volvió a buscar y pensó que podría haberse equivocado de lugar o que directamente se estuvieran burlando desde la distancia. Buscó durante unos minutos más, que le

parecieron horas, hasta que encontró algo que podría ser la loseta móvil. La tocó y se movió.

—Aquí está —suspiró aliviado.

La policía seguía con cautela y a una distancia prudencial cada uno de los movimientos que se estaban dando. La idea era seguirlo y detenerlo cuando se reuniera con los demás. Si no se reunía ese mismo día, lo haría al siguiente, pero tendrían que quedar para repartirse el dinero.

Además, estaban seguros de que los delincuentes se encontraban en la zona y, por lo tanto, Ellen con ellos. Habían entrevistado a la totalidad de los vecinos y no habían visto nada que les pareciera extraño. Por lo tanto, tendrían que estar cerca, seguramente escondidos.

Durante las últimas veinticuatro horas, Beinn le había dado mil vueltas al mismo asunto. Había analizado los posibles desenlaces; los buenos y los malos, y los peores parecían ganar. Sabía la clase de hombre que era y lo que había hecho tanto con su familia, como con las de los demás. Algo dentro de él le decía que Ellen podría no seguir con vida, pero su corazón se aferraba a la esperanza. Había soportado muchos infortunios en su vida, y no podía aceptar perder a otra de las tres personas que más quería. No se consideraba tan despreciable como para merecer tal castigo.

Además, Ellen era una buena persona, amiga de sus amigos, cariñosa y no se merecía lo que le estaba sucediendo. ¿Y si la habían violado, como intentaron hacer con su madre quince años atrás? Ellen era muy guapa... Sintió una tremenda impotencia al no poder hacer nada por ella, al no poder salvarla.

Andrew salió de sus pensamientos, dejó el dinero, lo tapó torpemente con la misma baldosa y se marchó. La policía seguía oculta, esperando a que apareciera alguien que recogiera la bolsa. De pronto, un niño de aproximadamente diez años se acercó, levantó la loseta y se llevó el botín.

Supusieron que los delincuentes habían pagado algunos peniques al muchacho para que realizara el trabajo sucio por ellos sin ser descubiertos. Siguieron al crío hasta que se toparon con un joven que parecía tener cerca de los veinte años y que, montado sobre un caballo castaño, le cambió la maleta por unas monedas.

La policía no esperó que el delincuente huyera cabalgando tan rápido como el viento y no tuvieron más remedio que seguirlo. Intentaron hacerlo sin que él se diera cuenta, pero el chico comenzó a esquivar árboles con tal destreza y con el objetivo de desorientar a quien lo seguía, si es que lo estaban siguiendo. Finalmente, descubrió a dos hombres que lo perseguían.

Nervioso y temblando, tomó un rehén del brazo y la subió al caballo. No sabía qué hacer, él no era un criminal y no sabía cómo se había involucrado en tal situación. Sí, sí que lo sabía... Dinero, todo se reducía a dinero. Lo necesitaba para cuidar de su madre enferma. Las medicinas y las curas eran muy caras, al igual que el médico que la trataba.

Entonces su caballo tropezó, los lanzó a ambos al suelo y siguió su camino sin ellos. Varios miembros de la policía a caballo no tuvieron más remedio que salir para detenerlo. El joven nervioso sacó un arma y temblando apuntó a un policía. Tenía retenida a la rehén por el cuello. Una mujer de mediana edad miraba aterrorizada a todas partes sin saber qué estaba pasando.

—Sabía que me estaban siguiendo. Siempre lo hacen. Dejadme marchar —exclamó tropezando con sus propias piernas.

—Primero suelta a la rehén —contestó el policía con voz firme.

—No. Me dejarán marchar y entonces la soltaré.

—Lo dejaremos marchar cuando la sueltes.

—¡Mentira! —vociferó el chico, empuñando el arma que le temblaba en dirección al policía.

El chico cerró los ojos, los nervios le estaban jugando una mala pasada, y acabó apretando el

gatillo, pero falló. Sin embargo, eso provocó que su compañero lo abatiera. El chico cayó al suelo, susurrando palabras ininteligibles antes de cerrar los ojos para siempre. Cuando Andrew se enteró, casi le da un infarto y estuvo a punto de atacar a los policías presentes.

Yeremi y Jack Mathew impidieron que descargara su ira contra ellos. Los demás se quedaron tranquilizando a la señora Owen, que presa de los nervios, no había dejado de llorar. El plan había fallado y ahora esperaban un trágico final para Ellen.

19

Cuando llegaron a Blackbridge, se sentían abatidos y se encontraban en un mar de dudas, especialmente Andrew, quien se mordía las uñas mientras miraba por la ventana del carruaje. Al apearse, divisaron una pequeña caja esperando ser descubierta en la entrada de su casa. Andrew insistió en ser él mismo quien la abriera y, con la mandíbula apretada, destapó el paquete. Dentro encontró la ropa interior de Ellen manchada de sangre y una nota en la que decía:

¿Te crees mas listo que llo? Agradece que no tenia en alta estima al muchacho asesinado por tus ombres. Solo era un peon, un peon inutil por lo que veo. Igualmente, no as seguido las normas y as avisado a la policía, cosa que te prohibí expresamente. Es una lastima que te lo hallas cargado durante su primer delito... Tambien lamento que te hallas cargado el trato.

Puesto que con tu madre me quede con las ganas. ¿Lo recuerdas? Y tu deslealtad debe de ser castigada, me lo e cobrado con tu mujer y te envio la prueba en la caja. Debo decir que lloro mucho, suplicaba y rogaba que la salbases. Me a encantado ese lunar tan sensual que tiene en la nalga izquierda. A sido tan delicioso.

Te doi una segunda y ultima oportunidad; aora quiero 150.000 libras. Te doi dos dias para que lo consigas. En el mismo lugar, pero esta bez quiero que acudas a las once y media de la noche. Espero que no seas tan idiota de bolberme a fallar. Quizas lo siguiente que encuentres dentro de la caja sea una mano o incluso su bonita cabeza. Mucha suerte. Tullo, P.

Mary ya no pudo más y entró en una crisis nerviosa. Tuvieron que llamar al médico y darle tranquilizantes para que se calmara. Tío Marum la llevó a una habitación para que descansara, puesto que las pastillas estaban comenzando a surtir efecto. Andrew se sentía tan frustrado que tiró objetos por todas partes, mientras juraba que los iba a matar y decía mil cosas que no tenían sentido. Su hermano intentó abrazarlo y este lo empujo como una fiera imparable. Se sentía como un demonio que surgía de las profundidades del infierno. Se acercó al inspector fuera de sí, con ojos sanguinolentos y, con todas sus ganas, le propinó un golpe en la boca.

—Es todo por su culpa. Maldita sea. No ha hecho bien su trabajo. La han violado y la van a matar y no puedo hacer nada por evitarlo. ¡Dios santo!

—Andrew, por favor. Tranquilízate. —Entre todos lograron contenerlo antes de que matase a golpes al inspector.

—Se lo perdono porque es usted y porque sé cómo debe sentirse —lo reprendió el hombre—. Pero cómo me vuelva a tocar, dormirá una buena temporada en el calabozo.

—Atrévase y lléveme al calabozo. ¿Acaso no tengo razón en que ha hecho mal su trabajo?

—No volverá a pegarle, señor inspector —le dijo su tío con una mirada mordaz—. Por favor, no se lo tenga en cuenta. Está fuera de sí.

—Tiene razón, nos hemos equivocado, pero eso no le da motivos para tocarme. Así que no lo vuelva a hacer.

—No lo hará —sentenció Marum, mirando a su sobrino con el ceño fruncido. Nada justificaba una agresión a la autoridad.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Cuál es el plan? —preguntó Birscht.

La mayoría de los Bannagan habían sido inquietos por naturaleza —unos más que otros—, pero especialmente destacaban los de la última generación. Marum había sido el más tranquilo de toda la rama familiar, si bien, eso era porque no era un Bannagan como tal, ya que pertenecía a la rama familiar de su madre y, aunque Andrew era reservado, educado y solía mantener la calma con sus clientes y proveedores... en un caso como este, en el que había perdido a su Ellen, acabó por sacar la peor versión de sí mismo.

—¡Os quiero fuera de mi casa inmediatamente! —les dijo a los policías con una mirada de odio—. A partir de ahora, yo mismo llevaré el caso.

—Lamento decirle que no va a poder ser posible. Pero le prometo que esta vez será diferente. No habrá más errores.

—¿No me ha escuchado? He dicho que no habrá una próxima vez. Estáis despedidos. Trabajar por vuestra cuenta. Yo no quiero saber nada de ninguno de ustedes.

—Por favor, pare ya. Con su actitud no va a conseguir nada —medió Aaron—. Los necesitamos para las negociaciones.

—Está perdiendo los estribos, milord. Todos estamos igual de preocupados, pero nosotros no sabríamos qué hacer sin la ayuda de ellos —añadió Johanna.

—No pienso negociar nada. No voy a aportar ninguna libra. Retiro el dinero que he ofrecido para el rescate.

—¿No lo estará diciendo en serio? —preguntó Aaron perplejo.

—Por supuesto que lo digo en serio. ¿Tengo cara de estar bromeando? A partir de ahora, lo haré a mi manera.

—¿Se puede saber por qué? ¿Y cómo es “a su manera”? —volvió a preguntar.

—Todo esto de entregar el dinero es una auténtica sandez, que no se enteran. No nos la van a devolver con vida ni aunque paguemos el mayor de los rescates, y yo no voy a seguir su juego —agitó las manos—. No le ha importado que su compañero haya muerto. ¿Qué os hace pensar que no le van a cortar el cuello una vez consigan el dinero? —Tras esperar una contestación que no llegó, continuó con apatía—. Me voy. Pueden quedarse aquí el tiempo que estimen oportuno, pero yo me largo... Si me disculpan, señores.

—¿Dónde vas? Yo voy contigo —dijo Yeremi.

—Quédate aquí —le susurró—. Tienes que vigilar a estos indeseables; necesito que me informes de cualquier decisión que tomen. Yo me voy a buscar pruebas por mi cuenta, o algo que me pueda llevar a ella.

Andrew salió de la sala y su hermano siguió sus pasos.

—Voy contigo —decidió Evan sin dejar otra opción.

Jack Mathew también iría con ellos, y Johanna acabó por unirse al grupo, a pesar de que Andrew insistió en que se quedara con los demás. Los cuatro montaron en sus respectivos caballos y, yendo al trote, siguieron a Andrew.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a buscarla y a encontrarla.

Buscaron en lugares escondidos, abandonados y derruidos. Lugares que conocían y donde podrían tener retenida a Ellen. Andrew se conocía cada rincón de aquel territorio y lo aprovechó. Buscaron en las tierras de ella y por la zona donde tuvo lugar la desaparición, sin encontrar nada. Después, se acercaron a la taberna para comer algo y coger fuerzas para seguir buscando.

—Estamos como al principio —concluyó Jack Mathew, bebiendo un trago de su cerveza.

—Poco a poco. Acabamos de comenzar, tengo un buen presentimiento —anunció Evan.

—Ojalá Evan tenga razón. Por lo que tengo entendido, suele tener buena suerte —dijo Johanna, con los codos encima de la mesa y la cara apoyada en las manos.

Andrew no pudo probar bocado mientras aquellos tres hablaban y comían. No estaba de humor para conversar; solo quería terminar aquella tediosa comida y retomar la búsqueda.

Muchos de los vecinos se les acercaban para preguntarles por la muchacha, pero aquello lo enfurecía más. Los hombres decidieron ignorarlo mientras terminaban de comer y hablaban sobre lo que estaba pasando. Sabían que Andrew estaba sufriendo una pérdida, incluso antes de tenerla, y lo mantuvieron al margen de la conversación, dejando que se sumiera en sus pensamientos.

—Es hora de irnos —concluyó—. Si no han terminado de comer, lo harán de camino.

Durante las siguientes horas, entrevistaron a la mayoría de los vecinos y, aunque ya habían sido entrevistados por la policía, decidieron volver a hacerlo por si se les había pasado algo por alto. Les preguntaron a unos y a otros, pero ninguno había visto nada extraño.

Cuando ya se habían dado por vencidos, se les acercó un chico de apenas doce años. A Jamie lo conocían por haber perdido a su familia en un accidente de ferrocarril hacía tres años, quedándose huérfano. El tren descarriló y la mayoría de las personas que iban a bordo murieron en el acto. El chico fue acogido por una buena amiga de su madre y vivía con ellos como un hijo más.

—Buenos días, milord. Buenos días, señor Bannagan —dijo, y se quedó mirando a Jack Mathew y a Johanna, a quienes no conocía.

—Jack Mathew, encantado.

—Johanna Claire.

—Sé que están buscando a una mujer desaparecida y tengo información que podría resultarles útil.

—¿Hablaste con la policía? —preguntó Andrew.

—No. Temía hacerlo, pero me arrepiento.

—Cuéntame.

El niño titubeó y comenzó a frotarse los codos hasta que se decidió a hablar.

—Cometí un delito en sus tierras y podría denunciarme por ello. Por eso mentí... pero no quiero ser culpable del asesinato de una mujer y prefiero ir a la cárcel por mi delito que al infierno por ocultar un crimen —dijo avergonzado.

—¿Qué delito cometiste?

—Estuve cazando en sus terrenos si su permiso —confesó avergonzado—. Tenía hambre y

sabía que en su coto se cazan buenas piezas. Lo siento.

—No te voy a denunciar, pero no lo vuelvas a hacer. Dime lo que sabes.

—Mientras volvía a casa, vi cómo tres hombres de mal aspecto montaban en tres caballos; dos negros y uno blanco. Llevaban un saco sobre el blanco que parecía de patatas. Me atreví a mirar más de cerca y me di cuenta de que no era lo que en un principio creí. Parecía una mujer porque se le podían ver las faldas y las piernas por debajo, y lo pude confirmar cuando pataleó y gritó. Supongo que llevaba una mordaza porque sus gritos eran ahogados.

—¿Viste hacia dónde se dirigían? —El chico asintió.

—Rumbo al lago, tomando el sendero estrecho y serpenteante que hay junto la ermita, el que lleva hacia los cultivos que están en la gran arboleda de la esquina. ¿Sabe dónde le digo? —Andrew asintió y preguntó—: ¿Pudiste ver algo más?

—No puedo decirle más. Fue todo lo que vi.

—Me has ayudado muchísimo. Muchas gracias. Aunque no quiero volver a verte cazando en mis terrenos. ¿Entendido?

El chico asintió avergonzado y Andrew le dio unas monedas que llevaba en el bolsillo. Este, sorprendido ante su generosidad, se fue muy contento.

—Te roba y le pagas —se burló Jack Mathew.

—Te recuerdo que tú también eras ladrón antes de recogerte de las calles —le dijo Evan con ironía.

—Tendréis que admitir que os caen bien los pequeños delincuentes.

—Poco le ha dado para la ayuda recibida. —Evan frunció el ceño.

—¿Y qué hacemos ahora? —interrumpió Johanna.

La noche comenzó a caer, así que decidieron retomar la búsqueda por la mañana. Andrew se habría quedado, pero pensó que quizá tuviesen razón y fuese mejor dejarlo para cuando amaneciera y tuviesen mejor campo de visión. Quedarían al primer rayo de sol para así aprovechar al máximo las horas de luz. No lo comentarían con la policía y lo harían por su cuenta. Cuando llegaron a la casa, todos seguían allí, ocupados ojeando unos documentos.

—¿Se puede saber dónde han estado durante todo el día? Los han visto en la taberna bebiendo. Es indignante que se emborrachen mientras Ellen sigue desaparecida —los acusó Birscht.

—Cállese—respondió Andrew con un gesto de aversión. Cada vez que abría la boca, menos lo soportaba.

—En parte tiene razón, Birscht. Los necesitamos aquí —dijo la señora Owen.

—No creo que sentados en la comodidad de un sofá consigan mucho más que yo. Además, acostúmbrense a ello, porque no pienso acompañarlos ni un solo día más —se dirigió al inspector.

—Veo que viene con el mismo humor de mil demonios. Creo que ya es hora de que lleguemos a un acuerdo y pactemos una tregua entre nosotros —respondió con precaución el inspector.

—Me voy a mi cuarto.

—Espere y siéntese. Quiero hablar con usted.

Andrew obedeció y se sentó resignado en un hueco que había en el sillón, al lado de Mary. Ni siquiera habló, esperó a ver qué tenía que decirle.

—Les vamos a dejar los cincuenta mil restantes, en billetes falsos que mezclaremos con los originales, pero necesitaremos el dinero que dijo que retiraría...

—Hagan con el dinero lo que les plazca. Quédenselo. ¿Me puedo ir ya?

—Preferiría que me escuchase —repuso el inspector, y Andrew asintió con un suspiro.

—Son cuatro los delincuentes implicados. Están comunicándose mediante código morse, por ondas radios, pero hasta ahora no han dado ninguna pista que nos lleve a su paradero. No están lejos de aquí, ya que para que sus radios funcionen deben trabajar en perímetros reducidos. Tenemos que ofrecer el dinero y...

—¿Y si sale mal? ¿Vamos a dejar que nos entreguen su cabeza en una caja? Si son cuatro... El que la tiene cautiva se mantendrá al margen, ¿no? Y cuando reciban el dinero, la matarán antes de huyan con el botín —su mirada era perversa e impenetrable—. Sí, les dará caza, pero cuando ella esté muerta.

—¿Y qué es lo que pretende hacer? Si tiene un plan mejor, hágamelo saber.

—Moverse, buscarla bajo las piedras. Desplegar a toda la policía del país y rastrear todos los rincones de la zona. No comprendo por qué solo están ustedes dos aquí cuando son “los hombres más buscados del país” y, para colmo, están todo el día en mi casa, haciendo a saber qué.

—Nos estamos moviendo, milord. Pero no hay información y nadie ha visto nada. Estamos buscando y no somos los únicos involucrados en esto, aunque sí somos los que estamos aquí dando la cara. Desde las oficinas están realizando numerosos trámites para encontrar con vida a la señorita Owen. Lo estamos haciendo lo mejor que podemos.

Andrew estuvo a punto de escupirle que tan bien no estarían haciendo su trabajo si un chico de doce años había logrado burlarlos, pero prefirió mantener la boca cerrada y no caldear más el ambiente. Salió de la habitación con el ceño fruncido. Marum lo siguió.

—¿Se puede saber qué es lo que te ocurre? No te he educado para que te comportes de ese modo. Por lo menos, trata con respeto a la señora Owen, que lo está pasando realmente mal.

—Yo también lo estoy pasando mal. No aguanto ni al señor Birscht, ni al inspector, ni a su inútil ayudante. Se ha fugado el líder del grupo criminal más buscado del momento. Están acusados de secuestro y de una larga lista de asesinatos a civiles inocentes y, en vez de desplegar una búsqueda con los mejores hombres, nos traen a estos inútiles e incompetentes —dijo, atragantándose con las palabras.

—Hijo, estás equivocado. Están trabajando lo mejor que pueden y han averiguado el radio de búsqueda. Dales una oportunidad.

—Déjame que lo dude —se mordió el labio y agitó la cabeza con incredulidad.

—Estás muy nervioso y así no vas a ganar nada.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Cómo quieres que esté si a la única mujer que he amado en la vida la han violado y están a punto de matarla? Eso si no lo han hecho ya, porque estamos confiando en lo que nos está diciendo un asesino, y no sabemos si realmente está viva o muerta.

—Me puedo imaginar por lo que estás pasando. Pero yo tengo fe y sé que en cuanto le den el dinero la soltarán. Ya verás cómo todo va a salir bien.

—No la van a soltar, tío. Cuando dispongan del dinero, la matarán. No creo que por el momento lo hayan hecho, puesto que el dinero les interesa más que la venganza y ella es un seguro de cobro. Pero en el momento en que lo reciban... adiós, Ellen. Y tengo que encontrarla antes de que eso ocurra.

—¿Por qué estás tan seguro de que la matarán?

—Porque lo vi en sus ojos y, aunque no me di cuenta en ese momento, ahora lo sé. Robaron y asesinaron a cualquiera que se les cruzó en su camino. Mataron a madre y a padre después de robarles. Podrían haber huido con el botín porque padre no se resistió, pero lo mataron porque

disfrutaban con el asesinato. En la rueda de reconocimiento, cuando lo vi cara a cara, su mirada era la del mismísimo satanás y por mi culpa lo van a juzgar. Y el colmo ha sido que no le ha preocupado lo más mínimo que haya muerto uno de los suyos. ¿De verdad crees que tendrá piedad? No la va a tener. La van a matar, a no ser que yo la encuentre antes.

Le contó lo que habían averiguado a razón del niño. Dedicarían la mañana entera a realizar una batida para la búsqueda de Ellen. Le pidió que no contase nada a ninguno de ellos hasta que no descubriesen algo. Marum no estuvo de acuerdo, pero no tuvo más remedio que asentir.

—¿Estás seguro de que el niño no miente?

—Demasiados detalles para que sea mentira. Además, el chico estaba aterrorizado. Tendrías que haberlo visto.

Andrew se pasó la noche en vela, estudiando los mapas de la zona y marcando el perímetro que podían alcanzar las ondas de radio. Debía admitir que la información proporcionada por la policía le era de grata ayuda y, con lo que le había dicho el niño, podría excluir muchos puntos.

Conocer el radio exacto que tenían para mantener el contacto entre ellos fue para él una muy buena noticia. Marcó el perímetro y las posibles localizaciones en las que podrían tenerla retenida: casas abandonadas, acantilados y cuevas escondidas, algún vecino con el que hubiera tenido algún altercado...

Tenía un gran punto a su favor: se conocía cada rincón de sus tierras y de los alrededores. Marcó dieciséis posibles lugares para acercarse por la mañana.

Poco antes de partir, Yeremi apareció dispuesto a ayudar en la batida, pero Andrew volvió a pedirle el favor de que se quedase con ellos en casa. Lo necesitaba para que interfiriese en cualquier tontería que la policía pudiese cometer.

—Tú eres el más inteligente y te necesito aquí para que impongas orden —masculló—. La señora Owen está agobiada y necesito que la apoyes mientras yo esté fuera. También quiero que me informes y que actúes en mi nombre porque no me fío de Birscht. Lo único que hace es darle la razón al inspector y, en cuanto a mi tío, no conoce de leyes y se dejaría influenciar por lo que la policía dice. Prefiero no llamar mucho la atención y llevarme solo a mi hermano y a Jack Mathew. ¿Podrás hacerme el favor?

—Claro, amigo —susurró—. Birscht es un buen hombre y está preocupado por Ellen. Que actúe de forma más precavida ateniéndose al plan de la policía significa que es más sensato que tú, que siempre has sido un temerario.

—Puede ser. Pero eso no significa que hagan lo correcto —musitó a la defensiva.

—Y si los encuentras, ¿qué harás?

—Los mataré a todos —le indicó el lugar de su pantalón donde tenía guardada el arma.

—Cù Sith —dijo con ironía; levantando y poniendo los ojos en blanco—. Ten cuidado, amigo.

—Lo tendré.

20

Le costó mucho convencer a Johanna de que esperara en casa. No podía permitir que se pusiera en peligro y le prometió que en cuanto supiera algo, la avisaría. Había marcado en el plano los puntos clave a registrar. Hicieron una batida de norte a sur, buscando en cada rincón que pudiera dar una pista, la que fuera. Buscaron en las casas y hablaron con los vecinos; cualquier cosa que les sirviera de ayuda era bienvenida y, aunque parecía que no encontraban ninguna señal, no se rindieron.

Entraron en una torre abandonada y buscaron en cada rincón de aquel inhóspito lugar. Luego, en una casa que, a pesar de no estar abandonada, los dueños residían en la capital y solo se establecían durante un mes al final de verano. Jack Mathew sabía abrir puertas sin forzar cerraduras, pues antes de haber trabajado para Andrew había sido ladrón, pero hubo un momento en el que se arrepintió de sus acciones.

Él era joven cuando allanaba casas para robar comida y ropa, lo hacía cuando sus huéspedes salían o viajaban. Pero un día se equivocó y entró en una propiedad donde se encontraba el dueño y tuvo que herirlo para evitar que le disparara con una escopeta de caza. Iba a ser juzgado duramente, a juicio de Yeremi; sin embargo, este lo defendió durante su juicio y logró una pena mínima.

Por casualidades de la vida, Andrew acabó conociéndolo y vio en él algo más que un simple delincuente. Supo que era un buen hombre, pero sin suerte, que la mala vida le había llevado delinquir. Le dio trabajo y él, fiel y agradecido, siempre lo consideraría su salvador y amigo. Aquella horrible experiencia lo cambió para siempre. Y aunque le costó años lograr que lo perdonaran en el pueblo, con la ayuda que Andrew le proporcionó, acabaron considerándolo como un vecino más.

Terminaron de rastrear los dieciséis puntos del mapa y no encontraron nada ni a nadie que les pudiera parecer sospechoso. Acabaron resignados, sentados en la orilla del lago Laich. Habían buscado por todas partes y se les habían acabado las ideas. Observaban el paisaje, pensativos. Frente había un pequeño islote donde quedaban los restos de una pequeña torre abandonada. Andrew tenía ganas de llorar, se levantó y comenzó a andar de un lado para otro.

—Tenemos que volver al punto uno. Buscaremos mejor, algo se nos ha escapado —insistió cada vez más preocupado.

—Hemos buscado en todos los rincones de cada lugar y no hay nada —se lamentó el menor de los hermanos.

—No lo hemos hecho —alegó con furia—. Hay algo que se nos escapa.

—Lo siento —añadió Jack Mathew—. Quizá estén a bordo de un barco. Si pretenden escapar, qué mejor que tomar uno... Con el tuyo podríamos buscar en el mar —opinó Jack Mathew, y se quitó los zapatos para airear sus pies.

Andrew, ceñudo, miraba fijamente la pequeña isla.

—Una vez, de pequeño, fui con Jacob al castillo Stalker, lo recuerdo vagamente. Ese día, la marea subió y tuvimos problemas para regresar a tierra, así que nunca más volvimos a repetir la hazaña. ¿Sabéis cómo es por dentro? —preguntó.

—Me imagino que no quedará mucho más que las cuatro paredes que asoman. La mayor parte está derruida y dicen que es peligroso. Lo que queda de techo no es más que eso —señaló Evan, levantando los hombros con indiferencia.

—¿Crees que podrían estar ahí dentro? —preguntó Jack Mathew con curiosidad.

—Nadie apostaría por ello.

—Entonces, vayamos a ver —agregó Evan, levantándose con rapidez.

—No, tú te quedarás aquí. Si hay alguien, quizá necesitamos que avises a la policía.

—Tú y tu manía de protegerme de todo... —arrugó la nariz y miró a su hermano, que lo observaba impertérrito—. Vale, me quedaré aquí. Qué remedio —dijo, cruzándose de brazos.

Montaron a caballo, trajeron la barca más pequeña de la familia y la trasladaron hasta la orilla. Entre los tres, movieron casi sin esfuerzo el bote y, una vez en posición, subieron y remaron hacia la isla. En pocos minutos, llegaron y se adentraron en la torre que, años atrás, había tenido hasta cuatro pisos de altura, pero que ahora no era más que ruina de poco encanto.

El castillo Stalker había sido una pequeña fortaleza construida alrededor de 1320 por el clan McDougall, que entonces eran señores de Lorn. Sin embargo, por azares del destino, en 1620 acabó en manos del Clan Campbell. Finalmente, fue abandonado alrededor de 1840, quedando en aquel terrible estado de conservación.

Yendo a hurtadillas, comenzaron a investigar. Andrew llevaba como arma un florete que usaba en esgrima y, además, guardaba una pistola en sus pantalones por si acaso la necesitaba. Jack Mathew portaba un machete muy bien afilado. Buscaron con cautela en todas las habitaciones, una por una. Luego subieron al segundo piso, pero allí tampoco encontraron indicios de que hubiese alguien. Una vez terminaron con el inútil reconocimiento del lugar, volvieron al exterior y se sentaron en la orilla junto a la barca, dejando los cuchillos sobre el suelo.

—¡Maldita sea! Estaba seguro de que este sería el lugar, tenía la corazonada —rugió Beinn. De pronto, escuchó un ruido, como un sollozo en la lejanía.

—He oído algo.

—¿Estás seguro, Beinn?

21

Los tres volvieron a casa sumidos en el pesimismo. Allí, todos discutían sobre quién haría la entrega del dinero. Faltaban dos horas y diez minutos para tener que entregar la bolsa. Los delincuentes habían decidido hacerlo de noche para facilitar su huida. El policía intentó persuadir a Andrew para que fuese él quien hiciera la entrega, no obstante, él no quiso.

—Como dije, no estoy de acuerdo con el plan y no he cambiado de opinión. No pienso ir.

—Por favor, hágalo, milord. Se lo suplico. Es mi hija —rogó Mary. Tenía los ojos hinchados y la cara enrojecida de tanto llorar.

—Lo siento mucho, señora, pero es mi última palabra. No quiero que muera.

—¡La asesinarán si no le damos el dinero! —replicó.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Birscht—. Porque aquí nadie lo entiende. Si no tiene un plan mejor, lo mejor será que vaya y haga la entrega. Si no se lo damos, entonces sí que la matarán y será solo por su culpa. Iría yo, desde luego, pero exigen que sea usted quien lo haga —le recriminó— Por el amor de Dios, hágalo, por la señora y por la señorita Owen.

Estaba perdiendo la paciencia, pero se contuvo.

—Pensad alguna manera de retrasar el pago, un día, quizá dos. Estoy seguro que la encontraremos antes.

Sí, podrían cortarle un dedo y traerlo en una cajita perfectamente decorada, pero al menos no acabarían con su vida y tendría una oportunidad. Le dolía en todo su corazón que ella estuviera sufriendo, pero lo último que deseaba era que encontraran su cuerpo inerte abandonado en una cuneta. Solo necesitaba un día más; tenía la certeza de que la encontraría... Pero su madre estaba sumida en el dolor y no razonaba. Y los demás también creían que la liberarían una vez obtuvieran el dinero. Sin embargo, Andrew sabía que no sería así.

Se marchó en su caballo, galopando y buscando algún lugar que le diese una mínima tranquilidad ante semejante furia de emociones. Paró en un lago y se sentó en una piedra que se apoyaba en un árbol. Estaba desorientado, enfurecido consigo mismo porque no sabía qué hacer. «¿Qué hacía ahora? ¡Maldita sea!» Sabía que la había perdido y que ya no podía hacer nada por remediarlo.

Tan solo quedaba una hora y la perdería para siempre. Parecía un inútil ahí sentado, esperando que le entregasen su cuerpo en pedazos. Comenzó a lanzar piedras al lago, haciéndolas rebotar contra el agua como cuando era niño, sumido en sus pensamientos.

Ellen...

Con seguridad ella creía en él, pero en cambio, estaba sentado en una mísera piedra sin tener ni idea de dónde buscar. Todo había sido por su culpa. Todas las personas a las que había amado alguna vez habían desaparecido de su vida. Sin embargo, experimentaba una pérdida mayor que en las anteriores ocasiones. Ellen iba a desaparecer de su vida sin haberle dicho nunca lo que realmente sentía.

Cuando le preguntó la primera vez si la quería, le respondió que no, que solamente la deseaba. Cuando se lo preguntó por segunda vez, le contestó: «¿No es obvio? me tienes loco», como si solo fuera un deseo irrefrenable y pasajero. Vaya declaración más pésima ante aquel cúmulo de emociones que sentía por aquella hermosa mujer. Tendría que haberle confesado que era a la única a la que había querido en su vida y que la necesitaba por siempre. Que la amaba por encima de todo. Lo sabía: nunca lo superaría. Sería mejor morir aquella misma noche que enfrentarse a lo que se le avecinaba.

—Por favor, madre. Ayúdame a encontrarla o déjame morir junto a ella —suplicó entre sollozos, y unas lágrimas cayeron por su mejilla.

Entonces, una luz se iluminó en la distancia, como una llama de fuego que resurgía del agua. Después, resurgió otra y, enseguida, una última más. Un total de tres llamas flotaban, una luz tenue de color azul zafiro que iluminaba el término de aquella puesta de sol. Eran alrededor de las once menos cuarto de la noche, y aquella luz resaltaba con el bonito juego de colores del anochecer de los paisajes escoceses. Andrew pudo reconocer aquellas luces. «Son los famosos fuegos fatuos. Pocas personas los ha podido ver a lo largo de la historia».

Unos dicen que se crean por la inflamación de diferentes materias orgánicas mezcladas entre sí. Pero aquellas tres luces parecían invitarlo a seguir las. Se acercaban y se alejaban en línea y se dirigían hacia el bosque.

—¿Y si significaban algo? ¿Y si eran ciertas todas las historias que giraban alrededor de ellas? —se preguntó. Aquellas bolas luminiscentes parecían mágicas y sobrenaturales. Dos iban muy próximas entre sí y eran las más cercanas; la última iba más alejada y parecía impaciente porque la siguiese.

Andrew recordó lo que contaba la leyenda. Había escuchado que los *Will-o-the-wisp*, o también llamados fuegos fatuos, eran almas humanas perdidas en el más allá, buscando el viaje hacia algún lugar. Los fuegos fatuos quieren llevar el alma humana hacia su destino. También había oído que a veces aparecían para anunciar el fallecimiento inminente de un ser querido.

Sea como fuere, decidió seguir las, pues algo dentro de él le decía que así lo hiciese. Seguramente no le llevaría a ningún lugar, pero era mejor que quedarse sentado en una roca lanzando piedras al agua.

Montó a caballo y, al paso, las siguió. Conforme avanzaba, ellas desaparecían y volvían a aparecer en la distancia. No lograba alcanzarlas; a cada paso que daba, estas se alejaban más.

Andrew ordenó marchar al trote, quería acercarse a ellas, pero estas aceleraban. A mayor velocidad, más rápidas se deslizaban. Una vez atravesado el bosque, llegó a la orilla. Era el mismo lugar en el cual había estado esa misma mañana con Evan y Jack Mathew. Las bolas de fuego se habían alejado hasta el castillo derruido que se encontraba en la isla. De pronto, comenzaron a parpadear.

A Andrew le comenzó a dar vueltas la cabeza. Le surgía una pregunta tras otra: ¿Se habría vuelto loco viendo aquellas luces del presagio? ¿Cuál era el motivo por el que veía aquellas bolas de fuego que se dirigían hacia el castillo? ¿Estaría allí Ellen? ¿Eran realmente almas que le estaban avisando de algo en concreto?

Ya había acudido por la mañana y dentro no había nada. Habían rebuscado bien y ni siquiera encontraron huellas. Quizá habría una puerta que no hubiesen visto.

Pero el castillo estaba medio derruido y no parecía tener puertas escondidas ni pasadizos secretos. De todas maneras, tenía que volver. No podía ser casualidad que aquellas luces lo enviaran hacia aquel lugar.

Andrew miró a su alrededor y se sacó el reloj del bolsillo para observar la hora. Quedaba aproximadamente quince minutos para que dejaran el dinero bajo la losa. Tenía un máximo de veinte minutos para encontrarla con vida. Por cada minuto perdido, la probabilidad de su muerte aumentaba en un cien por cien.

No podía perder tiempo yendo a por la barca; eso le supondría alrededor de cuarenta minutos y no disponía de ellos. Pensó y pensó y llegó a la conclusión de que la única opción era ir a nado hasta allí; no le quedaba otra y tampoco estaba tan lejos. Si se ponía a ello, en menos de quince minutos llegaría a la isla.

Se quitó la chaqueta, el chaleco, la camisa y los zapatos, y se dejó el pantalón donde enganchó un cuchillo al cinturón. Se metió en el agua. A esas horas de la noche estaba helada, pero no le molestó demasiado; podía con ello. Se sumergió y, decidido, nadó hacia la isla...

22

—Es que estoy indignado, frustrado y sediento de venganza. Él sabía que estábamos comprometidos, debería haberse mantenido al margen y respetar lo que teníamos. En su lugar, te conquistó, y las mujeres son muy fáciles de conquistar. Unas caricias aquí y allá, unas palabras de amor y unos cuantos regalos, como el colgante que llevas puesto. Quiero matarlo.

—Lo siento —dijo Ellen, acariciando la delicada pieza que colgaba de su cuello. Creía que los hombres no solían darse cuenta de tales detalles y se sintió culpable.

—También quiero matarte a ti, aunque no sería capaz de hacerlo. Me conformo con matarlo a él.

—No vas a matar a nadie.

—Te acompaño a casa. Pero antes, quiero que sepas que si tú, a quien consideraba una mujer decente, has acabado comportándote como una cualquiera, confiar en otra... —Meneó la cabeza y suspiró—. Con tu traición, me costará mucho volver a confiar.

—No tengo justificación. Solo espero que algún día puedas perdonarme.

—No lo creo.

Aaron la acompañó a casa sin mediar palabra. El camino de vuelta fue muy incómodo; estaba muy avergonzada y la embargaba la tristeza. No se había portado bien con él y sabía que se había ganado un pase directo al infierno. Antes de entrar por la puerta que daba fin a los últimos años de su vida, al menos quiso despedirse de él; se lo debía por el tiempo que habían pasado juntos. Le dijo que hubo un momento en el que lo quiso, luego besó su mejilla y lo abrazó. Él lo recibió con expresión pasiva.

Ellen exhaló una trémula bocanada de aire y cerró la puerta tras ella cuando lo vio alejarse, poniendo fin a una etapa que hasta hacía poco pensó que sería su destino. Estaba muy preocupada y angustiada. No podía quedarse en su habitación y tampoco quería dar explicaciones a su madre.

El corazón le palpitaba a una velocidad que parecía salirse del pecho. No sabía a dónde ir. Necesitaba que Andrew la abrazara y le dijera que todo iba a salir bien. Necesitaba verlo y que la mimara. Lo necesitaba en ese preciso momento. Así que salió por la puerta con el único fin de ir a su casa, cuando de repente...

Un hombre la amordazó y la arrastró hasta una zona alejada de la casa. Escuchó cómo dos hombres hablaban entre sí, pero no pudo verlos porque uno de ellos la ató de pies y manos y la cubrió con un saco. Cuatro manos se arrastraron por su cuerpo, la alzaron y la colocaron boca abajo sobre una superficie dura; supuso que sería un caballo cuando lo escuchó relinchar. Ella pataleó, luchó y acabó cayéndose del animal haciéndose daño en la cadera, pero eso no impidió que comenzara a arrastrarse buscando algún punto al que sujetarse.

Sin embargo, no logró encontrar nada antes de que volvieran a lanzarla sin cuidado sobre el caballo como si de un saco de patatas se tratase. Esta vez, el hombre la sujetaba con fuerza y ella

intentaba gritar en vano. La mordaza se lo impedía. Cuando la tuvieron como ellos quisieron, el animal comenzó a trotar.

Por la cabeza de Ellen pasaron distintos pensamientos. No sabía por qué la habían secuestrado ni qué buscaban de ella. Temía que quisieran violarla y a saber cuántas cosas más. El pánico la azotó. Necesitaba trazar un plan o encontrar alguna manera de escapar antes de que le hicieran daño. Se retorció. Si alcanzaba sus calzas, podría sacar el cuchillo oculto y así cortar las cuerdas de sus manos.

—No vas a conseguir nada sacudiéndote, muñeca —escuchó una voz gangosa de hombre. Era como si se trabara con las palabras.

«Debe de estar borracho. Eso facilitará la huida», pensó. Pero entonces escuchó al otro hombre que, por el contrario, parecía sereno y reflexionaba bien lo que decía. Parecía estar al mando, pues era quien daba las órdenes.

Aquella voz le sonaba familiar, pero no sabía por qué. Sabía que no era la primera vez que la escuchaba. ¿Quién era? No lograba identificarlo. Una voz distinta la sorprendió. ¿Se había unido después? ¿Eran un total de tres hombres? Sollozó porque ahora huir le resultaría casi imposible.

El trayecto duró aproximadamente veinte minutos. Ellen registró en su mente todo lo que escuchaba, todo lo que sentía, el tono de voz de aquellos hombres. Contó los segundos que habían transcurrido desde que fue capturada. Tenía que usar su intelecto si quería escapar.

La arrojaron sin cuidado alguno y gruñó cuando su cadera dolorida impactó contra el suelo. Los escuchó decir que subían a una barca y supo que no mentían; reconocía la humedad del ambiente y la brisa golpeando su piel. Lo confirmó cuando su cuerpo comenzó a mecerse lentamente debido al ritmo de los remos. Le entraron ganas de vomitar. Se contuvo, pues de lo contrario, acabaría ahogándose con sus propios fluidos. Así que se concentró en respirar con calma. ¿A dónde se dirigían? Los escuchó conversar entre susurros e intentó escuchar, pero no logró entender lo que decían.

Se percató de que habían llegado a tierra cuando notó el barro entre sus zapatos. La arrastraron como si fuera mercancía barata, pero, gracias a Dios, la tierra húmeda amortiguaba los golpes. ¿A dónde habrían ido? ¿A una isla? ¿A un barco? El oleaje no era intenso y el suelo era de tierra, no de arena o piedra.

Poco después, notó cómo el aire dejó de golpear su piel. Parecía que habían entrado en algún tipo de edificio. Le quitaron el saco y la mordaza y la arrojaron sobre una cama dura, vieja y con bultos. Le costó acostumbrarse a la luz tenue que reinaba. Abrió los ojos poco a poco y observó el lugar con los ojos entrecerrados. Aquella habitación decadente era vieja, estaba llena de polvo y parecía deshabitada desde hacía mucho tiempo. Estaba iluminada por viejos candelabros; las paredes eran de piedra y solo disponía de un camastro, tres sillones, una mesa y un cubo.

Ellen terminó de forzar la cuerda con el cuchillo, liberando sus manos. Con disimulo, las ocultó tras su espalda, esperando el momento oportuno para actuar. Intentaría huir; no se quedaría de brazos cruzados. Sabía que las probabilidades eran bajas, incluso nulas, pero le bastaba con herir a alguno de ellos para aplacar su rabia.

Echó un vistazo a los individuos: al primero, al segundo y al tercero. Y entonces, volvió la vista al segundo.

¡Ese hombre! Lo reconocía.

Era el hombre al que Andrew había delatado en Londres. El jefe de la banda criminal, el que asesinó a los padres de Andrew y, seguramente, al suyo. El del mordisco en el cuello. Reconoció sus ojos impenetrables, su nariz aguileña y torcida, sus facciones afiladas y su aspecto maligno.

Languideció y el arrebató de rabia se disipó, dando paso a una angustiosa sensación de pesimismo. Sentía miedo. Estaba con el mismísimo demonio. Todo le daba vueltas. Demasiadas desgracias en un mismo día la habían dejado sin fuerzas y apenas había comido.

Uno de ellos se acercó y la zarandeó. Ellen no pudo más y acabó vomitando sobre él, rociando su rostro. El hombre se enfureció, la golpeó en la cara y le habría dado una paliza si el cabecilla no lo hubiera impedido.

—Deja a la chica en paz. Ya tendrás tiempo de hacerle lo que quieras. Por ahora, no quiero marcas en ella; ya sabes, tiene un gran valor —ordenó sin dar más opción.

Ella seguía con el puñal oculto tras su espalda, esperando el momento idóneo para clavárselo.

—Sé quién es. Es Marlon Panzram —lo desafió nerviosa, sin apartar la vista de él.

—Me alegro de que te acuerdes de mí. De lo contrario, me ofendería.

—¿Qué quiere de mí?

—Voy a pedirle a tu hombre una gran suma de dinero a cambio de tu vida. Cien mil libras hemos acordado. ¿Te querrá lo suficiente como para pagar?

—Lo hemos dejado. No creo que vaya a dar ni un penique por mí.

—Me refiero al conde —observó cómo ella parpadeaba perpleja y añadió entre risas —: Muñeca, créeme cuando te digo que sé más de tu vida de lo que imaginas, y aunque desconozco los detalles íntimos de vuestra relación, sea como novia, amante o fulana, sé que le importas. ¿Cuánto estará dispuesto a dar por ti?

Ellen cerró los ojos un instante y tragó saliva.

—Eso es mucho dinero. No creo que pueda... —susurró, intentando calmarse.

—Lo hará. Si no, comenzaremos a enviarle pequeños trocitos de tu cuerpo: un dedo, una mano...

—¡Váyase al infierno! —bramó ella—. Está loco. ¿Y ustedes quiénes son? ¿Sus malditos lacayos? —preguntó a los otros dos.

—Qué mujer tan malhablada. A ver si voy a tener que cortarte esa lengua afilada. Y yo que pensaba que trataba con una señorita de modales refinados —se burló.

—Suéltense y prometo que no les pasará nada.

Panzram se echó a reír mostrando su horrible dentadura.

—¿Me vas a matar, si no? Átala a la cama y asegúrate de que no se mueva —ordenó.

Ellen forcejeó y se deslizó lejos del hombre hacia el otro extremo de la habitación. Él la siguió, pero ella lo esquivó arrastrándose de un lado a otro de la cama. Quería evitar que se le acercara, ya que si la atrapaba, descubriría el cuchillo.

Sus mejillas se tiñeron de un tono rosado y comenzó a temblar, sin saber si era por miedo o rabia. Pronto fue alcanzada. El hombre la sujetó con firmeza y la arrastró del brazo, y entonces Ellen no tuvo más remedio que usar el cuchillo. Apretó el arma con todas sus fuerzas; el hombre gritó cuando el puñal se hundió bajo sus costillas y lo extrajo de un tirón entre aullidos de dolor. El más joven la sorprendió por detrás y la ató de nuevo, sujetando sus manos contra los hierros del cabecero.

—Serás bruja —le espetó.

—Ve a curarte esa herida y deja de lloriquear como un niño —dijo Panzram.

El hombre salió de la habitación y Ellen notó que tras esa pared había otra sala, lo que dificultaba aún más cualquier intento de fuga. Temblaba de miedo, sabiendo que ahora buscarían venganza. ¿Por qué había sido tan impulsiva? Se arrepintió. Quería llorar, pero se negó a mostrar su miedo y fingió mantener la compostura. Sin embargo, *Dientes Roídos* no fue tan cruel con

ella.

—Eres tan salvaje como tu enamorado. Estáis hechos el uno para el otro. En fin... mis dos compañeros son Lobo y el joven Aki. Ellos dormirán en la sala contigua y yo te vigilaré esta noche. ¿Necesitas algo antes de dormir? Una vez sean las diez, no quiero oír ninguna queja. No me gustan las distracciones.

—Necesito ir a hacer pis—dijo ella con voz temblorosa.

—¿Te ayudo?

—Solo necesito que me desates las manos.

—Eso no va a suceder.

—Pues voy a necesitar que me subas las faldas, me bajes las medias, los pololos y la ropa interior, que me coloques en el cubo y después... —No entendía por qué había dicho eso. Se sintió avergonzada y aterrorizada ante lo que podría pasar.

«Maldita sea», pensó, siempre que se ponía nerviosa decía cosas sin pensar, incluso sabiendo que estaba frente al asesino más buscado. ¡Y era un violador! No tendría escrúpulos para hacer con ella lo que quisiera. Arrepentida, lo miró con los ojos muy abiertos, mientras el otro la observaba atentamente.

La agarró bruscamente, la colocó sobre el cubo y luego desató sus manos, mirándola fijamente mientras apuntaba con un arma a su cabeza.

—Ahora atrévete a desafiarme. Venga, hazlo rápido.

—Está mirando.

—Es lo que hay, muñeca. O lo haces así o revienta. Tú eliges.

—Por favor... —suplicó—. Por favor.

—Soy muy rápido con las armas. A la menor tontería, te disparo —la amenazó y se giró de lado, mirando hacia la puerta.

Una vez terminó, se levantó y, en lugar de subirse las medias, lo que hizo fue lanzarle el contenido del cubo. Y corrió directamente hacia la puerta. ¡Dios mío, estaba loca! ¡Y la puerta estaba cerrada con llave! Suspiró, arrepentida. ¿Por qué había hecho eso? Ahora sí que la mataría, pero el odio que sentía por él hacía que la razón y el corazón le funcionaran por separado.

¿De qué tenía miedo? ¿De morir? Sí, tenía miedo a morir, pero que la condenaran si no luchaba contra él. Si moría, que fuera luchando contra el asesino de su padre y también lo haría por los de Andrew. Haría lo que estuviera en su mano para atormentarlo, aunque fuera un poco. Con irritarlo se daba por satisfecha.

—Ha sido muy gracioso —mintió, volviendo a la cama—. Si piensa que le tengo miedo, está muy equivocado. No le tengo miedo, ninguno. ¿Me entiende? Ya puede hacer lo que quiera conmigo, que no me va a hacer cambiar de opinión —lo desafió.

Panzram, una vez salió de su asombro, comenzó a reír.

—Me gustas. Eres una perra rabiosa. No esperaba encontrarme con una mujer así —exclamó con una sonrisa que mostraba sus negros y putrefactos dientes.

—Está loco —repuso incrédula.

—Eso dicen.

El desayuno consistía en gachas mal cocinadas y en una taza roída y mugrienta llena de agua. Ella miró los objetos con asco y luego escrutó la cara de su captor, causándole la misma aversión.

¿Viviría de ese modo? ¿Cómo podía un hombre llegar a vivir en ese estado de decadencia?

Dientes Roídos le desató las manos y volvió a apuntarle con el arma. Ellen comenzó a darle vueltas a la cuchara sin probar bocado.

—No tengo hambre —susurró.

—¿Tu estómago es demasiado refinado para esta comida? —se mofó.

Ella no contestó; lo miraba con desprecio y asco. Panzram salió de la habitación e inmediatamente entró Lobo, que cogió una cucharada y se la metió a la fuerza en la boca. Pero con la angustia que tenía, más esa comida blanda, pegajosa e insípida, hizo que le dieran arcadas y lo escupiese en su cara.

Él la golpeó enfadado, para seguidamente arrastrarla de los pelos hasta poner su mano encima de la mesa, dispuesto a cortarle un dedo. Ella gritaba y lo insultaba; sin embargo, no derramaba ninguna lágrima. Ellen solo lloraba de tristeza y en ese momento no se sentía triste; lo que sentía era mucha rabia y, para qué mentir, también terror. Tenía el cuchillo al ras del hueso cuando *Dientes Roídos* irrumpió en la sala hecho una furia.

—¿Qué estás haciendo? ¿Alguien te ha dado la orden para que le hagas daño?

—Me ha escupido en la cara y no voy a tolerarlo. Tiene que ser castigada por ello y por esto —señaló su herida.

—Ayer te advertí que no la tocases y has incumplido una orden. Tú eres el que va a ser castigado por ello. Mis ordenes han de ser acatadas.

Ellen no supo cómo castigó al tal Lobo, pero le alivió el hecho de que no tuviera que verlo durante el resto del día. Panzram era un ser despiadado y estaba más loco que una cabra. Sin embargo, creía manejarlo mejor que al otro, que era de naturaleza más agresiva y todo lo arreglaba con palizas y amputando dedos.

El resto del día lo pasaría con Aki, un muchacho de apenas dieciséis años que parecía bastante novato en el arte de la delincuencia. Por lo menos no la trataba mal, hablaba con ella y le preguntaba cosas acerca de su vida. Parecía el más inocente de los tres.

Ellen intentó aprovechar su inocencia para sonsacarle información, pero el chico no soltaba prenda. Era el hermano de Lobo, y, según le contó, hacía un año que había perdido a su madre, el único familiar que le quedaba con vida a parte de su hermano. Y como no le quedaban más familiares, terminó viviendo con su hermano. En un descuido, acabó confesándole que los otros dos acababan de decidir su destino: una vez hubieran cobrado el dinero, la matarían.

—Si lo llego a saber, no habría accedido a venir con mi hermano —añadió, dándose cuenta al momento de que había hablado más de la cuenta.

—¿Me van a matar? ¿No hay más opciones? —se estremeció.

El chico no respondió; en cambio, abrió los ojos como platos y salió disparado de la habitación. Al cabo de un par de minutos, entró *Dientes Roídos*.

—Me temo que tengo unos pésimos ayudantes. Mis compañeros están todos entre rejas y he tenido que buscarme la vida para encontrar a quienquiera que me quisiera ayudar a cambio de una parte de las ganancias.

—Y acabará entre rejas como el resto de ellos —respondió ella con ironía—. Dígame, Marlon... ¿Cómo se siente uno cuando deja huérfanos a tantos niños, asesinando a sus padres frente a ellos? Dígame... ¿Cómo se siente cuando fuerza a mujeres y después las asesina? ¿Cómo se siente teniéndome aquí retenida? ¿Siente morbo? ¿Se siente poderoso? ¿Se ha vuelto así porque sus padres abusaban de usted? ¿O le pegaban cuando era niño?

Panzram estaba bebiendo de un vaso de cerveza cuando se atragantó de la risa.

—Qué mujer tan espléndida. La verdad es que sí. Disfruto haciendo daño a la gente, aunque

siento defraudarla con la última pregunta, señorita, pues tuve unos padres maravillosos que me querían y me protegían en exceso, a decir verdad.

—Entonces el motivo es la sobreprotección.

—Ya sabe que va a morir, ¿no? —le dijo, cruzando los brazos a la altura del pecho. Luego esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Le gusto demasiado como para matarme. ¿No es cierto, Marlon? —Y se echó a reír. Estaba nerviosa y aterrada, y sabía que era una reacción sin sentido. Se sentía como una loca. La matarían, pero que le condenaran si iba a revelar el miedo que sentía. La mejor forma de tratar con ese hombre era seguir su juego.

Si ellos querían jugar, ella jugaría con ellos. Si su destino era morir entre piedra vieja, una cama abultada y el asesino que condicionó su vida tras el asesinato de su padre; lo haría como una reina: con orgullo y coraje.

23

Panzram estaba enfadado, muy enfadado, para ser precisos. Deberían haber recibido el dinero, pero en cambio, un compañero había muerto a manos de la policía. A Dientes Roídos parecía importarle más el hecho de no haber recibido el botín que el haber perdido a su compañero. Estaba tan enfurecido que lo pagaría con ella. Ya no sería tan benevolente con esa mujer.

—¿De qué te ríes, perra del demonio? —preguntó irritado.

—De todos ustedes. Les dije que no les darían el dinero y no lo han hecho. Me matarán, pero no ganarán una libra por mi secuestro —le dijo con desprecio.

—¿Te hace gracia que no te quiera lo suficiente como para salvar tu vida?

Quizás tenía razón y no la quisiera lo suficiente. Se sintió desilusionada; sin embargo, no pensaba manifestar su decepción ni ninguna muestra de debilidad.

—Me tienes hartos con tus tonterías —añadió, luego se dirigió al muchacho—. Córtales un dedo, que se lo vamos a enviar a su querido Andrew en una adornada cajita.

—Pero habías dicho que...

—Acata la orden sin protestar.

Pero el joven se negó, y Panzram lo amenazó con cortarle el dedo a él si no obedecía. El chico vaciló, pero volvió a negarse. Él no quería hacer ese tipo de cosas. Él no era un delincuente. Nunca había visto a nadie sangrar. ¿Cómo iba a cortarle el dedo a una mujer? Lobo entró defendiendo a su hermano pequeño.

—Mi hermano no va a realizar el trabajo sucio. Ya lo hablamos —masculló con la mano sobre su abdomen. El cuchillazo lo había aturdido, y tenía diversos hematomas en el rostro. Parecía muy dolorido. Ellen imaginó que sería obra de *Dientes Roídos*.

—También hablamos de que tú me ayudarías, y te pasas el día tumbado haciendo el vago.

—La herida de mi estómago parece haberse infectado, y además, tú me pegaste una paliza —le reprochó irritado.

—Eres demasiado blando.

—No voy a discutir contigo —agitó la cabeza—. Mi hermano no lo hará, y yo no estoy en condiciones, así que hazlo tú. Mañana estaré mejor, y te prometo que daré lo mejor de mí para hacer bien mi trabajo.

—Eres un cobarde —le reprochó Ellen con los ojos entrecerrados—. Se lo pides a ellos porque no eres capaz de hacerlo tú.

—¿Qué buscas provocándome, mujer? —esperó una respuesta que no llegó—. ¿Sabes qué? He pensado en algo mucho mejor, y antes de cortarte el dedo, te haré mía.

Se acercó a ella en zancadas, la asió del pelo y arrancó su ropa a tirones. Luego, la despojó de su ropa interior y le apretó una nalga con fuerza. Ella gritó y forcejeó con él. Pero él la tenía tumbada de espaldas en la cama dispuesto a violarla. Ellen se defendió como pudo y acabó propinándole un rodillazo en sus partes, haciendo que él rompiera a gritos del dolor y no supo

cómo, pero consiguió desatarse las manos.

Aprovechando su momento de debilidad, extrajo una horquilla que quedaba en su pelo enmarañado y se abalanzó contra él para clavársela en un ojo. La sangre empezó a caer en pequeñas gotas y un gruñido emergió de su boca en forma de aullido. Pero entonces, Aki la sujetó con fuerza y la arrastró, alejándola de Panzram. Ellen seguía enfurecida, su cuerpo convulso lo maldecía. Lobo tuvo que ayudar a sujetarla; estaba fuera de sí.

—Atrévase a tocarme de nuevo, asqueroso, sinvergüenza, asesino. Si me vuelve a rozar, lo mataré. Lo juro.

—Eres una maldita perra endemoniada —dijo él, riendo mientras apretaba su ojo ensangrentado—. Me tienes enamorado con tu carácter de fiera. Ya entiendo cómo tienes a dos pretendientes locos por ti. Pensaba matarte, pero ahora creo que te convertiré en mi amante. Te domaré a mi gusto y, con el tiempo, lograré que me quieras.

—Sueñe con ello —lo desafió ella.

—¿De verdad que no me tienes miedo?

—¿Para qué voy a tener miedo si voy a morir de todas formas? Ya me he hecho a la idea —respondió con desdén.

—Puedes sufrir más o menos.

—Le gusto más siendo una mujer rebelde que una perrita obediente, como bien ha confesado. Quizá, si me hubiera comportado de una manera más dócil, ya me habría hecho daño.

—Sí, me gustas más así —admitió él, señalándola con el dedo mientras sostenía un pañuelo sobre su ojo herido. Estaba sentado en el sillón, observándola como si estuviera en un trono, en lugar de en una silla vieja—. Aunque te equivocas al pensar que no te voy a hacer daño. Por ahora has tenido suerte, pero mi paciencia tiene un límite y ya lo has sobrepasado. Lo que haré será llevarte tu ropa interior y enviársela a tu querido en una cajita. Le adjuntaremos una nota, diciéndole lo bien que lo hemos pasado juntos. Creo que eso lo atormentará más que si le enviáramos un miembro tuyo. De todos modos, tarde o temprano te follaré, así que no importa cuándo se lo diga.

—Marlon hay tres hombres fuera inspeccionando los alrededores del castillo y creo que uno de ellos es el conde —avisó Aki.

Ellen se sobresaltó al escuchar su nombre. Había ido a buscarla. No era verdad lo que le habían hecho creer. Sí que le importaba y estaba moviendo tierra, mar y aire para encontrarla.

Desde luego que la amaba. Tenía que gritar tan alto como le fuera posible y lo hizo con todas sus fuerzas. Panzram le ordenó que se callara y la amordazó de seguido.

—¿Por qué están aquí? —le preguntó a Aki en el mismo tono frío y ronco con el que solía hablar.

—Los he escuchado decir que inspeccionan la zona porque es el único lugar que les faltaba por investigar. Ahora mismo están sentados en la orilla. No creo que haya de qué preocuparse.

—No vas a conseguir nada retorciéndote, muñeca. —Le hizo una señal al joven para que terminara de hablar.

—El conde ha perdido los estribos. Creía que nos encontraría aquí y no deja de gritar como un loco.

—Me encanta que sufra —rio—. Eres un excelente espía, Aki. Enhorabuena.

Ellen no sabía la hora en la que vivía; todo era oscuro, por lo que el día y la noche eran indistintos para ella. La única forma de diferenciar el alba de la puesta del sol era por el horario en que recibía cada comida. Así, cuando le sirvieron la cena, supo que debían ser

aproximadamente las siete de la tarde. Había pasado muchas horas sola en la oscuridad de aquella habitación húmeda y maloliente, pero el hedor ya no le molestaba; se había acostumbrado. Sin embargo, no podía acostumbrarse al frío; estaba helada.

Era su último día confinada entre esas cuatro paredes. Después, había tres posibilidades: la primera, que la mataran tras la entrega; la segunda, que se la llevaran como amante, como le habían dicho antes; y la tercera, la cual había estado rezando desde que fue hecha cautiva, ser encontrada y liberada.

Sabía que no podía escapar; había estudiado todas las posibilidades y ninguna era viable. Rogaba por volver a ver a Andrew, aunque fuera solo una vez más.

Pasó la tarde sola, agradeciendo no tener que lidiar con esos hombres, pero inquieta por no saber qué tramaban en la sala contigua. Probablemente estarían discutiendo sobre la fuga y decidiendo qué hacer finalmente con ella. Jamás se convertiría en su amante; preferiría matarlo o, quizás, engañarlo para luego escapar. No... él era demasiado inteligente para caer en un engaño.

También pensó en su madre, quien estaría muy preocupada por ella. Si perdía a su hija como perdió a su esposo, quedaría desolada, y solo considerar esa posibilidad le dolía más que la idea de morir.

Después, pensó en Andrew y en su amor. Hacía apenas unas horas que lo había tenido a unos metros y no pudo abrazarlo ni sentir su piel contra la suya. Quizá no lo volvería a ver jamás y ese momento sería lo más cerca que estaría de él. Pensó en él, en sus labios recorriendo su cuerpo, en su aroma masculino, su sonrisa y su mirada pícaro. Recordó todos los besos robados y aquel en la laguna, cuando cayeron de la barca y estaban en el agua, mirándose a los ojos.

Recordó la noche que fue a buscarla a su casa e hicieron el amor, y todas las demás veces que disfrutaron juntos. Su fuerte cuerpo masculino que la hacía derretirse con solo tocar su piel. Pensó en el momento en que le suplicó que no se casara. Todo ese tiempo huyendo de él, cuando lo que realmente quería era tenerlo junto a ella para siempre.

No había aprovechado el tiempo que pasaron juntos y ahora lo único que le quedaría sería el recuerdo de unos cuantos besos y caricias. Lo que daría por darle un último beso de despedida y decirle mil veces que lo quería. Despedirse de su madre y de su amiga...

—¿Por qué lloras, muñeca? —irrumpió Panzram sin que ella se lo notara.

Ellen giró la cabeza y le preguntó, mirándolo fijamente a los ojos:

—¿Han cambiado de opinión respecto a mi futuro?

—Te veo asustada. ¿Ya te he domado, mujer?

Ella lo miró con desprecio.

—Con el dinero podríamos ir a América. Tú y yo... —le sugirió con una mirada lasciva y Ellen tragó saliva, sintiendo cómo la bilis subía por su garganta—. Aunque primero debería probarte para ver si realmente merece la pena llevarte conmigo.

—¿A qué se refiere?

—Tan lista que pareces para algunas cosas y lo inocente que eres para otras.

—La horquilla que clavé en su ojo será una caricia con lo que le haré si me vuelve a tocar.

—Dudo que puedas hacer algo similar, puesto que ahora mismo estás bien sujeta —se le acercó él—. Eres una fiera y me encantan las fieras.

Con sorna, dirigió su mirada a sus pechos. Ellen llevaba las ropas desgarradas, estaba sucia y con el pelo alborotado debido a los horribles días que había pasado en aquella jaula.

Ellen se sintió violenta y se arrojó de un lado de la cama al otro. Panzram la atrapó mientras

ella gritaba y lo amenazaba. Los gritos se convirtieron en súplicas y lágrimas.

—Ahora sí que suplicas. Tendría que haberte forzado desde el principio —dijo él mientras ella pataleaba; daba golpes con las manos atadas, rodillazos, cualquier cosa con la que pudiera defenderse del hombre despiadado que tenía encima de ella. Se agarró al cabezal de la cama mientras se retorció y Panzram le arrancaba sin delicadeza sus ropas mugrientas con una sonrisa perversa.

—Por favor, no...

—Suplica, muñeca.

Logró bajarse los pantalones y se colocó encima de ella, presionando con sus manos para abrir sus muslos. Ella no dejaba de sollozar y de rogar que por favor no lo hiciera. Pero él no tenía piedad, parecía decidido a tomarla. En ese momento, una puerta se abrió de un golpe y entró un hombre.

—Maldito hijo de puta. Quite sus sucias zarpas de encima de ella —amenazó una voz que Ellen pudo reconocer al instante.

Era Andrew y había venido a buscarla. Había venido a salvarla y, lo mejor de todo, había llegado a tiempo. ¡Dios, cuánto lo quería! Necesitaba abrazarlo y demostrárselo. Se le veía enfurecido, pero en cuanto vio la escena, la muerte se reflejó en sus ojos. Perdió el control y se abalanzó sobre él. Estaba descontrolado, con la cara enrojecida y la mandíbula desencajada. Le agarró de la solapa de su camisa, lo lanzó por los aires y le atizó con fuerza. Cada vez le pegaba más y más fuerte. Panzram se recobró de su calenturienta excitación, recuperando su fuerza y se defendió devolviéndole aquellos mortales puñetazos. En cuestión de tres minutos, los dos estaban sangrando y aquel combate parecía no tener fin.

Andrew era un hombre fuerte, de gran estatura y con músculos marcados que se le habían formado gracias al ejercicio al aire libre y a la vida en el campo. Además, estaba fuera de sí y aquello le daba fuerzas. Panzram era un hombre delgado, atlético y fibrado y aunque de estatura era menor que Andrew, estaba acostumbrado a pelear y a matar con cada golpe dado. Le propinó un golpe seco en el cuello que hizo que cayese al suelo, muerto del dolor. Andrew no dejaba de escupir sangre por la boca.

—Por favor... ¡No le haga daño! —gritó.

Ellen seguía sujeta al cabezal de la cama y no podía hacer nada por él. Tenía la cara pálida, los ojos enrojecidos, los labios agrietados y había acabado aún más despeinada que antes. Sufría al ver a Andrew en el suelo, ensangrentado y muerto de dolor sin que ella pudiera hacer más que gritar. No parecía el mismo hombre que ella conocía.

—¡Por favor, para! —suplicó una y otra vez—. Haré lo que quieras, pero déjalo en paz.

Panzram, sorprendido, se giró hacia ella y comenzó a decirle todo lo que quería que hiciese a cambio de dejarlo vivir. Mientras hablaba sin cesar, Andrew pudo ver un cuchillo sobre la mesa. Solo tenía que lograr acercarse lo suficiente para alcanzarlo y clavárselo.

Retorciéndose del dolor, forzó su cuerpo y se arrastró con cuidado mientras el otro hablaba sin pausa, hasta que logró alcanzar el arma. Una vez consiguió el cuchillo, se abalanzó con cautela sobre él y se lo clavó en la espalda, bajo el hombro. Panzram aulló de dolor e inmediatamente se lo sacó de un tirón. A Andrew le sorprendió la frialdad con lo que lo hizo.

—¿En serio creías que iba a morir de un navajazo? ¿Pensabas que me iba a desmayar o que me iba a retorcer del dolor? Dedicándome a lo que me dedico, estoy acostumbrado a heridas más profundas —chasqueó la lengua.

En ese instante, Aki invadió la sala con los ojos empañados en lágrimas y, encolerizado,

apuntó a Andrew con un arma.

—¡Has matado a mi hermano!

El chico seguía empuñando el arma a cierta distancia de él. Panzram se acercó a Ellen, le desató las manos y se la llevó en brazos sin delicadeza. La dejó en el suelo y posó el mismo cuchillo con el que había sido herido sobre el cuello de Ellen y le ordenó a Aki que atase a Andrew en el sillón.

El chico, indeciso, obedeció, pero Andrew aprovechó su inseguridad para arrebatarse el arma de las manos, capturar al chico y encañonar su cabeza. Ahora los dos tenían a un rehén.

—Suéltela o lo mato —amenazó Andrew. Panzram se echó a reír—. Lo estoy diciendo muy en serio. Pienso meterle un tiro en la cabeza si no la sueltas.

—¿Crees que me importa un comino el muchacho? —puso los ojos en blanco y dijo—: ¡Hazlo, venga, hazlo! Uno menos para compartir el dinero —repuso.

—Andrew, es verdad. El chico no le importa lo más mínimo. No le importa nadie más que él. Es un psicópata. Dispara a Panzram y no al chico.

Entretanto, Aki estaba aterrorizado, temblaba, sollozaba y clamaba por su vida.

—Antes me la llevaré conmigo al otro mundo —le advirtió Panzram.

—No pienses en mí, mi amor. Piensa en las vidas que salvarás si lo matas —le dijo—. Hazlo, por favor. Mata a Panzram. Por nosotros y por nuestras familias. —Al ver que no reaccionaba, gritó—: ¡Hazlo, maldita sea!

Andrew seguía con la pistola sobre la sien del chico. Sacudió el arma, titubeó y suspiró antes de apuntar en dirección Panzram, al tiempo que llevaba a Aki hasta la silla para atarlo con unas cuerdas que había en el suelo. Este reía y contaba anécdotas como si aquella situación no lo superase, como si tuviese gracia y fuese un chiste.

—Hazme caso. Aunque muera, salvarás a mucha gente. Es un abusador de mujeres y un asesino. Mató a tus padres y ha asesinado incluso a niños. Mátao, por el amor de Dios. No lo pienses más.

—Cállate, maldita perra. Estoy harto de tu vocecita: ñi ñiiii —gruñó Panzram perdiendo la paciencia, y eso hizo que Ellen emitiera una risa amarga.

Andrew vaciló. No podía perderla. Debía asegurar su vida como fuera; si no, todo aquello habría servido de nada. La quería a salvo y haría lo que estuviese en sus manos para que así fuera.

—Suéltela y déjela marchar y... a cambio... Puede hacer conmigo lo que quiera. Me entregaré y me pondré a su disposición.

—Ni se te ocurra, no te lo permito —gritó Ellen presa del pánico—. Como hagas eso, no te lo perdonaré jamás. ¿Me has entendido?

—¿Lo dices en serio? ¿Cambiarías tu vida por la de ella? —preguntó en tono jocoso. Andrew asintió con amargura.

—Esto sí que es una sorpresa —añadió Panzram entre risas, como si todo aquello le resultara de lo más divertido. Le confesó que no esperaba que diese su vida a cambio de la de ella y que le encantaba el rumbo que habían tomado las cosas. Le prometió soltarla una vez se fuesen del castillo, pero que hasta entonces debía de confiar en él. Andrew entregó el arma y, abatido, se dejó atar y amordazar. Con solo mirarla, comprendió que estaba enfadada, a decir verdad, muy enfadada. Había echado a perder la única oportunidad de acabar con él.

—Lo he prometido y la soltaré una vez llegue el barco. La dejaremos en la orilla para que vuelva a su casa. A ti te llevaré con nosotros y te torturaré o ya veré qué hago contigo. No soy de

confiar, pero cuando hago una promesa, la cumplo —tras una pausa, prosiguió—. Mientras tanto, te haré sufrir delante de tu querida; será algo leve, no te preocupes.

Lo golpeó en la cara, en el pecho y en el estómago. Le rompió un brazo y le pateó las piernas mientras él gemía de dolor y sangraba por todas partes. Ella sufría por cada golpe dado. Sabía que implorar por su vida no serviría de nada, aun así, necesitaba hacerlo.

—Lo de vosotros es amor verdadero. Una lástima que haya durado tan poco... Creo que por hoy ha sido suficiente. Aki, llévate a la chica a la otra habitación que quiero hablar con el conde, a solas.

Andrew no dejó de observarlo con odio y sin pronunciar palabra, solo se limitaba a mirarlo a los ojos. Una vez a solas, se sentó a su lado y muy cerca, le dijo:

—La verdad es que estáis hechos el uno para el otro. Me miras de la misma forma que ella, con la misma mirada de odio. ¿No te has preguntado por qué tú? Siempre os hacéis esa pregunta.

—Los psicópatas no necesitan motivos.

—¿De verdad que no lo sabes?

—Por haberte delatado —susurró alicaído.

—Ese es un motivo, pero no el principal.

—Por dinero.

Marlon chasqueó la lengua y Andrew lo miró confuso con la sangre cayendo por su sien y por su nariz.

—Cuando viniste a la cárcel me desafiaste, me preguntaste si te reconocía y te contesté que no. Sin embargo, claro que me acordaba, al fin y al cabo, me mordiste y me dejaste tu huella —se señaló la marca del cuello—. Aquel día escapaste de mí y estuve mucho tiempo buscándote. Observé algo en ti que me gustó. No quería matarte, valías más que eso. Quise tenerte como un miembro de los míos. Si te hubiese cazado entonces, ahora estarías trabajando para mí.

—O en la cárcel —enarcó las cejas.

Panzram levantó una ceja ante aquel comentario.

—Yo creo que no. Valías más que cualquiera de los de mi banda.

—¿De verdad cree que... —intentó decir, pero le costaba hablar—, que me habría unido a los suyos... habiendo matado a mis padres? —preguntó en tono desdeñoso.

—No conoces mi capacidad de persuasión. Siempre consigo lo que quiero.

Andrew soltó una risa ahogada.

—Está chiflado.

Su nariz no dejaba de sangrar y le costaba respirar. Panzram se acercó y se la limpió con un pañuelo.

—Volví muchas veces a estas frías tierras con el fin de encontrarte. No logré hallarte y acabé cansado de buscarte. Siempre he tenido esa pequeña obsesión, pero como no lo conseguí en su momento y ahora es demasiado tarde para moldearte, me conformo con torturarte.

—Buena lógica —se mofó Beinn.

—Siempre vas con un escolta y eso hizo imposible que pudiese capturarte, entonces pensé en un rescate. Sé que ganas muchísimo dinero.

—Tampoco crea todo lo que oye.

—El hombre que iba a secuestrar a su hermano falló en el intento y, al final, vi más factible hacerlo con tu mujer, que por cierto me ha venido estupendamente. Si lo llego a saber, la secuestro antes.

—¿Ellen está a salvo? —gruñó cuando una punzada de dolor le atravesó el brazo.

—Lo estará en menos de una hora.

Andrew suspiró aliviado. Panzram continuaba hablando como si fuera un monólogo. De forma lenta y pausada, decía cada frase esperando a que Andrew contestara para así regodearse de su estado de angustia.

—La verdad es que te has buscado una buena fiera. Estáis hechos el uno para el otro. Tiene su genio, ¿sabes? Me habría gustado llevarla conmigo, pero la verdad es que te prefiero a ti. Supongo que tiene que ver con tu sangre escocesa. Muchos siglos de luchas entre clanes al final se han quedado en vuestra genética.

—Cierre el maldito agujero que apesta con tanta basura que suelta —soltó Andrew.

Alguien golpeó la puerta y Panzram se giró con gesto triunfal.

—Ya es la hora.

Un desconocido entró en la sala y entre los dos lo sacaron a rastras fuera de la habitación. Antes de salir, Panzram le clavó el puñal en el costado, como Beinn había hecho con él una hora antes.

—Ahora estamos en paz.

Andrew ya no sentía nada. Le dolía todo el cuerpo y caminó encogiéndose del dolor. Al menos sentía la brisa sobre su piel, el olor a montaña y a su tierra, lo que aliviaba su sufrimiento. Escuchó a alguien decir que un barco a vela los esperaba a dos kilómetros de la orilla. Se alejarían con el pequeño bote para luego tomar el definitivo. No importaba lo que sucediera con él, mientras Ellen estuviera a salvo.

—¿Y Ellen?

—En la orilla. Cuando amanezca la encontrarán, también puede nadar —contestó el desconocido.

—Me... me dijeron que la pondría a salvo. —Se sentía mareado, solo veía una neblina y unos sonidos distorsionados en la distancia. Apenas pudo añadir—: Sube la marea y baja, es peligros...

—No hay tiempo para llevarla y está cerca para ir nadando. Es fuerte y no está herida. No le va a pasar nada por hacer un poco de ejercicio —respondió el desconocido.

El conde creyó maldecirlos, pero no estaba seguro si lo dijo en voz alta o solo lo pensó, pues ninguno respondió. Estaban concentrados en el traslado de objetos, conversando y discutiendo puntos del plan que a Andrew le importaban un comino. Solo quería saber si Ellen estaría a salvo, pero una neblina en su cerebro no le dejaba pensar. Lo lanzaron sobre la embarcación y sintió perder el conocimiento. Cuando se disponían a subir al bote, de repente escuchó voces desconocidas de hombres que salían desde varias direcciones. Murmullos, voces y gritos que hacían que su cerebro pareciera a punto de explotar. Luces que se dirigían hacia él, aturdiéndolo y dejándolo más desorientado de lo que ya estaba. Escuchó la orden de bajar las armas.

—Al suelo —escuchó.

¿Era la policía? No sabía quiénes eran, pero si eran la policía les daría las gracias, mil y una veces. ¿Cómo habrían descubierto su paradero? Era un misterio, pero estaba agradecido. En cuestión de segundos alguien se acercó a él, alumbrando su cara.

—Beinn está gravemente herido —escuchó decir—. Va a necesitar un médico. Varias fracturas, una incisión profunda y una hemorragia en el estómago.

—Llaman de inmediato al doctor.

—¿Ellen...? —esperó, y al no recibir respuesta, volvió a preguntar—: ¿Y Ellen?

—Ella está bien. Primero vamos a trasladarlo a usted.

—Primero ella, por favor —contestó con los ojos entornados, haciendo un esfuerzo inútil por levantarse. Entonces se desmayó y comenzó a delirar...

24

Se encontraba en una sala blanca y aséptica. Aturdido, observó cómo una enfermera le curaba la herida. Parecía estar en un hospital. ¿Qué había ocurrido?

—Buenos días, milord. Mi nombre es Evelinne y seré su enfermera. Estoy aquí para ayudarle en todo lo que necesite, hasta que sane. ¿Cómo se siente hoy?

Entonces, le vino a la mente: «Ellen».

—¿Dónde está Ellen? —preguntó retorciéndose y gruñendo de dolor.

Pero eso no le impidió arrancarse la vía de un tirón e intentar bajar de la camilla, medio a rastras. Evelinne trató de evitarlo, pero no pudo sostener el cuerpo del hombre, que pesaba casi el triple que ella. De pronto, todos sus familiares y amigos entraron en la sala: Marum, Evan, Yeremi, Jack Mathew y Johanna. Se abalanzaron sobre él para abrazarlo y su hermano lo besó con todas sus fuerzas.

—Ellen está bien, solo le están realizando algunas pruebas. En pocos minutos la tendrás aquí contigo —respondió Evan antes de que volviera a preguntar.

Andrew suspiró aliviado. Todo había terminado bien. Pero necesitaba verla y abrazarla.

—Necesito verla.

—No te preocupes, vendrá. Ella también lo deseaba tanto como tú —le aseguró mientras lo besaba de nuevo en la mejilla.

A Andrew se le llenaron los ojos de lágrimas y abrazó a su hermano como si hubiera estado años sin verlo. Lo había echado tanto de menos... Creyó que nunca más lo volvería a ver. Pensó que lo había perdido. Continuaron abrazados y Andrew se mantuvo así, aferrándose con fuerza. Aquel gesto sorprendió a Evan, que no consideraba a su hermano muy dado a muestras de afecto.

—La policía tiene que hacerte algunas preguntas. Nos han permitido pasar primero, pero debes saber que te van a interrogar —le informó.

—¿Por qué fuiste tú solo hasta la isla? ¿Acaso no piensas? —le reprendió su tío.

—Lo descubrí demasiado tarde, no tenía tiempo de regresar y avisar a nadie. Si hubiera vuelto, Ellen no estaría aquí con nosotros ahora.

—Pero, ¿cómo fuiste? El inspector dice que no han encontrado ningún bote cerca —preguntó Yeremi.

—Nadando —respondió él, encogiéndose de hombros.

—La Tierra es un manicomio, al que los otros planetas deportan a sus lunáticos —bromeó su amigo.

—¿Y eso es de...? —preguntó Marum.

—Voltaire —respondió Evan.

Jack Mathew se acercó y apretó suavemente su hombro en un gesto afectuoso.

—Me alegro de que estés bien. Como tu escolta, debería haberte protegido. Lamento no haberlo hecho.

—No tienes la culpa de que me haya dado a la fuga. Quería estar solo y no podrías haber hecho nada por mí. De todos modos, también eres mi recadero, mi ayudante y mi amigo.

Jack Mathew sonrió ante su halago. Le gustó que lo considerara su amigo. En ese momento, Andrew se percató de que alguien entraba por la puerta y dirigió la mirada hacia allí. La señora Mary entró en la sala, seguida por Birscht, y Ellen iba a su lado. Aaron la sostenía por la cintura, ayudándola a caminar. Cuando la joven lo vio, se lanzó sobre él, olvidando todo el dolor, el decoro y, a decir verdad, a todos los presentes.

Y lo besó con todas sus fuerzas, una y otra vez, apretando su rostro contra el suyo. No le importaba quién estuviera delante; nada ni nadie le impediría darle aquel beso que tanto había ansiado. Al diablo con los escándalos. Nada más importaba en ese momento. Necesitaba besarlo, decirle cuánto lo había echado de menos y que quería estar a su lado para siempre. Lo amaba. Él la rodeó con sus enormes brazos sin separarse de ella y se mantuvieron abrazados durante un largo rato. Andrew disfrutaba del contacto de su piel.

—Creí que te perdía —confesó él.

—Te amo. Aunque la próxima vez que des tu vida a cambio de la mía, te juro que te mataré después —lo amenazó con una mirada feroz.

—Espero que no haya una próxima vez —le sonrió y entonces Ellen volvió a besarlo.

Andrew se quejó. Le dolían todas sus extremidades y también cada milímetro de su cara.

—Lo siento —se disculpó Ellen, acariciando su cabello.

—No lo sientas. No quiero que te muevas de aquí —le ordenó—. Cualquier dolor se desvanece cuando tú estás cerca de mí.

—Venga, tortolitos, ya tendréis tiempo de abrazaros y besaros, pero ahora mismo no estáis solos. Esto está resultado demasiado escandaloso, incluso para mi gusto —gruñó Yeremi.

—Calla, anda, y ve a cortejar a una dama —contestó con una sonrisa traviesa.

—Sí, claro, para poner mi vida en peligro por salvar la de ella —bromeó—. Prefiero seguir siendo un egoísta insensible que mira solo por su propia supervivencia.

Mary se acercó a Andrew y le dio las gracias, fundiéndose en un abrazo fraternal y cálido. Él se sentía mal, sabía que no se había comportado bien con ella, pero no lo había podido evitar; la sensación de pérdida y de creer que estaban tomando el camino incorrecto lo había atormentado, dejando de lado la empatía.

—Perdone mi comportamiento de los últimos días. Estaba ido.

—No tiene que disculparse de nada —le contestó Mary, sujetando su mano con firmeza—. Todos hemos estado nerviosos y será mejor olvidarlo.

Birscht fue quien dio aviso a la policía. Había seguido a Andrew y lo vio lanzando piedras al agua, mirando de un lado a otro con el rostro perdido. Luego, cabalgando desorientado hasta acabar en la orilla de un lago. Por último, lo vio desvestirse y meterse en el agua vistiendo solo el pantalón. Aaron no sabía qué lo había motivado a cometer tal locura, pero pensó que las autoridades debían estar al tanto. Quizá era el responsable de la desaparición, pues no parecía estar en sus cabales.

Lo siguió porque le resultaban extrañas sus numerosas salidas y no entendía por qué se negaba a colaborar en la investigación. Tampoco le creía cuando decía que no quería cooperar por la forma en que se estaba llevando el caso. Siempre le había parecido que la actitud del conde era la de un loco. Pero también estaba celoso., comprendió.

Cuando Birscht se quedó a solas con Ellen, le confesó que finalmente entendía que sus sentimientos por el lord eran más profundos de lo que había imaginado y, aunque le molestaba y

dolía, había aceptado su derrota, pues ella lo había mirado como nunca lo había hecho con él.

Ella le agradeció todo lo que había hecho por ella. No merecía su comprensión después de cómo lo había tratado, pero Birscht le respondió que habría hecho cualquier cosa por ella y que no tenía que agradecerle nada. Se quedarían con los recuerdos de los dos años que habían compartido y se despidieron después de darse un fuerte abrazo. Aaron besó su mejilla y se marchó.

Cuando los sirvientes los vieron llegar, se alegraron enormemente. Los más cercanos a la familia se acercaron emocionados para abrazarlos. Habían estado muy preocupados y se alegraron de tenerlos de vuelta en casa. Anna trajo té y pasteles, y Ginni preguntó a su patrón si necesitaba algo. Los empleados de la destilería y de la industria maderera más cercanos a la familia también estaban en la casa. Por fin, todo había terminado.

Ellen les agradeció haberse volcado y preocupado tanto por ella. Se sentía muy feliz de ser tan querida. Andrew convenció a las Owen para que ellas y algunos sirvientes se quedaran en su casa durante unos días mientras se resolvía todo el asunto policial, y no se opusieron a tomarse un descanso en la destilería después de todo lo ocurrido. Les proporcionó dos enormes y hermosas habitaciones de invitados, que aceptaron encantadas. Necesitaba tenerla cerca mientras sanaba física, mentalmente y del corazón.

Una mañana, Ellen se fue a dar un paseo relajante por el sendero hasta llegar a una zona tranquila del río. Pensó que sería bueno tomar un poco el aire después de aquellos trágicos días que había pasado confinada en aquel oscuro agujero.

Se levantó un poco las faldas y se relajó mojando sus pies en el agua fresca y clara del río. Por fin sentía el aire puro y no aquel horrible olor que se había quedado impregnado en su memoria. ¿Cuánto tardaría en dejar de sentirlo? Afortunadamente, al final todo había salido bien y estaba junto al hombre que amaba. Aún no habían expresado completamente sus sentimientos, pero sabía que pronto superarían todo lo ocurrido, se casarían y vivirían juntos para siempre.

Andrew había sido más cariñoso que nunca. Le cogía la mano, la acariciaba, la besaba. Estaba descubriendo una nueva faceta en él. Su ternura y ver a ese hombre de apariencia dura, con rasgos masculinos, moreno y de ojos intensos, mirándola con tal devoción la volvía loca. Pensar en él la hacía sonreír. Sería suya para siempre y sintió un cosquilleo en el pecho.

Alguien se acercó por detrás, asustándola y sacándola de sus pensamientos. Se giró de inmediato y vio que era Andrew. Él iba arrastrando un pie, pálido y gris como una azucena marchita. Estaba furioso e indignado.

—Aún estás muy herido. No debes salir de casa hasta que te recuperes.

—¿Y tú no? ¿¿Por qué has salido sola de casa?? ¡Cómo se te ocurre! ¡Estaba muy preocupado!

Se le veía tan angustiado... Ella se quedó paralizada e intentó calmarlo.

—Estoy bien. No hay nada que temer —le pasó la mano por el pelo y lo miró con ternura.

—Le voy a ordenar a Jack Mathew que te acompañe a todas partes. A partir de ahora, aguardará por ti.

—No lo necesito. Al igual que nunca acepté una acompañante, menos un guardaespaldas.

—Me confesó que no me capturaron a mí porque iba con Jack Mathew a todas partes. No pensé en nadie más que en mí. Si hubieses llevado uno, nada de esto habría pasado.

—He dicho que no necesito ningún escolta —espetó.

—Te recuerdo que te acaban de secuestrar y haces como si no hubiese ocurrido nada.

—Los han capturado y nadie quiere hacerme más daño.

—¿Cómo puedes ser tan intrépida? —quiso recriminarle, pero pareció más bien un cumplido.

Ellen miró a un lado y luego al otro, y le dirigió una sonrisa pícaro con sus grandes ojos verdes. Le levantó la camisa de muselina blanca, asomando su torso.

—¿Qué haces? Aquí no...

—No pensaba que fueras tan pudoroso —besó su cuello—. Tú no tienes que preocuparte por nada. Lo pienso hacer yo solita —le dio un beso fugaz en la boca—. Había pensado esperar hasta que nos casáramos para volver a hacer el amor contigo, pero como vamos a ir al infierno igualmente... —hizo un mohín.

—No, si te arrepientes de corazón.

—Pero no me arrepiento de nada de lo que tenga que ver contigo.

Ellen siguió besando la línea de su clavícula y el giró el cuello y gimió.

—No, Ellen por favor.

—Mi pudoroso —lo sujetó de la nuca con una mirada sensual y cargada de amor.

—No se trata de pudor.

Él la detuvo y le sugirió ir a otro lugar, como la casa de madera que estaba a diez minutos andando del río.

—Qué apego le tienes —espetó ella y puso los ojos en blanco.

—He pasado mucho miedo, Ellen. Necesito sanar de aquí —se tocó el corazón—. Pensé que te perdía y necesito tiempo para poder confiar lo suficiente para hacerlo en plena naturaleza —dijo con voz sombría—. Ahora, si te incomoda el lugar...

—Supongo que solo quiero estar contigo.

Ellen se acercó a él y acarició el cuello desnudo. Su dedo índice jugueteó con su piel y trazó pequeños círculos mientras lo miraba fijamente a los ojos. Él comenzó a respirar más fuerte. Andrew tenía el lado derecho de la mandíbula amoratada y ella tiernamente besó cada milímetro de él. Él cerró los ojos, aspirando el momento, y una oleada de amor la invadió. Lo besó en los labios, intensificándose y profundizando en su boca. Saboreó su boca, sus labios y su lengua. Lo hizo tumbarse en la cama y siguió regando su pecho de suaves caricias. La clavícula, el cuello y su torso magullado. Besó alrededor de la herida que tenía en su estómago.

—Ellen, abrázame —le dijo con voz queda. Ella le obedeció y subió hasta él. Él la tomó entre su brazo sano y apretó su cuerpo contra el suyo. No sintió dolor, solo la necesidad de tenerla junto a él, de estar así.

—Me vas a asfixiar —exclamó ella.

—Lo siento, mi amor.

—Vale, pero suéltame, me haces daño —le hizo caso y vio sus ojos empañados—. Ya ha pasado, Andrew. Estamos bien y estoy aquí contigo.

—Lo siento de verdad.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo. No haberte protegido cuando delaté al culpable. Debería haber sabido que se vengaría y debería haberte puesto un guardaespaldas, pero no me di cuenta y... tampoco pude salvarte.

—Lo has hecho. Estoy aquí contigo.

—Si la policía no hubiera llegado, seguramente te habrías muerto de frío en la orilla, o al volver nadando. Sé que eres una mujer muy fuerte, la más fuerte de los dos —dijo sonriendo con amargura—. Pero no puedo dejar de pensar en que soy un desastre. ¿Qué clase de esposo sería?

—Andrew, cariño. Desde que me hicieron cautiva, supe que tenía que ser fuerte si quería

volver a reunirme contigo. Y no sé por qué, pero tienes la mala costumbre de echarle la culpa de todo. No eres perfecto, y yo tampoco lo soy. Pero eres el hombre que deseo, tal y como te deseo e... hiciste todo lo que estuvo en tus manos para protegerme. No podrías haber sabido qué nos depararía el futuro ni haber hecho más. De ninguna manera. Así que, yo también debería culparme por haberte obligado a ir a Londres. Pero no fue mi culpa, ni la tuya. Y estamos bien, los dos juntos, y es lo que importa.

—Tú no tanto —le retiró un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Ella se sentó en la cama y él siguió tumbado, mirando al techo, suspiró. —Por mucho que finjas ser fuerte, ninguna mujer soportaría lo que te han hecho: torturado, humillado y violado, entre otras cosas que aún no sé, porque me da miedo preguntar. Pero eres tan admirable y valerosa que, aun así, quieres intentar hacer el amor conmigo por alguna razón que se escapa a mi juicio.

Ella lo miró sorprendida al darse cuenta de que Andrew no tenía muy claro lo que había sucedido mientras había estado secuestrada. ¿El inspector no le había informado?

—¿Qué piensas que pasó? ¿No has hablado con la policía?

—No. No quise saber más en ese momento. —La miró ceñudo—. Me da miedo saber más.

—Sabes que no soy una mujer dócil; saqué mis garras. Sí, temí morir, perderte a ti y a mi madre, pero a ti te han hecho más daño que a mí. No me han pegado más de lo que pude soportar y estás equivocado, pues no llegaron a tomarme. Tuve suerte de que aparecieras a tiempo —sonrió con tristeza—. Me recuperaré pronto.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañado.

—Pensé que lo sabías.

—No lo entiendo.

—Te admito que sus repugnantes manos se pasearon por mi cuerpo. Aún las siento por mi piel... Y su boca... —Se le revolvió el estómago. Los ojos se le empañaron —No sé por qué no se ensañó conmigo tras más capturarme. Se escapa a mi lógica. Creo que le divertía mi temperamento...

—¿Y la carta era mentira?

—Sí. Dijo que quería hacerte sufrir...

Pensar en las manos de Panzram recorriendo el cuerpo de su amada le provocó ganas de vomitar, sin embargo, no había llegado más lejos. En ese momento, supo que sus padres habían estado allí para protegerlos. Todo había salido bien gracias a ellos.

—Tu padre y los míos estuvieron a tu lado, resguardándote.

—Puede ser. —Se encogió de hombros.

—Tengo que contarte algo. Vas a creer que estoy loco, pero es la verdad.

Entonces le contó todo. Desde el colgante hasta los misteriosos fuegos fatuos. Él no sabía dónde localizarla, pero rezó por ella y suplicó a sus padres por su vida. En ese momento, aparecieron tres luces que le guiaron por el río y por el bosque, hasta llegar a la isla.

«Cuando llegué a la torre, las luces dejaron de iluminar, pero entonces vi un hada. Había un hada esperando en la puerta que estaba escondida tras la escalera, señalando a la sala secreta. Claro... entonces me di cuenta de que toda la magia venía del colgante que te había regalado», concluyó. Ellen lo miró sorprendida e incrédula, y sonrió. Él la miró molesto.

—No me crees, ¿verdad?

—Creo que estábamos agotados y la mente nos juega malas pasadas.

—¿Entonces cómo sabía que estabas allí?

—Recordaste algo que por la mañana se te había pasado por alto cuando estuviste con Jack

Mathew en la isla y, como estabas agotado y con falta de sueño, acabaste delirando.

—Ya...

Se miraron con ternura y entrelazaron sus manos en un apasionado gesto. Aunque ella no lo creyese, él sabía que era cierto y eso era suficiente para él. Él tampoco lo hubiese creído si le hubiesen contado esa disparatada historia. Así que no le importó.

Andrew sabía que era verdad; mientras estuviesen juntos superarían todo y sus padres los protegería como ángeles de la guarda. Cada uno era el destino del otro y, aunque nunca quiso amar a ninguna mujer, ahora no veía un futuro sin ella.

—Ell, acércate —le pidió con amor.

Ellen se acercó poco a poco y él le atrajo impacientemente con firmeza. Intentó desabrocharle el vestido en vano, pero Ellen le ayudó dejándolo caer sobre su cuerpo suave y sedoso, mientras él aplastaba su boca con la de ella.

—¿Esto es lo que quieres? —sonrió, mirándola con una expresión traviesa.

Asintió nerviosa, sintiendo de nuevo el calor de su boca. Saboreó sus labios y su piel en una sucesión de besos que descendían desde la nuca hasta su columna y por toda su espalda. Una deliciosa punzada en el centro de su estómago la electrificaba, una hilera de mariposas recorría su piel.

Notó cómo su aroma la invadía, dejándola sin aliento, con urgencia, como si aquel fuere el último encuentro. Durante aquellos pocos, pero interminables días de cautiverio, había soñado con tocar a Andrew de nuevo, alimentarse de su cuerpo, y ahora, por fin, podía hacerlo. Ahora él era suyo y nada cambiaría eso.

—No me siento en buena condición física. Me va a costar un poco después de la paliza recibida, aun así, me esforzaré.

—Quiero hacerlo yo —susurró Ellen—. Dime qué debo hacer y lo haré.

—Mi amor... —balbuceó él.

Andrew dejó que la pasión se desbordara y se entregó a Ellen. Se dejó besar en el cuello, en la clavícula, en el pecho. Estaba muy excitado y le dio un beso posesivo. La quería solo para él. No podía vivir sin ella. Nunca había sentido algo así por ninguna otra mujer. Ella era todo lo que siempre había necesitado.

—Te quiero, Andrew.

Él le sonrió y ella se concentró en los botones de su pantalón, desabrochándolos uno a uno. Ella podía sentir cómo su corazón latía a mil por hora cuando puso la palma de la mano sobre su pecho y tocó sus duros y tensos músculos.

Con delicadeza, le bajó los pantalones, temiendo hacerle daño en sus heridas, y lo tumbó en la cama. Él se quitó los zapatos con los pies mientras ella se colocaba encima de él. Continuaron besándose una y otra vez, cada vez más intensamente. Andrew deslizó la camisola y pasó su lengua por sus pechos y las puntas de sus pezones. Ella gimió.

La quería. La quería por su belleza, por su forma de ser, por su entrega, por su fortaleza, por su cariño, por ser ella misma. La deseaba. Ella descendió hasta la protuberancia de su cuerpo e inexperta lo hizo estremecerse de placer. Con besos húmedos buscaba hacerlo gozar, explorando cada pliegue con su lengua, cada sensación.

Él soltó un gruñido cuando ella continuó dando pequeños besos con sus labios carnosos. Pensó que debía detenerla inmediatamente si no quería terminar antes de empezar.

—Ya es suficiente, ven aquí —la atrajo hacia él.

—¿No te gusta?

—Mucho, pero hoy estoy muy sensible.

La tumbó y se colocó encima de ella, separando sus piernas al roce de las suyas. Ella sentía la presión de su miembro y contuvo el aliento cuando él tocó los rizos entre sus muslos. Su intimidad estaba completamente húmeda, deseando tenerlo dentro.

Él la miraba con el rostro serio, tratando de conocerla mejor. Sus dedos la exploraron uno tras otro, y ella se estremeció cuando sintió que le recorría un líquido cálido. Su clítoris ardía de placer y sus músculos se tensaron.

—Te quiero dentro de mí —suplicó.

Entonces él se posicionó y la embistió una y otra vez, cada embestida más rápida que la anterior, mientras ella lo abrazaba con las piernas para sentirlo más cerca, más fuerte.

—¿Más lento?

—No, así está bien... así...

Con gesto serio, observaba cada reacción de ella, ajustando la velocidad hasta que ella alcanzó el éxtasis y su cuerpo tembló. De sus labios brotó un grito ronco y sus piernas rodearon el cuerpo de su amado. Él aceleró el ritmo para culminar con ella. Una vez terminaron, él giró sobre la cama y la atrajo hacia él.

Con ternura, la besó en el hombro y su lengua humedeció su suave piel, fundidos en uno. Antes de marcharse, hicieron el amor dos veces más. Él comenzó a sentir las heridas con demasiada intensidad, así que ella tomó la iniciativa. Ellen no sabía que se podía hacer el amor de tantas maneras distintas. Estaba aprendiendo muchas formas de amarse: más rápido, más tierno, más sensual...

—Te quiero, Ell. Mucho.

Ellen se apoyó en él, conmovida y dichosa de que finalmente se lo hubiera dicho. Él continuó diciendo:

—Cuando me preguntaste por mis sentimientos, no te respondí con sinceridad, porque la verdad es que me daba miedo confesarte lo que sentía por si te perdía. Pero me he dado cuenta de que si algún día te pierdo, no podría soportar no haberte dicho cada día de mi vida cuánto te quiero.

Epílogo

—Buenas tardes, milord. ¿Me ha hecho llamar?

—Sé que eres el hijo del señor Gunn, que en paz descanse —respondió Andrew, y el chico asintió—. ¿Cómo te llamas?

—Jamie.

—Jamie, en primer lugar, me gustaría agradecerte lo que hiciste por mi esposa. Tu información fue crucial para que la encontráramos con vida —le dijo—. En cuanto a cazar en mis tierras, no tienes por qué preocuparte; ya te dije que estabas perdonado.

—Muchas gracias, milord. No sabe lo que significan sus palabras para mí.

—Puedes llamarme Andrew —Beinn sonrió, y Jamie pareció relajarse cuando una sonrisa cruzó sus labios—. Me gustaría proponerte algo. Me ha llegado cierta información de que piensas dejar los estudios y que buscas trabajo de jornalero. —Jamie asintió como respuesta—. Y también se me ha informado de que eres un buen estudiante.

—En casa falta dinero, y debo ponerme a trabajar para ayudar con los pagos.

—¿Estarías interesado en trabajar para mí? —Beinn pudo ver cómo de pronto el chico sonrió con entusiasmo.

—¿Para usted? ¿Y cuál es el puesto que me oferta?

—¿Cómo es tu nivel de francés? —preguntó, a sabiendas que uno de sus progenitores había sido francés.

—Mi madre era francesa y me enseñó a hablar y a leer, pero escribirlo no se me da muy bien —contestó con pesar.

—¿Podrías traducirme oralmente esta carta? —El chico asintió tímidamente y se la tradujo sin titubear.

—¿Te gustaría ser mi traductor? Ganarías más que trabajando una jornada entera en el campo.

Jamie se quedó desconcertado, no porque no le gustara el trabajo, sino porque el lord tenía mejores opciones que contratarlo a él. Su nivel no era lo suficientemente bueno como para ser traductor.

—Milord, agradezco la confianza que deposita en mí, pero como le he dicho, no tengo el nivel.

—A mí no me lo ha parecido. Lo has hecho muy bien.

Observó en el rostro del joven una expresión de duda.

—¿No te gusta el trabajo? ¿Prefieres otro?

—Sí que me gusta, pero...

—¿Entonces?

—¿Y si no lo hago bien? —preguntó, y Andrew sonrió.

—Mi intención es mantenerte a mi lado y formarte para ello. Voy a reformar el castillo abandonado que se encuentra junto al río para convertirlo en un hotel. Necesito un ayudante

porque voy a importar productos de Francia para combinarlos con productos escoceses. Además, hay algunas otras tareas en las que voy a necesitar tus traducciones. Al principio serás mi aprendiz, pero me gustaría que más adelante, cuando hayas terminado de formarte, ascendieras. Te dedicarás a mantener el contacto con los futuros proveedores y a captar potenciales clientes. Seguirás estudiando por las mañanas y por la tarde trabajarás para mí. ¿Qué opinas?

Jamie no sabía qué decir, ni siquiera si debía sonreír. Todo lo que le estaba diciendo le resultaba abrumador y lo consideraba una gran responsabilidad. Pero estaba decidido a hacerlo y a poner todo su empeño en estar a la altura. Obtendría el reconocimiento de sus padres adoptivos y sus padres en el cielo estarían orgullosos de él.

—De todos modos, no te preocupes, no quiero atarte. Si algún día decides marcharte por el motivo que sea, solo tienes que decírmelo. Sé que lo harás bien y daré buenas referencias de tu trabajo.

—Le agradezco enormemente esta oportunidad que me brinda y no le decepcionaré. Se lo prometo.

—Entonces está todo dicho.

Andrew extendió su mano y Jamie la estrechó, muy contento.

—¿Cuándo empiezo?

—¿Puedes venir mañana después de comer?

—Aquí estaré.

—Hola, amor. ¿Cómo ha ido?

—Tal como imaginaba. Jamie tendrá éxito, estoy seguro de ello. Solo necesitaba una oportunidad para seguir formándose y, si al mismo tiempo puedo beneficiarme de su trabajo y sus traducciones, mejor que mejor.

—Eres un buen hombre.

—Y yo también me beneficio.

Ellen rodeó su rostro con sus manos para besarlo. Entrelazó su mano con la de él y rozaron los anillos que habían intercambiado hace poco más de un mes en señal de su amor.

—No creo que pueda querer a nadie más que a ti —dijo Andrew.

—Entonces tendrás que dividir tu corazón en dos, porque pronto tendrás a alguien más a quien amar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Andrew, desconcertado.

Ellen miró hacia su vientre y lo acarició con ambas manos.

—¿Estás segura? —preguntó él, atónito, y ella asintió.

—¿De cuánto tiempo?

—Tres meses —respondió ella, y Andrew se quedó sin palabras—. No parece muy contento con la noticia.

—Claro que lo estoy, ¿cómo no iba a estarlo? Un hijo tuyo y mío —suspiró y se acercó para abrazarla con fuerza—. Es lo mejor que me podría pasar, solo que...

—No querías que la gente pensara que nuestro compromiso ha sido el resultado de mi embarazo.

—Qué bien me conoces —dijo él, dándole un beso tierno—. Quiero que sepan que nos amamos, no quiero que piensen mal de nuestra relación.

—Siempre tan correcto. Aunque no creo que puedan pensar peor de lo que ya piensan. He sido el centro de la mayoría de los escándalos recientes: el secuestro, la anulación del matrimonio, el nuevo compromiso con un conde... Dudo que puedan tener un concepto peor de

mí.

Andrew sacudió la cabeza, divertido.

—Ríete, pero tengo un cliente que quiere dejar de serlo por ese mismo motivo...

—¿Quién? ¿Bruce? —preguntó él, y Ellen asintió—. Me lo temía... ese hombre —dijo >Andrew, rodando los ojos.

—Ya fue duro para él negociar con dos mujeres, y ahora, con los últimos escándalos, estamos a punto de perder el contrato con él. Mi madre está disgustada.

—Hablaré con él y lo arreglaré.

—¿Harías eso por mí?

—Haría cualquier cosa; eso es lo de menos.

—Hasta dar la vida por mí.

—¿Me lo echarás en cara toda la vida?

—Hasta el fin de los días.

Andrew la sentó en su rodilla y palpó la barriga, esperando sentir el latido. Una sonrisa dichosa se dibujó en su rostro.

—Vamos a tener un hijo. Aún no me lo puedo creer.

—Tienes seis meses para hacerte a la idea —le dijo ella, y él sonrió.

—Ojalá se parezca a ti. Si es niña, me la imagino con tu cara y esa naricita que tanto me gusta —la besó—. Con tus ojazos y tu fortaleza —jugó con sus tirabuzones, y ambos unieron sus labios en un amor que los consumía.

—¿Y si es niño?

—Pues igual. Quiero que sean fuertes de espíritu y que tengan tu enorme corazón. Que sean tercos como una mula, que luchen por lo que quieren y que digan lo que piensen.

—Sería tu heredero.

—Heredero o no, será nuestra bendición.

Juntos, se pusieron a escribir dos cartas para contarles a Marum y Evan que serían tíos. Evan se marchó a estudiar medicina a la universidad y, aunque al principio lo echaron de menos, se acostumbraron a vivir sin él. Se escribían cartas todas las semanas y, una vez al mes, él iba a visitarlos.

Andrew al principio lo pasó mal y tuvo unas semanas amargas, pero Ellen logró calmarlo con sus caricias y sus noches de amor. La familia iba en aumento y Andrew, al fin se libró del dolor de su alma y de sus miedos.

Notas de autor

Mientras escribía e investigaba, cada vez me enamoraba más de las tierras escocesas y su cultura. Tanto es así, que decidí que mi próximo viaje sería a las Tierras Altas de Escocia, quedando aún más fascinada, si cabe.

Encontré gente maravillosa, lugares envolventes y mágicos. Paisajes salvajes y remotos en medio de la naturaleza virgen. Las famosas vacas peludas y el estilo de vida relajado de los residentes me sorprendieron.

Recorrimos gran parte de la geografía del norte en una autocaravana, y fue una experiencia inolvidable. Descubrí el Castillo Stalker, situado en un pequeño islote de marea en Loch Laich, dentro del consejo de Argyll y Bute. Aunque no se podía acceder al interior, disfruté del entorno y del encanto del lugar.

Escribí la novela con anterioridad y, para ello, tuve que recopilar información por Internet. Aunque la historia es ficticia, es cierto que el castillo pertenecía a los señores de Lorn, el clan MacDougall, y se cree que fue erigido en el año 1388 por el propio clan. Rodeado de agua, fue una fortaleza segura para sus propietarios en caso de ataque.

Curiosamente, el castillo cuenta con una habitación secreta. En el Gran Salón, hay unas escaleras que se pueden mover y dan acceso a una estancia que se utilizaba para protegerse en caso de asalto repentino. Esto me inspiró y lo utilicé como el lugar donde retienen a nuestra protagonista.

Para acceder a la isla, es necesario tener en cuenta las condiciones meteorológicas y los niveles de agua del lago, ya que las mareas son un factor importante. Por eso, Yeremi no podía creer que Beinn nadara hasta el castillo.

Como nota histórica, señalaré que en 1520, los enemigos de los Estuardo, el clan Campbell, tendieron una emboscada a Alejandro Estuardo y lo asesinaron, lo que llevó a ambos clanes a una disputa sangrienta. El heredero, siendo aún un bebé, fue escondido en esa misma habitación secreta para salvar su vida. De adulto, proclamó venganza contra aquellos que atacaron a su familia.

Por otro lado, el personaje de Mary Owen está inspirado en Elisabeth Cumming, la mujer que se encargó de una de las destilerías más importantes de whisky escocés, “Cardhu”. Todo comenzó cuando Helen Cummings, esposa de John Cummings, dirigió la destilería de su marido en las Highlands. Era inusual que una mujer dirigiera un negocio, y más aún una destilería de whisky, siendo la primera mujer en la historia al frente de una. Tras su fallecimiento, fue su nuera Elisabeth Cumming, esposa de su hijo Lewis, quien tomó las riendas de la destilería y recibió todos los méritos. Ella impulsó el negocio familiar tras la muerte de sus suegros y su esposo. Viuda, triplicó las ventas y fundó una nueva destilería en 1885. La calidad de su single malt se hizo tan reconocida que Elizabeth vendió la destilería a los Walker, “Johnnie Walker”.

Elisabeth Cumming era una empresaria con gran capacidad de persuasión y convicción y, por

ello, me inspiré en ella para la obra. Fue una mujer fuerte, decidida, talentosa y astuta en un mundo de hombres, como muchas otras mujeres de la historia que han sido valientes y han sabido valerse por sí mismas en una época en la que se esperaba que las mujeres se quedaran en casa, dedicándose a las labores domésticas.

El ferrocarril al que hago referencia es el Jacobite Steam Train, un tren de vapor que recorre la ruta de Fort William a Mallaig, conectando la región montañosa de Fort William con el océano Atlántico. La ruta se inauguró en 1901, el mismo año en que se ambienta mi historia y es el ferrocarril mencionado en la saga de Harry Potter.

También quería comentar que, en la antigua China, alrededor del año 300 d.C., ya se utilizaban las huellas dactilares como prueba en juicios por robo. Sin embargo, no fue hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando la comparación de huellas dactilares comenzó a ser reconocida como un método identificativo confiable. Este avance se debió en gran medida a las contribuciones de Alphonse Bertillon con su método antropométrico; William James Herschel, quien incluyó huellas dactilares en los contratos de sus trabajadores; Henry Faulds, que recolectó muestras de huellas de humanos y monos; y Francis Galton, primo de Charles Darwin, quien analizó los datos de Herschel y Faulds y publicó su libro en 1892.

Inspirado por el trabajo de Galton, Juan Vucetich aplicó la dactiloscopia en la resolución de un crimen en 1892. Ese año, en Buenos Aires, Argentina, dos niños, hijos de Francisca Rojas, fueron asesinados. Aunque las sospechas iniciales apuntaban a un extraño, una huella ensangrentada encontrada en una puerta coincidía con la de la madre, lo que finalmente llevó a su confesión como autora del crimen.

El sistema de identificación por huellas dactilares se expandió rápidamente por Iberoamérica y Egipto en 1895. En 1901, fue adoptado oficialmente por la policía de Inglaterra, Scotland Yard. En España, el sistema fue implementado en 1909 por el Cuerpo de Prisiones, en 1911 por la Policía y en 1914 por la Guardia Civil.

GLOSARIO

^[i] **Muñeca Biscuit:** Es porcelana sin vidriar, cocida dos veces. La muñeca es coloreada y cocida a una temperatura baja para conseguir un acabado mate más natural que el de la porcelana tradicional. Fueron inventadas para darle un aspecto más real que las antiguas muñecas de porcelana.

^[ii] **Cù Sìth:** De la mitología escocesa. Se le considera el mensajero de la muerte. Es un perro grande, de color verde, con pelo lanoso y patas muy fuertes. Cuenta el mito que cuando escuches el primer aullido debes correr a ponerte a salvo. Si en el tercer aullido no estás a cubierto te matará y dispondrá de tu alma.

^[iii] **Korrigan:** Especie de hada considerada como espíritu maligno o demonios condenados a vivir en la tierra en un estado de penitencia por tiempo indefinido. Su apariencia es hermosa y sus ojos de color rojo.

^[iv] **Tha e gràin. Chan urrainn dhomh an duine sin a sheasamh:** En idioma galés: Es odioso. No soporto a ese hombre.

^[v] **Keelpies:** Criatura espiritual que vive en los lagos, su cuerpo es semejante al de un caballo, dicen que puede tomar forma humana. Es de carácter maligno y lo que busca es dirigir las personas al interior de un lago.